

UNA NOVELA DE VAMPIROS, LICÁNTROPOS Y TETERAS

GAIL CARRIGER

SIN CORAZÓN

PROTAGONIZADA POR ALEXIA TARABOTTI



Lectulandia

Lady Alexia Maccon, una sin alma, ha vuelto, solo que esta vez el problema no es culpa suya. Cuando un fantasma loco amenaza a la reina, Alexia se ocupa del caso, siguiendo una pista que la lleva a adentrarse en el pasado de su marido. Para colmo, con una hermana que se ha hecho sufragista (¡preocupante!), el último artefacto mecánico de *madame* Lefoux y una plaga de puercoespines zombis, Alexia apenas tiene tiempo de recordar que está embarazada de ocho meses.

¿Conseguirá Alexia descubrir quién está tratando de matar a la reina Victoria antes de que sea demasiado tarde? ¿Son otra vez los vampiros o hay un traidor con piel de lobo al acecho? Y exactamente, ¿qué ha establecido su residencia en el segundo mejor armario de lord Akeldama?

Lectulandia

Gail Carriger

Sin corazón

El protectorado de la sombrilla-4

ePub r1.1

fenikz 16.05.15

Título original: *Heartless*
Gail Carriger, 2011
Traducción: Anónimo (Traducción NO OFICIAL)

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A veces lo necesario no es algo que pueda ser investigado. Con mi más sincero agradecimiento para quienes, conscientes o no, se encontraron tutelando mi locura: mamá para el acebo; Willow para las fecha; Rachel, mi maestra de las pistas falsas emocionantes; Erin diosa de las comas; el sentido de continuidad; y Phrannish, ¡la mejor de las compañías!



P de preternatural

Anotación para los Registros, sujeto P-464-AT, Alexia Tarabotti:

Archivero: Sr. Phinkerlington, auxiliar administrativo, especialista en transmisión etográfica, segunda clase.

Sujeto P-464-AT está embarazada, progenitor desconocido. Sujeto apartada de Londres. Sujeto separada del Consejo en la Sombra. Posición de *muhjah* vacante.

Anotación a la anotación para los Registros, sujeto P-464-AT, Alexia Tarabotti:

Archivero: Sr. Haverbink, agente de campo, experto en fianzas y municiones, primera clase.

Embarazo del sujeto P-464-AT confirmado, como resultado directo de la unión con el *sujeto* W-57790-CM, hombre lobo. Fecundación debidamente verificada por científicos de reconocido prestigio y por Templarios italianos (programa de reproducción preternatural suspendido alrededor de 1805). (Nótese que los templarios se clasificaron como amenaza del más alto orden para la Commonwealth, pero su investigación en esto se valora como irreprochable). Sujeto P-464-AT reincorporada como *muhjah*.

Adenda a la anotación de la anotación para los Registros, sujeto P-464-AT, Alexia Tarabotti:

Archivero: Profesor Lyall, agente de campo, secretario principal (alias *sujeto* W-56889-RL).

Consultados los licántropos aulladores sobre la progenie: La mayoría opina que el niño probablemente sea un ladrón de almas (alias *Acechador de Pieles* o *arranca-pieles*). Los registros templarios consultados indican que esto implica capacidad de ser a un tiempo mortal e inmortal. El potentado, lord Akeldama (alias Sujeto V-322-XA), está de acuerdo. El sujeto P-464-AT dice que ella cree que «el hombre horrible

dijo algo así como... una criatura que puede a un tiempo caminar y reptar y que cabalga sobre el alma como un caballero montará en su corcel». (Nótese que el sujeto «hombre horrible» hace referencia al prefecto florentino de los Caballeros Templarios).

El único ejemplo previo registrado de un ladrón de almas fue Al-Zabba (alias Zenobia, Reina de Palmira, sinnúmero de sujeto). Se supone que está relacionada con sujeto V-322-XA, Akeldama. (Él no revelará los detalles, ya conocen a los vampiros). Zenobia muy probablemente fue resultante de la unión entre la Reina de los Vampiros y un macho preternatural (sujetos desconocidos). Es por ello imposible decir si sus habilidades serán comparables con la futura progenie del sujeto P-464-AT, puesto que este niño es el resultado de la unión de una hembra preternatural y un licántropo Alfa. En cualquier caso, tipo de manifestación desconocido.

Se sugiere nueva clasificación para progenie: M de metanatural.

Adenda adicional para consideración:

Los vampiros claramente desean que la progenie sea eliminada, a expensas del sujeto P-464-AT. Es la creencia de este archivero que sería de lo más interesante para la Commonwealth ver nacido a este niño, aunque solo sea para propósitos científicos. Se ha consultado con el sujeto V-322-XA, Akeldama, y cree que tenemos una solución para la negatividad de los vampiros.



En el que lady Alexia Maccon se bambolea

—¡Cinco meses! ¡Cinco meses en los que vosotros, a los que me atrevo a llamar *caballeros*, habéis estado conferenciando sobre este pequeño plan vuestro y solo ahora os decidís a informarme de él! —*Lady Alexia Maccon* no disfrutó el ser sorprendida por las declaraciones de intenciones. Miró encolerizada a los hombres que estaban frente a ella. Completamente crecidos, y un número considerable de siglos mayores que ella, pero todavía lograban parecer unos chiquillos avergonzados.

Los tres caballeros, a pesar de sus expresiones idénticas de timidez, eran tan distintos como podrían serlo unos hombres con buenos modales y una posición social. El primero era grande y ligeramente descuidado. Su chaqueta de tarde, perfectamente cortada a medida, colgaba de sus enormes hombros con cierto grado de renuencia, como si fuera bien consciente de que era vestida por tolerancia. Los otros dos tenían de lejos una asociación más afectuosa con su ropa, aunque con el primero el traje era una cuestión de sutileza, y con el segundo una forma de expresión artística, casi declamatoria.

Lady Maccon no se veía lo bastante temible como para inspirar sentimientos de vergüenza en cualquier caballero, tuviera modales o no. Peligrosamente cerca de su confinamiento a los casi ocho meses de embarazo, tenía un claro parecido con un ganso relleno y con juanetes.

—No queríamos preocuparte en exceso —aventuró su marido. Su voz fue brusca en un intento de solicitar calma. La mirada leonada del conde de Woolsey estaba bajada, y su cabello realmente podría haber sido humedecido.

—Oh, ¿y las constantes amenazas de muerte de los vampiros son demasiado apacibles para una mujer en mi condición? —*Alexia* no había tenido ninguna. Su voz fue lo bastante chillona como para incomodar al gato de lord Akeldama, normalmente la más abúlica de las criaturas. El regordete gato tricolor abrió un ojo amarillo y bostezó.

—Pero ¿no es esa la solución más *perfecta*, mi pequeño arbusto de lilas? — glorificó lord Akeldama, mimando al gato hasta que volvió a ronronear en laxa relajación. La turbación del vampiro era la más artificial de las tres. Había un destello en sus hermosos ojos, por muy abatido que estuviera. Fue el destello de un hombre a punto de salirse con la suya.

—¿Qué, perder la posesión de mi propio hijo? Por el amor de Dios, puedo ser una sin alma y no soy, lo reconozco, precisamente maternal, pero de ninguna manera soy despiadada. Realmente, Conall, ¿cómo pudiste acceder a esto? ¡Sin consultarme!

—Esposa, ¿te olvidas de que la manada al completo ha estado constantemente ejerciendo labores de guardaespaldas en los últimos cinco meses? Es agobiante, mi amor.

Lady Maccon adoraba a su marido. Estaba particularmente encariñada con la forma en que él caminaba sin camisa a su alrededor durante un ataque de resentimiento, pero encontraba que realmente no le gustaba en este momento, el muy imbécil. También tenía hambre repentinamente, una molestia terrible que la distrajo de su irritación.

—Oh, ciertamente, ¿y cómo crees que me siento yo siendo el extremo receptor de semejante constante supervisión? Pero Conall, ¡*adopción!* —Alexia se puso en pie y comenzó a pasearse. O, para ser más precisos, a bambolearse vehementemente. Por una vez estaba ciega a la belleza dorada de la sala de estar de lord Akeldama.

Debería haber tenido mejor criterio que estar de acuerdo en tener una reunión aquí, pensó. *Siempre ocurre algo inapropiado en la sala de estar de lord Akeldama.*

—La reina piensa que es un buen plan. —Ese fue el profesor Lyall uniéndose a la reyerta. La de él era probablemente la pena más genuina, puesto que le desagradaba el enfrentamiento. También era el único verdaderamente responsable de este complot, a menos que Alexia estuviese muy equivocada en la estimación de su carácter.

—Bien por la rubicunda reina. Absolutamente no... me niego.

—Vamos, Alexia, vida mía, sé razonable. —Su marido estaba tratando de adularla. No era muy bueno en ello, la adulación se veía extraña en un hombre de sus proporciones e inclinaciones mensuales.

—¿Razonable? ¡Ve a hervirte la cabeza en lo razonable!

Lord Akeldama probó un método nuevo.

—Ya he convertido el cuarto adyacente al mío en una guardería positivamente encantadora, mi pequeña semilla de *granada*.

A *lady Maccon* le sorprendió realmente oír eso. Hizo una pausa en su furia y su bamboleo para parpadear hacia el vampiro con sorpresa.

—¿No su segundo vestido? Eso nunca.

—Ciertamente. ¿Ves lo *seriamente* que estoy tomándome esto, mi queridísimo pétalo? He reacomodado *ropa* por ti.

—Por mi hijo, querrá decir. —Pero Alexia estaba impresionada a pesar de sí misma.

Miró hacia Lyall en busca de ayuda y trató desesperadamente de calmarse y comportarse lo más pragmáticamente posible.

—¿Y esto detendrá los ataques?

El profesor Lyall asintió, levantando sus anteojos con un dedo. Eran una manía —no los necesitaba— pero le daban algo tras lo que esconderse. Y algo que manosear.

—Así lo creo. No he podido, claro está, consultar abiertamente con ninguna reina. Las colmenas rehúsan admitir un mandato de exterminación, y el ORA aún no ha determinado cómo probar definitivamente que los vampiros están —tosió cortésmente— intentando matar a su hijo. Y por defecto, a usted.

Alexia sabía que la Oficina de Registro Antinatural estaba obstaculizada por una combinación de burocracia y la necesidad de guardar las apariencias. Es decir, dado que eran el cuerpo ejecutor para los temas sobrenaturales y preternaturales de Inglaterra, tenía que parecer en todo momento que obedecían sus propias leyes, incluyendo aquellas que garantizaban a las manadas y a las colmenas algún nivel de autonomía y autogobierno.

—¿Y las mariquitas mecánicas asesinas de *monsieur* Trouvé?

—Nunca rastrearon al agente de los vampiros en Europa.

—¿Y la salsera que estalló?

—No quedó ninguna prueba tangible.

—¿El caniche de Mongolia llameante?

—Ninguna conexión con ningún distribuidor conocido.

—¿La comida envenenada en el dirigible que el señor Tunstell consumió en mi lugar?

—Bien, dado, en general, lo nauseabundo de las comidas del vuelo, eso simplemente pudo haber sido una coincidencia. —El profesor Lyall se quitó los anteojos y comenzó a limpiar los lentes transparentes con un immaculado pañuelo blanco.

—Oh, profesor Lyall, ¿se está haciendo el gracioso? No le pega.

El Beta de pelo pajizo le dirigió a *lady* Maccon una mirada severa.

—Exploro nuevas facetas de personalidad.

—Bien, pues basta.

—Sí, *milady*.

Alexia enderezó su columna vertebral tanto como su protuberante barriga le permitía y miró por debajo de su nariz hacia donde se sentaba el profesor Lyall, con las piernas cruzadas elegantemente.

—Explíqueme cómo ha llegado a esta solución. Y también, dado que no ha propuesto este plan a las colmenas, ¿cómo sabe con tanta confianza que detendrá esta pequeña y molesta costumbre que parecen haber desarrollado, en la que continuamente intentan asesinarme?

El profesor Lyall miró impotente a sus co-conspiradores. Lord Maccon, con una amplia sonrisa, se recostó en el sofá de terciopelo dorado, haciéndolo rechinar en

señal de protesta. Ni lord Akeldama ni ninguno de sus zánganos estaban contruidos a la escala de lord Maccon. El sofá estaba sobrecogido por la experiencia. Tenía eso en común con una gran cantidad de mobiliario.

Lord Akeldama simplemente continuó brillando inútilmente.

Claramente suponiendo que lo habían dejado solo, el profesor Lyall tomó un largo aliento.

—¿Cómo supo que fue idea mía?

Alexia cruzó los brazos sobre su muy amplio pecho.

—Muy querido señor, déme *algo* de crédito.

El profesor Lyall volvió a ponerse los anteojos.

—Bien, sabemos que a los vampiros les da miedo lo que pudiera llegar a ser su hijo, pero creo que son lo suficientemente sabios como para saber que si es criado con las debidas precauciones, incluso el ser más depredador de nacimiento se comportará de una forma enteramente civilizada. Usted, por ejemplo.

Alexia levantó una ceja.

Su marido bufó burlescamente.

El profesor Lyall se negó a ser intimidado.

—Puede ser un poco escandalosa, *lady* Maccon, pero siempre es civilizada.

—Eso, eso —agregó lord Akeldama, alzando un vaso alto y luego tomando un sorbo de la rosada bebida efervescente que había dentro.

Lady Maccon inclinó la cabeza.

—Tomaré eso como un cumplido.

El profesor Lyall continuó valientemente:

—Está en la naturaleza del vampiro creer que cualquier vampiro, incluso... disculpe el insulto, milord... lord Akeldama, instilará el adecuado código ético en un niño. Un padre vampiro aseguraría que el bebé se mantiene lejos de la corrupción de americanos, templarios y otros elementos antisobrenaturales con ideas análogas. Y, por supuesto, de ustedes, lord y *lady* Maccon. En términos sencillos, las colmenas sentirán como si tuvieran el control y todas las amenazas de muerte deberían detenerse como consecuencia de ello.

Alexia miró a lord Akeldama.

—¿Está de acuerdo con esa predicción?

Lord Akeldama asintió.

—Sí, mi *queridísima* caléndula.

El conde comenzaba a verse menos molesto y más pensativo.

El profesor Lyall continuó:

—Lord Akeldama parecía la mejor solución.

Lord Maccon arrugó la nariz ante eso y bufó con burla.

El profesor Lyall, lord Akeldama y Alexia fingieron no haberlo oído.

—Es más poderoso que cualquiera que vague por la zona. Tiene un número considerable de zánganos. Vive en el centro y, como potentado, aporta la autoridad de

la reina Victoria. Pocos se atreverían a interferir con su familia.

Lord Akeldama le dio un golpecito a Lyall en broma con el dorso de la mano.

—Dolly, qué adulator eres.

El profesor Lyall lo ignoró.

—También es su amigo.

Lord Akeldama levantó la vista hacia el techo, como si contemplara posibles nuevas caricias en los querubines pintados que había bosquejados allí.

—También porque, por un cierto incidente innombrable este invierno, las colmenas tienen una deuda de honor conmigo. Mi predecesor como potentado pudo haber llevado el asunto con sus propias blancas manos de lirio, pero *el hecho es* que las colmenas deberían haber ejercido algún control sobre sus actividades bajo su patrocinio. Su secuestro de mi zángano fue *completamente* inexcusable, y son muy conscientes de ese *pequeño* hecho. Tengo una deuda de sangre a mi favor y tengo intención de devolver el mordisco con este acuerdo.

Alexia miró a su amigo. Su postura y su conducta eran tan relajadas y frívolas como siempre, pero había una dureza en su boca que sugería que realmente quería decir lo que había dicho.

—Es una declaración bastante seria viniendo de usted, milord.

El vampiro sonrió, mostrando los colmillos.

—Mejor disfruta de la experiencia, mi *bollito de crema*. Probablemente no vuelva a ocurrir nunca más.

Lady Maccon se mordisqueó el labio inferior y fue a sentarse en una de las sillas más rectas de lord Akeldama. Encontraba complicado estos días levantarse de sofás y canapés y prefería sencillamente no involucrarse con mobiliario afelpado.

—Oh, no puedo pensar. —Se frotó el vientre, molesta por la confusión en su cerebro, producto persistente de la falta de sueño, incomodidad física y hambre. Le parecía que pasaba todo su tiempo comiendo o dormitando, algunas veces dormitando al comer y, un par de veces, comiendo al dormitar. El embarazo le había abierto una ventana nueva a la aptitud humana para el consumo—. Oh, maldita sea, estoy absolutamente muerta de hambre.

Instantáneamente los tres hombres proporcionaron comestibles extraídos de los bolsillos interiores de sus chalecos. La oferta del profesor Lyall fue un emparedado de jamón envuelto en papel marrón, la de lord Maccon fue una manzana deteriorada por la intemperie, y la de lord Akeldama una cajita de delicias turcas. Meses de entrenamiento habían visto a toda la familia de licántropos corriendo para atender a una Alexia progresivamente gruñona y habían enseñado a un hombre que si la comida no era provista prontamente, el pelaje podría volar, o aún peor, *lady* Maccon comenzaría a llorar. Como consecuencia, algunos de la manada ahora se arrugaban cuando se movía y habían escondido desesperadamente una reserva de alimentos cerca.

Alexia optó por las tres ofertas y comenzó a comer, empezando con las delicias

turcas.

—¿Así que está genuinamente dispuesto a adoptar a mi hijo? —le preguntó a lord Akeldama entre bocados y luego miró a su marido—. ¿Y tú estás dispuesto a consentirlo?

El conde perdió su actitud divertida y se arrodilló ante su esposa, contemplándola. Le puso las manos en las rodillas. Aun a través de todos los estratos de faldas, Alexia podía sentir la ancha aspereza de sus palmas.

—He desafiado al ORA y a la manada para mantenerte segura, esposa. Incluso he contemplado hacer venir a los Guardias Coldsteam. —Maldito fuera por verse tan bien parecido cuando se acercaba todo tímido y sincero. Realmente deshizo su determinación—. No es que yo no prefiriera hacerlo de forma diferente. Protejo lo que es mío. Pero la reina Victoria se quedaría lívida si trajera fuerzas militares para un asunto personal. Bueno, más lívida de lo que ya está por mi asesinato del potentado. Debemos ser astutos. Son mayores y más expertos y seguirán intentándolo. Nosotros no podemos continuar así el resto de la vida de nuestro hijo.

Quizá ha aprendido algo acerca de pragmatismo al casarse conmigo, pensó Alexia. *Oh, pero ¿por qué tenía que volverse tan sensato ahora?* Ella intentó desesperadamente no convertirse en un manojo de nervios por su manejo unilateral de la situación. Sabía que a Conall le costaba un precio terrible admitir cualquier clase de incapacidad. Le gustaba pensar que era omnipotente.

Ella ahuecó su mejilla con la mano enguantada.

—Pero este es *nuestro* bebé.

—¿Tienes una solución mejor? —Fue una pregunta honesta. Él esperaba genuinamente que ella pudiera imaginar una alternativa.

Alexia sacudió la cabeza, tratando de no ponerse sensiblera. Luego apretó los labios.

—Muy bien. —Se volvió hacia lord Akeldama—. Si tiene intención de adueñarse de mi hijo, entonces yo me mudo aquí también.

Lord Akeldama no perdió un instante. Abrió ampliamente los brazos como si pensara abrazarla.

—Las más querida entre las Alexias, *bienvenida* a la familia.

—¿Se da cuenta de que puede que tenga que establecer mi residencia en su otro vestidor?

—Sacrificios, sacrificios.

—¿Qué? Absolutamente no. —Lord Maccon se levantó y bajó la mirada encolerizado hacia su esposa.

Lady Maccon tenía esa mirada en sus ojos.

—Ya estoy en Londres dos noches por semana para el Consejo en la Sombra. Vendré el miércoles y me quedaré hasta el lunes, pasaré el resto de la semana en Woolsey.

El conde era capaz de contar.

—¿Dos noches? ¿Me darás dos noches? ¡Inaceptable!

Alexia no iba a dar su brazo a torcer.

—Tú mismo estás en la ciudad por asuntos del ORA la mayoría de las tardes. Puedes verme entonces.

—¡Alexia! —dijo lord Maccon con un definitivo gruñido— ¡me niego a solicitar derechos de visita a mi propia esposa!

—Eres un queso correoso. También soy la madre de este niño. Me obligas a escoger.

—Quizá, si me lo permiten... —intervino el profesor Lyall.

Lord y *lady* Maccon lo miraron furiosos. Disfrutaban discutiendo el uno con el otro casi tanto como disfrutaban de cualquier otra actividad íntima.

El profesor Lyall acudió a la confianza sublime de lo verdaderamente urbano.

—La casa adyacente está en alquiler. ¿Y si Woolsey la tomara como su residencia en la ciudad, milord...? Usted y *lady* Maccon podrían mantener una habitación aquí en casa de lord Akeldama pero fingir vivir al lado. Esto mantendría la apariencia de separación para cuando llegue el niño. Usted, lord Maccon, podría celebrar comidas y cosas así con los miembros de la manada mientras están en la ciudad. Por supuesto, durante una parte del mes todos tendrían que regresar a Woolsey por motivos de seguridad, y hay caza y carreras a considerar. Pero podría funcionar como un compromiso temporal. Durante una década o dos.

—¿Los vampiros pondrán objeciones? —A Alexia le gustó bastante la idea. El castillo Woolsey estaba un poco demasiado lejos de Londres para su gusto y esos contrafuertes... eran positivamente excesivos.

—No lo creo. No si se deja absolutamente claro que lord Akeldama tiene el completo control parental, la documentación correcta y demás. Y logramos mantener la simulación.

Lord Akeldama se divertía.

—Dolly, *amorcito*, es tan deliciosamente sin precedentes: una manada de lobos viviendo justo al lado de un vampiro como *moi*.

El conde frunció el ceño.

—Mi matrimonio fue también algo sin precedentes.

—Cierto, cierto. —Lord Akeldama estaba en racha. Saltó sobre sus pies, echando al gato fuera de su regazo sin ceremonias y empezó a pavonearse por la habitación.

Esa tarde llevaba unas botas de color rojo oscuro brillantadas y pantalones de montar de terciopelo blanco con una casaca de montar roja. Era todo puramente decorativo. Los vampiros raramente cabalgaban —la mayoría de los caballos no querían saber nada de ello— y lord Akeldama desdeñaba un deporte tan desastroso para el pelo de uno.

—¡Dolly, *adoro* este plan! Alexia, *gota de azúcar*, debes redecorar de nuevo tu casa de la ciudad para complementar a la mía. Azul verdoso con detalles de plata, ¿no crees? Podríamos plantar arbustos de lilas. *Adoro* los arbustos de lilas.

El profesor Lyall no estaba para distracciones.

—¿Creen que funcionará?

—¿Azul verdoso y plata? Por supuesto. Se verá *divino*.

Alexia ocultó una sonrisa.

—No. —El profesor Lyall poseía una paciencia infinita, ya sea ocupándose del temperamento de lord Maccon, los obtusos propósitos de lord Akeldama, o las travesuras de *lady* Maccon. *Ser un Beta*, supuso Alexia, *debe ser bastante parecido a ser el mayordomo más tolerante del mundo*—. ¿Haremos que funcione tener su residencia de vampiro junto a una manada de licántropos?

Lord Akeldama alzó su monóculo. Como los anteojos de Lyall, era solo un artificio. Pero le gustaba mucho el accesorio. Tenía varios, adornados con piedras preciosas diferentes y en metales diferentes para coordinarlos con cualquier traje.

El vampiro miró a través del pequeño círculo de cristal a los dos licántropos que había en su sala de estar.

—Estáis bastante más civilizados bajo la tutela de mi querida Alexia. Supongo que podría tolerarlo, siempre que no tenga que cenar con vosotros. Y, lord Maccon, ¿podemos tener unas palabras sobre la forma correcta de anudar una corbata? ¿Por el bien de mi cordura?...

Lord Maccon estaba desconcertado.

El profesor Lyall, por otra parte, se sintió dolido.

—Hago lo que puedo.

Lord Akeldama lo miró con compasión en sus ojos.

—Es un hombre valiente.

Lady Maccon intervino en ese momento:

—¿Y no le importaría tenernos a Conall y a mí ocasionalmente en su residencia?

—Si tú te ocupas de la situación de la corbata, supongo que podría entregar incluso otro vestidor para la causa.

Alexia se tragó una amplia sonrisa e intentó ser tan seria como fuera humanamente posible.

—Es todo un caballero.

Lord Akeldama inclinó la cabeza en gentil aceptación del elogio.

—¿Quién iba a pensar que tendría a un hombre lobo viviendo en mi vestidor?

—¿Los duendes de debajo de la cama? —propuso *lady* Maccon, permitiendo que emergiera su sonrisa.

—Mi *bola de mantequilla*, debería ser tan afortunado. —Un brillo apareció en los ojos del vampiro, y apartó suavemente su rubio cabello de forma insinuante de su cuello—. ¿Supongo que en su manada deben estar poco vestidos buena parte del tiempo?

El conde comenzó a poner los ojos en blanco, pero el profesor Lyall no estaba por encima de un pequeño soborno.

—O no vestidos en absoluto.

Lord Akeldama asintió complacido.

—Oh, mis queridos niños van a *adorar* este nuevo arreglo. A menudo se toman un gran interés en observar las actividades de nuestros vecinos.

—Oh, querido —masculló lord Maccon en voz baja.

Nadie mencionó a Biffy, aunque todo el mundo estaba pensando en él. Alexia, siendo Alexia, decidió que ella sacaría a la luz el tema prohibido.

—Biffy estará complacido.

El silencio recibió esa declaración.

Lord Akeldama asumió una ligereza forzada en su tono.

—¿Cómo *está* el miembro más reciente de la manada de Woolsey?

En verdad, Biffy no se ajustaba tan bien como les gustaría. Todavía se oponía al cambio cada mes y se negaba a intentar cambiar por su propia voluntad. Obedecía a lord Maccon implícitamente, pero no había alegría en ello. El resultado era que estaba teniendo problemas para aprender el mínimo control y más noches de las debidas tenía que ser encerrado aparte por causa de esta debilidad.

Sin embargo, no sintiéndose inclinado a confiar en un vampiro, lord Maccon solo dijo bruscamente:

—El cachorro está bastante bien.

Lady Maccon frunció el ceño. Si ella y lord Akeldama hubieran estado solos, ella podría haber dicho algo sobre las tribulaciones de Biffy, pero tal como estaban, dejó que se ocupara su marido. Sin duda, si se mudaban al vecindario y al hogar de lord Akeldama, él averiguaría la verdad del asunto bastante pronto.

Le hizo un gesto dictatorial a Conall.

Casi como un perro adiestrado —aunque nadie se atrevería a sugerir la comparación a ningún hombrelobo— lord Maccon se puso en pie, ofreciéndole ambas manos. Tiró de su esposa para ponerla de pie. Durante los últimos meses Alexia había tenido que usarle así en múltiples ocasiones.

El profesor Lyall se levantó también.

—¿Así que está decidido? —Alexia miró a los tres caballeros sobrenaturales.

Todos ellos asintieron con la cabeza hacia ella.

—Excelente. Haré que Floote haga los arreglos. Profesor, ¿puede filtrar nuestra reubicación a los periódicos para que los vampiros se enteren? Lord Akeldama, ¿usaría sus propios y muy especiales métodos de distribución también?

—Por supuesto, mi pequeña *gota de rocío*.

—De inmediato, *milady*.

—Tú y yo —*lady* Maccon sonrió abiertamente a su marido, sumergiéndose, si bien brevemente, en sus ojos leonados— tenemos equipaje que hacer.

Él suspiró, sin duda pensando en la reacción de la manada ante el hecho de que su Alfa estuviera a punto de residir, al menos parte del tiempo, en la ciudad. La manada de Woolsey no era exactamente conocida por su interés en la alta sociedad. Ninguna manada lo era.

—¿Cómo logras meterme en semejantes situaciones, esposa?

—Oh, —Alexia se empinó y se inclinó para besarle la punta de la nariz, estabilizando la barriga contra su fuerte figura—, te encanta. Solo piensa en lo terriblemente insípida que era tu vida antes de que yo entrara en ella.

El conde le dedicó una mirada severa, pero le cedió el punto.

Alexia se acurrucó contra él, disfrutando de los zumbidos que su fornido cuerpo engendraba en el de ella.

Lord Akeldama suspiró.

—Ah, enamorados, ¿cómo soportaré tales flirteos constantemente en mi compañía? Qué *déclassé*, lord Maccon, amar a su esposa. —Indicó el camino fuera de su sala de estar y hacia el gran vestíbulo abovedado.

Dentro del carruaje, lord Maccon alzó en brazos a su esposa contra él y le plantó un sonoro beso en un lado del cuello.

Lady Maccon inicialmente había pensado que las atenciones amorosas de Conall disminuirían cuando su embarazo progresara, pero estuvo felizmente equivocada. Él estaba intrigado por las alteraciones de su cuerpo —un espíritu de investigación científica que se plasmaba en ella desnuda siempre que él podía arreglarlo—. Era una buena cosa que esa fuera la estación para tales actividades; Londres experimentaba realmente el verano más bonito de la época.

Alexia se acomodó contra su marido y, agarrándole la cara con ambas manos, dirigió los besos de él hacia su boca por un largo momento. Él soltó un pequeño gruñido que fue casi un ronroneo y la movió más cerca. Su estómago estaba en el camino, pero el conde no pareció molesto.

Pasaron una media hora más o menos así de agradablemente ocupados hasta que Alexia dijo:

—¿De verdad no te importa?

—¿Importarme?

—¿Vivir en el vestidor de lord Akeldama?

—He hecho cosas más tontas por amor en el pasado —contestó él, más bien irreflexivamente, antes de mordisquearle la oreja.

Alexia se tensó contra él.

—¿Las hiciste? ¿Qué cosas?

—Bien, estuvo aquel...

El carruaje dio unas sacudidas y la ventana de encima de la puerta quedó destrozada.

El conde inmediatamente escudó a su esposa de los cristales voladores con su propio cuerpo. Incluso cuando era completamente mortal, sus reacciones eran rápidas y militarmente afiladas.

—Oh, ¿no es como repetir un pudín gomoso? —dijo Alexia—. ¿Por qué *siempre* ocurre cuando estoy en un carruaje?

Los caballos relinchaban y el coche daba bandazos, deteniéndose con un

traqueteo. Algo definitivamente había espantado a las bestias hasta encabritarlas.

Según la clásica costumbre de los licántropos, lord Maccon no esperó a ver qué era, sino que salió lanzado por la puerta, cambiando de forma al tiempo que aterrizaba en el camino como un lobo enfurecido.

Es impetuoso, pensó su esposa, pero terriblemente bien parecido.

Estaban fuera del Londres respetable, siguiendo uno de los muchos caminos rurales hacia Barking, que finalmente se bifurcaba hacia el castillo Woolsey. Lo que fuera que había sobresaltado a los caballos parecía estar dándole a lord Maccon un varapalo. Alexia asomó la cabeza para mirar.

Erizos. Centenares de ellos.

Lady Maccon frunció el ceño y luego miró más de cerca. La luna estaba solo a la mitad, y aunque era una despejada noche de verano, era un reto distinguir los detalles. Reconsideró su primera impresión sobre los regordetes atacantes. Eran mucho más grandes que los erizos, con largas púas grises. Le recordaron a una serie de grabados al aguafuerte que había visto una vez en un libro sobre el África negra. *¿Cómo se llamaba esa criatura? ¿Algo que ver con los derivados del cerdo? Ah, sí, un puercoespín.* Tenían aspecto de puercoespín. Para su absoluto asombro, también parecieron poder lanzar sus púas hacia su marido, incrustándolas en su carne cubierta en pelaje.

Con cada golpe de las perversas púas, Conall aullaba de dolor y se retorcía para sacarse el proyectil con los dientes.

Entonces pareció perder en parte el control de sus patas traseras.

¿Un agente entumecedor?, se preguntó Alexia. *¿Son mecánicos?* Agarró su sombrilla e hincó la punta de la misma por fuera de la ventana quebrada. Afirmando su agarre con una mano, activó el emisor de interrupción magnética con la otra, bajando el pétalo de loto adecuado en el mango.

Los animales continuaron atacando a Conall sin reducir su velocidad ni mostrar ninguna reacción a la explosión invisible. O bien la sombrilla estaba rota, lo que Alexia dudaba, o las criaturas no tenían partes magnéticas. Quizá eran tan biológicas como inicialmente aparentaban ser.

Bien, pues si son biológicas... *lady* Maccon sacó su arma.

El conde había desaprobado que su esposa llevara armas de fuego, hasta que los vampiros orquestaron el ataque de la salsera. Después de eso, llevó a Alexia a la parte trasera del castillo Woolsey, ordenó a dos miembros de su manada que corrieran por todas partes sosteniendo unas fuentes tajaderas por encima de sus cabezas, y le enseñó a ella a disparar. Luego le había proporcionado una pequeña pero elegante pistola, de fabricación americana y deliciosamente mortal. Era un revólver Colt Paterson del calibre 28, modificado con un cañón más corto y una empuñadura de madreperla —lo primero para facilitar su ocultamiento y lo último para hacer juego con los accesorios para el pelo de *lady* Maccon.

Alexia le puso al arma el nombre de Ethel.

En Woolsey ella podía disparar a unas latas, derribándolas a seis pasos si se concentraba, pero cualquier cosa más pequeña o más lejana estaba bastante más allá de su nivel de habilidad. Esto no le impedía llevar a Ethel usualmente dentro de un ridículo hecho a juego con su vestido. Pero le impedía apuntar a Ethel contra cualquiera de las criaturas que rodeaban a su marido. Podría fácilmente herir tanto a él a como a ellas.

Conall había logrado sacarse la mayoría de las púas incrustadas en su cuerpo, pero nuevos y recién equipados puerco espines sencillamente le dispararon otra vez. Alexia trató de evitar caer en el pánico, dado que esos proyectiles, solo posiblemente, podrían tener la punta de plata. Sin embargo, aunque él parecía un poco abrumado y atontado, ninguno había logrado darle en algún órgano vital. Todavía no. Él estaba mordiendo y gruñendo, tratando de poner sus mortíferas mandíbulas sobre las criaturas, pero parecían moverse notablemente rápido para unos animales tan gorditos.

En interés de la experimentación científica, Alexia disparó a Ethel a través de la ventana del carruaje contra el puercoespín más cercano al borde del ondulante rebaño. La proximidad y la densidad se combinaron para resultar en que realmente le dio a uno. No al que había apuntado, pero... El animal en cuestión cayó pesadamente hacia un lado y comenzó a sangrar lentamente, una sangre espesa y negra, el tipo de sangre emitida por los vampiros. Alexia arrugó la nariz con repugnancia. En una ocasión en su pasado, cierto autómatas de rostro de cera también había exudado una sangre semejante.

Se escuchó otro disparo. El cochero, uno de los guardianes más recientes, también estaba disparando contra sus asaltantes.

Lady Maccon frunció el ceño. ¿Estaban ya muertos estos puercoespines? ¿*Puercoespines zombis*? Ella bufó por el vuelo de su propia imaginación. *Seguramente no*. La nigromancia hacía mucho tiempo que fue desechada como un mero cachivache supersticioso. Entrecerró los ojos. Parecían tener unas púas extrañamente brillantes. ¿*Cera quizá?* ¿*O cristal?*

El arma de Alexia estaba equipada con balas de nocturnos, aunque nadie la había autorizado a llevarlas. Conall definitivamente había insistido, y Alexia no era quién para oponerse a él en materia de municiones. No-muerto o no, el puercoespín contra el que había disparado se quedó abajo. Eso era algo a tener en cuenta. Aunque, la verdad sea dicha, las balas de nocturnos funcionarían igual de bien en cualquier puercoespín normal.

Aún así, definitivamente había montones de ellos y Conall había caído otra vez de costado, contorsionándose y aullando bajo la nube de púas.

Alexia apartó a Ethel y se armó de nuevo con su sombrilla. La sacó completamente fuera de la ventana del carruaje, la abrió y luego, en un movimiento practicado, la lanzó al aire para sujetar la punta, con sus dedos suspendidos en el mortífero dial que había allí. Su marido tardaría en recobrase de las lesiones

resultantes, y ella odiaba provocarle dolor, pero algunas veces las circunstancias requerían medidas extremas. Asegurándose muy bien de que estaba accionando el dial en la segunda y no en la primera o tercera posición, roció una mezcla de *lapis solaris* diluido en ácido sulfúrico. El líquido, diseñado para combatir contra los vampiros, era lo suficientemente fuerte como para quemar a cualquier criatura viva... o causar un dolor severo como mínimo.

La niebla flotaba, recubriendo a los puercoespines. Un inconfundible olor a pelaje quemado impregnó el aire. Su marido, ahora casi enteramente cubierto por las criaturas, evitó la mayor parte de la aspersion mientras los puercoespines recibieron lo más fuerte de la lluvia de ácido que caía.

Misteriosamente, no hicieron ningún ruido. El ácido ardió atravesando el pelaje y cubriendo sus caras, pero tenía poco efecto en las púas que continuaban agujijoneando a lord Maccon. La sombrilla chisporroteó y la aspersion se convirtió en un goteo. Alexia la sacudió, la lanzó hacia arriba y la atrapó por el otro extremo antes de cerrarla.

Con un rugido tan fuerte que estaba garantizado que sacudiría a los puercoespines en sus botas, de haberlas llevado puestas, su marido se quitó de encima a las criaturas y se irguió hacia atrás, como tentándolas a seguirlo. Quizá no estaba tan imposibilitado como fingía estar. Quizá estaba tratando de apartarlos de Alexia.

Golpeada por una inspiración repentina, *lady* Maccon le gritó a su lupino esposo:

—Amor mío, condúcelos hacia afuera. Ve hacia el hoyo de cal. —Recordó a Conall quejándose ante ella, solo pocas noches antes, de entrar corriendo en el hoyo por accidente, chamuscándose todo el pelo de su pata delantera.

Lord Maccon ladró su acuerdo, comprendiéndola por completo —como Alfa, era uno de los pocos que mantenía su inteligencia cuando perdía la piel—. Comenzó retrocediendo fuera del camino y bajando por la rambla hacia el hoyo cercano. Si las criaturas tuvieran algún componente de cera, la cal al menos debería aprisionarlos en la inmovilidad.

Los puercoespines lo siguieron.

Alexia tuvo solo un momento de alivio temporal para apreciar la macabra visión de un lobo apartando con engaños a un montón de puercoespines, como en una versión del flautista de Hammelin de Esopo. Un ruido sordo resonó en la cabina del conductor en el exterior del carruaje. Algo de lejos más grande que un puercoespín había golpeado al guardián cochero y lo había dejado fuera de combate. Segundos después, pues la velocidad siempre fue su punto fuerte, la sombrilla fue apartada de un golpe del agarre de Alexia y la puerta del carruaje fue arrancada bruscamente.

—Buenas noches, *lady* Maccon. —El vampiro inclinó su sombrero de copa con una mano, sujetando la puerta con la otra. Ocupó la entrada con una siniestra y amenazadora silueta.

—Ah, ¿cómo está usted, lord Ambrose?

—Tolerablemente bien, tolerablemente bien. Hace una noche preciosa, ¿no cree?

¿Y cómo va su —recorrió con la mirada su barriga abultada— salud?

—En extremo abundante —contestó Alexia con un modesto encogimiento de hombros— aunque, sospecho, es improbable que se quede así.

—¿Está comiendo higos?

Alexia se sorprendió por esta extraña pregunta.

—¿Higos?

—Son en gran medida beneficiosos para impedir los problemas biliares en los recién nacidos, tengo entendido.

Alexia había estado recibiendo un buen montón de consejos no deseados sobre el embarazo durante los últimos meses, así que lo ignoró y abordó el asunto que tenían entre manos.

—Si no considera que es presuntuoso por mi parte preguntarlo, ¿está usted aquí para matarme, lord Ambrose? —Se alejó lentamente de la puerta del carruaje, tratando de alcanzar a Ethel. El arma yacía detrás de ella sobre el asiento del coche. No había tenido tiempo para volver a ponerla en su ridículo revestido con cortes en forma de piña. El ridículo hacía juego perfectamente con su vestido de viaje a cuadros grises con adornos de encaje verde. *Lady Alexia Maccon* era una mujer a la que le gustaba ver una cosa hecha correctamente o de ningún otro modo.

El vampiro inclinó su cabeza a un lado en un gesto de aceptación.

—Tristemente, sí. Me disculpo por la inconveniencia.

—Oh, ¿de verdad debe hacerlo? Yo preferiría que no lo hiciera.

—Eso es lo que todos dicen.



El fantasma flotaba suavemente. Flotando entre este mundo y la muerte. Se sintió como si estuviera atrapada en un gallinero, una jaula para pollos, y ella fuera una pobre gallina obligada a poner, poner y poner. ¿Qué podía suministrar ella excepto los huevos de su mente? No salía nada. Ningún huevo más.

—¡Cocorocó! —cloqueó.

Nadie le contestó.

Era mejor —esto era mejor, tenía que creerlo— que la nada. Incluso la locura era mejor.

Pero algunas veces se daba cuenta de eso, de la realidad de su gallinero y del mundo sustancial a su alrededor. Había algo muy malo en ese mundo. Había partes que fallaban. Había gente actuando de forma apática o incorrecta. Había sentimientos nuevos entrometiéndose que no tenían derecho a entrometerse. Ningún derecho en absoluto.

El fantasma estaba seguro, sin lugar a dudas, de que algo debía hacerse para detenerlo. Pero ella no era nada más que una aparición, y una loca en lo que a eso se

refiere, flotando suavemente entre no muerto y muerto. ¿Qué podía hacer ella? ¿A quién podría decírselo?



En el que Alexia resulta no siendo lanzada

Lord Ambrose era un caballero excepcionalmente bien formado. Su perpetua expresión era de un desprecio pensativo exacerbado por unas facciones aguileñas y unos ojos oscuros amenazantes. Alexia consideró que tenía mucho en común con un armario de caoba que perteneció al bisabuelo de la señora Loontwill y que ahora residía con avergonzada austeridad entre la cursilería del tocador de su madre. Es decir, que lord Ambrose era inamovible, imposible para vivir con él y estaba repleto de frivolidades incompatibles con su apariencia externa.

Lady Maccon se movió hacia su arma, encontrando difícil manejarse en el espacioso carruaje con su atención canalizada en el vampiro de la puerta y con su movilidad obstaculizada por el infante en su vientre.

—Terriblemente atrevido por parte de la condesa enviarle a usted, lord Ambrose, a hacer el trabajo.

Lord Ambrose se abrió paso hacia el interior.

—Ah, bueno, nuestros intentos más sutiles parecen haberse desaprovechado en usted, *lady Maccon*.

—La sutileza normalmente lo es.

Lord Ambrose la ignoró y continuó con su explicación.

—Soy su *Praetoriani*. Cuando se quiere algo hecho correctamente, a veces se debe enviar al mejor. —Se abalanzó hacia ella, sobrenaturalmente rápido. En sus manos sostenía un garrote. Alexia nunca hubiera pensado que el más digno de la colmena de Westminster fuera capaz de esgrimir un arma asesina tan primitiva.

Lady Maccon podría ser propensa a caminar bamboleándose últimamente, pero no había nada malo con la movilidad de sus extremidades superiores. Se agachó para evitar el mortífero garrote, agarró a Ethel, osciló a un lado, amartillándola en el mismo movimiento y disparó.

A tan corta distancia, incluso ella podría acertar a un vampiro con toda su fuerza

en el hombro, sorprendiéndolo considerablemente.

Este detuvo su ataque.

—¡Bien, válgame Dios! ¡No puede amenazarme, está embarazada!

Alexia amartilló de nuevo.

—Tome asiento, ¿quiere, lord Ambrose? Creo que tengo algo que discutir con usted que podría cambiar su acercamiento actual. Y la próxima vez apuntaré a una parte menos elástica de su anatomía.

El vampiro miraba su hombro, que no se curaba como debería. La bala no lo había atravesado, sino que había entrado en el hueso y se había alojado allí.

—Balas de nocturnos —aclaró *lady* Maccon—. No está en ningún peligro fatal por una mera lesión en el hombro, milord, pero yo no dejaría la bala ahí dentro si fuera usted.

Cuidadosamente, el vampiro se reclinó contra el lujoso asiento de terciopelo. Alexia siempre había pensado que lord Ambrose era el prototipo del vampiro perfecto. Tenía una cabeza coronada de un oscuro y lustroso cabello, una barbilla hendida y, en este momento, un cierto aire de petulancia infantil.

Lady Maccon, que nunca era dada a vacilaciones ni siquiera cuando su vida no estaba en peligro, fue directamente al grano.

—Puede detener todos sus zafios intentos de ejecución. He decidido dar en adopción a este niño.

—¿Oh? ¿Y por qué debería significar eso alguna diferencia para nosotros, *lady* Maccon?

—El afortunado padre sería lord Akeldama.

El vampiro cambió su expresión malhumorada por otra de genuino asombro. Con toda seguridad no había esperado una revelación tan estrafalaria. La sorpresa se aposentó sobre su cara tan precariamente como un ratón en un tazón de pudín hervido.

—¿Lord Akeldama?

Lady Maccon asintió, bruscamente, una sola vez.

El vampiro levantó una mano y la agitó ligeramente de un lado para otro en un gesto altamente elocuente.

—¿Lord Akeldama?

Lady Maccon asintió otra vez.

Él pareció recordar algo de su tan cacareada flema vampírica.

—¿Permitiría que su progenie fuera criada por un vampiro?

La mano de Alexia, todavía agarrando firmemente su pistola, no vaciló un ápice. Los vampiros eran criaturas tramposas y volubles. No tenía sentido relajar su guardia, por mucho que lord Ambrose pareciera relajar la suya. Él todavía sostenía el garrote en su otra mano.

—El potentado, nada menos. —Alexia le recordó el cambio relativamente reciente en el estatus político de lord Akeldama.

Ella observó su cara con atención. Le estaba dando una salida y sabía que él *debía* querer una. La condesa Nadasdy, la reina de la colmena de Westminster, querría una. Todos los vampiros tenían que estar incómodos con esta situación. Probablemente era por lo que continuaban echando a perder los intentos de asesinato; sus corazoncitos sencillamente no estaban en ello. Oh, no en el asesinato —con los vampiros, eso estaba solo un paso por encima de encargarse de un nuevo par de zapatos—. No, querían librarse de tener que matar a la compañera de un hombre lobo Alfa. La muerte de *lady* Maccon a manos de los vampiros, ya fuera comprobable o no, desembocaría en un completo lío de problemas en las colmenas. Problemas de la variedad grande, peluda y fiera. No era que los chupasangres pensarán que perderían una guerra contra los licántropos; era simplemente que sabían que sería sangriento. Los vampiros odiaban perder sangre —era problemático reemplazarla y siempre dejaba una mancha.

Lady Maccon insistió, imaginándose que lord Ambrose había tenido tiempo de cavilar sobre su revelación.

—Seguramente no puede hacer otra cosa que aprobar una solución tan pulcra para nuestro apuro actual.

El vampiro frunció sus carnosos labios sobre sus colmillos. Era la misma elegancia de la propuesta de Alexia lo que lo tenía considerándola seriamente. Ambos sabían eso.

—No contemplaría permitirle a la condesa Nadasdy ser la madrina del infante, ¿verdad?

Alexia colocó una mano sobre su barriga, cogida por sorpresa.

—Bueno —contestó evasiva, intentando conseguir la respuesta más cortés— usted sabe que yo estaría encantada, pero mi marido, debe comprenderlo. Está ya un poco nervioso por el compromiso parental con lord Akeldama. Añadir su colmena a la mezcla podría ser más de lo que él podría soportar.

—Ah, sí, las sensibilidades de los licántropos deben ser tomadas en consideración. Siempre lo olvido. Apenas puedo tolerar su aprobación del plan en primer lugar. ¿Él está conforme con este arreglo?

—Incondicionalmente.

Lord Ambrose le dedicó una mirada de incredulidad.

—Ah, bueno —*lady* Maccon le quitó importancia a la situación—. Mi querido esposo tiene algunas reservas en lo que se refiere a las ideas educativas de lord Akeldama y, eh, los trajes apropiados, pero ha aprobado la adopción.

—Posee unos notables poderes de persuasión, *lady* Maccon.

Alexia se sintió bastante halagada de que él pensara que todo era idea de ella, así que no se molestó en corregirlo al respecto.

—¿Lo harán completamente legal, pondrán la adopción por escrito, registrándola en la Agencia?

—Sin duda. Entiendo que la reina Victoria está conforme. Woolsey tiene

intención de alquilar la casa adyacente a la de lord Akeldama para vigilar al niño. Deben permitirme algún nivel de preocupación maternal.

—Oh, sí, sí, completamente comprensible. ¿Por escrito dijo usted, *lady* Maccon?

—Por escrito, lord Ambrose.

El vampiro guardó el garrote poniéndolo en un bolsillo del chaleco.

—Dada semejante propuesta de arreglo, *lady* Maccon, ¿me excusará por el momento? Debería regresar a Westminster de inmediato. Es gravoso estar tan lejos en su estado actual, y mi reina querrá esta nueva información tan rápido como sea sobrenaturalmente posible.

—Ah, sí. Pensé que el alcance de la colmena se expandía solo a las partes adecuadas de Londres.

—Ser *Praetoriani* tiene algunas ventajas.

Con un brillo de pura travesura en sus ojos castaños, *lady* Maccon recordó sus modales.

—¿Está seguro de no querer quedarse? ¿Tomar una gota de oporto? Mi marido guarda un pequeño alijo para casos de crisis en el compartimento de servicio del carruaje.

—No, agradezco su amabilidad. ¿Quizá en una futura ocasión?

—Que no sea por todo ese asunto del asesinato, espero. Me gustaría dejar atrás ese pozo entre nosotros.

Lord Ambrose realmente sonrió.

—No, *lady* Maccon, por el oporto. Después de todo, va a tener una casa en la ciudad. Usted estará ahora en nuestro territorio, ¿verdad?

Alexia palideció. La colmena de Westminster mantenía el control de las zonas más a la moda de Londres.

—Bueno, sí, supongo que lo estaré.

La sonrisa de lord Ambrose se volvió menos amistosa.

—Le desearé buenas noches, entonces, *lady* Maccon.

Con eso, se dejó caer fuera del carruaje, lanzó la sombrilla de ella hacia adentro, y dejó de existir en la noche. Tan solo unos instantes más tarde, lord Maccon, sin verse peor por sus actividades de pastoreo con los puercoespines, volvió al interior y arrastró sin ceremonias a Alexia hacia sus brazos. Estaba desnudo, por supuesto, y Alexia no tuvo tiempo de reprenderle por no haberse quitado la ropa antes de cambiar de forma. Otra chaqueta arruinada más.

—¿Dónde estábamos? —murmuró en su oreja antes de mordisquearla. Deslizó sus brazos alrededor de ella todo lo lejos que alcanzaba, que debía admitir que no era mucho estos días, y se rozó de arriba abajo por su espalda.

La cintura creciente de *lady* Maccon había dejado la mayoría de los deportes de cama por imposibles, pero esto no les impedía lo que Conall llamaba cariñosamente *juguetear*. A pesar de las protestas de Alexia de que estaba perfectamente sana, la ciencia médica moderna desaprobaba las relaciones conyugales durante los meses

finales, y el conde se negaba a arriesgar el bienestar de su esposa. Él tenía, según Alexia descubrió para su gran desasosiego, una imprevista capacidad de resistencia.

Ella deslizó su arma, que estaba entre los dos, y la apartó a lo largo del asiento. Habría suficiente tiempo para hablarle a su marido de lord Ambrose más tarde. Si se lo dijese ahora se pondría todo nervioso y distraído. Por el momento *ella* prefería ser la causa tanto de sus nervios como de su distracción.

—¿Ningún daño permanente, amor mío? —Ella deslizó las manos a lo largo de sus costados, disfrutando de la suavidad de su piel ahí y de la forma en que él se contorsionaba bajo su toque.

—Ninguno. —Él besó su boca en un abrazo acalorado.

Alexia se maravillaba de que incluso después de tantos meses de matrimonio, todavía pudiera perderse completamente al besar a su marido. Nunca dejaba de ser excitante. Era como un sustancioso té con leche: reconfortante, revitalizante y delicioso. Aunque no estaba segura de cómo se tomaría él tal analogía, Alexia Maccon era *muy* aficionada al té.

Ella le tocó la barbilla con ambas manos, alentándolo a un beso más profundo.



Mudarse de casa, pensó *lady* Maccon, debe ser la tarea más incómoda del mundo.

Ella, claro está, no tenía permitido ayudar físicamente, aunque hizo sus pinitos señalando objetos e indicando dónde deberían ir. Se estaba divirtiendo inmensamente. Su marido y sus co-conspiradores se habían ido con sus propios negocios varios días atrás y ella se sentía como un general regordete en posesión exclusiva de un reluciente campo de batalla, dirigiendo una invasión masiva en terreno extranjero. Aunque después de tener que mediar en un choque frontal entre Boots y Biffy sobre la eficacia de las almohadas decorativas de terciopelo, sospechaba que los generales lo tenían más fácil. Conall y el profesor Lyall habían hecho sus preparativos para que el dominio de ella sobre la operación de mudanza la distrajera, pero como era consciente de la manipulación, y como ellos eran conscientes de que ella era consciente, bien podía divertirse.

Lo que lo hacía particularmente grato era que tenía que hacerse de forma encubierta. No querían que se supiera que lord y *lady* Maccon estaban en realidad estableciendo su residencia *dentro* de la casa de lord Akeldama. Los vampiros solo habían estado de acuerdo a regañadientes con que los Maccon se mudaran a una nueva casa *al lado*, atemorizados de que un hombre lobo y una preternatural pudieran influenciar excesivamente en la crianza de un niño, incluso bajo los cuidados de lord Akeldama. Una mayor intimidad sería fuertemente desalentada. Así, habían hecho parecer como si *lady* Maccon buscara refugio del caos tomando el té en casa de lord Akeldama, mientras sus pertenencias eran movidas al alojamiento alquilado en la

finca adyacente. Los efectos personales de Alexia fueron subidos un tramo de escaleras, bajados al vestíbulo y sacados por encima de un balcón. Entonces fueron lanzados por encima del balcón de lord Akeldama —los balcones estaban separados por una corta distancia y convenientemente escondidos por un acebo grande—. Sus posesiones privadas fueron luego bajadas hacia otro vestíbulo, subidas otro tramo de escaleras, y finalmente colocadas en su armario en la residencia. Esto involucró una gran cantidad de alboroto, especialmente cuando fue lanzado el mobiliario. *Gracias a los dioses*, reflexionó Alexia, observando a Biffy atrapar su armario favorito con facilidad, *por la fuerza sobrenatural*.

Los acólitos de lady Maccon en esta elaborada charada fueron tres de los miembros más jóvenes de la manada de Woolsey: Biffy, Rafe y Phelan. Biffy como receptor y los otros dos como porteador y lanzador, respectivamente. El una vez eficiente Floote y un certero grupo de zánganos de lord Akeldama correteando para que todo se organizara *impecablemente*.

Después de supervisar los lanzamientos, Alexia se las compuso para vigilar el acomodamiento de su nuevo dormitorio. El tercer vestidor de lord Akeldama era muy espacioso, casi del tamaño de su dormitorio allá en Woolsey. Ciertamente que no había ventanas y había ganchos innecesarios, estantes y rieles cubriendo las paredes. Pero había también suficiente habitación para una cama grande, especialmente encargada por lord Akeldama para acomodar la constitución de lord Maccon, un tocador y varios otros bártulos. Conall tendría que prescindir de su vestidor, aunque como de todas formas era propenso a vagabundear poco vestido, Alexia sospechó que esto no afectaría a sus hábitos de forma perjudicial. La falta de un ayuda de cámara adecuado le preocupó durante unos cinco segundos, antes de darse cuenta de que ninguno de los zánganos de lord Akeldama consentiría que su marido atravesara sus pasillos en nada menos que en perfectas condiciones, sin una arruga.

Biffy estaba en su elemento, libre de vagar otra vez por los lujosos, coloridos y algo efervescentes corredores de su anterior amo. De todos los conocidos de Alexia, Biffy era el más emocionado por el nuevo plan de cohabitación. Estaba mucho más cómodo trajinando para colgar los sombreros de Alexia en ganchos, de lo que había estado en los últimos cinco meses en el castillo Woolsey. Alguien incluso podría haberlo descrito como alegre, ya no agobiado por lo que el destino juguetón había hecho con su vida después de la muerte.

Los zánganos no podrían haber estado más excitados si la reina Victoria les hubiera honrado con su presencia. Una fémina entre ellos, un bebé en su futuro y un dormitorio para decorar en el ínterin: un auténtico paraíso. Después de una breve riña sobre volver a empapelar las paredes, se decidió, totalmente sin la participación de Alexia, que una alfombra nueva y algún alumbrado adicional serían suficientes para iluminar el vestidor.

Una vez que la Operación Encubierta de Lanzamiento de Mobiliario fue concluida, los otros dos licántropos saltaron fácilmente de un balcón al otro y fueron

a ver si había algo más que la hembra Alfa deseara de ellos. Había bastante más, como rápidamente les informó. Deseaba que la cama fuera movida ligeramente hacia la derecha y su armario trasladado al otro lado de la habitación, y luego de vuelta otra vez. También los zánganos deseaban preguntar la opinión de los licántropos sobre la cuestión de cómo apilar las sombrereras de *lady* Maccon y el orden correcto en que colgar los abrigos de lord Maccon.

Al final, Rafe tenía la mirada de resignación de un águila recibiendo órdenes de una bandada de palomas excitadas.

Floote señaló la culminación entrando con las últimas de las más preciadas posesiones de *lady* Maccon: su sombrilla, su maletín y su joyero.

—¿Qué le parece, Floote?

—Es bastante lucida, señora.

—No, eso no. ¿Qué piensa sobre todo este arreglo?

Habían estado organizando y haciendo el equipaje durante varios días, y Floote se había hecho cargo de alquilar la casa adyacente a la de lord Akeldama, aunque no, para gran decepción del vampiro, de repintarla, pero Alexia no había encontrado tiempo para consultarle su opinión sobre el plan mismo.

Floote tenía un aspecto serio y en gran medida como el de un mayordomo. Aparentemente era ahora el secretario personal y bibliotecario de *lady* Maccon, pero nunca había sido alguien que dejara de lado una buena preparación.

—Es una solución única, señora.

—¿Y?

—Usted siempre ha hecho las cosas de forma diferente, señora.

—¿Funcionará?

—Cualquier cosa es posible, señora —fue la respuesta sin ataduras ni compromisos de Floote. Era muy diplomático.

Estaba bien entrada la noche y ya no era realmente hora para visitas sociales, incluso entre sobrenaturales, cuando el timbre de la puerta de lord Akeldama sonó, interrumpiendo la conversación de Alexia y el bullicio de los zánganos.

Emmet Wilberforce Bootbottle Fipps —a quién todo el mundo, incluyendo *lady* Maccon cuando se olvidaba, llamaba Boots— trotó con un revoloteo de su levita de terciopelo verde para ver quién llamaba a semejante hora. Lord Akeldama no siempre tenía un mayordomo; decía que sus zánganos necesitaban práctica. Fuera lo que fuese que eso significara.

Alexia pensó en algo que tenía que ver mejorado antes de que se le resbalara de la mente y se volviera un inconveniente.

—Floote, ¿haría el favor de buscar algunos carpinteros que sean muy discretos para que construyan un puente entre los balcones?

—¿Señora?

—Me doy cuenta de que apenas hay un metro de distancia, pero mi estabilidad no es lo que una vez fue. Parece probable que debamos persistir en esta farsa de vivir

realmente en una morada mientras nos metemos a hurtadillas en la otra. Me niego a ser arrojada a la fuerza entre las casas, no importa lo fuerte que sea mi marido o lo divertido que encontraría el intentarlo. La ropa no es siempre suficiente barrera para el contacto preternatural, y odiaría ser víctima de una recepción poco fiable, si capta lo que quiero decir.

—Perfectamente, señora. Veré a los constructores en seguida. —Floote mantuvo una expresión notablemente compuesta para un hombre que había escuchado una declaración tan absurda saliendo de boca de una aristócrata excesivamente embarazada.

Boots reapareció mostrando una apariencia de suave sorpresa bajo la esculpida frondosidad de sus patillas.

—La visita es para usted, *lady* Maccon.

—¿Sí? —Alexia extendió la mano en busca de una tarjeta.

No apareció ninguna, solo la declaración conmocionada de Boots:

—¡Es una *dama*! ¿Cómo es posible?

—A veces sucede, Boots, por mucho que usted preferiría negarlo.

—Oh, no, lo siento. Yo quería decir que ¿cómo sabía ella que estaba usted aquí?

—Bien, si me dijera de qué dama se trata, podría ser capaz de aclararlo.

—Es una señorita Loontwill, *lady* Maccon.

—Oh, bobadas. ¿Cuál?

La señorita Felicity Loontwill se sentó en el saloncito de lord Akeldama con un vestido de sensato *tweed* de color brezo con solo una capa de adorno y seis botones, un sombrero con unas plumas mínimas y un chal de punto gris con un cuello de volantes.

—Oh, cielos —exclamó *lady* Maccon al ver a su hermana en tal estado—. Felicity, ¿estás bien?

La señorita Loontwill alzó la mirada.

—¿Por qué?, sí, por supuesto, hermana. ¿Por qué no debería estarlo?

—¿Pasa algo malo en la familia?

—Quieres decir, ¿además de la predilección de mamá por el rosa?

Alexia, parpadeando con atónita sorpresa, se dejó caer cuidadosamente sobre una silla.

—¡Pero, Felicity, llevas puesto un vestido de la temporada pasada! —Bajó la voz, con el genuino temor de que su hermana pudiera estar desquiciada—. Y *ropa de punto*.

—Oh. —Felicity envolvió el espantoso chal más apretadamente alrededor de su cuello—. Era necesario.

Lady Maccon quedó incluso más horrorizada por una declaración tan inesperada.

—¿Necesario? ¡Necesario!

—Bueno, sí, Alexia, presta atención. ¿Has estado siempre así de exhausta, o es por tu desafortunada condición? —Felicity bajó la voz conspirativamente—. Era

necesario porque he estado *confraternizando*.

—¿Que has hecho qué? ¿Con quién? —Alexia empezó a sospechar. Era muy tarde por la noche para que una señorita soltera de buena familia estuviera correteando sin acompañante, especialmente una que tenía las horas diurnas para ello y cuyos padres rehuían la asociación con los sobrenaturales.

—Llevo puesto *tweed*. ¿Con quién iba a ser? Con algunos pobres desgraciados de clase media.

Lady Maccon no quiso saber nada de ello.

—Oh, de verdad, *Felicity*, difícilmente puedes esperar que yo crea que has tenido nada que ver en absoluto con las clases inferiores.

—Puedes elegir si creerlo o no, hermana.

Alexia deseó volver a tener la habilidad de dar zancadas y cernirse amenazadoramente sobre alguien. Tristemente, para ella dar zancadas había quedado atrás hacía ya varios meses, y si intentaba cernirse amenazadoramente, indudablemente perdería el equilibrio y caería de bruces con una esplendorosa falta de gracia. Se conformó con lanzar dagas con la mirada hacia su hermana.

—Bien, entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y cómo supiste que me encontrarías en la residencia de lord Akeldama?

—La señora Tunstell me dijo dónde encontrarte. —*Felicity* miró con ojo crítico la dorada magnificencia que la rodeaba.

—¿Ivy? ¿Cómo lo supo Ivy?

—Se lo dijo *madame Lefoux*.

—¿Oh, lo hizo? Y cómo...

—Aparentemente alguien llamado profesor Lyall le dijo a *madame Lefoux* que tu mudanza tendría lugar esta tarde y que te esconderías en casa de lord Akeldama, en caso de que hubiera cualquier pedido pendiente de entrega. ¿Has encargado un sombrero nuevo, hermana? ¿De esa burda extranjera? ¿Estás segura de que deberías auspiciar su establecimiento después de lo que sucedió en Escocia? ¿Y quién es ese profesor Lyall? No has estado involucrada con *académicos*, ¿verdad? Eso no puede ser saludable. La educación es terriblemente mala para los nervios, especialmente para una mujer en tu estado.

Lady Maccon luchaba por encontrar una respuesta apropiada.

Felicity agregó, en un evidente intento de distracción:

—Hablando de eso, te *has puesto* tremendamente corpulenta, ¿no? ¿Se supone que debes hincharte tanto?

Lady Maccon frunció el ceño.

—Creo que he aumentado, por decirlo así, hasta el máximo. Ya me conoces, siempre insisto en ver las cosas hechas tan a fondo como sea posible.

—Bien, mamá dice que hay que asegurarse de que no te enojas con nadie. El niño terminaría pareciéndose a él.

—¿Oh, de verdad?

—Sí, lo llaman imitación emocional y...

—Bueno, eso no es un problema. Simplemente terminaría pareciéndose a mi marido.

—¿Pero qué ocurre si es una niña? ¿No sería horrible? Sería toda velluda y...

Felicity hubiera continuado, pero *lady* Maccon perdió la paciencia, algo que era excesivamente propensa a extraviar.

—Felicity, ¿por qué has venido a visitarme?

La señorita Loontwill contestó con evasivas:

—Esta es realmente una morada notable. Nunca pensé que alguna vez fuera a ver por dentro una colmena de vampiros. Y una tan encantadora, brillante y llena de colecciones exquisitas. Casi hasta para mis estándares.

—Esto no es una colmena, no hay reina. No en la definición técnica de la palabra. No se me distrae tan fácilmente, Felicity. ¿Por qué has aparecido a semejante hora de la noche? ¿Y por qué ibas a tomarte tantas molestias para descubrir mi paradero?

Su hermana se enderezó en el sofá de brocado, su cabeza rubia se inclinó a un lado y un pequeño ceño fruncido arrugó su frente perfecta. Ella, notó Alexia, no había modificado su elaborado peinado de bucles para combinarlo con su sencillo vestido. Una fila de perfectos rizos planos estaba engomada sobre su frente según la última moda.

—No le has prestado mucha atención a la familia desde tu regreso a Londres.

Lady Maccon consideró esta acusación.

—Debes admitirlo, fui obligada a sentirme bastante poco bienvenida antes de mi partida. —*Y eso poniéndolo suavemente.* Su familia siempre había sido una garrapata mezquina para su gusto, incluso antes de que unilateralmente decidiesen expulsarla de su seno en el momento más inconveniente. Desde su aciago viaje a Escocia, y su subsiguiente carrera a través de medio mundo conocido, ella sencillamente había elegido evitar a los Loontwill todo lo posible. Como *lady* Maccon, ciudadana de la noche, que confraternizaba con licántropos, inventores y, horror de los horrores, actores, esta era una empresa relativamente fácil.

—¡Sí, pero definitivamente han sido meses, hermana! No pensé que fueras del tipo que guarda rencor. ¿Supiste que Evelylin ha renovado su compromiso con el capitán Featherstonehaugh?

Lady Maccon solo clavó los ojos en su hermana, golpeando ligeramente con una pantufla el suelo alfombrado.

La señorita Loontwill se sonrojó, mirándola y apartando la mirada de nuevo.

—Me he visto —hizo una pausa como si buscara la forma correcta de expresarlo — involucrada.

Alexia sintió un pequeño temblor de verdadero miedo atravesar su pecho. ¿*O es indigestión?*

—Oh, no, Felicity. ¿No con alguien inadecuado? No con alguien de clase media. ¡Mamá nunca te lo perdonaría!

Felicity se levantó y comenzó a andar de un lado a otro por la habitación dorada, mostrando una agitación considerable.

—No, no, malinterpretas lo que quise decir. Me he visto involucrada con mi división local de —bajó la voz dramáticamente— la Sociedad Nacional por el Sufragio de las Mujeres.

Si *lady* Maccon no hubiera estado ya sentada, habría tenido que sentarse ante tal declaración.

—¿Tú quieres votar? ¿Tú? Pero si ni siquiera puedes decidir qué guantes ponerte por la mañana.

—Creo en la causa.

—Tonterías. Tú nunca has creído en nada en toda tu vida, excepto posiblemente en la fiabilidad de los franceses para predecir la paleta de color de la siguiente estación.

—Bien. Aun así.

—Pero, Felicity, realmente esto es demasiado vulgar. ¿No pudiste empezar por una sociedad benéfica para damas o una tertulia de bordado? ¿Tú? ¿Conciencia política? No puedo considerar que tal cosa sea posible. Solo han pasado cinco meses desde que te vi por última vez, no cinco años, y aunque fuera así, tú no podrías cambiar tu carácter tan drásticamente. Un bonete emplumado no muda las plumas tan fácilmente.

En ese momento, y sin advertencia alguna, lord Akeldama entró flotando en la habitación oliendo acaramelo de limón y menta y portando un programa de alguna comedia subida de tono del West End.

—Alexia, mi pudin, ¿cómo te va en esta hermosa tarde? ¿Mudarse es trágicamente perturbador? Un traslado puede ser una prueba tremenda para los sentimientos más sutiles, siempre lo he pensado. —Hizo una pausa hábilmente en el umbral para depositar sus prismáticos de ópera, guantes y sombrero de copa en un conveniente aparador. Luego alzó su monóculo de plata y zafiros hasta uno de sus ojos y miró a Felicity a través de él.

—Oh, Dios mío, disculpa la intrusión. —Sus sagaces ojos asimilaron el anticuado vestido y los excesivos rizos de la visita de Alexia—. ¿Alexia, mi paloma, tienes algún tipo de *compañía*?

—Lord Akeldama. ¿Recuerda a mi hermana?

El burlón cristal no descendió.

—¿Debería?

—Creo que pudieran haberse conocido el uno a la otra en mi boda. —Alexia no tenía ninguna duda de que su estimado anfitrión supo *exactamente* quién era Felicity en el preciso instante en que se introdujo en el cuarto, posiblemente antes, pero adoraba las actuaciones, incluso si tenía que ponerlas en práctica él mismo.

—¿De veras? —El vampiro estaba vestido a la última moda para una salida vespertina. Vestía un frac azul medianoche y pantalones a juego, algo bastante sutil

para lord Akeldama, o así parecería a primera vista. Un observador atento pronto repararía en que su chaleco de raso era de cachemir en plata, azul y púrpura, en un estampado excesivamente atrevido, y que llevaba guantes y polainas del mismo material. Alexia no tenía ni idea de cómo se le ocurría llevar un conjunto tan escandaloso. ¿Alguien había oído hablar de guantes estampados, y mucho menos de polainas? No obstante, ningún conjunto había vencido todavía a lord Akeldama, ni era probable que ninguno lo hiciera.

Él ciertamente tenía derecho a mirar de reojo a Felicity.

—¡Oh, sí! ¿La señorita Loontwill? Pero estás muy cambiada desde la última vez que nos vimos. ¿Cómo ha ocurrido semejante transformación?

Ni siquiera Felicity tenía el poco sentido común de enfrentarse a lord Akeldama armado con un monóculo. Se desmoronó frente a la autoridad majestuosa de su corbata perfectamente anudada y todavía mullida —a pesar de las actividades de la tarde— con su ostentosamente grande alfiler de zafiro.

—Oh, bien, verá, milord, he tenido una, hum, reunión y sencillamente no tuve tiempo para cambiarme. Se me ocurrió pillar a mi hermana antes de que se retirase, para tratar un asunto algo delicado.

Lord Akeldama no se dio por aludido.

—¿Oh, sí?

—Felicity se ha unido a la Sociedad Nacional por el Sufragio de las Mujeres —dijo plácidamente Alexia.

El vampiro resultó ser útil instantáneamente:

—¿Oh, sí? Tengo entendido que lord Ambrose es un contribuyente asiduo.

Alexia asintió comprendiendo al fin.

—¿Lord Ambrose, eh? Oh, Felicity, ¿te das cuenta de que es un vampiro?

La señorita Loontwill sacudió sus rizos.

—Bueno, sí, pero es un vampiro *elegible*. —Miró a lord Akeldama por debajo de sus pestañas—. ¡Y me estoy volviendo muy mayor!

Él expresó instantáneamente simpatía:

—Por supuesto que sí. Ya tiene ¿cuántos? ¿Dieciocho?

La señorita Loontwill saltó al ataque.

—Pero quedé bastante encantada con su retórica.

Alexia supuso que una señorita tan influida por las revistas parisinas de moda podría ser persuadida por un despliegue aceptable de oratoria.

Felicity continuó:

—¿Por qué no deberíamos votar nosotras las mujeres? Después de todo, no es como si los caballeros hubieran hecho un trabajo tan maravilloso con las cosas con su gestión. No tengo intención de ofender, milord.

—No estoy ofendido, mi pequeño *botón de oro*.

Oh, oh, pensó Alexia, Felicity ha recibido un epíteto. A lord Akeldama le gusta.

El vampiro continuó:

—Encuentro tales luchas adorablemente recomendables.

Felicity empezó a pasearse casi de una manera que Alexia tuvo que admitir que no era diferente de la suya propia cuando intervenía en una discusión particularmente inspirada.

—Esa es mi opinión, precisamente. ¿No quieres votar, Alexia? No puedes estar feliz de concederle la palabra a ese bufón de tu marido para que hable por ti en temas políticos. No después de la forma en que se ha comportado en el pasado.

Alexia declinó mencionar en ese momento que ya tenía el voto, y que era una de los únicos tres miembros del Consejo en la Sombra de la reina Victoria. Un voto como ese contaba mucho más de lo que podría hacerlo cualquier voto popular. En su lugar, expresó una verdad diferente:

—Nunca he dedicado al asunto muchos pensamientos. Pero aún así no explica cómo has terminado en el umbral de lord Akeldama.

—Sí, pequeña campanilla de invierno. —Lord Akeldama se encaramó en el brazo del sofá, mirando a Felicity como un loro podría observar a un pequeño y deslustrado gorrión que hubiera invadido sus dominios.

La señorita Loontwill aspiró profundamente.

—No es realmente culpa mía. Mamá no aprueba mis esfuerzos con respecto a lord Ambrose. Así que me he estado escapando de casa después de la hora de acostarse, por la puerta de servicio. Tú solías tener cierto éxito con ese enfoque, Alexia. No creas que no lo sabía. Creí que podría lograr lo mismo sin ser descubierta.

Alexia comenzaba a entender.

—Pero calculaste mal. Yo tuve ayuda. La ayuda de Floote. No puedo imaginar a Swilkins simpatizando con la causa de Ambrose.

Felicity hizo una mueca mostrando su acuerdo.

—No, tienes toda la razón. No me percaté de cuán vital es la aprobación del mayordomo de una para permitir la autonomía nocturna.

—Así que vayamos al meollo de la cuestión. ¿Mamá te ha echado?

Felicity tenía esa mirada en su cara que significa que quienquiera que tuviera la culpa de este panorama, probablemente era Felicity.

—No exactamente.

—Oh, Felicity, no lo hiciste. ¿Te fuiste?

—Pensé que, puesto que tú abrías casa en la ciudad, quizá podría quedarme contigo por un tiempo mientras tanto. Entiendo que la compañía no será tan refinada o elegante como a la que estoy acostumbrada, pero...

La frente de lord Akeldama se arrugó muy ligeramente ante *esa* declaración.

Lady Maccon reflexionó. Le gustaba alentar este nuevo espíritu de conciencia social. Si Felicity necesitaba alguna cosa en su vida, era una causa. Así podría dejar de ser tan quisquillosa con todos los demás. Pero si se quedaba con ellos, tendrían que confiar en ella en lo referente a los arreglos sobre la residencia. Y había otra cosa que considerar. ¿Debería ser Felicity expuesta a una manada de licántropos en todo su

cambiante y sobreexposto esplendor mientras todavía permanecía soltera? *Esto es lo último que necesito ahora mismo. Ni siquiera puedo verme ya los pies. ¿Cómo puedo vigilar que mi hermana sea adecuadamente escoltada?* Alexia había encontrado el embarazo relativamente manejable, hasta cierto punto. Esa opinión había durado hasta hace unas tres semanas, en ese momento sus reservas naturales de control dejaron paso al sentimentalismo. Ayer mismo había acabado el desayuno sollozando sobre los huevos fritos porque *la miraron con burla*. La manada había pasado una buena media hora tratando de encontrar la forma de apaciguarla. Su marido estaba tan preocupado que parecía a punto de comenzar a llorar él mismo.

Alexia escurrió el bulto, avergonzada de tener que hacer eso delante de lord Akeldama.

—Tendré que consultar con mi marido sobre la cuestión.

El vampiro saltó con presteza.

—Podrías quedarte aquí conmigo, pequeña campanilla.

Felicity resplandeció.

—Oh, ¿por qué...?

Lady Maccon le paró los pies.

—Absolutamente no. —De toda la gente a quien Felicity no debería ser sobreexposta, el peor era lord Akeldama, basándose solo en la malicia. Si se los dejaba juntos durante demasiado tiempo, realmente podrían apoderarse del mundo civilizado, por pura aplicación de comentarios sarcásticos.

Un suave golpe sonó en la puerta de la salita.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alexia.

—¡Adelante! Estamos incuestionablemente en casa —canturreó lord Akeldama.

La puerta se abrió y Boots y Biffy entraron. Ambos se veían apuestos y bien arreglados, como correspondía a un actual y a un antiguo zángano de lord Akeldama, aunque Biffy tenía una cierta aura de la que Boots carecía. Biffy era todavía el mismo tipo de modales agradables, con una inclinación por la ropa a la moda y una figura para lucirse con ella, pero algo estaba alterado. Había una mancha en su pómulo que ningún zángano de lord Akeldama mostraría nunca ante su amo. Sin embargo, viendo a los dos juntos en pie, Alexia no creyó que fuera enteramente culpa de la mancha. Ya no había nada de sofisticación vampírica en Biffy: nada del brillo de la alta sociedad, nada de bordes afilados. En lugar de ello, mostraba un leve aire de vergüenza que Alexia sospechaba que todos los licántropos sentían en lo más profundo. Brotaba de la certeza de que una vez al mes se desnudaría y se convertiría en una bestia babeante, le gustara o no.

La expresión inquisitiva de lord Akeldama no vaciló.

—¡Queridos! —Se lo dijo a los dos, como si no los hubiera visto en años—. ¿Qué excitantes cotilleos me habéis traído?

La señorita Loontwill miró con interés a los dos jóvenes.

—¡Oh, le recuerdo! —dijo—. Ayudó a mi hermana a planear sus nupcias. Usted

tuvo esa maravillosa idea acerca de la tarta del novio. Unas tartas muy elegantes, las dos. Especialmente para la boda de mi hermana... ella es tan aficionada a la comida.

Biffy conocía su deber y se apresuró a inclinarse de forma respetuosa sobre la mano ofrecida por Felicity.

—Sandalia de Rabiffano, a sus órdenes, señorita. ¿Cómo está usted?

Alexia, que hasta ese momento no había oído nunca antes el auténtico nombre de Biffy, dirigió a lord Akeldama una mirada alarmada. El vampiro se levantó y acercó inocentemente a la silla de ella.

—Espectacularmente español, ¿no te parece? La sangre árabe de algún modo ha vuelto.

Ella asintió sabiamente.

Biffy devolvió la mano de Felicity.

—No puedo atribuirme el mérito por la tarta, señorita. Es una pequeña y curiosa costumbre americana.

Felicity coqueteó escandalosamente:

—Oh, bien, no se lo diremos a nadie ahora, ¿verdad? ¿Todavía está empleado con lord Akeldama?

Un breve destello de dolor atravesó el agradable rostro de Biffy.

—No, señorita. He sido transferido a la familia de su hermana.

La señorita Loontwill claramente pensó que era un arreglo más beneficioso.

—Oh, ¿de verdad?

Alexia interrumpió cualquier coqueteo.

—Felicity, ve a la puerta de al lado y espérame en la sala delantera. Ordena que te traigan té si quieres. Cuando mi marido regrese, discutiré tu petición con él.

Felicity abrió la boca de nuevo.

—Ahora, Felicity. —*Lady* Maccon estaba en su modo más dictatorial.

Para completa sorpresa de todo el mundo, incluyendo la de Felicity, Felicity se fue.

Lord Akeldama inclinó la cabeza hacia Boots e hizo un ligero asentimiento con la cabeza hacia la muchacha que salía. Sin que se requiriese intercambio verbal, Boots trotó obedientemente tras Felicity. Biffy se quedó mirando tristemente. Alexia supuso que no anhelaba continuar en compañía de Felicity, sino que lamentaba el hecho de no poder ya obedecer las órdenes de lord Akeldama.

Ella lo trajo de vuelta rápidamente. No tenía sentido dejar que se obsesionara.

—Biffy, ¿tenía algo que decirme a mí o a lord Akeldama?

—A usted, *milady*. Me complace informarle que ha sido trasladada con éxito. La nueva casa espera su examen y, esperanzadamente, su aprobación.

—¡Excelente! Debería... Oh, espere. Lord Akeldama, sigo queriendo preguntarle algo. ¿Y ya que estoy en su compañía, si me lo permite?

—¿Sí, mi pequeño *syllabub*?

—¿Recuerda que le estaba describiendo esos puercoespines? ¿O erizos súper

desarrollados? Cualquiera que sea su inclinación a una especie, hace varias noches estaba pensando que también tenían incluso una propensión ligeramente vampírica. Su velocidad, su antigua sangre oscura y su susceptibilidad a los *lapis solaris*. ¿Es eso posible, cree usted... puercoespines vampiros?

Los ojos de lord Akeldama se iluminaron con diversión.

—Oh, mi queridísima muchacha, ¿qué será lo próximo en que pienses? ¿Cabras cambiantes? ¡Ten cuidado, porque durante la luna llena se meterán en tu ropero y se comerán todos tus zapatos!

Biffy ocultó una sonrisa.

Alexia no estaba de humor para que se burlaran de ella.

Lord Akeldama recobró su tan cacareado aplomo.

—Mi querido *botón de caramelo*, realmente puedes ser un patito silvestre en ocasiones. Los animales no tienen alma. ¿Cómo podrían? Si fuera así, que sepas que le dirigiré una petición a la condesa Nadasdy para morder a este viejo adiposo de aquí para poder tener compañía en mi senectud. —Señaló a su gato. La regordeta criatura tenía la falsa ilusión de ser una cazadora cruel, pero nunca podría dominar nada más arduo que una borla de almohada. O, en una ocasión reciente y memorable, uno de los sombreros de Ivy. *Lady Maccon* se estremeció ante el recuerdo. ¿Por qué había pensado que podría traer a Ivy a tomar el té con un vampiro? Su querida amiga podía haberse sentido atraída por las escenas de difuntos, pero no estaba todavía lista para la exposición íntima a los modales dramáticos de lord Akeldama. Ni lord Akeldama era completamente capaz de resistir una exposición íntima a uno de los sombreros de Ivy. Después de ese té, Alexia se había visto forzada a admitir que lord Akeldama e Ivy Tunstell eran como una manta escocesa y el brocado, completamente incompatibles, incluso con colores complementarios.

En ese momento alguien más entró en la salita de lord Akeldama, solo que esta vez sin anuncio de ningún tipo, salvo un pequeño bramido.

—Dios misericordioso —dijo lord Akeldama, sonando como una condesa viuda con viejos gustos georgianos—. ¿En qué se ha convertido mi casa? ¿En la estación de Charring Cross?

Biffy miró a *lady Maccon*, resplandeciente en su vestido como una tienda de campaña con ojales de cordón y lazos de raso azul.

—Más parecido a una explanada de aterrizaje para dirigibles, diría yo, milord.

Alexia, que encontraba su condición aún más ridícula que nadie, se sintió impulsada a sonreír ante tal comparación. Últimamente, se había sentido inflada.

Lord Akeldama cloqueó suavemente:

—Ah, Biffy, te he añorado, palomo mío.

El individuo que había entrado, sin anunciarse y de forma inesperada, observó este intercambio con un ceño.

Lord Akeldama se volvió hacia él con una suave censura en sus sagaces ojos azules.

—Lord Maccon, si va a quedarse aquí, y creo *que eso* está decidido por el momento, realmente debemos entrenarle en el bello arte de llamar antes de entrar en una habitación.

El conde fue brusco en su vergüenza.

—Oh, sí. En ocasiones me cuesta trabajo recordar los detalles de la etiqueta. — Hizo un remolino con su capa. Esta aterrizó en el respaldo de una silla lateral antes de resbalar y caer al suelo.

Lord Akeldama se estremeció.

—Lord Akeldama. Esposa. Cachorro. —Lord Maccon inclinó la cabeza. Con sus ojos leonados preocupados, se movió para inclinarse sobre Alexia—. ¿Todavía sigue el corcho puesto? —le preguntó al oído.

—Sí, sí, no te preocupes, Conall. —Alexia no quiso saber nada de ello.

—¿Todo lo demás cuadra?

—Estaba a punto de realizar la inspección. Levántame, ¿quieres?, por favor.

El conde sonrió, se preparó y le ofreció su robusta mano. Alexia la asió con las suyas y él hizo palanca. Ante su toque preternatural, él perdió su fuerza sobrenatural, pero todavía era lo suficientemente poderoso como para manejar a Alexia, incluso en su situación de dirigible inflado.

—Tendremos que ser *vistos* yendo a la casa de al lado, supongo. Y tendremos que decidir una forma para ocultar la vuelta a esta casa más tarde esta noche.

—Cómo escondernos y todas esas idioteces, todo por el bien de las apariencias — masculló lord Maccon.

Alexia se erizó. Había pasado un infierno cuando su marido la echó a patadas de su cama y de su compañía. La sociedad la había excluido de la sociedad y todo porque *parecía* haber cometido una indiscreción.

—¡Las apariencias lo son todo!

—Ya lo oye —concordó lord Akeldama.

—Muy bien, esposa. Debemos resolver cómo llevarte desde nuestro balcón al de lord Akeldama.

Mostraba una expresión que hizo que Alexia sospechara bastante. Ella le sonrió.

—Me encontrarás una pasarela, muchas gracias. No dejaré que me lancen, esposo.

Lord Maccon pareció un tanto asombrado ante eso.

—¿Dije yo que pretendiera hacer semejante cosa?

—No, pero sé cómo haces las cosas.

Conall estaba desconcertado por una acusación tan injustificada.

Alexia continuó:

—Oh, sí... y debería advertirte. Hay una sorpresa esperándonos en nuestra nueva sala delantera.

Lord Maccon sonrió lobunamente.

—¿Es una sorpresa agradable?

—Solo si tú estás de muy buen humor —fue la respuesta evasiva de su esposa.



El fantasma estaba en ese espacio de nuevo, en ese vacío insustancial. Ella pensó que podría flotar allí para siempre si pudiera quedarse quieta. Tan quieta como la muerte.

Pero la realidad se entrometió. La realidad de su propia mente, no importa lo poco que le quedara.

—Tienes que decírselo a alguien. Tienes que decírselo. Esto está mal. Estás loca y aun así sabes que esto está mal. Detenlo. Tienes que decírselo.

Oh, qué inconveniente cuando el propio cerebro comienza a impartir instrucciones.

—¿A quién puedo decírselo? ¿A quién puedo decírselo? Soy solo una gallina en un gallinero.

—Díselo a alguien que pueda hacer algo. Díselo a la chica sin alma.

—¿A ella? Pero ni siquiera me gusta.

—Esa no es excusa. A ti no te gusta nadie.

El fantasma odiaba cuando era sensato consigo mismo.



Asuntos fantasmales

—Oh, vamos, ¿tenías que hacerlo? —Fue la considerada opinión de lord Maccon, expresada a su esposa al ver a su hermana en la residencia, como si Felicity fuera alguna suerte de desafortunada dolencia digestiva que Alexia hubiera desarrollado recientemente.

Lady Maccon ignoró a su hermana, que estaba sentada esperando pacientemente en la sala, y en su lugar tomó conciencia de su nuevo ambiente. Los zánganos y los licántropos habían hecho que la manada de Woolsey se enorgulleciera. Su nueva casa en la ciudad estaba bastante llena a reventar con un mobiliario de buen gusto, agradablemente arreglada y mínimamente decorada. Como la morada estaba dirigida a servir como estación de paso para aquellos de la manada que tuvieran negocios en la ciudad, la mayoría de los artículos personales y necesidades vitales de supervivencia, tales como mazmorras y guardianes, quedaron atrás en el castillo Woolsey. El resultado era que la casa nueva tenía la apariencia de un club de caballeros, en vez de una residencia privada —pero un club de caballeros de alta gama—. Lord Maccon masculló que le recordaba a uno de los salones de la Cámara de los Lores. Aunque él mascullaba por mascullar, y todo el mundo lo sabía. Las gruesas cortinas mantenían fuera la dañina luz del sol, y las espesas y lujosas alfombras mantenían las fuertes pisadas y los arañazos de garras al mínimo.

Por lo pronto, Floote debía recobrar el puesto de mayordomo de la residencia secundaria. Aún no había mostrado sorpresa por esta degradación temporal de vuelta a personal doméstico. Alexia sospechaba que había perdido su antigua autoridad sobre la familia y la habilidad adjunta para supervisar todos los asuntos que ocurrían dentro de ella. El de secretario personal podría ser un puesto más alto, pero no llevaba consigo realmente la autoridad que un mayordomo tenía sobre la murmuración en la casa.

La sala delantera, donde Felicity se sentaba, estaba engalanada con un opulento

cuero en color marrón chocolate y sarga de color crema, con solo un pequeño toque de latón aquí y allá para acentuarlo: la filigrana de una lámpara de gas, el borde de un mantel, un gran florero oriental en el suelo para sujetar las sombrillas de Alexia, y una repisa periscópica seca-zapatos frente a la chimenea.

Era exactamente lo contrario al esplendor bordado de oro de lord Akeldama.

Lady Maccon quedó impresionada.

—Floote, ¿dónde encontraste unos enseres tan adorables en tan corto plazo de tiempo?

Floote miró a Alexia como si le hubiera preguntado los secretos de sus abluciones diarias.

—Vamos, vamos, esposa. Si Floote prefiere ser considerado un ilusionista, ¿quiénes somos nosotros para preguntarle por sus juegos de manos? Debemos conservar la sensación de milagro y la fe, ¿eh, Floote? —Lord Maccon palmeó cordialmente en la espalda al digno caballero.

Floote inspiró por la nariz.

—Si usted lo dice, señor.

Lord Maccon se volvió hacia la hermana de su esposa, sentada en un recatado silencio y en gris mate, ambos tan completamente impropios de su carácter como para atraer la atención de lord Maccon.

—Señorita Felicity, ¿ha muerto alguien?

Felicity hizo una reverencia hacia el conde.

—No que yo sepa, milord. Gracias por preguntar. ¿Cómo está usted?

—Hay algo bastante singular en su apariencia esta tarde, ¿verdad? ¿Ha hecho algo diferente con su pelo?

—No, milord. Simplemente voy un poco desarreglada para ir de visita. Solo tenía un favor que pedirle a mi hermana y posiblemente no pueda esperar.

—Oh, ¿de veras? —El conde volvió sus ojos leonados hacia su esposa.

Alexia levantó la barbilla hacia arriba y hacia un lado.

—Ella quiere venir a quedarse con nosotros.

—Oh, ¿sí? ¿De verdad?

—Aquí.

—¿Aquí? —Conall tomó la frase de su esposa al pie de la letra. Difícilmente podrían dejar que Felicity permaneciera en su nueva casa de la ciudad sin vivir ellos realmente allí. ¿Qué ocurriría si esa información se supiera? Se sabría que Felicity vivía con una manada de licántropos y sin doncella.

—¿Por qué no en Woolsey? ¿Un poco de aire de campo? Parece como si lo necesitara. —Lord Maccon intentó proponer una solución mejor.

—Felicity se ha involucrado en ciertas, —Alexia hizo una pausa—, actividades benéficas cuestionables aquí en la ciudad. Ella parece creer que puede necesitar nuestra protección.

Lord Maccon pareció confundido. Tanto como podía.

—Protección... ¿protección contra quién?

—Mi madre —le contestó su esposa, significativamente.

Lord Maccon podía entender eso y estaba a punto de exigir detalles adicionales cuando el fantasma de una mujer se materializó a través de la lujosa alfombra a su lado.

Bajo circunstancias normales, los fantasmas eran demasiados educados para aparecer sin más en mitad de una conversación. Las apariciones mejor educadas ponían empeño en flotar en los vestíbulos delanteros como mínimo, donde un lacayo podría verlos y preguntarles por sus asuntos. De forma sorprendente, brotó a la existencia en el centro de la alfombra nueva, directamente a través del ramillete de flores bosquejadas allí.

Lord Maccon gritó. *Lady* Maccon dejó escapar un pequeño jadeo y afirmó el agarre de su sombrilla. Floote levantó una ceja. Felicity se desmayó.

Alexia y Conall se miraron el uno al otro durante un momento y luego dejaron a Felicity caída en su silla por mutuo y silencioso acuerdo. La sombrilla de Alexia tenía una botellita de sales aromáticas entre sus muchos accesorios secretos, pero este fantasma requería atención inmediata, sin tiempo para reanimar a hermanas problemáticas. Los Maccon volvieron toda la fuerza de su atención colectiva sobre la aparición que había delante de ellos.

—Floote —preguntó *lady* Maccon lentamente, para no sobresaltar a la criatura— ¿sabíamos que esta casa venía con un fantasma? ¿Estaba en la documentación del alquiler?

—No lo creo, señora. Déjeme averiguar los detalles. —Floote se deslizó para encontrar los documentos.

El fantasma en cuestión era bastante borroso alrededor de los bordes y no enteramente sólido en el centro. Debía de estar próxima al estado de poltergeist. Cuando empezó a hablar, quedó claro con creces que este era ciertamente el caso, pues las facultades mentales del fantasma estaban perturbadas y su voz era alta y jadeante, sonando como si emanara desde cierta distancia.

—¿Maccon? ¿O es beicon? Me solía gustar el beicon. Muy salado. —El fantasma hizo una pausa y giró en redondo, arrastrando brumosos zarcillos por el aire. Formaron remolinos en dirección a *lady* Maccon, debido a la atracción de lo preternatural sobre lo etero-ambiental—. Mensaje. Misiva. Mutón. No me gusta el cordero... rumiante. ¡Un momento! Urgente. ¿O era picante? Importante. Imposible. Información.

Lady Maccon miró a su marido con curiosidad.

—¿Alguien del ORA?

La Oficina de Registro Antinatural mantenía cierto número de agentes fantasmas móviles —cuerpos desenterrados y conservados con espectros ligados— que podían ser situados en determinadas localizaciones o cerca de instituciones públicas cruciales con el propósito de recopilar información. Estaban empeñados en tener una red de

comunicación incorpórea en el lugar, donde la sujeción de cada fantasma atravesaba los límites de al menos otro más. Se extendía a lo largo y ancho de Londres, aunque no podía cubrir la ciudad íntegramente. Por supuesto, tenía que ser actualizada cuando sus miembros se volvían locos, pero ese mantenimiento era casi una segunda naturaleza para los custodios espectrales del ORA.

El hombre lobo sacudió su desgredada cabeza.

—No que yo sepa, querida. Tendría que mirar el registro para estar seguro. Me he encontrado con la mayor parte de nuestros reclutas incorpóreos al menos una vez. No creo que esta esté bajo contrato en absoluto, o alguien cuidaría mucho mejor del cuerpo. —Se plantó delante del fantasma, con los brazos estirados a los costados—. ¿Hola? Escucha. ¿Dónde estás ligada? ¿En esta casa? ¿Dónde está tu cadáver? Necesita cuidados. Estás divagando, jovencita. Divagando.

El fantasma lo miró con desconcertada molestia y flotó de arriba abajo.

—No importante. No importante en absoluto. El mensaje, eso es lo importante. ¿Qué era? Acentos, acentos, en todas partes estos días. Londres lleno de extranjeros. Y el curry. ¿Quién permite el curry?

—¿Ese es el mensaje? —A *lady* Maccon no le gustaba estar fuera de onda, aunque la onda estuviera dentro de la cabeza de algún absurdo fantasma.

El fantasma giró para afrontar a Alexia.

—No, no, no. Ahora, no, ¿qué? Oh, sí. ¿Eres Alexia Macarrón?

Alexia no supo cómo responder a eso, así que asintió.

Conall, bestia inútil, comenzó a reírse.

—¿Macarrón? ¡Me encanta!

Alexia y el fantasma lo ignoraron. Toda la fluctuante atención del fantasma estaba ahora enfocada en *lady* Maccon.

—¿Tarabitty? Tarabotti. ¿La hija? Muerta. Sin alma. ¿Problema? ¡Pudin!

Alexia se preguntó si todo ese galimatías verbal estaba relacionado con su padre o consigo misma, pero supuso que en cualquier contexto era lo suficientemente precisa.

—La misma.

El fantasma giró casi en un punto en el aire, contento consigo mismo.

—Mensaje para ti. —Se detuvo, preocupada y confundida—. Crema. No. Reclutamiento. No. Conspiración. Para matar, matar...

—¿A mí? —Alexia aventuró una suposición. Pensaba que podría ser una apuesta segura: normalmente había alguien intentando matarla.

El fantasma se agitó, tirando de su sujeción invisible y vibrando ligeramente.

—No, no, no. A ti no. Pero a alguien. ¿A algo? —Brilló repentinamente—. La reina. Matar a la reina. —La aparición comenzó a cantar—. ¡Matar a la reina! ¡Matar a la reina! ¡Matar a la reeeinaa!

Lord Maccon dejó de sonreír.

—Ah, eso la ha desgarrado.

—Bien. ¿Sí? Eso es todo. Adiós, gente viva. —El fantasma entonces se hundió a

través del suelo de su nueva sala y dejó de existir, probablemente regresando por el camino por el que había venido.

Floote volvió a la habitación en ese momento, para encontrar a unos silenciosamente conmocionados lord y *lady* Maccon mirándose el uno al otro.

—No hay apariciones documentadas ligadas a esta casa, señora.

—Gracias, Floote. Supongo que deberíamos ver... —Alexia no necesitó continuar. El siempre resuelto Floote ya se dirigía hacia Felicity con un pañuelo aromático.

Lady Maccon miró a su marido.

—Y tú deberías...

Él ya se encajaba el sombrero de copa en la cabeza.

—Ya estoy en camino, esposa. Ella tiene que estar dentro del radio de la sujeción en esta casa. Debería haber un registro suyo en alguna parte de los archivos del ORA. Me llevo al profesor Lyall y a Biffy conmigo.

Alexia asintió.

—No estés fuera demasiado tiempo. Alguien tiene que ayudar a recuperarme de la casa de lord Akeldama antes de la mañana, y ya sabes que parece que todo lo que hago estos días es dormir.

Su marido avanzó a la manera de un héroe gótico, con la capa ondulando, le dio un sonoro beso a ella y luego, para su absoluta vergüenza, a su protuberante estómago antes de salir disparado. Afortunadamente Floote todavía miraba a Felicity, así que tampoco presencié el excesivo despliegue de afecto.



—Supongo que eso hace de Felicity la menor de nuestras preocupaciones.

El sol acababa de ponerse y los Maccon estaban despiertos, habían cruzado la pasarela temporal desde la casa de lord Akeldama y bajado las escaleras hasta su propio comedor. La conversación no había cambiado desde la noche anterior, solo se había detenido para que Conall llevara a cabo algunas investigaciones chapuceras y luego cayera en un sueño de medio día.

Lord Maccon alzó la vista de su comida.

—Debemos tomar en serio cualquier amenaza contra la reina, querida. Incluso si mis esfuerzos hasta ahora han resultado ser improductivos, eso no quiere decir que podamos tomar las divagaciones de un fantasma con frivolidad.

—¿Crees que yo no estoy preocupada? He alertado al Consejo en la Sombra. Tenemos una reunión especial convocada para esta misma tarde.

Lord Maccon parecía malhumorado.

—¿Ahora? Alexia, ¿deberías involucrarte en este asunto en una etapa tan avanzada?

—¿Qué? ¡Acaban de informarnos del rumor! Entiendo que Lyall y tú avanzasteis ayer después de que me acostara, pero difícilmente creo...

—No, esposa. Quiero decir que ahora no estás exactamente en forma para tus habituales correrías por Londres sombrilla en mano, ¿no?

Alexia bajó la mirada hacia su repleta barriga y luego mostró *esa* mirada en su cara.

—Soy completamente capaz de ello.

—¿De qué, de bambolearte hasta alguien y chocar con ellos sin piedad?

Lady Maccon lo miró encolerizada.

—Te aseguro, *esposo*, que mientras el resto de mí puede estar moviéndose más lentamente de lo que antes ha sido mi costumbre, no hay nada en absoluto de malo en mis capacidades mentales. ¡Puedo arreglármelas!

—Vamos, Alexia, *por favor* sé razonable.

Lady Maccon estaba dispuesta a hacer alguna concesión debido a la naturaleza de su estado.

—Prometo que no correré ningún riesgo innecesario.

Su marido no se perdió el hecho de que esta declaración tendría que someterse a la definición de su esposa del término *necesario*. No se sentía, por consiguiente, reconfortado de ningún modo.

—Al menos lleva a uno de los cachorros contigo en tus investigaciones.

Lady Maccon entornó los ojos.

El conde la persuadió:

—Me sentiría mucho mejor sabiendo que alguien cuida de tu seguridad física. Incluso si los vampiros se abstienen, y no tenemos garantías de que lo hagan, tiendes a meterte en ciertos apuros. Vamos, no es que crea que eres incapaz, querida, simplemente es que actualmente eres mucho menos móvil.

Alexia tuvo que admitir su razonamiento.

—Muy bien. Pero si debo ir por ahí con un compañero, quiero que sea Biffy.

El conde no aprobó esta selección en absoluto.

—¡Biffy! Es un cachorro nuevo. Ni siquiera puede controlar el cambio. ¿Qué tiene de bueno?

—O es Biffy o nadie. —Típico de mi marido ver solo las limitaciones de Biffy como hombre lobo y no sus admirables habilidades como humano.

Como joven caballero era, ciertamente, bastante competente. Para gran disgusto de lord Maccon, había asumido muchos de los deberes de una doncella con su nueva ama. Alexia nunca se había tomado la molestia de contratar a una sustituta de Angelique. El gusto de Biffy era impecable, y tenía muy buen ojo para qué peinados y telas le quedaban mejor —mejor que Angelique, que había sido buena pero bastante más atrevidamente francesa de lo que a *lady Maccon* le gustaba—. Biffy, con todas sus audaces inclinaciones cuando se trataba de su propia ropa, sabía cómo ser sensato cuando se trataba de una dama que correteaba aporreando autómatas y trepando en

ornitópteros.

—No es una elección inteligente. —La mandíbula de lord Maccon estaba tensa.

Nadie más se había unido a ellos aún en la mesa del comedor. Era algo raro en una manada disfrutar de cualquier privacidad fuera del dormitorio. Alexia se aprovechó de su reclusión. Se movió hacia su marido y descansó su mano sobre la de él encima del mantel finamente bordado.

—Biffy ha sido entrenado por lord Akeldama. Ese es un conjunto de habilidades que se desvía de ser meramente hábil con las tenacillas rizadoras.

El conde bufó.

—No pienso solo en mi comodidad en este asunto. Él necesita alguna clase de distracción, Conall. ¿No te has dado cuenta? Cinco meses y todavía no se ha tranquilizado.

El conde torció los labios ligeramente hacia un lado. Se había dado cuenta. Por supuesto que sí. Se daba cuenta de todo lo que afectaba a sus lobos. Era parte de su ser más esencial el mantener unida la manada como una única entidad coherente. Alexia había leído los periódicos: los científicos lo llamaban los intrínsecos entrecruzamientos del alma con los humores esenciales, la materialización del éter. Pero ella también podía adivinar la verdad de ello: que así como los vampiros y los fantasmas estaban atados a un lugar, los licántropos estaban atados a una manada. La melancolía excesivamente frecuente de Biffy debía lastimar a Conall terriblemente.

—¿Cómo ayudará el permitirle acompañarte?

—¿No soy también parte de esta manada?

—Ah. —El conde le dio la vuelta a su mano para atrapar la de su esposa en una caricia condescendiente.

—Si me preguntas a mí, no es tanto que Biffy no pueda encontrar su lugar, como que Woolsey no le está dando el lugar correcto para encontrar. Todos pensáis en él como lo haríais con cualquier hombre lobo nuevo. No lo es, ¿entiendes? Él es diferente.

Conall, cosa notable, no saltó para ponerse inmediatamente a la defensiva.

—Sí, soy consciente de ello. Randolph y yo discutíamos hace poco sobre lo mismo. Pero sencillamente no puede ser cuestión de las preferencias de Biffy. Nosotros los licántropos somos tan experimentales en nuestros gustos como los vampiros, aunque un poco más reservados al expresarlos. Y siempre está Adelphus. Él está dispuesto.

Alexia hizo un ruido asqueado.

—Adelphus siempre está dispuesto. Biffy no necesita un amante o un marido, necesita un propósito. Esto es una cuestión de cultura. Biffy ha venido desde la cultura de los vampiros. La cultura de vampiro *de lord Akeldama*.

—¿Entonces qué recomiendas?

—En Woolsey han logrado aceptarme entre ellos y no soy en absoluto el licántropo habitual. —Alexia jugó con los dedos de su marido, trenzándolos y

destrenzándolos con los suyos.

—Pero tú eres una mujer.

—¡Exactamente!

—¿Sugieres que tratemos a Biffy como si fuera una mujer?

—Sugiero que pienses en él como si se hubiera casado dentro viniendo del exterior.

Lord Maccon dedicó a esto la debida consideración y luego asintió lentamente.

Lady Maccon se percató de que debía de estar muy preocupado por la infelicidad de Biffy para escuchar sus sugerencias con tan pocas protestas.

Alexia apretó su mano otra vez y luego la dejó ir, regresando a su comida de fritura de manzana y pudin hervido de arruruz con mantequilla derretida y jalea de grosella. Últimamente, su gusto en comestibles se inclinaba más hacia lo empalagoso. Ahora se alimentaba casi exclusivamente de pudins en cualquier comida.

—Crees que hay una oportunidad ahí de que pudierais perderlo, ¿verdad?

Su marido no le contestó, lo cual fue una admisión en sí misma. En su lugar, comenzó con decisión a abordar un auténtico montón de chuletas de ternera fritas.

Lady Maccon escogió sus siguientes palabras con cuidado:

—¿Cuán rápidamente puede establecerse el estatus de solitario? —No quería parecer escéptica a las habilidades como Alfa de su marido. Los hombres, incluso los inmortales, tenían egos muy frágiles en ciertos temas. Tales egos podrían ser tan delicados y conflictivos como el hojaldre. Aunque bastante menos sabrosos con el té. *Oh, el té.*

—Los lobos pueden volverse solitarios en cualquier momento, pero normalmente por una razón específica y ocurre dentro de los primeros años de metamorfosis. Los Aulladores dicen que tiene algo que ver con el vínculo temprano con el Alfa. A menudo significa que el no unido es demasiado Alfa él mismo. No creo que Biffy caiga en esta categoría, pero eso es lo único actualmente a nuestro favor.

Alexia creyó vislumbrar la verdadera causa de la preocupación de su marido.

—Si Biffy se convierte en un solitario, no crees que sobreviva. ¿No?

—Los solitarios son inestables. Pelean constantemente. Nuestro nuevo cachorro no es un luchador, no de esa forma. —Los preciosos ojos de su marido estaban llenos de dolor y culpa. Este desorden con Biffy era culpa suya. Culpa involuntaria, pero lord Conall Maccon no era el tipo de caballero que eludía la culpa simplemente porque todos fueran víctimas de las circunstancias.

Alexia tomó aliento y luego se lanzó a matar:

—Entonces realmente deberías dejármelo por un tiempo. Veré lo que puedo hacer. Recuerda, puedo doblegarlo si tengo que hacerlo, si pierde el control y se convierte en lobo. —Rodeó con sus dedos sin guantes los de marido.

—Muy bien, esposa. Pero debes informarme a mí o a Randolph en lo que se refiere a su progreso.

Mientras el conde decía esto, el profesor Lyall entró tranquilamente en el

comedor. El Beta era habitualmente modesto: su pelo rubio estaba pulcramente peinado; sus facciones angulosas dispuestas en una expresión poco amenazadora; su conducta era tranquila, modesta y completamente olvidable. Era un aura que Alexia comenzaba a sospechar que el profesor Lyall había cultivado durante decenios.

—Buenas noches, *milady*, milord. —El Beta se acomodó en su asiento.

Una criada apareció por detrás de su codo con té recién hecho y el periódico vespertino. El profesor Lyall era el tipo de hombre que tenía *esa* clase de relación con el personal doméstico. Incluso recién instalados y después de solo un día de residencia, ya proveían exactamente lo que él deseaba sin necesidad de perder el tiempo dando órdenes. Entre él, Floote y Biffy, nunca habría una alteración en el funcionamiento del hogar de los Maccon. Era algo bueno, también, pues la indomable *lady* Maccon tenía otras cosas para ocupar su tiempo y su atención. El funcionamiento de su hogar era mejor dejárselo a los caballeros. No obstante, ella le indicó a la criada que también deseaba té.

—Profesor Lyall, ¿cómo ha ido su velada? —Alexia no veía razón por la que la familiaridad con un individuo debiera engendrar familiaridad en los modales, excepto con su marido, por supuesto. Si bien ella había estado viviendo intermitentemente entre la manada de Woolsey durante casi un año, nunca se relajó en la cortesía.

—Tolerablemente bien, *milady*, tolerablemente bien. —Tampoco, ciertamente, lo hizo el profesor Lyall, quien era notablemente civilizado para ser un hombre lobo, y parecía particularmente respetuoso con todos los códigos de cortesía y la gentileza de modales.

Ahora que los tenía a los dos a su mesa, *lady* Maccon dirigió a los dos licántropos de regreso al grave asunto de la vida de la reina.

—Entonces, caballeros, ¿hay algo proveniente del ORA sobre la amenaza?

—Ni una etero-salchicha —se quejó el conde.

El profesor Lyall negó con la cabeza.

—Deben de ser los vampiros —dijo lord Maccon.

—Vamos, esposo, ¿por qué dices eso?

—¿No son siempre los vampiros?

—No, algunas veces son los científicos. —*Lady* Maccon se refería de soslayo al disuelto Club Hypocras—. Y algunas veces es la iglesia. —Ahora pensaba en los Templarios—. Y a veces son los licántropos.

—¡Bien, ya te digo! —Lord Maccon se metió otra chuleta en la boca—. No puedo imaginarte de verdad defendiendo a los vampiros. Han estado intentando matarte durante meses.

—Oh, Conall, traga primero. Luego habla. ¿Qué clase de ejemplo es para nuestro hijo?

El conde miró alrededor como si intentara ver si el ser pequeño de alguna forma había nacido sin que él lo notara y ahora lo observara con miras a tomar modelo de su comportamiento.

Lady Maccon continuó:

—Simplemente porque los vampiros estén perennemente intentando asesinar me no quiere decir que estén tratando de asesinar a la reina también ahora, ¿no? Uno pensaría que sus recursos estarían algo limitados, si no otra cosa. Además, ¿cuál podría ser su motivo? La reina es una progresista. —Se vio impelida a defender su postura más allá—. Pensé que tu grupo se suponía que guarda recuerdos de antaño. Corríjame si me equivoco, profesor Lyall, pero ¿la última gran amenaza para la vida de la reina Victoria no provino de la manada Kingair?

—Realmente, *lady Maccon*, ¿no puede esperar hasta que al menos haya terminado mi primera taza de té? —El Beta parecía molesto.

Alexia no dijo nada.

El profesor Lyall apoyó su taza de té con mordacidad.

—Estuvo ese tipo, Pate, demasiado ansioso con el bastón hace unos veinte años poco más o menos. Mutiló completamente el bonete favorito de su majestad. Un comportamiento impactante. Y antes de eso estuvo ese irlandés descontento con la pistola descargada. —Se sirvió una pequeña porción de arenque ahumado pero hizo una pausa antes de pincharlo—. Y el conocido incidente hace unos cuantos años atrás con John Brown. —El Beta observó su arenque, como si tuviera todas las respuestas—. Si reflexionamos sobre ello, todos han sido notablemente ineficaces.

Su marido bufó.

—Notoriamente alarmistas, todos ellos.

Alexia infló sus mejillas.

—Ya sabes lo que quiero decir. Todos fueron incidentes esporádicos. Me refiero a complots planeados con coherencia y respaldados por intenciones serias.

La criada reapareció con más té y una taza adicional para lord Maccon. Que la desdeñó con sarcasmo.

El rostro del profesor Lyall se puso serio.

—Entonces, no, el de Kingair fue el último.

Un tema delicado, ciertamente, puesto que Kingair era la anterior manada de lord Maccon, y lo habían traicionado para intentar la espantosa acción. Él había matado a su Beta y se había mudado a Londres para desafiar a Woolsey como consecuencia de ello. Como la política, o los hábitos personales de vestir, esta no era una conversación apropiada para la hora de la comida.

El profesor Lyall, un hombre de mucha delicadeza, pareció encontrar el tema particularmente incómodo. Después de todo, Woolsey finalmente se había beneficiado del intento de asesinato. Su anterior Alfa tenía fama de ser un hombre de inclinaciones mezquinas y temperamento difícil, y lord Maccon estaba considerado como uno de los mejores líderes de los licántropos. El mejor, si Alexia tuviera algo que decir sobre el tema. Cosa que hacía. A menudo.

La campana sonó en la entrada delantera y el profesor Lyall levantó la mirada con agradecimiento. Les llegó un estruendo de voces mientras Floote atendía la puerta.

Alexia no podía distinguir quién era, pero su marido y su Beta tenían la audición de un hombre lobo y sus reacciones —una sonrisa leve de Lyall y un ceño fruncido asqueado de Conall— le dieron una idea bastante aproximada.

—*¡Mis melocotones!* —Lord Akeldama flotaba en una oleada de la mejor pomada de Bond Street y perfume de agua de colonia de limón. El embarazo de Alexia había tenido un efecto extraño en su sentido del olfato, haciéndolo mucho más agudo. Supuso que así obtenía una idea limitada en ese campo de cómo se sentían los licántropos con sus habilidades sobrenaturales.

El vampiro, resplandeciente con un frac plateado y un brillante chaleco amarillo solo uno o dos tonos más oscuro que su pelo, hizo una pausa en la puerta.

—¿No es esto encantadoramente *acogedor*? ¡Cuán perfectamente *espléndido* que simplemente pueda aparecer en la puerta de al lado y pueda visitaros cuando estáis todos a la mesa!

—Y cuán agradable que no sea usted la reina de una colmena que esté tan completamente confinada en su propia casa —contestó Alexia. Le hizo un gesto al vampiro para que acercara una silla. Él lo hizo con una floritura, sacudiendo su servilleta y colocándola en su regazo, aunque, como todo el mundo sabía, no tomara ningún tipo de comida.

El profesor Lyall inclinó la cabeza hacia la tetera. Cuando lord Akeldama asintió, el Beta le sirvió una taza.

—¿Leche?

—Limón, si fueras tan amable.

Lyall alzó las cejas sorprendido, aunque indicó a una de las criadas que corriera a ocuparse de esta extraña petición.

—Pensé que la mayoría de los vampiros no toleraban los cítricos.

—Dolly, mi mascota, yo no soy con toda seguridad como *la mayoría de vampiros*.

El profesor Lyall no siguió con ello, puesto que tenía en mente una pregunta más acuciante:

—Me ha surgido cierta preocupación sobre este plan nuestro. Entiendo que es un tema delicado, pero este último invierno usted formó una colmena, ¿no? Por ese pequeño engorro de Biffy quedándose atrapado bajo el Támesis.

—Sí, tesoro, ¿y qué?

—Esa colmena no va a entorpecer la efectividad de su residencia actual, ¿verdad? Comprenda que lo pregunto solo pensando en la seguridad del niño y porque no tengo informes relacionados con las consecuencias de una colmena nómada. No pretendo ofender.

Lord Akeldama sonrió abiertamente.

—Dolly, eres una criaturita muy *cuidadosa*, ¿verdad? Pero no te inquietes, mi casa no es técnicamente una colmena. No estoy atado por la misma clase de instintos. Puedo regresar a mi residencia anterior sin trastorno psicológico. Además, eso fue

hace medio año. Estoy bien recuperado de la experiencia a estas alturas.

Lyall no parecía completamente convencido.

Lord Akeldama cambió de tema.

—¿Y qué opináis vosotros, mis *queridos lupinos*, de esta nueva amenaza?

Lord Maccon miró con sorpresa a su Beta.

—¡Randolph, no lo hiciste!

El profesor Lyall no se sobresaltó.

—Claro que no.

—¿Esposa?

Alexia tragó su pedacito de pudín.

—Él lo sabe porque, bueno, es lord Akeldama. Vas a tener que acostumbrarte a eso, mi amor.

—Gracias, mi querido *grano de ciruela*, por tu fe en mis escasos recursos.

—Por supuesto, milord. ¿Entonces?

—Ah, mi *pelusa de diente de león*, lamento no haber formado aún una opinión clara en lo que se refiere a la naturaleza y el origen de estos últimos revoloteos.

Un lacayo apareció con el limón y Lyall le sirvió al vampiro una taza de té. Lord Akeldama lo sorbió delicadamente.

Lord Maccon bufó.

—No le ha faltado una opinión clara en toda su larguísima vida.

El vampiro se rio disimuladamente de eso.

—Es verdad, pero eran expresadas tradicionalmente en asuntos de vestimenta, no de política.

Floote entró con el maletín de Alexia.

—Debe estar en palacio en poco tiempo, señora.

—Oh, sí, mira qué hora es. Gracias, Floote. ¿Y mi sombrilla?

—Aquí, señora.

—¿Y quizá un bocado para llevar?

Floote le dio una empanada de salchicha envuelta en una tela a cuadros, se había anticipado a tal petición.

—Oh, gracias, Floote.

El conde alzó la mirada esperanzado. Sin palabras, Floote le dio otra empanada de salchicha. El conde la devoró en dos mordiscos, aunque acababa de terminar una comida bastante abundante. Floote y Lyall intercambiaron unas miradas cómplices. Se había convertido en algo realmente difícil la tarea de mantener bien alimentados a lord y a *lady* Maccon estos días.

Lady Maccon se inclinó hacia adelante por encima de la mesa, apoyándose en ambas manos, complacida de vivir en un hogar que no favorecía el mobiliario ligero, tan en boga entre las damas de calidad. A costa de un esfuerzo considerable, logró casi izarse en pie antes de perder el equilibrio y volver a caer tambaleándose.

—Oh, por amor de Dios —exclamó con extrema frustración. Todos los caballeros

saltaron a ayudarla. Lord Maccon lo hizo el primero. Lo que probablemente era algo bueno. Con su toque preternatural, ninguno de los otros presentes le hubiera servido de algo. Eran demasiado débiles en sus formas mortales para manejar la torpeza de ella.

Habiendo logrado ponerse en pie y conservado algo de su dignidad, Alexia dijo:

—En realidad debo decir que encuentro mis proporciones muy vulgares.

Lord Maccon ocultó su sonrisa.

—No por mucho tiempo, querida mía.

Alexia odiaba cuando la llamaba su querida.

—De veras, no puede ocurrir lo bastante pronto. —Hizo gestos con las manos para rechazar la oferta de una capa que le hacía Floote y aceptó un chal ligero en su lugar. Hacía bastante calor aún sin envoltura, pero las formalidades debían ser observadas. Luego recogió su maletín y su sombrilla.

Biffy apareció a su lado, con su frac rojo sangre puesto, una corbata de color blanco puro enfatizando sus agradables facciones y el correspondiente sombrero de copa rojo en su cabeza. Pudo haber tenido que sacrificar muchas cosas para asumir su nuevo papel como hombre lobo, pero se había negado a sacrificar a su sastre.

—¿Debo actuar como escolta esta tarde, *milady*?

—Oh sí, Biffy, querido. ¿Cómo lo supiste?

Biffy le dirigió una mirada notablemente parecida a la que siempre mostraba lord Akeldama cuando respondía a una pregunta semejante.

Alexia asintió con comprensión y luego miró hacia el vampiro.

—¿Compartimos un carruaje, milord potentado?

—¿Por qué no? —Lord Akeldama apuró los restos de su té, se levantó, hizo una reverencia exagerada a los dos licántropos que permanecían en la mesa y le ofreció su brazo a Alexia. Ella lo tomó y ambos salieron de la habitación, con Biffy siguiéndolos fielmente detrás.

Mientras salían, *lady* Maccon oyó a su marido decirle a Lyall:

—¿Cuánto tiempo supones que vamos a tener que mantener esta residencia?

—Hasta que el niño haya crecido, supongo —respondió el Beta.

—Por los dientes de Dios, eso serán unos dieciséis años.

—Supongo que sobrevivirá a ello relativamente ileso, milord.

—Randolph, tú y yo que sabemos que hay cosas mucho peores que la muerte.

Alexia y lord Akeldama intercambiaron sonrisas.



—¿Se lo dijiste? —Preguntó el primer fantasma, estirándose todo lo que pudo, brillando tenuemente dentro y fuera de la existencia debido a la tensión de su sujeción extendida.

—Se lo dije a ella. —El segundo fantasma osciló arriba y abajo en el aire por encima de la calle. Ella era algo más sustancial, estaba un poco más cerca de casa—. Le conté lo que podía recordar. Le dije que lo detuviera. ¿Hemos terminado ahora?

Ambas estaban lúcidas, extrañamente lúcidas para ser dos que estaban tan cerca del fin de la materialización. Era como si la otra vida les diera esta oportunidad para arreglar las cosas.

—Hemos terminado —dijo el primer fantasma. Las dos sabían que no se refería a su plan o a su relación, sino a su inevitable defunción—. Ahora solo debo esperar.



Donde los espectros vinculados se dan a conocer

A *lady* Maccon, *muhjah*, y a lord Akeldama, potentado, se les permitió la entrada al Palacio de Buckingham con muy poca ceremonia. No era una de sus visitas programadas, pero lord Akeldama y *lady* Maccon eran habituales y, como tal, solo requerían un examen mínimo. Eran también unos favoritos, o lo era *lady* Maccon. Lord Akeldama era generalmente estimado por los miembros tanto de las fuerzas armadas como de la policía local, con quienes mantenía reuniones sobre *desafíos a gran escala*. Sin embargo, los guardas del castillo eran muchachos diligentes y trabajadores que cuidaban sus deberes reales. El cuello de *lady* Maccon fue comprobado para buscar marcas de mordiscos y su maletín para buscar dispositivos ilegales de vapor. Entregó su sombrilla sin poner reparos. Para Alexia era mejor que la confiscaran que tener que explicar cómo funcionaba. La ropa de lord Akeldama estaba demasiado apretada para ocultar cualquier armamento, pero los guardas comprobaron su sombrero de copa antes de permitirle continuar.

A Biffy no le fue permitida la entrada, a pesar del color extraordinariamente majestuoso de su chaqueta. Fue declarado, con mucha energía, como no figurante en *el registro*. Sin embargo, Biffy era tan complaciente que estuvo contento de permanecer detrás de la entrada durante la duración del consejo. Alexia le oyó claramente decir, con tono cantarín: «¡Qué sombrero tan grande tiene, teniente Funtington!», a uno de los estoicos guardas de palacio.

—Niño incorregible —le dijo ella a lord Akeldama con una sonrisa de afecto.

—Diría que yo le enseñé todo lo que sabe, pero en Biffy es algo natural. —Lord Akeldama asintió con aprobación.

Se encaminaron hacia la cámara donde se encontraba ya el deán paseando hecho un manojo de nervios. La reina Victoria no estaba allí. La reina no asistía a la mayoría de los Consejos en la Sombra. Esperaba ser informada de cualquier cosa significativa, pero de lo contrario no tenía interés en las minucias.

—Amenazas contra la reina, según he oído. —El deán era un individuo brusco y grande que a Alexia le recordaba a su marido en su carácter, si no en su apariencia o modales. No es que fuera a decírselo nunca a ninguno de ellos.

Mantén la condición de conde de Upper Slaughter pero ya no tenía en su haber la casa solariega para acompañar el título. De modo semejante, se comportaba como un líder sin manada. Esta libertad de responsabilidades como señor y como Alfa convertían al deán en el licántropo autónomo más poderoso de toda Inglaterra. Y, si bien no era tan grande como Conall Maccon, era generalmente reconocido por todos —incluso por Conall Maccon— que lord Slaughter podría presentar batalla por su pelaje incluso más que los más temidos Alfas. Así, el deán y lord Maccon tendían a dar vueltas el uno alrededor del otro, solos o en buena compañía, más bien como dos remolcadores: arrastrando pesados cargamentos y tocando la sirena.

—Sin duda. —La parte práctica de Alexia estaba encantada por las similitudes respectivas de los dos Alfas, porque la constante exposición a su marido le había dado las habilidades necesarias para manejarse con el deán.

Ella y lord Akeldama se deslizaron dentro —o en el caso de Alexia, se tambaleó— y tomaron asiento a la larga mesa de caoba, dejando que el deán continuara con su paseo sin ser molestado.

Lady Maccon abrió de golpe la tapa de su maletín y extrajo su disruptor de resonancias auditivas armónicas. El pequeño y puntiagudo aparato era como dos diapasones que salieran de un pedacito de cristal.

Mientras Alexia hurgaba en busca de más aparatos, lord Akeldama golpeó ligeramente un diapasón con su dedo, esperó un momento, y luego le dio un golpecito al otro. Esto dio como resultado un zumbido discordante de tono bajo, amplificado por el cristal. Eso impediría que su conversación fuera escuchada.

—En serio, ¿qué opina de esta amenaza? ¿Debe ser tenida en cuenta?

El deán debería haber sido bien parecido, con su pelo oscuro y sus ojos hundidos, pero su boca era un poco demasiado llena, la hendidura en su barbilla un poco demasiado pronunciada y su bigote y sus patillas excesivamente agresivas. Este pelo facial inicialmente le había provocado a Alexia gran desasosiego. ¿Por qué?, era la pregunta. La mayoría de los caballeros iban bien afeitados por la larga noche de la inmortalidad. El pobre Biffy había tenido que esperar en el purgatorio del desaliño hasta que Alexia volvió a casa de su excursión europea y lo volvió mortal el tiempo suficiente como para afeitarse. El profesor Lyall supuestamente había sido amable y compasivo durante ese tiempo tan difícil.

Lady Maccon sacó sus notas sobre los acontecimientos fantasmales y cerró su maletín. Había tratado de recordar y transcribir todo lo que la aparición le dijo.

—La amenaza me llegó por un mensajero fantasma. Creo que debemos tratarlo con algo más de importancia de la que daríamos a algún torpe oportunista diurno con tendencia a convertirse en el siguiente favorito de la prensa anarquista.

Lord Akeldama añadió:

—Y, mis *caramelitos*, si un sobrenatural habla de amenazas con un preternatural, es probable que algo o alguien igualmente antinatural esté involucrado.

El deán succionó entre dientes.

—Muy serio.

Lord Akeldama se recostó y apoyó las yemas de sus largos y pálidos dedos sobre la mesa frente a él. Fue un gesto extrañamente reminiscente de su predecesor.

Alexia continuó:

—Enormemente misterioso también. Mi marido dice que los registros del ORA no muestran nada sobre este fantasma. Hemos sido incapaces de localizarla a ella o a su cadáver desde que entregó el mensaje. —Alexia no tenía remordimientos por involucrar a los dos brazos dispares de las operaciones supervisoras sobrenaturales de su majestad, ni por aprovecharse de su posición como esposa del director en jefe del ORA. Por lo que a ella concernía, las restricciones burocráticas estaban todas muy bien en su lugar, pero no podía permitirse que limitaran la eficiencia. Así que mientras el ORA se suponía que era el brazo ejecutivo y el Consejo en la Sombra se ocupaba de los asuntos legislativos, Alexia estaba causando activamente que los dos estuvieran incluso más entrelazados.

Esa era una de las principales razones por las que la reina Victoria la había nombrado su *muhjah* en primer lugar.

El deán era suspicaz.

—¿Por qué le entregaron el mensaje a *usted*? ¿Y por qué usar un fantasma? La mayoría la temen instintivamente por lo que es y por lo que puede hacer.

Lady Maccon asintió. Incluso cuando era debidamente presentada a los fantasmas, la trataban con decidido recelo.

—Unas observaciones muy válidas. No lo sé. Si alguien debería haber sido avisado, ese era mi marido. Él es el canal oficial.

—El hecho que usted sea *muhjah* no es de conocimiento público, excepto por las colmenas. Un fantasma estándar no habría tenido acceso a la información que divulgara su condición y su localización, y no habría sabido que usted tiene acceso a la reina. Así pues, hay aún menos razones para decírselo a usted bajo tales circunstancias.

Alexia miró sus notas.

—Quizá tenga algo que ver con mi padre.

El deán hizo una pausa en su paseo.

—Por los dientes de Dios, ¿por qué sería eso?

—El fantasma masculló algo acerca de «hija de Tarabotti». Como si la hubieran enviado específicamente a encontrarme debido a mi nombre.

—Quizá el fantasma conoció a Alessandro Tarabotti en vida, mi *bizcochito*.

Alexia asintió.

—Quizá. Independientemente de ello, si la amenaza viene del elemento sobrenatural, ¿a quién tenemos como sospechoso?

Lord Akeldama dijo inmediatamente:

—Conozco a uno o dos queridos y pequeños licántropos solitarios que han estado cada vez más inquietos. —Inclinó la cabeza y chasqueó los dientes un par de veces.

El deán contribuyó con:

—Hay algunos vampiros errantes con colmillos afilados.

Lady Maccon no tenía esa clase de prejuicio sobre chivos expiatorios.

—Creo que debemos tomar todo en consideración y debemos dar por supuesto que también podría haber una colmena o una manada involucradas.

Lord Akeldama se veía cauteloso y el deán incómodo. El deán dijo:

—Oh, muy bien, pero ¿qué clase de pistas tenemos?

—Solo el fantasma. Tengo que encontrarla, y pronto, porque se estaba volviendo bastante insustancial.

—¿Por qué usted? —preguntó el deán.

—Claramente tengo que ser yo. Era a mí a quien estaba buscando, así que soy con la que hablará. Uno de los suyos podría hacer más mal que bien. Ya me preocupa que mi marido vaya a tientas sin mi supervisión.

Lord Akeldama se rio.

—Da gracias al cielo porque nunca te oiga hablar así, *petunia*.

—¿Qué le hace pensar que no lo ha hecho? —Alexia continuó su línea de razonamiento—: Un fantasma desatendido, sin que se establezca ninguna preservación, en pleno verano. ¿Cuánto tiempo permanecería el espectro cuerdo bajo tales condiciones?

El deán contestó:

—Solo algunos días.

—¿Y si recibiera tratamientos regulares de formaldehído?

—Varias semanas.

Alexia frunció los labios.

—Es un margen bastante amplio.

Lord Akeldama pasó las yemas de sus dedos sobre el tablero de la mesa.

—¿Tenía algún tipo de acento, mi pétalo?

—¿Quiere decir que si era extranjera?

—No, mi campanilla blanca. Me refiero a si pudiste situar su *posición* en la sociedad.

Lady Maccon lo consideró.

—Buena, pero no particularmente bien educada. ¿Debería decir quizá un miembro del personal de la planta superior? Eso podría explicar por qué no obtuvo la preservación correcta, el entierro... o el registro en el ORA. —Alexia era lo bastante lista como para llevar la línea de razonamiento a todo su indigno potencial—. Así que busco a una dependienta o quizá un ama de llaves o cocinera. Alguien que murió dentro de las dos últimas semanas. Pocos o ningún familiar. Y con la residencia del potentado dentro del radio de su vínculo.

Lord Akeldama sacudió la cabeza con desasosiego.

—Tienes mi más profunda simpatía.

Alexia reconoció esto por el simulacro que era. A lord Akeldama le gustaba fingir que asistía solo a las mejores fiestas y confraternizaba solo con el tipo adecuado de gente. Sus zánganos eran ciertamente extraídos entre lo que la más alta sociedad tenía para ofrecerle. Pero Biffy en su día había aparecido inesperadamente en lugares de lo más desagradables que un ama de llaves nunca hubiera frecuentado, y lord Akeldama nunca haría que sus zánganos fueran a ningún lugar de Londres que él no hubiera probado primero por sí mismo.

El deán mantuvo la conversación en el rumbo correcto.

—Pero, *muhjah*, eso son cientos de casas, por no mencionar tiendas, clubes privados y otros lugares de interés.

Lady Maccon consideró la cámara de ingenios subterránea de *madame Lefoux*, justo fuera del radio de investigación.

—Además, no incluye sótanos o áticos contruidos como refugios. Y asumimos que los desconocidos medirán si alguien dentro de su familia ha muerto recientemente. No obstante, ¿pueden pensar ustedes en un mejor acercamiento?

Ni lord Akeldama ni el deán podían hacerlo.

El inconveniente prenatal dio una patada aparentemente para enfatizar esta declaración. *Lady Maccon* soltó un *uf*, bajó la mirada a su vientre y luego se aclaró la voz cuando los demás la miraron interrogativamente.

—¿Informamos a la reina mientras tanto? —Ahora que tenían alguna clase de plan, el deán parecía sentir que pasearse ya no era necesario. Fue a sentarse a la mesa.

Lord Akeldama tomó postura ante eso. Siempre asumía una postura sobre el control de información.

—Todavía no creo, *peludín*. No hasta que tengamos pruebas más concretas. Todo lo que tenemos ahora son los barboteos de una fantasma loca.

Lady Maccon, una pizca suspicaz sobre sus motivos, tuvo no obstante que estar de acuerdo con su objeción.

—Muy bien, investigaré aquellas residencias que parezcan tener tendencias nocturnas, tan pronto como hayamos terminado aquí. Dormiré mañana por la mañana y continuaré por la tarde con las familias diurnas.

Lord Akeldama se sobresaltó y luego aspiró profundamente.

—Esto puede ser inquietante oírlo, mi flor, pero me temo que simplemente *debe ser* dicho. Me repugna apoyar una cosa tan *onerosa*, pero como vas en busca de alguien inferior a ti, podrías querer vestir en consecuencia.

Lady Maccon se sobresaltó, pensando en *Felicity* y sus prendas de punto.

—¿Está sugiriendo que finja ser una *sirvienta*?

—Lo lamento mucho, *bollito*, pero podrías tener mayor éxito con subterfugios. — De los ojos del vampiro fluyeron lágrimas por la necesidad de tener que recomendar tal horror.

Alexia inspiró profundamente para afirmar su determinación.

—Oh, las acciones que debo emprender por mi país.

Así fue que *lady* Maccon, vestida con algunos humildes harapos de diseño enfermizo y corte informe, acompañada por Biffy fingiendo ser su marido, se familiarizó mucho más con su nuevo barrio de lo que previamente había supuesto posible. Biffy parecía más incómodo con su holgado traje de domingo de clase baja de lo que Alexia nunca lo había visto en atuendo de noche, no importa cuán apretados fueran los calzones o lo alto que fuera el cuello. No obstante, él se lanzó incondicionalmente al papel de mayordomo desempleado con una esposa ama de llaves embarazada. En cada nueva puerta, preguntaron atentamente por colocaciones que hubieran quedado libres recientemente. En cada una fueron tratados con una mínima cantidad de compasión por los respectivos mayordomos, en parte debido a la condición de Alexia, pero en su mayor parte debido a las excelentes referencias que pudieran presentar de una tal *lady* Maccon del castillo Woolsey.

Aún así, después de la undécima taza de té, volvieron a regañadientes hacia la calle de lord Akeldama, sin saber más sobre cualquier muerte reciente que pudiera haber derivado en fantasma. Aunque recibieron, para gran sorpresa de Alexia, una oferta de colocación en la respetable residencia de un joven *baronet*.

El inconveniente prenatal, normalmente un fanático del té en cualquiera de sus formas, desaprobó tal cantidad mientras era consumida visitando una sucesión de posibles patronos que trataban a unos posibles empleados conforme a todos los estándares de decencia normales. Alexia definitivamente chapoteaba al caminar. Agarró el brazo de Biffy, en parte por necesidad y en parte por la exigencia de mantenerlo humano por si el sol se ponía durante su regreso a casa. Se sintió impelida a preguntarle algo que había estado inquietándola últimamente:

—¿Lord Akeldama toma su té con limón?

Biffy asintió, bajando la mirada hacia ella, curioso por dónde quería ir a parar con la conversación.

—Nunca se me ocurrió hasta que el profesor Lyall lo resaltó, pero es una preferencia bastante peculiar en un vampiro. Yo tenía la impresión de que había problemas entre colmillos y cítricos.

Biffy sonrió pero no dijo nada.

Lady Maccon insistió.

—¿Necesito recordarte dónde residen ahora tus lealtades, joven Biffy?

—¿Como si pudiera olvidarlo? —Biffy comprobó el acomodo de su cuello en un gesto nervioso—. Ah, bien, no es precisamente un secreto de estado. Él pasó varios decenios, tengo entendido, desarrollando una tolerancia.

—Dios mío, ¿por qué?

—Simplemente por hacer algo, supongo.

—Eso suena más como el lord Akeldama de los trapos a la moda que el lord Akeldama que tú y yo conocemos.

—Por supuesto, *milady*. ¿La verdad?

Alexia asintió.

—Le gusta usar limón en su pelo, dice que añade claridad y brillo. Es terriblemente presumido. —La sonrisa de Biffy fue matizada por el anhelo.

—Oh, lo sé. —Alexia miró otra vez a su compañero y luego, con la colorida residencia de lord Akeldama a la vista, fingió estar exhausta y ralentizó aún más su paso.

—Biffy, querido, estoy preocupada por ti.

—¿*Milady*?

—Tuve una entrega reciente de nuevos figurines de París, y apenas miraste los peinados. Mi marido me dice que todavía tienes dificultad en controlar el cambio. Y tu corbata ha estado anudada últimamente de forma muy sencilla, incluso en acontecimientos nocturnos.

—Lo añoro a él, *milady*.

—Bueno, ahora vive justo al lado. Difícilmente puedes añorarlo tanto.

—Es cierto. Pero ya no somos compatibles, soy un hombre lobo; él es un vampiro.

—¿Y?

—Así que no podemos bailar el mismo baile que solíamos. —Biffy era tan dulce cuando trataba ser circunspecto.

Alexia sacudió la cabeza por él.

—Biffy, y quiero decir esto de la forma más amable posible: entonces deberías cambiar *la música*.

—Muy bien, *milady*.



Lady Maccon consiguió muy poco sueño ese día, en parte debido a las repercusiones físicas del exceso de té y en parte debido a una visita inesperada de Ivy Tunstell por la tarde. Floote la despertó con un toque cortés, una disculpa sincera y la información profundamente preocupante de que la señorita Loontwill había asumido la tarea de entretener a la señora Tunstell en la sala delantera. Esperaban tener el placer de ver a *lady Maccon*. Alexia medio cayó, medio rodó de la cama, dejando que su pobre marido, igualmente molesto por la actual inquietud crónica de ella, durmiera.

Siendo de día, Biffy estaba todavía en cama, así que ella tuvo que pedirle a Floote que la ayudara a abotonarse el vestido. El mayordomo palideció horrorizado por la sola idea y fue a acorralar a uno de los zánganos de lord Akeldama en su lugar. Boots se mostró dispuesto a emprender la desagradable tarea. Aunque pareció dejarlo sin aliento inesperadamente. *Lady Maccon* comenzaba a aprender que Boots siempre estaba dispuesto a emprender cualquier cosa que ella le pidiera.

Floote entonces logró equilibrarla, por pura fuerza de voluntad, a través de la pequeña pasarela entre los balcones.

Escaleras abajo, Felicity parecía más ella misma, habiendo enviado por sus cosas aquella mañana, asumiendo que no había ninguna objeción a su pretendida residencia permanente en casa de su hermana. Llevaba puesto un vestido de corte moderno con un estilo camisero en la parte superior, en raso turquesa ribeteado de encaje y complementado con rosetas turquesa a juego sobre una falda blanca de muselina. Un recatado lazo negro estaba atado en su cuello como una corbata y adornos negros asomaban entre las cenefas de las mangas y el centro de las rosetas. El vestido era nuevo, caro y muy a la moda.

La señora Ivy Tunstell, por contraste, vestía un traje de visita de dos veranos atrás, su polisón era un poco demasiado grande y su diseño demasiado atrevido. Desafortunadamente Ivy, habiéndose casado con un simple actor, tenía que rehacer sus vestidos ya existentes en vez de encargarse de unos nuevos.

Por una vez, sin embargo, no parecía importarle, sino que estaba soportando la conversación de Felicity —que podía ser de lo más punzante bajo la circunstancia de un vestido con demasiado polisón— con una conducta complaciente y una atípica presencia de ánimo. O bien Ivy no se percató de que estaba siendo insultada, o tenía asuntos más interesantes ocupando sus pensamientos.

Lady Maccon inspiró profundamente y entró en la sala.

—Oh, hermana, qué horarios tan particulares guardáis en esta familia tuya —comentó Felicity, siendo la primera en advertirla.

Ivy brincó para levantarse y se lanzó a cubrir de besos la cara de Alexia. Era un hábito repulsivamente continental que había adoptado desde su matrimonio. *Lady Maccon* culpó a la sobre exposición al escenario, o posiblemente a su antiguo empleo en la tienda de sombreros de *madame* Lefoux, donde la propensión francesa por los comportamientos afectados, particularmente entre señoras, era alentada más allá de los límites.

—Mi querida Ivy, ¿cómo estás? Qué visita tan inesperada.

—Oh, Alexia, qué perfectamente espléndido que estés en casa. Estaba tan asustada, —Ivy bajó la voz dramáticamente—, de que pudieras estar confinada. Tu silueta ha avanzado de forma alarmante. ¿No me estoy entrometiendo? No, estarías en cama. Ni siquiera tú recibirías visitas en un momento semejante. ¿Has estado bebiendo suficiente té? Algo muy bueno para las damas en tu condición, es el té.

Lady Maccon se tomó un momento para permitir que el parloteo de Ivy cayera como una cascada sobre ella, de la misma forma que las semillas de diente de león vuelan en los vientos de la inconsecuencia.

—Te lo ruego, no te preocupes, Ivy. Como ves, todavía puedo moverme. Aunque admitiré que es un poco problemático ponerse en movimiento estos días. Me disculpo por hacerte esperar.

—Oh, te lo ruego, no te preocupes, Felicity fue una sustituta muy diligente.

Lady Maccon arqueó las cejas.

Ivy asintió de forma conspiradora para indicar que estaba siendo completamente sincera. Sus abundantes bucles oscuros oscilaron de arriba a abajo. Su matrimonio había tenido poco efecto en sus preferencias juveniles en peinados. Era probable que también hubiera hecho una elección menos que favorable, pues se esperaba que las esposas de los actores fueran excéntricas en lo tocante a su apariencia.

En ese momento, *Felicity* se levantó.

—Si me disculpan, señoras, tengo una reunión a la que asistir.

Lady Maccon siguió a su hermana con la mirada, sorprendida de que se fuera sin hacer ni un comentario sobre la corpulencia de *Alexia* ni el bajo nivel del atavío de Ivy.

—Me pregunto si volverá a cambiarse de vestido.

Ivy se agitó de regreso hacia el sofá y se dejó caer sobre él dramáticamente.

—¿Cambiar? ¿Por qué debería hacerlo? Era un vestido de día perfectamente espléndido.

—Ivy, ¿notaste algo peculiar en la conducta de *Felicity*?

—¿Debería haberlo hecho?

—Ella fue terriblemente simpática, ¿no?

—Sí.

—Contigo.

—Sí.

—Y conmigo.

—Sí, ¿por qué? —una pausa—, pensándolo bien, eso es peculiar.

—¿Verdad que sí?

—¿Tiene algún problema de salud?

—Mi estimada hermana se ha *afiliado* a una sociedad. —*Lady Maccon* frunció los labios y fingió timidez.

Esto pasó desapercibido para la señora *Tunstell*, quién se limitó a decir:

—Bien, ahí lo tienes. Una ocupación constructiva y la atención a las buenas obras pueden tener un efecto así de beneficioso en las jovencitas tercas. O es eso, o se ha enamorado.

Alexia apenas podía encontrar las palabras para explicárselo de forma que Ivy comprendiera.

—Es una asociación para la promoción femenina.

Ivy se quedó sin aliento y se agarró el pecho.

—¡Oh, *Alexia*, qué cosa para decir en voz alta!

Lady Maccon se dio cuenta de que Ivy podría tener razón, se encaminaban hacia un altamente indecoroso, por no decir peligroso, territorio.

—Bien, por supuesto, —*Alexia* se aclaró la voz ostentosamente—, cuéntame, ¿qué asunto es el que te ha traído a visitarme esta tarde, mi querida Ivy?

—Oh, *Alexia*, tengo todo un exceso de noticias deliciosas que contar. Apenas sé

por dónde empezar.

—Por el principio, normalmente descubro que es el mejor lugar.

—Oh, pero Alexia, esa es la parte más abrumadora. Todo ocurre a la vez.

Lady Maccon tomó una postura firme en ese punto: tocó el timbre para llamar a Floote.

—Obviamente necesitamos té.

—Oh, sí —coincidió Ivy fervientemente.

Floote, habiendo anticipado una petición semejante, llegó con té, una tarta de melaza y un racimo de uvas importadas de Portugal a un coste prodigioso.

Lady Maccon sirvió el té mientras Ivy esperaba, claramente vibrando por sus noticias, pero sin querer empezar la narración hasta que su amiga hubiera terminado de maniobrar el líquido caliente.

Alexia colocó la tetera cuidadosamente de nuevo en la bandeja y le entregó a Ivy su taza.

—¿Y bien?

—¿Has notado algo singular en mi apariencia? —Ivy inmediatamente depositó la taza sin beber ni un sorbo.

Lady Maccon miró a su amiga. Si un vestido marrón pudiera llamarse brillante, el de Ivy podía ser descrito así. Tenía en su haber un sobre-vestido y un polisón de raso color chocolate con una inmaculada falda blanca a rayas, como una carpa de circo, en la misma gama. El sombrero que lo acompañaba era, por supuesto, ridículo: deforma casi cónica pero cubierto con lo que parecían ser las plumas de al menos tres faisanes mezclados con gran cantidad de seda con flores azules y amarillas. Pero ninguno de estos extremos del vestido eran inusuales para la señora Tunstell.

—No demasiado.

Ivy se sonrojó como una remolacha, aparentemente avergonzada por lo que tenía que contar ahora, dados los fallidos poderes de observación de Alexia. Habló en voz baja.

—Estoy muy ansiosa por tomar té. —Esto no obtuvo ninguna respuesta de una confundida Alexia, puesto que Ivy no lo estaba bebiendo. Así que Ivy continuó como un soldado valiente—: Estoy... oh, querida, ¿cómo decir esto delicadamente?... Esperando con ilusión un incremento familiar.

—Vaya, Ivy, no sabía que esperaras algún tipo de herencia.

—Oh, no. —El sonrojo de Ivy se hizo más hondo—. No esa clase de incremento. —Inclinó la cabeza significativamente hacia la forma corpulenta de la Alexia.

—¡Ivy! ¡Estás embarazada!

—Oh, Alexia, de verdad, ¿debes decirlo tan alto?

—Felicidades, sin duda. Qué encantador.

Ivy continuó con la conversación rápidamente:

—Y Tunny y yo hemos decidido formar nuestra propia asociación dramática.

Lady Maccon hizo una pausa para reinterpretar esta confesión.

—Ivy, ¿estás diciendo que tienes intención de establecer una compañía de teatro?

La señora Tunstell asintió, con sus rizos rebotando.

—Tunny piensa que es un buen plan iniciar una nueva familia de actores así como también una nueva familia, como le entusiasma decir.

Una familia, ciertamente, pensó Alexia. Habiendo dejado la manada de licántropos, Tunstell debía intentar, a su manera, construirse una nueva manada.

—Bien —dijo—, os deseo a todos la mejor suerte del mundo. Sin embargo Ivy, y no tengo intención de ser grosera, ¿cómo habéis logrado reunir los medios para financiar tal empresa?

Ivy se sonrojó y bajó los ojos.

—Me han enviado para consultarte justo sobre ese tema. Entiendo que Woolsey está realmente entusiasmado con su patrocinio de empeños artísticos. ¡Tunny insinuó que incluso teníais algún capital invertido en un circo!

—Ciertamente, pero Ivy, por razones obvias, aquellos están dentro del interés de fomentar la manada. Reclutar guardianes y cosas así. Tunstell ha cortado voluntariamente cualquier conexión.

Ivy asintió sombríamente.

—Pensé que dirías algo así.

—Vamos, espera solo un momento. No soy una amiga tan endeble como para abandonar a alguien, especialmente a ti, querida, cuando me necesitas. —*Lady Maccon* frunció el ceño pensando—. Quizá podría echar mano de mis propios cofres. Puedes no ser consciente de ello, pero mi padre me dejó bastante bien situada y Conall es realmente generoso con una asignación semanal. Nunca hemos discutido mis ingresos personales, pero parece desinteresado en mis asuntos financieros. Estoy convencida de que no objetaría nada si me convirtiera en una mecenas de las artes. ¿Por qué debería tener Woolsey toda la diversión?

—Oh, Alexia, ¿de verdad? ¡No podía pedirte tal cosa! —protestó Ivy en un tono que sugirió que este había sido su objetivo todo el tiempo.

—No, no. —Alexia empezaba a estar bastante encantada con la propuesta—. Pienso que es una idea mayúscula. Me pregunto si podría pedir un favor más bien extraño a cambio.

Ivy parecía dispuesta a cualquier cosa que pudiera fomentar los objetivos de su marido.

—Oh, por supuesto.

Alexia caviló sobre cómo expresar exactamente su siguiente petición sin exponer demasiado de su naturaleza a su querida amiga. Nunca le había contado a Ivy nada sobre su estado preternatural, ni sobre suposición como *muhjah* y los cometidos de investigación en general que resultaban de ella.

—Siento curiosidad sobre las actividades de las clases inferiores. No pretendo ofender, mi querida Ivy, pero incluso como dueña de tu propia compañía de teatro y con clientela a pesar de todo, tendrás un cierto contacto con elementos menos

agradables de la sociedad londinense. Apreciaría... información... con respecto a estos elementos, en ocasiones.

La señora Tunstell estaba tan transida de alegría al oír esto, que se vio obligada a enjugarse uno de sus ojos con un pañuelo bordado.

—¿Por qué, Alexia querida? ¿Has comenzado a tener interés en un *chisme escandaloso* por fin? Oh, es demasiado. Demasiado maravilloso.

Incluso antes de su matrimonio, la posición social de la señorita Ivy Hisselpenny le había impedido asistir a los acontecimientos de la alta sociedad, mientras que la señorita Alexia Tarabotti había sufrido bajo el yugo de tales acontecimientos. En lo que a Ivy concernía, esto producía una pobre calidad y cantidad de murmuración. La Alexia de su juventud no había sentido curiosidad por las relaciones interpersonales de otros, y mucho menos por sus vestidos y modales.

El pañuelo descendió y el rostro de Ivy se impregnó de una astucia ingenua.

—¿Hay algo en especial a lo que quieras que preste atención?

—¡Vamos, Ivy!

La señora Tunstell sorbió su té coquetamente.

Lady Maccon se lanzó al agua:

—De hecho, ha habido rumores últimamente con respecto a una amenaza sobre un determinado par del reino. No puedo decir más, pero ¿prestarías atención?

—Bueno, oí que el carruaje de lord Blingchester había sido retirado del servicio.

—No, Ivy, no esa clase de amenaza.

—Y la doncella de la duquesa de Snodgrove estaba tan indignada recientemente que indicó que realmente no podría sujetar su sombrero correctamente para el baile de verano.

—No, tampoco es algo así. Pero todo es una información intrigante. Apreciaría continuar con tu compañía y tu conversación incluso después de tus actuales circunstancias.

Ivy cerró los ojos y tomó un pequeño aliento.

—Oh, Alexia, qué amabilidad la tuya. Yo temía... —Abrió un abanico y lo agitó en un exceso de emoción sentimental—... Temía que una vez que Tunny y yo emprendiéramos esta aventura, tuvieras pocos deseos de continuar con nuestra relación. Después de todo, tengo intención quizá de asumir algunos pequeños papeles yo misma. Tunny piensa que puedo tener talento dramático. Ser vista tomando el té con la esposa de un actor es una cosa, pero tomar el té con la actriz misma es otra muy distinta.

Lady Maccon se inclinó hacia adelante todo lo posible y alargó una mano para posarla suavemente encima de la de la señora Tunstell.

—Ivy, nunca lo consideraría siquiera. No hablemos más del tema.

Ivy parecía sentir que había llegado el momento de continuar con otro trocito de información pertinente.

—Tenía otra cosa que contarte, mi querida Alexia. Como habrás podido suponer,

he tenido que dejar mi puesto como asistente de *madame* Lefoux. Por supuesto, perderé la compañía de todos esos preciosos sombreros, pero estaba allí justo la otra tarde cuando ocurrió un acontecimiento muy peculiar. Dada la posición de tu marido, inmediatamente pensé en ti.

—Qué perspicaz. —Para su asombro, *lady* Maccon se había encontrado con que la señora Tunstell, una dama de la pequeña sociedad y con aparentemente poco sentido, a menudo tenía cosas que contar de lo más sorprendente. Sabiendo bien que el mejor ánimo era no decir nada, Alexia bebió su té y le dirigió a Ivy una mirada de interés en sus ojos oscuros.

—Bien, nunca te creerías esto, pero me topé con un cetro en la calle.

—Un cetro... ¿qué, como el de la reina?

—Oh, no, ya sabes lo que quiero decir. Un fantasma. Yo, ¿puedes imaginártelo? Justo por donde yo iba, toda pretenciosa. Apenas podía soportarlo. Estaba completamente frenética. Después de que hube recobrado mis aptitudes, me percaté de que la pobre cosa estaba un tanto ausente de sentido común. Después de mucho gorgoteo sin sentido, ella logró articular alguna información. Pareció particularmente atraída por mi sombrilla, que llevaba por la noche solo porque mi negocio con *madame* Lefoux había llevado más tiempo de lo que había esperado. De otra forma, ya me entiendes, siempre he encontrado que tu hábito de llevar accesorios de día a todas horas es *altamente* esotérico. No importa. Este fantasma pareció particularmente interesado en mi sombrilla. Estuvo indagando sobre ella. Quería saber si *hacía* algo, además de escudarme del sol, por supuesto. Le informé claramente que la única persona que conocía que poseía una sombrilla que expulsaba cosas era mi estimada amiga *lady* Maccon. ¿Recuerdas que vi la tuya emitiendo cuando nos trasladábamos al norte? Bien, se lo dije al fantasma en términos absolutamente poco ceremoniosos, lo que la estimuló más y preguntó por tu paradero actual. Bueno, puesto que ella era un fantasma y, como tal, vinculada dentro de un área limitada a suposición, no vi razón para no darle tu nueva dirección. Fue todo muy extraño. Y repetía el giro más peculiar de la frase, referente a un cefalópodo.

—¿Oh, seguro? ¿Qué dijo exactamente, Ivy?

—«El pulpo es injusto», o alguna tontería semejante. —Ivy parecía como si fuera a continuar su discusión, salvo que en ese momento divisó a Felicity a través de la puerta abierta de la sala.

—Alexia, tu hermana parece estar más desequilibrada. Estoy convencida de que acabo de verla vistiendo chal de punto amarillo limón. Con un fleco. Para salir en público. No puedo consentirlo.

Lady Maccon cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No prestes atención a eso ahora, Ivy.

—Estoy convencida, como te digo. Qué notable.

—¿Algo más acerca del fantasma, Ivy?

—Creo que podría haber tenido algo que ver con la OPL.

Este comentario hizo que Alexia se enderezara de repente.

—¿Qué acabas de decir?

—La Orden del Pulpo del Latón... tienes que haber oído hablar de ella.

Lady Maccon parpadeó por la sorpresa y se puso la mano sobre el vientre, donde el inconveniente prenatal daba patadas también por la sorpresa.

—Por supuesto que he oído hablar de ella, Ivy. La pregunta es, ¿cómo lo has oído tú?

—Oh, Alexia, definitivamente he estado trabajando para *madame Lefoux* durante años. Ella ha estado viajando demasiado últimamente, y su apariencia puede ser muy divertida, pero no soy tan poco observadora como *eso*. Soy muy consciente de que cuando ella está en la ciudad, está menos comprometida en la actividad de orientar sobre sombreros que en poner sombreros en el punto de mira. Tiene una cámara subterránea de ingenios, según tengo entendido.

—¿Te lo contó?

—No exactamente. Si *madame Lefoux* prefiere conservar cosas en secreto, ¿quién soy yo para contradecirla? Pero miré dentro de alguna de esas cajas de sombreros tuyas y no siempre contienen sombreros. Pregunté por los detalles específicos y *madame Lefoux* me aseguró que era mejor si no me veía involucrada. Sin embargo, Alexia, no quería que pensaras en mí como una ignorante. Tunny y yo hablamos de cosas así, y tengo ojos suficientes en mi cabeza para observar, incluso si no siempre entiendo.

—Me disculpo por dudar de ti, Ivy.

Ivy pareció triste.

—Quizá un día tú también depositarás tu confianza en mí.

—Oh, Ivy, yo...

Ivy alzó una mano.

—Cuando estés realmente lista, por supuesto.

Alexia suspiró.

—Hablando de eso, debes disculparme. Estas noticias sobre el fantasma no son de poca importancia. Debo consultar con el Beta de mi marido inmediatamente.

Ivy miró a su alrededor.

—Pero es de día.

—Algunas veces incluso los licántropos están despiertos durante el día. Cuando la situación lo exige. Conall está dormido, así que el profesor Lyall probablemente está despierto y atendiendo a sus deberes.

—¿Es tan horrendo un cefalópodo?

—Tengo miedo de que pueda serlo. ¿Me disculparías, Ivy?

—Por supuesto.

—Informaré a Floote sobre ese pequeño asunto de mi patrocinio. Hará los preparativos necesarios y proveerá el adelanto pecuniario que sea necesario.

Ivy agarró la mano de *lady Maccon* mientras pasaba por su lado.

—Oh, gracias, Alexia.

Alexia era tan buena como su palabra, y fue inmediatamente a Floote y le impartió instrucciones. Luego, en interés de la economía y quizá para ahorrarse un viaje al ORA, preguntó casualmente:

—¿Hay una sede local de la OPL en esta zona? Entiendo que es realmente una sociedad secreta, pero pensé que quizá podría saberlo.

Floote le dirigió una mirada reflexiva.

—Sí, *milady*, un bloque más allá. Noté la marca poco después de que usted empezase a visitar a lord Akeldama.

—¿La marca, Floote?

—Sí, *milady*. Hay un pulpo de latón en la manilla de la puerta. Número ochenta y ocho.



La guarida del pulpo

El número ochenta y ocho no era una residencia muy impresionante. De hecho, era una de las menos elegantes del vecindario. Si bien los vecinos inmediatos no eran nada en comparación a la morada de lord Akeldama, a pesar de todo mostraban al mundo sus mejores ladrillos. Reconocían, de un modo completamente tácito, que eran habitantes del barrio residencial más de moda en Londres y que la arquitectura y los jardines debían hacer méritos para esa distinción. El número ochenta y ocho parecía totalmente desvencijado en comparación. Su pintura no estaba desconchada exactamente, pero sí descolorida, y el jardín se veía cubierto de finas hierbas que se habían estropeado y lechugas que habían florecido.

Científicos, pensó Alexia mientras se dirigía hasta la escalera principal y tiraba de la cuerda de la campanilla. Llevaba su peor vestido, modificado para compensar su tripa y hecho de un tejido de estambre de un tono entre marrón y verde parecido al agua sucia. No podía recordar por qué había comprado originalmente ese burdo y triste vestido... probablemente para molestar a su madre. Incluso había tomado prestado uno de los feos mantones de Felicity, a pesar de que el día era demasiado cálido para semejante idea. Junto con una cofia totalmente blanca y una expresión muy humilde, tenía todo el aspecto del ama de llaves que deseaba representar.

El mayordomo que respondió a su llamada pareció sentir lo mismo, ya que ni siquiera cuestionó su posición. Su comportamiento era de pedante amabilidad, exacerbada por un aspecto alegre que por regla general se encontraba entre panaderos o carniceros, no mayordomos. Tenía un cuello grueso y la cabeza con un pelo blanco salvaje y espeso que le recordaba más que nada a una coliflor.

—Buenas tardes —dijo Alexia, haciendo una reverencia—. He oído que su establecimiento necesita nuevo personal y he venido a preguntar por el puesto.

El mayordomo la miró de arriba abajo, apretando los labios.

—Perdimos a nuestra cocinera hace varias semanas. Nos hemos apañado bien con

una temporal, y desde luego no deseamos contratar a alguien en su condición. Puede entenderlo. —Fue dicho con amabilidad, pero con firmeza y con la intención de desalentar.

Alexia enderezó la espalda.

—Ah, sí, señor. Mi parto no debería ser en más de quince días, y hago la mejor gelatina de patas de ternera que podrá saborear nunca. —Alexia se la jugó con eso. El mayordomo parecía el tipo de hombre al que le gustaba la gelatina, su figura ya mostraba una inclinación a la gelatina.

Ella tenía razón. Sus ojos entrecerrados se iluminaron con placer.

—Ah, bien, si ese es el caso. ¿Tiene referencias?

—La mejor, de la mismísima *lady* Maccon, señor.

—¿De veras? ¿Cómo de extenso es su conocimiento de las hierbas y especias? Los caballeros que residen aquí, entienda, en su mayoría son solteros. Sus exigencias en la mesa son simples, pero sus peticiones extracurriculares pueden ser un poco esotéricas.

Alexia fingió sorpresa.

El mayordomo se apresuró a corregir cualquier malentendido.

—Oh, no, no, nada de eso. Simplemente pueden pedir ciertas cantidades de hierbas secas para sus experimentos. Todos ellos son hombres de intelecto.

—Ah. En cuanto a eso, mi conocimiento es inigualable al de cualquiera que yo haya conocido antes o después. —Alexia disfrutaba bastante presumiendo de cosas sobre las que no sabía absolutamente nada.

—Me parece muy difícil de creer. Nuestra anterior cocinera era una reconocida experta en las artes medicinales. No obstante, entre, ¿señora...?

Alexia rebuscó un nombre, entonces se le ocurrió el mejor que pudo con tan poca antelación.

—Floote. Señora Floote.

No pareció que este mayordomo conociera a *su* mayordomo, ya que su expresión no se alteró en la improbabilidad de una pareja como Floote y Alexia. Simplemente la hizo pasar y la condujo abajo y hacia la cocina.

No se parecía a ninguna cocina que Alexia hubiera visto en su vida. No es que hubiese pasado mucho tiempo en cocinas, pero creía que estaba al menos familiarizada con las expectativas generales de un cuarto tan utilitario. Este estaba prístinamente limpio y contaba no solo con el número necesario de cacharros de cocina, sino también dispositivos de vapor, una o dos enormes cubetas de medición, y lo que parecían tarros de cristal llenos de muestras de especímenes recubrían las encimeras. Se parecía a la combinación de una fábrica de embotellado, una fábrica de cerveza y la cámara de ingenios de *madame* Lefoux.

Alexia no hizo ningún intento por ocultar su asombro, cualquier ama de casa normal estaría tan sorprendida como ella al ver un espacio para cocinar tan extraño.

—Dios mío, qué disposición tan peculiar de mobiliario y utensilios.

Estaban solos en la cocina, y era aquella hora de la tarde en la que la mayoría del personal doméstico tenía un breve momento para satisfacer sus propios asuntos antes de que se pidiera el té.

—Ah, sí, nuestra anterior cocinera tenía cierto interés en otras actividades aparte de la preparación de comida. Era una especie de intelectual, si se permite tal cosa en una mujer. Mis patronos a veces alientan el comportamiento aberrante.

Alexia, después de haber pasado tantos años inmersa en los libros y habiendo asistido a muchas presentaciones de la Royal Society, por no mencionar su relación personal con *madame* Lefoux, ciertamente podía permitir ese tipo de cosas en las mujeres, pero con su actual disfraz se abstuvo de mencionarlo. En cambio, miró a su alrededor en silencio. Solo para notar un predominio de pulpos. Estaban verdaderamente por todas partes, estampados sobre las tapaderas de frascos y etiquetas, grabados en los mangos de sartenes de hierro, en los lados de las ollas de cobre, e incluso impreso en la parte superior de una tinaja de jabón dispuesto para endurecerse en un aparador.

—Vaya, no hay duda de que alguien siente afecto por los cefalópodos. —Alexia se acercó contoneándose, con total naturalidad, para examinar una hilera de botellas muy pequeñas de vidrio marrón oscuro y de contenido misterioso. Estaban tapadas con corcho, cada corcho ostentaba un pequeño pulpo de cristal incrustado en él en una variedad de colores. Aparte de eso, no había ninguna mención del contenido.

Alargó la mano para coger uno solo, para descubrir que el mayordomo, a la manera silenciosa habitual de los de su clase, se había acercado sigilosamente a su lado.

—Señora Floote, yo no lo haría si fuera usted. Nuestra anterior cocinera también tenía interés en formas bastante más peligrosas de destilería y conservación.

—¿Qué le ocurrió a la buena señora, señor? —preguntó Alexia con una ligereza forzada en el tono.

—Ella lo dejó. En su lugar, tendría especial cuidado con aquel pulpo amarillo de allí.

Alexia se alejó rápidamente de toda la hilera de botellitas, sintiendo de repente que estaban precariamente colocadas en su anaquel.

El mayordomo la miró de arriba abajo.

—Hay muchas escaleras en esta casa, ¿entiende, señora Floote? No podrá permanecer solo en la cocina. ¿Cómo voy a estar convencido de que está capacitada para sus obligaciones?

Alexia aprovechó esto como una oportunidad perfecta para continuar sus investigaciones.

—Bueno, estoy interesada en ver los alojamientos, en caso de que decida contratar mis servicios. Si fuera tan amable de mostrarme las dependencias del personal, puedo demostrar mi movilidad.

El mayordomo asintió y señaló hacia la escalera trasera que subía por la casa

hasta los apartamentos del ático. El cuarto al que finalmente la llevó era una celda pequeña y estrecha que todavía contenía algunos restos de su ocupante anterior, como Alexia había esperado. Más botellitas marrones y unos pocos frasquitos de aspecto curioso tirados. Un pañuelo estaba extendido a través del alféizar, sobre el que habían puesto a secar unos manojos de hierbas.

—Por supuesto, limpiaremos estos cuartos antes de la nueva ocupación. —El mayordomo frunció los labios mientras miraba a su alrededor.

Libretas pequeñas, encuadernadas en tela, estaban esparcidas aquí y allí; algunas estaban completamente polvorizadas por el abandono. También había trozos de recortes de papel y hasta lo que parecía ser una especie de libro de contabilidad.

—¿Su anterior cocinera era culta, señor?

—Le avisé que ella era peculiar.

Alexia volvió a mirar a su alrededor y entonces, pensando rápidamente, maniobró hacia la pequeña cama.

—Oh, cielos, tal vez las escaleras fueron demasiado dada mi actual condición. Parece que me siento bastante sobre estimulada. —Se desplomó sobre la cama, inclinándose hacia atrás dramáticamente y casi perdiendo el equilibrio. Fue una interpretación miserable.

Sin embargo, el mayordomo parecía convencido.

—Ah, como yo decía, señora Floote. Esto simplemente no es aceptable. La verdad es que no podemos considerar a alguien que...

Alexia le cortó gimiendo y agarrándose la tripa de manera significativa.

El hombre palideció.

—¿Quizás si pudiera tener un momentito para recuperarme, señor?

Parecía que el mayordomo preferiría estar en cualquier otro sitio, excepto allí.

—Iré a buscarle un vaso de agua, ¿de acuerdo? ¿Quizás un poco de, esto, gelatina?

—Oh, sí, magnífica idea. Tómese el tiempo que necesite.

Con eso, él se apresuró a salir.

Inmediatamente, Alexia se irguió tambaleándose, un ejercicio que compensó en eficiencia lo que careció en dignidad, y empezó a registrar la habitación. Encontró muy pocos recuerdos con respecto a la personalidad de la ocupante, pero había todavía más cuadernos y botellas misteriosas escondidas en el cajón de la mesita de noche y el armario. Metió todo lo que parecía ser secreto o importante en los bolsillos invisibles de la sombrilla.

Entonces, sabiendo que debía ponerse un límite, cogió lo que parecía ser el cuaderno más reciente y uno que tenía aspecto de ser el más antiguo y polvoriento, junto con un libro de contabilidad cuidadosamente impreso y los envolvió en el chal de Felicity. La sombrilla tintineaba ligeramente y se encorbaba debido a la sobrecarga, y pensó que el fardo de tela debía parecer muy sospechoso, pero cuando el mayordomo regresó, estaba tan encantado de encontrarla recuperada que ni se dio

cuenta.

Alexia decidió que haría mejor en escapar. Diciendo que se sentía débil y tenía que darse prisa en ir a casa antes del anochecer, se acercó a la puerta. El mayordomo la condujo al piso de abajo, negándose a ofrecerle el puesto, a pesar de su gelatina de patas de ternera, pero sugiriendo que pasara por allí en varios meses cuando estuviera repuesta de sus molestias, por lo visto la gelatina era una perspectiva bastante atractiva.

La estaba dejando salir cuando una voz los detuvo en seco.

—Santo cielo. ¿Señorita Tarabotti?

Alexia agarró su botín más cerca de su pecho, cerró los ojos y respiró hondo. Luego miró hacia arriba.

El caballero que bajaba lentamente la escalera e iba hacia ella era un ejemplo icónico de la especie científica. Sus patillas grises estaban descuidadas, tenía anteojos y su atuendo demasiado *tweed* para estar en pleno verano y en el centro de la ciudad. Por desgracia, Alexia estaba demasiado familiarizada con ese rostro.

—¡Vaya, doctor Neeps! Pensé que estaba muerto.

—Ah, no exactamente. Aunque lord Maccon hizo todo lo posible. —El hombre continuó bajando las escaleras, moviéndose con una pronunciada cojera probablemente sufrida durante la última batalla en la cámara de exsanguinación del Club Hypocras. Cuando se acercó a ella, Alexia notó que sus ojos eran muy duros detrás de aquellos anteojos.

—En ese caso, ¿no debería estar cumpliendo condena por mala conducta intelectual?

—Le aseguro que ha sido cumplida. Ahora, creo que quizás debería venir conmigo, señorita Tarabotti.

—Oh, pero ya me marchaba.

—Sí, estoy seguro de que se iba.

El mayordomo, un poco perdido, miraba de acá para allá entre ellos.

Alexia retrocedió hacia la puerta abierta, levantando la sombrilla en una posición defensiva y presionando el pulgar contra el correspondiente pétalo de loto en el mango, armando la punta con uno de los dardos aturdidores. Deseó no haber dejado atrás a Ethel; las pistolas, en términos generales, eran mucho más amenazantes que las sombrillas.

Sin embargo, el doctor Neeps la miró con cauteloso respeto.

—Obra de *madame* Lefoux, ¿verdad?

—¿Conoce a *madame* Lefoux?

El doctor Neeps la miró como si fuera idiota. Por supuesto, pensó Alexia, esto es una sección de la Orden del Pulpo de Latón. *Madame* Lefoux también es miembro. No me di cuenta de que la Orden reabsorbió al Club Hypocras. Debo decírselo a Conall.

El científico inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué pretende, señorita Tarabotti?

Alexia vaciló. El doctor Neebs no era de fiar, de eso estaba segura. Por lo visto, él sentía más o menos lo mismo sobre ella, ya que le dio una brusca orden al mayordomo.

—¡Agárrala!

Por suerte, el mayordomo estaba confundido por el procedimiento y no entendía cómo su papel se había convertido de repente en uno de rufián. También sostenía un vaso de agua en una mano y un tarro de gelatina de patas de ternera en la otra.

—¿Qué? ¿Señor?

En ese momento Alexia disparó al científico con un dardo aturridor. *Madame* Lefoux había armado los dardos con un veneno de alta calidad y de acción rápida que tenía alguna vinculación con el láudano. El doctor Neebs cayó de bruces con una expresión de asombro en su cara y se desplomó al pie de la escalera.

El mayordomo se repuso de su inercia y se abalanzó sobre Alexia. *Lady* Maccon, torpe en el mejor de los casos, se tambaleó hacia un lado, agitando la sombrilla violentamente en un arco amplio y logrando golpear al mayordomo de refilón en un lado de la cabeza.

No fue un golpe muy preciso pero fue violento y el hombre, claramente no acostumbrado a nada por el estilo, se tambaleó hacia atrás mirándola con una expresión de tal descontento que Alexia tuvo que sonreír.

—¡Vaya, señora Floote, qué comportamiento tan indecoroso!

Alexia armó su sombrilla y le disparó con un segundo dardo aturridor. Sus rodillas cedieron y él se desplomó en el suelo del vestíbulo.

—Sí, lo sé. Pido disculpas. Es un defecto personal mío.

Y con eso, salió a la calle y se movió pesadamente, agarrando su botín y sintiéndose muy furtiva y bastante orgullosa de los logros de su tarde.

Lamentablemente para *lady* Maccon, no había absolutamente nadie para apreciar sus esfuerzos cuando regresó a casa. Cualquiera hombre lobo en la ciudad estaba acostado, Felicity aún estaba fuera —no es que Alexia pudiese confiar en *ella*— y Floote había salido para atender alguna tarea doméstica u otra. Descontenta, Alexia se instaló en la salita trasera para examinar su botín malversado.

La salita trasera ya era su habitación favorita. Había sido redecorada con una carta de colores discretos en mente: paredes crema y dorado claro, muebles de madera oscura de cerezo ricamente decorados y cortinas y revestimientos de azul marino. Varias mesitas estaban cubiertas de mármol y la gran lámpara de araña presumía de lo último en el alumbrado de gas. Era justo esa clase de elegancia conmovedora que la Alexia sin alma nunca podría esperar conseguir sola.

Dejó las botellas a un lado para dárselas al ORA para que las analizaran y cogió el libro mayor y los diarios con interés. Dos horas más tarde, con el estómago gruñendo y el té frío y olvidado a su lado, volvió a dejarlos otra vez. Habían sido tan absorbentes como solo las meditaciones muy privadas de un completo desconocido

pueden ser. También eran esclarecedoras a su manera, aunque no con respecto a la actual amenaza a la vida de la reina. De eso no había ninguna mención en absoluto y tampoco había pruebas concretas para implicar a la OPL.

El libro mayor resultó ser un registro de transacciones, principalmente de ventas que la cocinera había hecho a varias personas, todo codificado con símbolos, iniciales, abreviaturas y números. Después de leer también los diarios, Alexia supuso que la cocinera tenía que haber sido un miembro honorario de la OPL. Su interés estaba concentrado en aquellos brebajes que uno no podía comprar fácilmente de un boticario o farmacéutico. Líquidos, por ejemplo, como los que *madame* Lefoux había incorporado en la sombrilla de Alexia y quizás otras pociones aún más mortales.

El diario más reciente, inacabado y poco útil, expresaba solo las ideas cada vez más desorientadas de una mujer mayor que pareció sucumbir a una poción de su propia fabricación, ya fuera involuntariamente o por un trastorno del espíritu. No había ningún modo de determinar si ella era, de hecho, el fantasma que había ido para advertir a *lady* Maccon, pero era una pista tan buena como cualquiera otra.

Sin embargo, fue el diario más antiguo el que llamó su atención. Una entrada en particular estaba fechada unos veinte años antes. Reflexionaba con interés sobre un nuevo pedido... para que los ingredientes fueran enviados por correo en repartos separados, por el bien de la seguridad, a una manada de licántropos en Escocia. La conexión entre la época y la localización hizo que Alexia cavilara sobre un relato angustioso de su marido sobre cierta traición. La misma traición que le hizo abandonar la manada Kingair y luego hacerse cargo de Woolsey. Había estado muy afectado por aquello.

—Los sorprendí mezclando el veneno —le había dicho—. ¡Veneno, figúrate! El veneno no tiene lugar en tierras de la manada o en los asuntos de la manada. No es un modo honesto de matar a alguien y mucho menos a un monarca.

Se dio cuenta de que no había ningún modo de demostrar una conexión, pero la coincidencia en la fecha era lo bastante buena para ella. Esto *tenía* que ser una contabilidad del pedido para el veneno que hacía mucho tiempo fue destinado para matar a la reina Victoria.

—Asombroso —dijo en el cuarto vacío, releendo el pasaje incriminatorio. Distraídamente cogió la taza de té y bebió un sorbo. El líquido estaba frío, volvió a dejar la taza con una mueca. Rápidamente comprobó que el resto bajo la cubre tetera estaba igualmente tibio y tiró de la cuerda de la campanilla.

Floote se materializó.

—¿Señora?

—Té recién hecho, por favor, Floote. Uno muy caro.

—Por supuesto, señora.

Él desapareció, reapareciendo milagrosamente en poco tiempo con una tetera recién hecha y, para deleite de *lady* Maccon, un pequeño trozo de pastel con un aspecto tentador.

—Ah, gracias, Floote. ¿Eso es bizcocho de limón? Maravilloso. Dígame, ¿alguno de los hombres ya está despierto?

—Creo que el señor Rabiffano y el profesor acaban de levantarse.

—El señor Rabiffano, ¿quién es...? ¡Ah, Biffy! ¿Mi marido no, entonces?

—Es difícil de decir, señora, él está en la otra casa.

—Ah, sí, por supuesto, qué tonta soy. —*Lady Maccon* volvió a su lectura del pequeño diario.

—¿Habrá algo más, señora?

—La pregunta es, Floote, ¿por qué encargar las toxinas en Londres? ¿Por qué no comprar los viles elementos a quienes suministran tan perniciosas necesidades más cerca de casa?

—¿Señora?

—Quiero decir, Floote, hipotéticamente, ¿por qué hacer un pedido especial de veneno desde una ubicación, solo para al final volver a transportarlo para cometer el crimen atroz? Aunque, supongo que la reina podría haber estado visitando Escocia en aquel momento. Pero de todos modos, ¿por qué todo el trayecto desde la ciudad?

—Todo el mundo hace pedidos a Londres, señora —respondió Floote muy tajante, aunque no tenía ni idea en cuanto a los detalles de su pregunta—. Es la moda.

—Sí, pero ¿si alguien tuviera miedo de ser atrapado?

Floote pareció sentir que podía participar en la discusión incluso sin pleno conocimiento de los hechos necesarios.

—Tal vez alguien quería ser atrapado, señora.

Lady Maccon frunció el ceño.

—Oh, no, no creo... —Fue interrumpida por la llegada del profesor Lyall, que tenía su habitual aspecto pulcro de siempre, a pesar de que acababa de levantarse.

Asomó la cabeza por la esquina de la puerta con cierta sorpresa, era evidente que no estaba seguro de qué hacer con el campamento de su señora.

—*Lady Maccon*, buenas tardes. ¿Cómo está?

—Profesor Lyall. Ah, Floote, continúe.

Floote se alejó, lanzando a Lyall una mirada muy significativa, como si dijera: *Ella está en uno de sus estados de ánimo, vaya con cuidado.*

Siguiendo el consejo tácito, el hombre lobo entró con indecisión.

—¿Está en el salón trasero, *lady Maccon*?

—Como ya ve.

—¿No en el delantero?

—Me gusta el empapelado. He tenido un día de lo más instructivo, profesor Lyall.

—Ah, querida. ¿De verdad? —El caballero se instaló en una silla cerca de su hembra Alfa. A una señal de *lady Maccon*, se sirvió té. Floote, siendo Floote, había pensado en proporcionar más de una taza—. Todavía no he leído los periódicos de la tarde. ¿Va a resultar importante, *milady*?

Lady Maccon frunció el ceño.

—Lo dudo. No creo que la policía fuera alertada de mis actividades.

El profesor Lyall se abstuvo de mencionar que eso indicaba que podría haber habido una necesidad de tal acción.

—¿Y bien?

De forma tan favorecedora como fue posible, *lady* Maccon detalló las correrías de su tarde. Mientras lo hacía, el rostro del profesor Lyall se arrugaba con preocupación.

—¿Por su cuenta? ¿En su estado?

—Soy perfectamente capaz.

—Sí, en efecto. Incluso se las arregló para utilizar su condición en su beneficio. Pero yo creía que se suponía que se llevaba a Biffy con usted en estos paseos. Él mismo lo ordenó.

—Bueno, sí, pero esto no podía esperar hasta la noche. Y las pruebas tan interesantes que he descubierto. ¿Y dónde he puesto mi pluma? —Comenzó a darse palmaditas sobre el regazo, lo que quedaba de él, con irritación.

El profesor Lyall sacó una pluma estilográfica de su chaleco y se la pasó. Alexia hizo un gesto con la cabeza en agradecimiento.

—¿De verdad cree que esta nueva amenaza tiene alguna conexión con el anterior intento de Kingair? —preguntó mientras ella escribía una nota en el margen de uno de los diarios.

—Parece probable.

—Sus pruebas parecen ser circunstanciales en el mejor de los casos.

—Nunca descarte la casualidad favorable. ¿Sería tan amable de analizar algunas de esas pociones? También me gustaría ver el informe del ORA sobre el asesinato fallido de Kingair y el subsiguiente desafío de mi marido al Alfa de Woolsey, además de las correspondientes publicaciones en la prensa popular.

El profesor Lyall parecía bastante afligido.

—Si insiste, *milady*.

—Sí.

—¿Me da unas horas para organizarlo todo? Al laboratorio le llevará tiempo con esas muestras, varios días, por lo menos, pero traeré los otros artículos que ha solicitado.

—Oh, no hay necesidad. Pasearé hasta el ORA después de visitar a *madame* Lefoux y presentaré los formularios de solicitud correspondientes yo misma.

—Ah, ¿tenía la intención...?

—No hasta que remonté esta conexión hasta la OPL. Por supuesto, Genevieve no habría tenido nada que ver con las operaciones de la OPL hace veinte años, siendo solo una niña pequeña, pero de todos modos vale la pena investigar. Ella sabe cosas. Por no mencionar el hecho de que Ivy se encontró con un fantasma en esa zona la otra noche. No puede ser el mismo fantasma, ningún vínculo alcanza tan lejos, pero tiene que haber una conexión con nuestro mensajero misterioso.

—Si es necesario, *milady*. Pero esta vez haga el favor de llevarse a Biffy con

usted.

—Por supuesto. Me alegraré de la compañía. ¿Vamos a cenar?

El profesor Lyall asintió con gratitud y se levantaron para dirigirse al comedor.

—Eh, ¿esposa?

Conall Maccon bajó pesadamente las escaleras pareciendo mucho más recuperado de lo que Alexia lo había visto nunca en toda su relación. Su pañuelo, de un favorecedor azul etéreo que complementaba a la perfección sus ojos color ámbar, estaba atado al estilo Nabog sobre las puntas de un cuello excepcionalmente alto. Su camisa estaba remetida a la perfección, su chaleco impecable, al igual que las mangas de su chaqueta. Como resultado directo, también parecía bastante incómodo.

—Dios mío, esposo. ¡Qué guapo estás esta noche! ¿Los zánganos se apoderaron de ti?

El conde lanzó a su esposa una mirada muy elocuente, antes de abalanzarse sobre ella y plantar un beso en sus labios, justo delante de las miradas avergonzadas de Lyall, Floote y un pequeño número de miembros del personal doméstico.

La movilidad limitada de Alexia le impedía cualquier maniobra evasiva. Como una mujerzuela lasciva, solo podía soportar sus atenciones amorosas con rubor y balbuceos de horror encantado.

Él se retiró finalmente.

—Excelente, la mejor manera de empezar la noche de uno. ¿No están de acuerdo, señores?

El profesor Lyall puso los ojos en blanco ante las payasadas de su Alfa y Floote volvió rápidamente a ocuparse de sus tareas.

Entraron en el comedor. Durante el curso de la conversación de Alexia con el profesor Lyall, la mayor parte del resto de los actuales miembros de la manada residentes en la ciudad, dos licántropos y unos cuantos guardianes, se había presentado y reunido alrededor de la mesa. Todos se pusieron de pie cortésmente mientras *lady* Maccon se sentaba, antes de volver a la conversación o consumo previos, según la persona. Biffy, sentado ligeramente apartado de los demás, fingía estar profundamente absorbido en la última edición de *Le Beaux Assemblée*, también conocida como *El tribunal del galán, revista de moda dirigida especialmente al caballero ocioso*. Lord Maccon lo miró con el ceño fruncido, pero el dandi no parecía notarlo.

Alexia se sirvió un cuenco de compota de fruta, pudín de ciruelas y natillas. Después de conversar un poco con su marido sobre asuntos domésticos, le informó de sus propias y recientes investigaciones.

—¡No lo hiciste!

—Definitivamente lo hice. Y ahora necesito el carruaje. Me gustaría visitar a *madame* Lefoux antes de pasar por el ORA para recoger la documentación que el profesor Lyall me prometió.

Lord Maccon lanzó a su Beta una mirada represiva.

El profesor Lyall se encogió de hombros, como diciendo: *Tú te casaste con ella.*

—Alexia —dijo lord Maccon en un gruñido ahogado—, sabes que no me siento cómodo con la reaparición de ese incidente en particular. No me gustaría que estuvieras creando problemas sobre un acontecimiento verdaderamente resuelto.

Lady Maccon, entendiendo perfectamente que la naturaleza de su gruñido no era de cólera, sino de angustia, dejó el tenedor y puso la mano sobre la suya.

—Pero tienes que reconocer que si hay una conexión, deberíamos seguir todas las vías de investigación. Prometo mantener mi atención concentrada en los detalles relevantes y no distraerme por la curiosidad personal.

Lord Maccon suspiró.

Lady Maccon bajó la voz, aunque era perfectamente consciente de que estaba rodeada por seres con audición sobrenatural que podían percibir cada palabra que decía.

—Sé que este es un tema que te hace sufrir, amor mío, pero si vamos a llegar a la raíz de este asunto, tienes que ver que en efecto puede haber una correlación.

Él asintió.

—¿Pero tendrás cuidado, por favor, corazón mío? Temo que estés metiéndote en un lío con asuntos que es mejor dejar como están.

Un silencio en el rumor de pasar las páginas del periódico vespertino del profesor Lyall pareció indicar que el Beta estaba completamente de acuerdo con su Alfa en este punto.

Alexia asintió y soltó a su marido. Levantó la vista y miró al otro lado de la mesa.

—Biffy, ¿estarías dispuesto a acompañarme esta noche cuando haga mis rondas? Apreciaría la compañía de alguien con más movilidad que yo.

—Por supuesto, *milady*, encantado. ¿Qué sombrero me pongo?

—Pues tu chistera de ciudad nos vendría bastante bien. No entraremos en sociedad.

El rostro de él se ensombreció un poco ante eso.

—Muy bien, *milady*. ¿Debería recogerla ahora?

—Oh no, por favor termina de comer. No tiene sentido desperdiciar comida en la búsqueda de información. Una es mucho más vital que la otra, a pesar de lo que lord Akeldama pueda pensar.

Biffy sonrió ligeramente y siguió con el consumo de su filete crudo y su huevo frito.



Madame Genevieve Lefoux era una mujer de estilo y conocimiento. Si ese estilo se inclinaba hacia la vestimenta y modales de los caballeros y si ese conocimiento se inclinaba hacia la teoría y práctica científica, desde luego *lady* Maccon no era el tipo

de persona tan falta de sensibilidad que criticaría a una amiga por tales excentricidades. Una considerable intimidad había dejado a Alexia con la clara sensación de que le gustaba a *madame* Lefoux y que a ella le gustaba *madame* Lefoux, pero no mucho más. La confianza, por ejemplo, todavía parecía puesta en duda. Entre ellas existía una amistad completamente diferente de la que compartía con Ivy Tunstell. No había ninguna discusión sobre la última moda o acontecimientos sociales. De ser preguntada, es posible que Alexia dijera que no podía recordar exactamente de qué hablaban la inventora francesa y ella, pero fuera lo que fuese, siempre dejaba a Alexia sintiendo que se había esforzado intelectualmente y vagamente agotada... bastante parecido a visitar un museo.

Madame Lefoux tenía una nueva dependienta, bonita y joven, detrás del mostrador cuando llegaron a Chapeau de Poupe. Las dependientas de *madame* Lefoux siempre eran jóvenes y bonitas. Esta parecía desbordada por la inesperada llegada de la distinguida *lady* Maccon y se sintió enormemente aliviada cuando su señora, elegante y refinada con un frac gris y sombrero de copa, apareció para ocuparse de tan augusto personaje.

—¡Mi querida *lady* Maccon!

—*Madame* Lefoux, ¿cómo estás?

La francesa cogió las dos manos de Alexia y la besó primero en una y luego en la otra mejilla. No dejó ningún espacio entre los labios y la carne, como era la costumbre entre las mujeres elegantes, ni tampoco era un gesto extravagante por el bien de la moda. No, para *madame* Lefoux ese saludo era tan natural como un apretón de manos entre hombres de negocios americanos. Sus acciones eran cariñosas y le salieron hoyuelos al sonreír con genuino afecto.

—¡Qué placer tan inesperado! ¿Pero estás segura de que deberías estar en público en tu condición?

—Mi querida Genevieve, has pasado tanto tiempo lejos que empecé a sospechar que era posible que nunca volvieras con nosotros. Entonces, ¿qué hubiera hecho Londres cuando se necesitara un sombrero nuevo?

Madame Lefoux reconoció tanto el elogio como la reprimenda de la declaración de Alexia con una inclinación de su cabeza oscura.

Lady Maccon notó, con cierta preocupación, que su amiga tenía un aspecto casi demacrado. Principalmente formada por rasgos angulosos, *madame* Lefoux nunca podría ser descrita como robusta, pero durante sus viajes más recientes, había perdido carne que no podía permitirse perder. La inventora siempre había estado más preocupada por las actividades de la mente que las del cuerpo, pero nunca antes sus encantadores ojos verdes habían lucido esas ojeras.

—¿Estás bien? —preguntó Alexia—. ¿Es Quesnel? Se supone que él está en casa durante el mes, ¿verdad? ¿Se está portando terriblemente mal?

El hijo de *madame* Lefoux era una criatura jovial de pelo rubio con un desafortunado olfato para la travesura. No había malicia en sus actos, pero su mera

presencia causaba una especie de caos microcósmico que mantenía a su madre tensa siempre que él estaba en la residencia.

Madame Lefoux se estremeció ligeramente y negó con la cabeza.

—No ha venido a casa esta vez.

—¡Oh, querida! Pero entonces, si no es Quesnel, ¿cuál podría ser el problema? La verdad, no tienes muy buen aspecto.

—Ah, te lo ruego Alexia, no te preocupes. Problemas para dormir, nada más. ¿Y cómo estás tú? Tengo entendido que te has instalado en la ciudad. Por cierto, parece haberte ampliado. ¿Has estado manteniendo un entorno tranquilo? Hace poco leí que es tremendamente importante para el bebé estar rodeado de paz. Conociendo tu carácter, eso me tiene preocupada.

Alexia la miró fijamente, parpadeando.

Percibiendo que su preocupación no era bien recibida, la francesa se apresuró a cambiar de tema.

—¿Has venido a recoger los optifocales nuevos que ha pedido Woolsey, o es simplemente una visita social?

Lady Maccon aceptó el cambio de rumbo de la conversación. Respetaba la necesidad de intimidad de su amiga y su aura de misterio expertamente cultivada. Tampoco quería parecer entrometida.

—Oh, ¿hay un pedido? Supongo que podría recogerlo. Pero, en realidad, hay un asunto del que me gustaría mucho hablar contigo. —Alexia notó la curiosidad en los ojos de la nueva dependienta—. ¿En privado, quizás? —Y luego, como no estaba segura de cuánto sabía la dependienta, redujo la voz a un susurro—. ¿Abajo?

Madame Lefoux bajó los ojos y asintió con seriedad.

—Por supuesto, por supuesto.

Alexia miró a su escolta.

—Biffy, ¿encontrarás suficiente entretenimiento aquí durante un cuarto de hora, o preferirías irte a la Tienda de Té Lottapiggle en Cavendish Square?

—Ah, puedo soportar un rato entre tanta belleza como esta. —El joven hombre lobo hizo un gesto con una elegante mano enguantada hacia el bosque de sombreros colgantes expuestos a su alrededor. Pasó los dedos por una exagerada pluma de avestruz, como una niña arrastraría las yemas de los dedos por una fuente—. Hermosa ala ondulada.

—No tardaré mucho —contestó su señora antes de seguir a su amiga hacia la parte trasera de la tienda, donde una puerta en la pared conducía a una sala de ascensión, que las llevó hasta un pasadizo debajo de Regent Street, y a la tan aclamada cámara de ingenios de la inventora.

El laboratorio de *madame Lefoux* podría haber sido una gran maravilla del mundo, aunque solo fuera porque era una maravilla que la francesa pudiera encontrar algo en su interior. El enorme y cavernoso laboratorio no solo estaba desordenado, sino que también era ruidoso. Alexia a menudo pensaba que la única razón por la que

no podía ser oído desde la calle que estaba encima consistía en que Regent era una de las vías más concurridas de Londres. Entonces se preguntó si esa era la razón por la que *madame* Lefoux había elegido ese lugar en particular.

Como siempre, *lady* Maccon asimiló todo a su alrededor con una especie de reverencia que era parte apreciación, parte horror. Había abundancia de motores y construcciones misteriosas, algunas de ellas en funcionamiento, muchas de ellas desmontadas en las piezas que las componían. Había diagramas y bocetos de proyectos más grandes esparcidos, sobre todo dispositivos aeronáuticos como ornitópteros, ya que el viaje etérico era una de las especialidades de *madame* Lefoux. Olía a aceite.

—Oh, vaya, ¿eso es un nuevo encargo? —Alexia se abrió paso lentamente a través del desorden, manteniendo la falda fuera del camino de las posibles manchas de grasa.

Había un artilugio de transporte, montado en parte, dominando la cámara. O Alexia supuso que se trataba de un transporte, ya que todavía no tenía ruedas, carriles, o patas que fueran aparentes. Tenía la forma de un bombín enorme sin ala, por lo que supuso que podía ser un transporte submarino. Dentro había palancas y cables de tracción, un asiento para el conductor y dos pequeñas rendijas en la parte delantera para la visibilidad. Era casi parecido a un insecto y muy alejado de los principios normales de sutileza de la francesa. La sombrilla de Alexia con todos sus bolsillos secretos y las piezas que lo integran era mucho más del gusto de Genevieve. Tradicionalmente, ella no se interesaba por lo grande y llamativo.

—Algo en lo que he estado trabajando últimamente.

—¿Está blindado? —*Lady* Maccon tenía un interés vergonzosamente poco femenino por la tecnología moderna.

—En parte. —Algo en el tono de *madame* Lefoux advirtió a Alexia.

—Oh, querida, ¿está bajo contrato del Ministerio de Guerra? Probablemente no debería saberlo. Pido disculpas por preguntar. No diremos nada más al respecto.

—Gracias. —*Madame* Lefoux sonrió con agotada gratitud. Sus hoyuelos apenas se mostraron.

Las comisiones de defensa del gobierno eran lucrativas, pero no algo de lo que se pudiera hablar abiertamente, ni siquiera a la *muhjah* de la reina. La inventora se movió para coger la mano de Alexia, la suya endurecida por el trabajo durante décadas de utilizar herramientas. Alexia podía sentir la aspereza incluso a través de los guantes, junto con una emoción complementaria que había llegado a aceptar era parte del precio de su amistad con esta mujer. Genevieve era muy *intrigante*.

—¿Querías algo específico, mi querida Alexia?

Alexia vaciló y luego, sin sutileza, fue directamente al grano.

—Genevieve, ¿sabes algo sobre el intento de asesinato que los Kingair cometieron contra la reina Victoria hace veinte años? Quiero decir, ¿algo de la Orden del Pulpo de Latón?

Madame Lefoux se sobresaltó con auténtica sorpresa.

—Dios mío, ¿qué te ha vuelto a llevar a eso?

—Digamos que recientemente me he puesto en contacto con alguien que me ha llevado a explorar el pasado.

Madame Lefoux se cruzó de brazos y se apoyó contra un rollo en espiral de planchas de latón.

—Hmm. Personalmente no sé nada. Yo no tendría más de trece años por entonces, pero podemos preguntarle a mi tía. No estoy segura de lo útil que puede ser, pero no hará daño intentarlo.

—¿Tu tía? Ah ¿te refieres...?

Madame Lefoux asintió, con el rostro triste.

—Finalmente está experimentando una cohesión espectral disminuida. Incluso con todas mis técnicas de conservación y conocimientos químicos, era inevitable. Sin embargo, tiene sus momentos de lucidez.

Alexia comprendió que esa tenía que ser la verdadera fuente de la angustia de Genevieve. Estaba perdiendo a un familiar muy apreciado. La mujer que la había criado. Genevieve podía tener una mística muy desarrollada, pero no era emocionalmente reservada y amaba profundamente. Alexia se acercó a su amiga y le acarició el brazo donde se tensaron los músculos.

—Oh, Genevieve, lo siento mucho.

El rostro de la inventora se descompuso ligeramente ante la compasión.

—No puedo evitar pensar que ese también será mi destino. Primero Angelique y ahora Beatrice.

—¡Oh, seguro que no! No puedes estar tan segura de que tienes exceso de alma. —Alexia habría ofrecido asegurar el exorcismo, pero Genevieve se enfadó mucho cuando realizó el servicio para Angelique.

—No, tienes razón. He estado viajando, investigando, estudiando, tratando de encontrar un modo de ampliar la vida de ultratumba de mi tía. Pero no hay *nada*. — Su tono era angustiado, el de un científico que ve un problema, pero ninguna solución.

—Oh, ¡pero has hecho todo lo posible! Le has dado *años*, mucho más tiempo de los que cualquier fantasma tiene derecho a esperar.

—¿Años para qué? ¿Humillación y locura? —Genevieve respiró hondo, luego colocó la mano sobre la de Alexia donde le acariciaba el brazo, deteniendo el movimiento—. Te pido disculpas, mi querida Alexia. Esta no es tu carga. ¿Todavía deseas hablar con ella?

—¿Crees que hablará conmigo?

—Solo podemos intentarlo.

Lady Maccon asintió con la cabeza e intentó encogerse de su postura normalmente regia, tratando de ser menos autoritaria y físicamente menos amenazadora. No quería asustar al fantasma. No es que una mujer en su corpulenta

condición ostentara un semblante tan temible.

Madame Lefoux, cuya voz normalmente era melodiosa, soltó un grito agudo.

—Tía, ¿dónde está? ¡Tía!

Momentos después, una forma fantasmal brilló al cobrar vida al lado de una bobina de cinta transportadora, con aspecto malhumorado.

—¿Sí, sobguina, me has llamado? —La difunta Beatrice Lefoux había sido en vida una solterona angulosa de actitud severa y cariño limitado. Puede que una vez fuera guapa, pero obviamente nunca se permitió, ni a otros, disfrutar de ese hecho. Había mucho de ella en *madame* Lefoux, suavizado por un nivel de buen humor y travesura que la tía nunca se había molestado en cultivar. El espectro estaba empezando a desvanecerse, no tanto como la fantasmal mensajera de Alexia, pero lo suficiente como para dejar claro que no estaría mucho tiempo en este mundo.

Tan pronto como divisó a *lady* Maccon, el fantasma se retrajo en sí mismo, pareciendo que las hebras vagabundas de su yo incorpóreo se encogían y apretaban, como se envuelve un hombre lobo en su manto después de cambiar.

—Vaya, la sin alma ha venido a visitagte, sobguina. Fgrancamente, no sé *pourquoi* insistes en tal asosiasión. —La voz del fantasma era cortante, pero más por costumbre que por verdadera ofensa. Entonces pareció perder el hilo de lo que estaba diciendo—. ¿Dónde? ¿Qué? ¿*Où c'est moi?* Genevieve, pego si estás *très* mayog. ¿Dónde está *ma petite fille?* —Giró en un círculo—. ¿Has constgruido un octómata? Te dije nunca más. ¿Qué podguía ser tan tegguible? —Mientras hablaba, el fantasma cambiaba entre francés e inglés con fuerte acento. Por suerte, Alexia era bastante competente en ambos.

Madame Lefoux, con la expresión tensa en un intento de ocultar la angustia, chasqueó los dedos delante dela cara de su tía difunta.

—A ver, tía, por favor, preste atención. *Lady* Maccon tiene algo muy serio que preguntarle. Continúa, Alexia.

—Difunta Lefoux, ¿está familiarizada con el atentado contra la vida de la reina Victoria que tuvo lugar durante el invierno de mil ochocientos cincuenta y tres? Una manada escocesa de licántropos estaba implicada. Fue un asunto relacionado con el veneno.

El fantasma saltó arriba y abajo con sorpresa, perdiendo un poco de control sobre trocitos de sí misma. Una ceja se desprendió de su frente.

—Ah, bueno, sí. Aunque no íntimamente, pog supuesto. No desde la peggpectiva del asesinato en sí, si nomás bien desde el margen. Pegdí a una de mis estudiantes debido a ello.

—¿Ah, sí?

—Bueno, sí. Pegdida en la niebla del págamo. Pegdida pog el debeg. Tan pgrometedoga, tan fuegte, tan... espega. ¿Qué estabas pegguntando? ¿De qué estamos hablando? ¿Pog qué tengo que olvidag cosas *toujours?*

—El intento de asesinato de los Kingair —indicó Alexia.

—Una tonta pelea de peggos. Pobgue *fille*. Imagina tener que asumig ese tipo de guesponsabilidad. ¡A los dieciséis años! Y sobgue licántgropos. Licántgropos que planeagon un envenenamiento. Tantas cosas equivocadas con ese asunto. Tantas cosas fuega de lugag. Fuega del ogden sobguenatugal. ¿Alguna vez fue aggreglado, me pgregunto?

Alexia sacó algo en claro de esas divagaciones.

—¿Sidheag Maccon fue su estudiante?

La cabeza del fantasma se inclinó.

—Sidheag. Ese nombgre me resulta familiag. Oh, vaya, *oui*. Tan difísil terminag de un modo, tan fásil terminag de otgro. Una chica fuegte, buena en el acabado. Por otra parte, la fuegza en las chicas no está tan valogada como debeguía seg.

Lady Maccon, tan interesada como estaba en cualquier cosa que tuviera que ver con la tatara-tatara-tataranieta de su marido, que ahora era una de las únicas mujeres lobo en Inglaterra y Alfa de la manada Kingair, sintió que todavía tenía que llevar al fantasma de vuelta a asuntos más relevantes.

—¿Por casualidad escuchó, en aquella época, si había una conexión entre el intento de asesinato y la Orden del Pulpo de Latón?

—¿Conegsión? ¿Conegsión? Pog supuesto que no.

Alexia quedó desconcertada por la firme confianza en la voz del fantasma.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—¿Cómo puedo no estaglo? Imagina tal cosa. No, no, no contgra la greina. Nunca contgra la greina Victoria. Lo habrguíamos sabido. Yo lo habrguí sabido. Alguien me lo habrguí dicho. —La difunta Beatrice Lefoux se agitó en su angustia y, una vez más, vio el último proyecto de *madame* Lefoux. Hizo una pausa, como si estuviera hipnotizada por el imponente objeto—. Ah, Genevieve, no puedo cgreeg que lo hiciegas. No puedo. No pog nada. ¿*Pourquoi*, niña, pog qué? Tengo que deciglo. Tengo que convenceg... —Terminó enfrente de Alexia una vez más y, como si la viera por primera vez, dijo—: ¡Tú! Sin alma. Detendgrás todo al final, *n'est-ce pas*? Incluso a mí.

Madame Lefoux apretó los labios, cerró los ojos y suspiró con tristeza.

—Ya está otra vez. Esta noche no conseguiremos de ella nada más que tenga sentido. Lo siento, Alexia.

—Oh, no, ha estado bastante bien. No era exactamente lo que esperaba, pero me ha convencido de que debo ponerme en contacto con *lady* Kingair lo antes posible. Tengo que convencer a la anterior manada de mi marido para revelar los detalles del complot original. Solo ellos pueden desentrañar totalmente este misterio. No puedo creer que la OPL no estuviera implicada, pero si tu tía lo dice con tanta convicción, solo la misma fuente dela amenaza puede revelar la verdad del asunto.

—Y, por supuesto, mi tía nunca fue miembro de la Orden.

—¿No lo fue? —Alexia estaba realmente sorprendida.

—En absoluto. En su época a las mujeres no se les permitía unirse. Incluso ahora

es bastante difícil. —La inventora francesa, una de las personas más inteligentes que Alexia había conocido, se llevó la mano detrás del cuello para tocar el tatuaje del pulpo que estaba allí escondido, justo debajo de los rizos de su cabello escandalosamente corto. Alexia intentó imaginar a Genevieve sin su secreto mundo subterráneo. Imposible.

—Voy a tener que enviar a alguien a Escocia. ¿Supongo que no...? —dijo Alexia. *Madame Lefoux* pareció aún más infeliz.

—Ah, no. Lo siento, mi querida Alexia, pero no tengo tiempo. No ahora mismo. Tengo que... —hizo un gesto con la mano hacia la monstruosidad que estaba construyendo—... terminar esto. Y tengo que pensar en mi tía. Debería estar con ella, ahora que el final está cerca.

Lady Maccon se giró hacia la inventora y, como pareció que lo necesitaba más que nada, la abrazó suavemente. Fue torpe debido al vientre de Alexia, pero valió la pena por el ligero alivio que Alexia pudo sentir en los hombros entumecidos de Genevieve.

—¿Quieres que la envíe? —preguntó en voz baja.

—No, gracias. Todavía no estoy preparada para dejarla ir. ¿Entiendes?

Alexia suspiró y soltó a su amiga.

—Bien, no te preocupes sobre este asunto en particular. Voy a llegar al fondo de esto. ¡Incluso si tengo que enviar a Ivy Tunstell a Escocia en mi lugar!

Palabras predestinadas que, como a menudo es el caso del discurso frívolo, Alexia iba a llegar a lamentar.



En el que la señora Tunstell resulta ser útil

Si no se hubieran mudado recientemente a un nuevo alojamiento, *lady* Maccon podría haber hecho una elección diferente —uno de los guardianes más antiguos de Woolsey—, quizá. Pero la manada estaba sumida en el caos a causa de la reubicación. No estaban en modo alguno tan atados a un lugar como los vampiros, pero los licántropos estaban, en términos simples, atados los unos a los otros y eran criaturas de hábitos arraigados. Semejante reorganización arbitraria les erizaba el pelaje. La solidaridad y la proximidad se volvían aún más necesarias para la cohesión continuada de la manada. Si el ORA no estuviera ocupado con su propia investigación en lo que se refiere a la actual amenaza contra la reina Victoria, Alexia podría haberle dado un toque a Haverbink o a otro investigador experimentado. Y, finalmente, si el Consejo en la Sombra contase con sus propios agentes, la *muhjah* habría tenido una fuerza de trabajo a quien acudir. Pero sin ninguna de estas opciones disponibles a corto plazo, *lady* Maccon reflexionó y se encontró con que solo tenía una elección posible, por muy improbable y estúpida que esa elección pudiera ser.

La señora Tunstell dirigía un hogar estable, a pesar de supervisar su alojamiento alquilado con mano blanda y una actitud distraída. Su morada estaba limpia e impoluta, y las visitas eran agasajadas con una taza de té decente, o un plato de dulces, o carne cruda, dependiendo del gusto y la inclinación. A pesar de un interior resplandeciente con todos los matices de las pinturas al pastel, el hogar de Ivy era como un abrevadero popular. Como consecuencia, los Tunstell se habían hecho un nombre entre los miembros más esotéricos del West End como unos anfitriones agradables interesados en una gran variedad de temas y siempre dispuestos a abrir su puerta a los visitantes amistosos. Esto significaba que, en cualquier momento, estaba casi garantizado encontrar en su residencia algún espécimen de poeta indiferente o un insípido escultor.

Así que cuando *lady* Maccon llegó cerca de la hora del té esa tarde de verano, una

encantada señora Tunstell le dio la bienvenida al interior con la aseveración de que, si bien efectivamente habían adoptado a un poeta perdido, ese versificador estaba muy profundamente dormido y lo había estado la mayor parte de los últimos tres días.

La expresión de buen humor de Ivy cayó.

—Él bebe, pobre hombre, para olvidar el dolor del universo amargado que abarca su alma. ¿O debo decir que sublima su alma? De todas formas, hemos tenido que quitarle a la fuerza el té de su alcance en más de una ocasión. Agua de cebada, dice Tunny, es lo único que uno debería tomar cuando sufre tales dolencias de los humores emocionales.

—Oh, querida —se compadeció Alexia—. Supongo que uno podría recuperar su espíritu de la desesperación si todo lo que tuviera para beber fuera agua de cebada.

—¡Exactamente! —Ivy asintió ante la sagacidad evidente de su marido en la aplicación de bebidas asquerosas a los poetas desanimados.

Le indicó a su amiga su sala delantera, un cuarto diminuto que mostraba toda la elegancia de un pudín de frutas helado.

Lady Maccon depositó su sombrilla en un pequeño paragüero y se abrió paso cautelosamente hacia un sillón orejero, con cuidado de no alterar ninguno de los objetos decorativos esparcidos por ahí. Su vestido de tarde era de un fluido estampado en azul con una rígida falda acolchada. Diseñado para acomodar su creciente cintura, era mucho más ancho —y por tanto más peligroso para la salita de Ivy— de lo que dictaban las tendencias actuales.

Se sentó pesadamente en la silla, suspirando por el alivio de quitar el peso de sus pobres pies, que parecían haberse hinchado hasta casi dos veces su proporción original.

—Ivy, querida, me preguntaba si podría persuadirte para que me hicieras un favor grandísimo.

—Oh, Alexia, por supuesto. Solo tienes que pedirlo y haré lo que sea.

Lady Maccon vaciló, preguntándose exactamente cuánto revelar. Ivy era una pequeña alma muy querida, pero ¿era de fiar? Decidió animarse y dar el paso.

—Ivy, ¿te has preguntado alguna vez si, solo posiblemente, podría haber algo ligeramente inusual en mí?

—Bien, mi querida Alexia, nunca me gustó decirlo, pero siempre me he preguntado sobre tus preferencias en sombreros. Siempre me han parecido tremendamente sencillas.

Lady Maccon sacudió la cabeza. La pluma de avestruz azul de su no tan simple sombrero se agitó en el aire detrás de ella.

—No, no es eso, quiero decir... Bien, demonios, Ivy, no me queda más remedio.

La señora Tunstell jadeó con una encantada sorpresa ante la ordinariez del lenguaje de *lady Maccon*.

—¡Alexia, has estado confraternizando demasiado con licántropos! Los militares pueden ser terriblemente malos para la concatenación verbal de una.

Alexia inspiró profundamente y luego espetó:

—Soy preternatural.

Los ojos oscuros de Ivy se abrieron como platos.

—¡Oh, no! ¿Eso es contagioso?

Alexia parpadeó.

Ivy asumió una expresión compasiva.

—¿Es una condición terriblemente dolorosa?

Lady Maccon continuó parpadeando.

Ivy se puso una mano en la garganta.

—¿Es el bebé? ¿Ambos estaréis bien? ¿Debería enviar a por agua de cebada?

Alexia finalmente encontró su voz.

—No, *preternatural*. Quizá conozcas el término como *¿sin alma?* O rompe maldiciones. No tengo alma. Ninguna en absoluto. De hecho, puedo neutralizar a criaturas sobrenaturales si me dan media oportunidad.

Ivy se relajó.

—Oh, eso. Sí, lo sabía. Yo no me preocuparía, querida. Dudo que a nadie le importe.

—Sí, pero... espera, ¿lo sabías?

Ivy chasqueó la lengua y sacudió bucles oscuros hacia su amiga con fingida diversión.

—Por supuesto que lo sabía, lo he sabido durante años.

—Pero nunca me mencionaste nada sobre el tema. —Alexia no se desconcertaba a menudo. Encontró la sensación inusual y se preguntó si esto era lo que sentía Ivy la mayor parte del tiempo.

La revelación de su amiga, sin embargo, le dio cierto grado de confianza sobre su siguiente movimiento. A pesar de todas sus frivolidades, Ivy claramente podía guardar un secreto y, evidentemente, era más observadora de lo que Alexia previamente había creído de ella.

—Vamos, Alexia, pensé que te avergonzabas de ello. No quise traer a colación una incapacidad personal incómoda. ¡Tengo más sensibilidad y me preocupo más de los sentimientos ajenos que eso!

—Ah, oh, bien. Por supuesto que lo haces. Independientemente, como preternatural, estoy actualmente comprometida en algunas investigaciones. Esperaba contar con tu ayuda. Tiene que ver con el trabajo de mi marido. —Alexia no quería contarle a Ivy absolutamente todo, pero no quería mentir directamente tampoco.

—¿Para el ORA? ¡Espionaje! Oh, ¿de verdad? Qué terriblemente encantador. — Ivy juntó con deleite las manos cubiertas por guantes amarillos.

—Para lo cual yo esperaba, bien, reclutarte en una especie de sociedad secreta.

Ivy parecía como si no hubiera oído nada tan emocionante en toda su vida.

—¿A mí? —chilló—. ¿De verdad? Qué *maravilloso*. ¿Cómo se llama esa sociedad secreta?

Alexia vaciló y luego, recordando una frase que su marido le había brindado una vez en el calor del enfado, sugirió tentativamente:

—¿El Protectorado de la Sombrilla?

—Oooh, qué nombre tan perfectamente espléndido. ¡Tan lleno de ornamentación!

—Ivy prácticamente rebotaba en el sofá de color lavanda a causa de la excitación—. ¿Debo hacer una promesa solemne, o aprender de memoria un código sagrado de conducta, o involucrarme en algún ritual pagano, o algo? —Ivy tenía una mirada expectante en su rostro que sugería que se sentiría muy decepcionada si no fuera ese el caso.

—Bueno, sí, claro está. —*Lady Maccon* titubeó torpemente, tratando de salir con algo apropiado para la ocasión. No podría hacer que Ivy se arrodillara, no con ese vestido, un traje de día de muselina violeta claro con un corpiño extremadamente largo y ceñido, al estilo favorito de las actrices.

Después de pensar un momento, Alexia se puso en pie laboriosamente y caminó con un bamboleo hacia el paragüero para recuperar su sombrilla. La abrió y la colocó con la punta hacia abajo en el centro de la habitación. Como la habitación era tan diminuta, ocupó la mayoría del espacio libre. Indicando a Ivy que se levantara, Alexia le entregó el mango y le dijo:

—Gira la sombrilla tres veces y repite conmigo: Me escudo en el nombre de la moda. Complementaré con accesorios a todos y cada uno. La búsqueda de la verdad es mi pasión. Lo prometo solemnemente por la gran sombrilla.

Ivy hizo lo que le decía, con expresión seria y concentrada.

—Me escudo en el nombre de la moda. Complementaré con accesorios a todos y cada uno. La búsqueda de la verdad es mi pasión. Lo prometo solemnemente por la gran sombrilla.

—Ahora recoge la sombrilla y levántala, abierta, hacia el techo. Sí, justo así.

—¿Es todo? ¿No debería hacer un juramento con sangre o algo por el estilo?

—Oh, ¿tú crees?

Ivy asintió con entusiasmo.

Alexia se encogió de hombros.

—Si insistes. —Recuperó su sombrilla, cerrándola de golpe y giró el mango. Dos puntas aviesamente afiladas se proyectaron desde el extremo, una de plata, la otra de madera.

Ivy inspiró en reconocimiento.

Lady Maccon le dio la vuelta a la sombrilla. Luego se quitó uno de los guantes. Después de vacilar un momento, Ivy la imitó. Alexia presionó la yema de su pulgar con la punta de plata y luego le hizo lo mismo a Ivy, quien dio un pequeño chillido de alarma. Luego Alexia juntó sus dos pulgares.

—Que la sangre de los sin alma mantenga tu propia alma segura —entonó Alexia, sintiéndose asombrosamente melodramática, pero sabiendo que Ivy lo adoraría más que cualquier otra cosa.

Ivy lo hizo.

—¡Oh, Alexia, es tan conmovedor! Debería ser parte de una obra teatral.

—Tendré una sombrilla especial hecha para ti, parecida a la mía.

—Oh, no, pero gracias por pensar en ello, Alexia. Probablemente no podría llevar un accesorio que emitiera todas esas cosas a diestro y siniestro. Realmente, estoy muy complacida, pero sencillamente no podría soportarlo. Tú, claro está, consigues llevarla con aplomo, pero sería demasiado vulgar en alguien como yo.

Lady Maccon frunció el ceño, pero conociendo la auténtica debilidad de su amiga, hizo otra sugerencia.

—¿Un sombrero especial, quizá?

Ivy vaciló.

—*Madame Lefoux* diseñó mi sombrilla.

—Bueno, quizá un pequeño sombrero. ¿Uno que no sea demasiado farragoso?

Alexia sonrió.

—Estoy convencida de que puede arreglarse.

Ivy se mordió el labio con una sonrisa.

—Oh, Alexia, una sociedad secreta. Qué maravilloso para ti. ¿Quién más es miembro? ¿Tenemos reuniones regulares? ¿Hay una señal secreta para reconocernos los unos a los otros en reuniones sociales?

—Um, bien, acerca de eso, hasta ahora tú eres mi primera iniciada, podría decirse. Preveo futuros miembros, sin embargo.

Ivy pareció muy alicaída.

Lady Maccon continuó precipitadamente.

—Pero tendrás que operar e informar con un pseudónimo, por supuesto, para eterogramas y otros mensajes secretos.

Ivy se iluminó ante eso.

—Oh, por supuesto. ¿Cuál será mi pseudónimo? Algo romántico aunque sutil, espero.

Lady Maccon contempló a su amiga mientras una serie de nombres más bien absurdos le venían a la mente. Finalmente, se decidió por uno que sabía que a Ivy le gustaría, porque representaba un estilo de tocado del que era bastante devota pero que Alexia podía recordar porque le impactó como muy propio de Ivy.

—¿Qué tal Bonete Humareda?

El bonito rostro de Ivy resplandeció de placer.

—Oh, fabuloso. Perfectamente a la moda. ¿Y cuál es el tuyo?

De nuevo, Alexia estaba mal preparada para la pregunta. Intentó dar con ello con desamparo.

—Uh. Oh, déjame pensar. —Angustiada, examinó rápidamente en su mente varios de los epítetos de lord Akeldama y algunos de los apelativos más cariñosos de su marido. Nada iba realmente bien con una sociedad secreta, al menos ninguno que pudiera admitir abiertamente frente a Ivy. Finalmente, se quedó con el más simple

que pudo pensar—. Puedes referirte a mí como la Sombrilla Desgreñada. Debería funcionar bastante bien.

Ivy palmoteó.

—Oh, excelente. Alexia, es exquisitamente divertido.

Lady Maccon se recostó.

—¿Crees que podríamos tomar un té ahora? —preguntó lastimeramente.

Ivy inmediatamente tiró de la cuerda de la campana y enseguida una joven y nerviosa criada trajo una bandeja de té repleta.

—Maravilloso —dijo *lady Maccon* con evidente alivio.

Ivy sirvió.

—¿Y ahora que he sido reclutada de verdad por el Protectorado, cuál es mi primera asignación?

—Ah, sí, la razón por la que vine a visitarte en primer lugar. Verás, hay un asunto de delicadeza nacional concerniente a un intento de asesinato de la reina Victoria. Unos veinte años atrás, miembros de la manada Kingair trataron de eliminar a su majestad.

—Oh, no, ¿de verdad? ¿Esos escoceses tan agradables? No es posible que hicieran algo tan traicionero. Bien, salvo trotar por ahí exhibiendo sus rodillas para que todos las vean, pero nada tan calamitoso como un intento de regicidio.

—Te lo aseguro, Ivy, es la pura verdad, universalmente admitida por aquellos que están en condiciones de conocer tales detalles. —*Lady Maccon* sorbió su té y luego asintió sabiamente—. De hecho... la antigua manada de mi marido trató de matar a la reina Victoria por medio de un veneno. Necesito que *tú* vuelas al castillo Kingair y averigües los detalles.

Ivy sonrió. Había desarrollado, desde su primer viaje a Escocia con Alexia, un apego de lo más impropio para una dama por los viajes en dirigible. Su posición actual en la vida no le permitía acceder a ellos, pero ahora...

Lady Maccon sonrió abiertamente en respuesta.

—Todo lo que sé es que el anterior Beta era el líder del complot y que resultó muerto. Mi marido dejó la manada como resultado de ello. Cualquier otra información podría ser inestimable para mi investigación actual. ¿Crees que estás lista para esta tarea, incluso en tu condición actual?

Ivy se sonrojó ante la sola mención.

—Apenas he empezado, y tú *ciertamente* no puedes ir.

Alexia se palmeó el vientre.

—Esa es exactamente mi dificultad.

—¿Puedo llevar a Tunny conmigo?

—Esperaba que lo hicieras. Y puedes hablarle de tu misión, aunque no de tu nueva posición.

Ivy asintió. Más complacida, sospechó Alexia, por la necesidad de mantener un secreto con su marido que por el permiso para revelar otro.

—Ahora, Ivy, por favor presta atención particularmente a cualquier información sobre el veneno que iba a ser usado. Creo que puede ser crucial. Te daré una válvula cristalina de frecuencias para la transmisión etérica a mi receptor personal en Woolsey. A la puesta del sol debes enviar un informe, incluso si no has descubierto nada de interés. Me gustaría saber que estás a salvo.

—Oh, pero, Alexia, sabes lo torpe que soy con las máquinas.

—Lo harás bien, Ivy. ¿Cuándo puedes partir? Naturalmente, se cubrirán tus gastos.

Ivy se sonrojó por la mención de temas tan impropios como los acuerdos monetarios.

Alexia descartó la vergüenza de su amiga.

—Sé que uno normalmente no habla de estos temas, pero ahora operas bajo el paraguas del Protectorado de la Sombrilla, y debes tener libertad para actuar de acuerdo a las necesidades de la organización, sin mirar el gasto. ¿Queda claro, Ivy?

La señora Tunstell asintió con las mejillas ardiendo.

—Sí, por supuesto, Alexia, pero...

—Es bueno que vaya a ser mecenas de tu compañía de teatro, es la forma perfecta de ocultar los adelantos pecuniarios.

—Oh, sí, ciertamente, Alexia. Pero quisiera que no insistieras en mencionar cosas así mientras comemos...

—No diremos nada más del tema. ¿Podéis salir inmediatamente?

—Tunny no tiene ninguna representación por el momento.

—Entonces mañana enviaré a Floote con los papeles necesarios. —*Lady Maccon* terminó su té y se levantó. Estaba repentinamente cansada. Como si hubiera reanudado sus actividades normales la mayor parte de la noche, sorteando los problemas del imperio entero. Cosa que había hecho, a su manera.

La señora Tunstell se levantó a su vez.

—¡A Escocia voy, a investigar los intentos de asignación del pasado!

—*Asesinato* —corrigió *lady Maccon*.

—Sí, eso. Debo encontrar mis *pellijeras* especiales para viajes en dirigible. Las hice para que conjuntaran con mis rizos. Son bastante impresionantes, si se me permite decirlo.

—De eso no tengo ninguna duda.

Lady Maccon regresó a su nueva casa y luego pasó a la de lord Akeldama. Los constructores de Floote habían hecho un trabajo ejemplar. Habían construido un pequeño puente levadizo secreto entre los dos balcones, que funcionaba por medio de una palanca hidráulica. Se desplazaba hacia abajo al mismo tiempo que un elaborado mecanismo de muelles hacía que la verja de hierro en cada balcón se plegara. Esto permitía que Alexia pasara fácilmente de un edificio al siguiente sin estorbos.

Se retiró a su vestidor con celeridad. Últimamente había estado manteniendo unos horarios notablemente extraños, debido a que tenía que consultar con amigos diurnos

pero tenía que vivir con los sobrenaturales. Era una pequeña consecuencia, puesto que el inconveniente prenatal hacía que le fuera cada vez más difícil dormir a cualquier hora sin que alguna parte del cuerpo se entumeciera o alguna función innombrable la sacara de la cama. Realmente, el embarazo era la cosa más poco digna que alguna vez había tenido que soportar en toda su vida, y puesto que durante varios años Alexia Tarabotti había sido una solterona confirmada viviendo con los Loontwill —un estado bastante poco digno— eso ya quería decir algo.

Durmió desasosegadamente, haciéndose a un lado cuando su marido se unió a ella, solo para ser despertada completamente poco después de la puesta del sol por alguien cerrando ruidosamente la puerta del vestidor.

—¡Conall, hay alguien en la puerta de nuestro *dormitorio*! —Zarandéó a su enorme marido, que yacía en un montón desmadejado a su lado.

Él resolló suavemente y se dio una vuelta, tratando de acercarla a él. Tuvo que reacomodarse para palmear su barriga distraídamente y acurrucarse en su cuello.

Alexia se arqueó contra él tanto como fue capaz, disfrutando del afecto y el movimiento de sus labios contra su piel. Para un hombre tan desaliñado, tenía unos labios muy suaves.

—Querido, luz de mi vida, señor de mi corazón, hay alguien en la puerta de nuestro vestidor, buscando la entrada. Y no creo que lord Akeldama y sus muchachos estén despiertos aún.

El conde sencillamente se acurrucó contra ella con mayor interés, aparentemente encontrando el sabor de su cuello de lo más intrigante.

La puerta tembló y traqueteó como si alguien estuviera intentando forzarla físicamente para abrirla. Pero entre todas las caprichosas elecciones decorativas de lord Akeldama, su casa de ciudad estaba construida pensando en lo sobrenatural, la protección de su ropa era de capital importancia. La puerta apenas se movió. Alguien en el otro lado gritó, pero una puerta tan maciza que podría resistir a unos ladrones de zapatos, también podría amortiguar incluso el comentario más fuerte sobre el tema.

Lady Maccon se estaba preocupando.

—¡Conall, levántate y atiende la puerta, ya! Realmente, suena de lo más apremiante.

—Yo también tengo asuntos que son apremiantes y necesidades que deben ser atendidas.

Alexia rio nerviosamente por lo terrible del juego de palabras y la insinuación. Estaba contenta de que su marido todavía pensara que era atractiva a pesar de su estado de ballena varada, pero se encontraba progresivamente torpe para acomodarlo. El espíritu estaba dispuesto, pero la carne estaba hinchada. Aún así, disfrutó del cumplido y supuso que no había una verdadera demanda detrás de las caricias. El conde la conocía lo suficientemente bien como para percatarse de que apreciaba su deseo casi tanto como su amor. Después de toda una vida de sentirse fea e indigna, Alexia estaba ahora tolerablemente segura de que Conall la quería de verdad, aunque

podrían hacer poca cosa al respecto ahora. Ella también daba por supuesto que él expresaba su interés conyugal en parte conociendo la necesidad de ella de tales seguridades. Un hombre lobo y un bufón, su marido, pero uno asombrosamente amoroso una vez que había tropezado con el modo de serlo.

Pero alguien todavía estaba torturando a su pobre puerta. Conall parpadeó despertándose, con sus ojos leonados bien abiertos y atentos. Besó la punta de la larga nariz de su esposa y, con un profundo suspiro, comenzó a rodar de la cama y se movió pesadamente hacia la puerta.

Alexia, somnolienta, admiró su trasero y luego exclamó:

—¡Conall, vístete! Por el amor de Dios.

Su marido la ignoró, abriendo la puerta de par en par y cruzando los brazos sobre un pecho ancho y peludo. No llevaba puesta ni una pizca de ropa. Alexia se hundió bajo las colchas, mortificada.

No necesitaba haberse preocupado: era solo el profesor Lyall.

—Randolph —masculló su marido—, ¿qué es todo este jaleo?

—Es Biffy, milord. Será mejor que venga rápidamente. Le necesitan.

—¿Ya? —Lord Maccon soltó un juramento, su lenguaje abrasador era el resultado del servicio militar combinado con una imaginación creativa. Después de una mirada alrededor de la habitación, pareció decidir que cambiar de forma sería más rápido que vestirse. Comenzó a cambiar, la musculatura debajo de su piel se reacomodó, el pelo de su cabeza emigró hacia abajo y se convirtió en pelaje. Con bastante rapidez, cayó sobre sus extremidades. Luego salió precipitadamente y bajó al vestíbulo, probablemente para saltar la separación entre las casas y ver qué era lo que había salido mal. Alexia divisó el extremo castaño de su cola esponjosa mientras patinaba fuera de la vista sin ni siquiera una inclinación de cabeza en su dirección.

—¿Qué pasa, profesor? —exigió imperiosamente antes de que el Beta de su marido pudiera seguir la estela de su Alfa. Era bastante impropio del profesor Lyall molestarlos con tal energía. Era igualmente raro que hubiera cualquier asunto que necesitara la atención del conde y que su segundo no pudiera retrasar o encargarse de los preliminares él mismo.

El profesor Lyall volvió al interior oscuro con una renuente curvatura en su postura.

—Se trata de Biffy, *milady*. Realmente no está llevando bien la maldición este mes. Se opone a ella demasiado, y cuanto más lucha, más doloroso es.

—¡Pero falta casi una semana hasta la luna llena! ¿Cuánto tiempo sufrirá estos ataques de separación fisiológica antes de tiempo? —*Pobre Biffy. Es tan bochornoso, una transfluctuación prematura.*

—Es difícil de decir. Podrían ser años, podrían ser decenios de perder noches cerca de la luna llena, hasta que tenga mejor control. Todos los nuevos cachorros son así, aunque no lo sufren tan repentinamente o tan mal como Biffy. Usualmente son solo algunos días antes de la luna. El ciclo de Biffy está cerrado.

Alexia se sobresaltó.

—¿Y usted no podría...?

Iluminado desde atrás por la brillante y costosa luz de gas del vestíbulo de lord Akeldama, era imposible distinguir la expresión del hombre lobo. Incluso si pudiera, conociendo al profesor Lyall, su cara no revelaría mucho.

—Al fin y al cabo, soy solo un Beta, *lady* Maccon. Cuando un licántropo está en la forma del lobo, enloquecido y comportándose violentamente, no hay nada que pueda calmarlo o controlarlo excepto un Alfa. A estas alturas, usted ya ha debido darse cuenta de que hay bastante más en un Alfa que ser solo grande y fuerte. Tiene el poder de contener y la inteligencia de la forma del lobo al mismo tiempo.

—Pero, profesor Lyall, usted está muy contenido todo el tiempo.

—Gracias, *lady* Maccon. No puede haber mayor cumplido para un hombre lobo, pero lo mío es únicamente cuestión de autocontrol. Eso sirve de bien poco a los otros.

—Excepto servir de ejemplo.

—Excepto eso. Y ahora debería dejar que se vistiera. Creo que podemos esperar sus resultados del ORA en poco tiempo.

—¿Mis resultados?

—Esas botellitas de la OPL con el líquido misterioso.

—¡Ah, sí, fantástico! ¿Sería tan amable de encargarse de que Floote y yo dispusiéramos del carruaje después de cenar? Debo visitar la biblioteca de Woolsey tan pronto como sea posible.

El Beta asintió.

—Tengo la sensación de que ya se habrán encargado. Tendremos que llevar a Biffy al campo para su confinamiento. Sus incapacidades más recientes han dado como resultado cierta redecoración más bien desastrosa en la sala de atrás.

—Oh, no, ¿de verdad? Y después de que los zánganos hicieran un trabajo tan precioso con ella.

—Teníamos que encerrarlo en alguna parte, y ese cuarto no tiene ventanas.

—Entiendo. Pero las marcas de garras son mortales para el empapelado.

—Muy cierto, *lady* Maccon.

El profesor Lyall se alejó y, como era el profesor Lyall, se las arregló para acorralar a uno de los zánganos de lord Akeldama, recién despierto, para ayudar a vestirse a *lady* Maccon.

Boots asomó la cabeza antes de divisar a *lady* Maccon todavía en la cama. La cabeza se retiró instantáneamente y una espalda apareció en la puerta.

—Oh, Dios mío, lo siento tanto, *lady* M. No puede ser. No puedo soportarlo una segunda vez. No es noble. Iré a reclutar a alguien un poco más adecuado para ayudarla. ¿Puedo? Estaré de regreso en un momentito.

Desconcertada, Alexia empezó el difícil proceso de retorcerse sobre sí misma y dar bandazos por etapas para salir de la cama. Estaba ya de pie cuando lord Akeldama entró vagando alegremente en el cuarto.

—¡Lo mejor de la tarde para ti, mi *lozana* caléndula! Mi pequeño y enamorado Boots ha dicho que podrías necesitar asistencia en algunas contorsiones, y pensé que puesto que yo estaba despierto, podría beneficiarme de tu *deliciosa* compañía y proveer una muy necesaria asistencia simultáneamente.

El mismo lord Akeldama no estaba aún correctamente vestido para la tarde. Su afectado monóculo estaba ausente, igual que los obligados puntos de colorete en sus mejillas alabastrinas y las ridículas polainas alrededor de sus tobillos. No obstante, incluso con su traje menos formal, lord Akeldama destacaba.

—¡Pero, mi estimado amigo, tus rodillas!

Vestía unos calzones azul marino de muaré, un chaleco adamascado en blanco y oro, y una chaqueta de esmoquin de terciopelo, acolchada y decorada con chorreras. Sus pantalones eran de una calidad tan fina que Alexia pensó consternada que el vampiro tendría que haber considerado mejor lo de ser la doncella de una dama, porque tendría que arrodillarse... ¡en el suelo!

—Oh, cielo, ya me conoces, querida... siempre abierto a una aventura *á la toilette*.

Lady Maccon dudaba mucho de que un hombre como lord Akeldama hubiera tenido mucho que ver con vestir... o desvestir... a damas en general, aunque parecía más que capacitado para la tarea. En los primeros días de embarazo, Alexia podría habérselas arreglado por su cuenta, rechazando los corsés y seleccionando un vestido de carruaje o algún otro que se abotonara por delante. Sin embargo, en este punto, ni siquiera podía verse los pies, mucho menos tocárselos. Así que había accedido a esta muy extraña y nueva forma de sirviente.

—Supongo que fue cortés por parte del profesor Lyall pensar en enviar a alguien. Pero en realidad, si un caballero que no es mi marido va a verme desnuda, ¿por qué no él?

Lord Akeldama se paseó hasta ella, recogiendo su ropa interior de camino. Se rio ante la idea.

—Oh, mi querido *guisantito*, tu profesor podría disfrutarlo un poco. Como mi pobre Boots. Y ambos son caballeros de principios. —Sus manos empezaron a trabajar torpemente con lazos y botones.

—¿Qué pretende insinuar, milord? —preguntó *lady Maccon* con la camisola parcialmente atascada en la cabeza.

El vampiro tiró hacia abajo de la fina muselina y se la alisó sobre la barriga con una pequeña palmada. Su otra mano estaba posada sobre el brazo desnudo, y el contacto lo convirtió en humano en ese momento. Sus finos y afilados colmillos se desvanecieron, su pálida piel blanca se ruborizó ligeramente como un melocotón, y su lustroso pelo rubio perdió una mota de brillantez. Sonrió hacia ella, con la cara más afeminada que etérea.

—*Madreselva*, eres bien consciente de que todos *aquí* somos, a nuestro modo especial, *desviados* en nuestras inclinaciones.

Lady Maccon pensó en la sala de estar de lord Akeldama, con todo su dorado y sus borlas. Incluso sabiendo que no era a eso a lo que se refería el vampiro, asintió con la cabeza.

—Oh, sí, lo he notado.

Lord Akeldama raramente se encogía de hombros, estropeaba la caída de su chaqueta, pero al parecer pensó que tenía que hacerlo en esta ocasión. Al instante, fue dando saltitos hasta el costado de la habitación, donde colgaba la ropa de Alexia en una larga percha y empezó a repasar varios vestidos de noche, estudiándolos con ojo entendido.

—Ese no —dijo Alexia cuando hizo una pausa larga, considerando uno de rayas verdes y doradas.

—¿No?

—El escote es demasiado bajo.

—Mi queridísima niña, eso es un punto a favor, no en contra. Deberías acentuar tus mejores *rasgos*.

—No. Honestamente, milord, estos días... ¿cómo decirlo?... reboso. Es terriblemente incómodo. —Alexia hizo una especie de gesto hacia adelante con ambas manos en la zona del pecho. Siempre sustancial, esa región en particular se había expandido hasta proporciones casi escénicas en los últimos meses. Lord Maccon estaba deleitado. *Lady Maccon* lo encontraba ridículo. *¡Como si no estuviera bastante bien dotada para empezar!*

—Ah, sí. Veo lo que quieres decir, *caracolillo*. —Siguió adelante.

—Estaba hablando del profesor Lyall.

—Lo que pretendía articular, *dulzura*, es que hay niveles de desviación. Algunos de nosotros somos, diríamos, más *experimentales* que otros en nuestros gustos. En algunos creo que es una cuestión de aburrimiento, en otros es naturaleza, y para otros más es indiferencia. —El tono de voz del vampiro estaba lleno de un aire casual de frivolidad, pero Alexia tenía la sensación de que esto era algo que había estudiado durante muchos siglos. Además, lord Akeldama nunca compartía gratuitamente información sin una buena razón.

El vampiro continuó charlando mientras trasteaba entre su guardarropa sin mirarla, como si estuviera teniendo una conversación con los vestidos.

—Muy pocos tienen la suerte de amar donde deberían. O el infortunio, supongo. —Finalmente, seleccionó un traje de paseo consistente en una falda púrpura de volantes, una blusa color crema y chaqueta española de corte cuadrado color malva. A pesar de que tenía muy pocos adornos, algo en ella estaba claro que le atraía. Alexia quedó encantada con su elección, ya que el vestuario hacía juego con uno de sus sombreros favoritos, un pequeño bonete malva con una pluma púrpura de avestruz.

Se lo acercó y lo sostuvo en alto, asintiendo.

—Un tono excelente para tu coloración, mi *pequeña repostera italiana*. ¿Nuestro

Buffy te ayudó a encargarse de este? —Sin esperar confirmación, continuó su anterior discusión con una despreocupación estudiada—. Tu profesor Lyall es uno de esos.

—¿Uno de los indiferentes?

—Ah, no, pítalo, uno de los que no tienen ninguna preferencia en particular.

—¿Y Boots? —Alexia aguantó muy quieta mientras el vampiro la rodeaba, como una auténtica doncella, y empezaba a atar la parte de atrás de la falda.

—Boots es otro.

Lady Maccon creía entender lo que estaba intentando decirle, pero estaba decidida a dejar las cosas tan claras como fuera posible. Lord Akeldama podía disfrutar de evasivas y eufemismos, pero nadie había acusado nunca a Alexia de ser esquiva.

—¿Me está diciendo, milord, que Boots disfruta de la compañía tanto de hombres como de mujeres?

El vampiro se puso frente a ella e inclinó la cabeza a un lado, como si estuviera más interesado en la caída de la chaqueta que en su conversación.

—Lo sé, peculiar por su parte, ¿no, mi pequeña *paloma*? Pero yo, menos que ningún otro en Londres, me atrevería a juzgar las preferencias de otros. —Se inclinó hacia adelante para dirigir la caída del bonete hacia el cuello de Alexia. Luego hizo que se sentara mientras se encargaba de las medias.

—Bueno, nunca me aventuraría a cuestionar sus afirmaciones sobre los gustos de Boots, pero de veras, debe estar equivocado sobre la naturaleza del profesor Lyall. ¡Está en el ejército, por amor de Dios!

—¿Debo suponer que sabes muy poco sobre el tema de la Armada de Su Majestad? —El vampiro pasó a los zapatos. Sus pies estaban tan hinchados que ya no le cabían en las botas, para disgusto de milord—. ¡Imagina vestir traje de paseo con zapatillas de baile!

—Bueno, no es que *pasee* mucho ya. Pero, mi querido señor, no puedo creerlo. El profesor Lyall no. Debe estar confundido.

Lord Akeldama se quedó inmóvil, con la cabeza inclinada sobre las zapatillas.

—Oh, pequeña lila en flor, sé que no.

Lady Maccon se quedó inmóvil, frunciendo el ceño hacia la cabeza rubia inclinada tan diligentemente sobre sus pies.

—Nunca le he visto favorecer a nadie de ningún sexo. Tenía la idea de que era parte de ser Beta, amar a la manada a expensas de cualquier otro romance. No es que haya conocido a muchos betas. ¿No es un rasgo de personalidad, entonces? ¿No siempre ha sido tan reservado?

Lord Akeldama se levantó y se puso a su espalda, empezando a jugar con su pelo.

—Se las apaña muy bien con el arreglo de una dama, para ser un aristócrata. ¿No, milord?

—Todos venimos originariamente de algún lugar, *ranúnculo*, incluso nosotros los

vampiros. Por supuesto, tu profesor Lyall y yo nunca hemos frecuentado los mismos círculos, y hasta que tú entraste en nuestras vidas, debo admitir que nunca le presté mucha atención. —El vampiro frunció el ceño y una mirada de auténtica desaprobación cruzó su hermoso rostro—. Eso podría demostrarse ser un descuido bastante catastrófico. Tan malo como ese breve período en el que me enamoré de un abrigo verde lima. —Se estremeció ante el recuerdo desagradable.

—Seguramente no tan horrible. Es *solo* del profesor Lyall del que estamos hablando.

—*Exactamente*, buñuelito. Muy pocos de nosotros pueden ser fácilmente descartados con un *solo*. He hecho algunas pesquisas. Dicen que nunca se recobró del todo de un desengaño amoroso.

Alexia frunció el ceño.

—Oh, ¿eso dicen?

—Una aflicción vergonzosa en un inmortal, el desengaño, ¿no crees? Y más en un hombre de sentido común y dignidad.

Lady Maccon dedicó a su amigo una mirada afilada a través del espejo mientras él le sujetaba uno de los rizos en su lugar.

—No, más bien diría pobre profesor Lyall.

Lord Akeldama terminó con su pelo.

—¡Ya! —pronunció con una floritura. Sostuvo en alto un espejo de mano para que se mirara la parte de atrás—. No tengo la habilidad de nuestro amado Biffy con las tenacillas de rizar, así que un recogido simple tendrá que bastar. Me disculpo por semejante ineptitud. Debería añadir uno o dos adornos o una flor fresca, justo aquí.

—Oh, simple es absolutamente espléndido, y cualquier cosa es mejor que lo que podría hacer por mí misma. Por supuesto, aceptaré su consejo sobre la flor.

El vampiro asintió con la cabeza, recuperó el espejo y lo colocó en el vestidor.

—¿Y cómo está Biffy? —La misma indiferencia en las palabras del vampiro alertó a Alexia de la importancia de esta pregunta tan casual.

—Todavía está molesto por tener que rendirse.

Lord Akeldama sonrió solo ligeramente ante el intento de ella de quitarle importancia, así que Alexia adoptó su tono serio.

—No se lo toma tan bien como podría tomárselo. Mi marido piensa, y me siento inclinada a coincidir con él, que algo le contiene. Lástima, porque Biffy no pidió una vida lupina, pero debe aprender a aceptarla.

La boca perfecta de lord Akeldama se retorció ligeramente.

—Me han dado a entender que es una cuestión de control. Debe aprender a dominar el cambio en vez de permitir que el cambio le domine. Hasta que lo consiga, hay todo tipo de restricciones. No puede salir de día o podría sufrir un daño permanente, debe ser mantenido cerca de la plata en las fases más leves de la luna, y nada de albahaca donde pueda olerla. Todo es bastante trágico.

Lord Akeldama retrocedió y luego habló como si pensara que ella nunca había

respondido a la pregunta.

—Ah, bueno, debo despedirme, *mi querida muchacha*. Tengo que ocuparme de mi propia vestimenta. Hay una función de teatro de variedades que se estrena esta *misma* noche, y tengo en mente asistir en toda mi gloria. —Se abrió paso hacia la puerta deslizándose de forma muy parecida a la de un villano operístico al salir de escena.

Lady Maccon no se dejó engañar.

—Milord. —La voz de Alexia fue suave y amable, o tan suave y tan amable como pudo, no siendo una mujer que generalmente utilizara tales tretas femeninas—. Sobre nuestro tema de desengaños amorosos, ¿ahora debería decir *pobre lord Akeldama*?

El vampiro se marchó sin dignificar eso con una réplica.

Lady Maccon bajó el pequeño puente levadizo, se abrió paso por la residencia Woolsey en la ciudad y bajó las escaleras. Caminar por una pasarela cuando una no puede verse los pies era un tanto exasperante, pero Alexia Maccon era una mujer de carácter franco y principios firmes, que no se dejaba derrotar por una simple barriga. Se encontró con Felicity, quien era obvio que regresada de otra de sus excursiones innombrables, pues iba una vez más vestida de punto. No habían tenido ocasión de charlar, gracias a Dios, pues la casa era un auténtico alboroto.

Aún así, Felicity no iba a permitirle pasar sin algún comentario:

—¡Hermana! ¿Qué es esa tremenda pelea de la sala de atrás?

—Felicity, cuando insististe en aprovecharte de mi hospitalidad sabías que esto era una guarida de licántropos, ¿verdad?

—Sí, pero se comportan como animales. Desde luego no es cortés.

Lady Maccon entrecerró los ojos, inclinó la cabeza, y dedicó a su hermana una mirada y tiempo para que sopesara lo que acababa de decir.

Felicity escupió:

—¿Qué quieres decir? ¡Cambiar! ¡Aquí! ¿En la ciudad? ¡Qué inenarrablemente vergonzoso! —Se giró para acompañar a su hermana escaleras abajo—. ¿Puedo mirar?

Lady Maccon se preguntó si no prefería a la mordaz Felicity de encarnaciones previas.

—¡No, desde luego que no! De veras, ¿dónde te metes últimamente? No eres tú misma.

—¿Tan improbable es que desee mejorar?

Alexia manoseó el apagado chal gris sobre el vestido descolorido de su hermana.

—Sí. Sí, lo es.

Felicity resopló molesta.

—Debo cambiarme para la cena.

Lady Maccon la miró de arriba a abajo, arrugando el labio en un gesto que fue, francamente, bastante parecido al de Felicity. Algunas veces, aunque no con demasiada frecuencia, había algún indicio de que eran, de hecho, parientes.

—Sí, creo que debes.

Felicity contoneó los hombros y emitió el refunfuño de un insulto siendo liberado, y procedió a subir al dormitorio principal, que naturalmente, había declarado como propio.

Lady Maccon bajó bamboleándose, cuidadosamente un escalón cada vez. La urgencia del ruido de abajo acrecentó su molestia por su propia incapacidad para moverse con cualquier tipo de celeridad. *¡De verdad, esto es simplemente demasiado ridículo! Estoy atrapada en mi propio cuerpo.* Alcanzó el vestíbulo principal solo para averiguar que la puerta de la sala de atrás estaba cerrada y se sacudía. El profesor Lyall y dos sirvientes se arremolinaban infelices junto a ella, atestando el pasillo de preocupación masculina.

—¿Por qué no están cenando? —exigió *lady Maccon*, imperiosa—. Estoy segura de que Floote y el personal tienen algo sustancial que proporcionar.

Todo el mundo se quedó inmóvil y la miró.

—Vamos, id a comer —les dijo, como si fueran niños pequeños o perros.

El profesor Lyall alzó una ceja inquisitiva hacia ella.

Lady Maccon bajó la voz.

—Biffy no querría que nadie lo viera.

—Ah. —Entonces el Beta, obedeciendo a la voluntad de su señora, siguió a sus compañeros hasta el comedor, cerrando la puerta tras él.

Lady Maccon se permitió entrar en la sala de atrás. Que estaba hecha un auténtico desastre. Lord Maccon, ahora un enorme lobo macizo —bastante guapo, siempre había pensado Alexia, incluso en forma lupina— estaba apoyado contra un animal más joven y desgarrado. El pelaje de Biffy era de un color chocolate profundo, muy parecido a su pelo, excepto en el estómago y el pecho, que era de color sangre. Sus ojos eran amarillos y estaban enloquecidos.

Lord Maccon ladró a su esposa autoritariamente. Lord Maccon siempre estaba ladrando a su esposa, la forma de su cuerpo no importaba ni un ápice.

Alexia desdeñó el tono dominante.

—Sí, sí, pero debes admitir que puedo ser bastante útil en circunstancias como estas, incluso en mi estado menos-que-ágil.

Lord Maccon gruñó con evidente molestia.

Biffy captó el olor de *lady Maccon* y se giró instintivamente para abalanzarse sobre ella, una nueva amenaza. El conde se giró para colocar su propio cuerpo en medio. El lobo más liviano cargó a toda velocidad contra su Alfa. Biffy se tambaleó, sacudiendo la cabeza y lloriqueando. Lord Maccon fintó hacia él, enseñando los dientes, haciéndole retroceder contra el diván, ahora casi completamente destruido.

—¡Oh, Conall, mira esta habitación! —*Lady Maccon* estaba disgustada. El lugar era un caos... mobiliario volcado, cortinas hechas jirones, y uno de los preciosos diarios de la cocinera había sido mordido y babeado por todas partes.

—¡Oh, no le bastaba con coger la galleta! Esta es la prueba, eso es. —Se llevó la

mano al pecho con disgusto—. Oh, querido, supongo que debí llevármelo conmigo. —En realidad no podía culpar a Biffy, por supuesto, pero era muy molesto. Se abrió paso hasta él, quitándose los guantes.

Biffy continuó bufando y dando zarpazos en su dirección, gruñendo con rabia incontrolable, el monstruo maldito del folclore hecho carne y hueso ante ella.

Alexia chasqueó la lengua hacia él.

—En verdad, Biffy, ¿tienes que hacer eso? —Luego usó su mejor voz de *lady* Maccon—. ¡Compórtate! ¡Qué tipo de conducta es esta para un caballero!

Alexia también era Alfa, y el tono dominante caló. Biffy dulcificó su frenesí de gruñidos. Cierta sensación común apareció en sus ojos amarillos. Lord Maccon aprovechó la oportunidad y cambió, sujetando con fuerza el cuello del otro lobo, aplastándolo contra el suelo por pura superioridad de peso.

Lady Maccon se aproximó y bajó la mirada al cuadro que representaban.

—Esto no está bien, Conall. No puedo inclinarme para tocarle sin caerme.

Su marido dejó escapar un resoplido de diversión. Luego, con un movimiento casual de la cabeza, arrojó al joven lobo hacia arriba. Un sorprendido Biffy aterrizó de espaldas sobre el diván, luchando por enderezarse y atacar una vez más.

Lady Maccon le agarró la cola. Cogido por sorpresa, tiró lo suficiente para hacerla perder el equilibrio de forma que cayó con un *oh* encima del sillón que había junto a él. En ese mismo instante, el poder de su toque preternatural lo obligó a volver a la forma humana. Cuando la cola de Biffy se retraía, Alexia extendió la otra mano en busca de una pata.

En un momento, un Biffy desnudo yacía despatarrado de una forma de lo más indigna en el diván, con un pie firmemente agarrado por su señora. Dado que el contacto con Alexia le hacía mortal, con todas las respuestas físicas que tal estado conllevaba, no fue sorprendente descubrirlo arrebolado de un tono carmesí por la humillación.

Alexia, compadecida por su aprieto, lo siguió sujetando y notó, con desapego científico, que su sonrojo continuaba *a lo largo de todo* su cuerpo. *Extraordinario*.

El gruñido de su marido hizo que volviera a prestarle atención. También había vuelto a su forma humana y estaba desnudo.

—¿Qué?

—Deja de mirarlo. Está desnudo.

—Como tú, esposo.

—Sí, bueno, a mí puedes mirarme si quieres.

—Sí, bueno. Oh. —*Lady* Maccon se aferró de repente el estómago con la mano libre.

Los leves celos de Conall se tradujeron al instante en sobreprotectora solicitud.

—¿Alexia? ¿Estás descompuesta? ¡Oh, no deberías haber venido! Es demasiado peligroso. Te has caído.

Biffy se sentó erguido, también preocupado. Intentó soltarse el tobillo, pero *lady*

Maccon se negó a soltarlo.

—*Milady*, ¿qué pasa?

—¡Oh, basta! Los dos. El niño simplemente está pateando por tanta actividad repentina. No, querido Biffy, debemos permanecer en contacto, por indecoroso que lo encuentres.

Biffy le ofreció la mano en vez del pie. Alexia aceptó el cambio de prisioneros.

—¿Debería llamar a Floote? —sugirió Biffy, ligeramente menos ruborizado ahora que tenía algo de qué preocuparse aparte de su propia vergüenza.

Alexia ocultó una sonrisa.

—Lo encontrarías bastante difícil, al parecer has mordido la cuerda de la campanilla.

Biffy miró alrededor, otra vez ruborizado. Se cubrió la cara con una mano, espiando a través de los dedos abiertos como si no soportara mirar, aunque incapaz de apartar los ojos.

—¡Oh, por mi beicon ondulado! ¿Qué he hecho? Su pobre estancia. Milord, *milady*, por favor perdónenme. Estaba dominado por la maldición.

Lord Maccon ignoró las disculpas.

—Ese es el problema, cachorro. Eras tú mismo. Continúas negándote a aceptarlo.

Lady Maccon entendía lo que pretendía su marido e intentó expresarlo de forma más amable.

—Debes empezar a acostumbrarte a ser un hombre lobo, querido Biffy. E incluso intentar disfrutarlo. Esta continua resistencia es insana. —Miró alrededor—. Principalmente para mi mobiliario.

Biffy bajó la mirada y asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé. Pero, *milady*, es tan indigno. Quiero decir, uno debe desnudarse antes de cambiar. Y después... —Bajó la vista, intentando cruzar las piernas. Lord Maccon sintió simpatía por él y le lanzó un cojín de terciopelo. Biffy se lo colocó en el regazo, agradecido. Alexia notó que su marido no sufría de semejante debilidad.

Los ojos azules de Biffy se abrieron de par en par.

—Gracias, *milady*, por traerme de vuelta. Duele, pero cualquier cosa vale la pena por ser humano otra vez.

—Sí, pero la pregunta es, ¿cómo logramos que te vistas mientras mantenemos el contacto? —Alexia quería saberlo, siendo práctica.

Lord Maccon sonrió ampliamente.

—Se puede arreglar algo. Debería llamar a Floote, ¿no? Él sabrá cómo arreglarlo. —En ausencia de la campanilla, Conall salió al vestíbulo a zancadas, llamando al mayordomo a gritos.

—Señores. Señora.

—Floote, amigo —dijo el conde, jovial—. Necesitaremos que alguien se ocupe de esta habitación. Está un poquito desordenada. Y hay que volver a tapizar el diván, creo; reparar el papel pintado y las cortinas; y una nueva cuerda para la campanilla.

Oh, y aquí Biffy necesita vestirse sin soltar la mano de mi esposa.

—Sí, señor. —Floote se giró para estudiar la cuestión.

Lady Maccon se aclaró la garganta y miró significativamente a su marido, de arriba abajo y luego otra vez arriba.

—¿Qué? Oh, sí, y envía a uno de los guardianes a la puerta de al lado en busca de algo para mí también. Un maldito inconveniente, pero supongo que puedo necesitar prendas de vestir en algún momento de la noche.

Floote se desvaneció y luego reapareció a su debido tiempo llevando una pila de ropa para Biffy. El joven hombre lobo pareció querer objetar la elección de ropa del mayordomo pero no quiso causar más molestias. Al parecer Floote había escogido el atuendo más sobrio posible de todo el armario del atildado dandi. La parte baja de Biffy fue bastante fácil. Después de lo cual Floote sugirió que el joven se colocara al borde del diván y *lady Maccon* le tocara la parte de atrás de la cabeza mientras camisa, chaleco, chaqueta y corbata eran distribuidos sumariamente. Floote se encargó de todo con habilidad consumada, una habilidad que Alexia atribuyó a los muchos años del mayordomo con su padre. Alessandro Tarabotti, en todo lo que contaba, había sido un dandi en sí mismo.

Mientras Floote, Alexia y Biffy efectuaban su complicado juego de prendas en el diván, llegó un sirviente con ropa para lord Maccon. El conde la cogió de forma arbitraria, mostrando la atención al detalle que podría mostrar un hurón al que llamaran para decorar un sombrero. Lord Maccon creía que si sus pantalones estaban sobre sus piernas, y tenía algo más en el torso, ya estaba vestido. Cuanto menos lío después de eso, mejor. Su esposa había descubierto alarmada que en verano ¡en verdad iba por su habitación descalzo! Una vez —y solo una vez, atención— incluso había intentando unirse a ella para tomar el té en semejante estado. *Hombre imposible*. Alexia acabó con eso a toda prisa.

El profesor Lyall asomó la cabeza para ver si todo estaba en orden.

—Ah, bien. La señora ha arreglado las cosas.

—¿No lo hace siempre? —gruñó su marido.

—¿Sí, profesor Lyall? —preguntó Alexia.

—Creí que debía saber, *milady*, que los resultados que esperaba llegaron de nuestro laboratorio por el ORA.

—¿Sí?

—En esos pequeños viales que, uh, ¿encontró?

—¿Sí?

—Veneno. En todos ellos. De diferentes tipos, con diferentes niveles de efectividad. Algunos detectables, otros no tanto. Principalmente mortales pero uno o dos podrían poner incluso a un sobrenatural fuera de juego por un tiempo. Mala cosa.



Los licántropos del castillo Woolsey

Tener que conservar mortal a Biffy se convirtió en una pequeña incomodidad durante varias horas. Normalmente *lady* Maccon, incluso embarazada, podría arreglárselas con aplomo con una comida y un paseo en carruaje, pero cuando una debe permanecer pegada de alguna manera a un caballero, incluso las tareas más mundanas se convierten en un ejercicio de complejidad.

—Es bueno que disfrute de tu compañía, Biffy. No puedo imaginarme tener que encargarme de las tareas diarias con alguien menos agradable pegado. Como mi marido, por ejemplo. —Alexia tembló ante la sola idea. Disfrutaba de tener a Conall pegado a ella, pero solo durante una cantidad limitada de tiempo.

El marido en cuestión contempló a su esposa con un gruñido:

—Oh, muchas gracias, esposa.

Estaban sentados juntos en el carruaje. El castillo Woolsey surgió amenazadoramente en el horizonte, una considerable masa informe a la luz de la luna. *Lady* Maccon, siendo una mujer de pocas preferencias artísticas, consideraba sus dominios con un ojo puesto en su espíritu práctico como morada para hombres lobo en vez de su propósito arquitectónico. Lo que era bueno, puesto que era más bien una tragedia arquitectónica. Lo bastante infortunada como para que durante la luz del día solo pudiera dedicársele un cumplido: que estaba adecuadamente situado. Y lo estaba, sobre un terreno en pendiente de gran extensión, aunque ligeramente descuidado, con un patio empedrado y unos establos decentes.

—Oh, sabes perfectamente lo que quiero decir, esposo. Hemos tenido que estar pegados antes, pero normalmente solo cuando la violencia era inminente.

—Y algunas veces por otras razones. —Le dedicó su versión de una mirada seductora.

Ella sonrió.

—Sí, querido, exactamente.

Biffy dijo, con sus mejores modales:

—Gracias por el cumplido, *milady*, y me disculpo por la inconveniencia.

—Siempre que no haya más puercoespines zombis, deberíamos hacerlo muy bien.

—No debería haber —dijo su marido—. Parece que las colmenas han declarado oficialmente un alto el fuego. Es difícil decirlo de verdad con los vampiros, pero parecen estar contentos con la idea de lord Akeldama adoptando a nuestro niño.

—Bueno, al menos alguien lo está.

El castillo Woolsey no era un castillo en absoluto, sino una gran casa georgiana aumentada con unos desaparejados contrafuertes flotantes de estilo gótico. En su reciente viaje a Italia, *lady* Maccon había encontrado un insecto: una criatura mayor que su pulgar que volaba en posición vertical, como un ángel, con una nariz como la de un elefante, cuernos como los de un toro y alas múltiples. Se quedaba en lo alto subiendo y bajando de forma errática como si recordara, ocasionalmente, que un bicho de su tamaño y forma no debería poder volar. El castillo Woolsey fue construido, en principio, en muchos aspectos como ese insecto: improbablemente construido, extremadamente feo e imposible determinar cómo continuaba en posición vertical o, con mayor razón, por qué se tomaba la molestia de hacerlo.

Como lord y *lady* Maccon se habían puesto en camino hacia su casa solariega sin avisar, su llegada imprevista a Woolsey convirtió a los residentes en un manojo de nervios. Lord Maccon arrolló a la bandada de enérgicos jóvenes que se habían congregado en el patio, más alto que la mayoría por una cabeza, y se abrió paso entre ellos como una guadaña.

El mayor Channing, el Gamma de Woolsey, bajó de su santuario y salió por la puerta principal para saludarlos, todavía anudándose la corbata y con aspecto de acabar de levantarse, a pesar de lo tarde de la hora.

—Milord, no lo esperábamos hasta la luna llena.

—Un viaje de emergencia. Hay que encerrar a ciertas personas abajo en la mazmorra antes de lo previsto. —Había rumores sobre el uso que el dueño original hacía de las mazmorras de Woolsey, pero a pesar de la intención inicial, habían resultado ser ideales para una manada de licántropos. De hecho, la casa entera era muy adecuada. Además de una zona de espera bien fortificada y muros de ladrillo, había nada menos que catorce dormitorios, un número considerable de salones y varias torres de aspecto precario pero completamente funcionales, una de las cuales lord y *lady* Maccon utilizaban como tocador.

Channing agitó una mano hacia una manada de guardianes, dirigiéndolos a ayudar con el equipaje y a colaborar para extraer a *lady* Maccon del carruaje. El conde ya estaba prestando oídos al informe que le murmuraba alguien de su manada. Dejó que su esposa velara por Biffy, con el conocimiento de que, si no otra cosa, Alexia era hábil en acomodar a un caballero en su lugar adecuado, aunque ese lugar fuera una mazmorra.

Lady Maccon, feliz de apoyarse en Biffy, pues un cansancio excesivo comenzaba

a exigir su precio de nuevo, comenzó a bajar a la mazmorra para ver al caballero asegurado en una de las celdas más pequeñas. Dos guardianes los acompañaron, llevando la cantidad requerida de armamento con puntas y filos de plata, por si acaso *lady Maccon* perdía su agarre.

Alexia no quería irse, pues el rostro de Biffy estaba pálido por el terror inminente de la transformación. Era un proceso agónico que todos los licántropos debían soportar, pero los nuevos lo tenían peor, pues no estaban aún acostumbrados a la sensación, y se veían obligados a ella por su propia falta de control.

A Biffy claramente no le importaba perder el contacto con el refugio seguro de la piel preternatural de ella, pero era demasiado caballero para decirlo. Estaba más avergonzado por agobiarla durante toda una noche que por transformarse en un monstruo enloquecido.

Alexia eludió su mirada y conservó la mano en la parte de atrás de su cabeza, con los dedos sepultados en su espeso cabello color chocolate, mientras los guardianes lo desnudaban y cerraban ruidosamente unas cadenas de plata alrededor de sus elegantes muñecas. Consciente de su deteriorada dignidad, ella mantuvo una charla irreverente en su mayor parte concerniente a cuestiones de moda y decoración.

—Estamos listos, *milady* —dijo uno de los guardianes, con los brazos llenos de ropa, mientras salía de la celda de la prisión. Otro en el exterior sujetaba las barras de plata, preparado para de cerrar de golpe la puerta tan pronto como *lady Maccon* la atravesara.

—Lo lamento —fue todo lo que Alexia pudo pensar en decirle al joven.

Biffy negó con la cabeza.

—Oh, no, *milady*, me ha dado una paz inesperada.

Se separaron, tocándose solo con la punta de los dedos.

—Ahora —dijo *lady Maccon*, y rompió el contacto, moviéndose todo lo rápido que pudo dada su condición a través de la puerta hacia el pasillo.

Biffy, atento a cualquier daño que pudiera hacer antes de que ella pudiera tocarlo de nuevo, se apartó al mismo tiempo, usando toda su dignidad, fuerza sobrenatural y velocidad antes de que el cambio cayera sobre él.

Alexia encontraba que la transformación de un hombre lobo era un suceso intelectualmente fascinante y disfrutaba observándola, como podría disfrutar diseccionando una rana, aunque no con uno de los licántropos más jóvenes. Su marido, el profesor Lyall e incluso el mayor Channing, podían transformarse con muy pocas indicaciones sobre el dolor que acompañaba la experiencia. Biffy no podía. En el momento en que interrumpieron el contacto, comenzó a gritar. *Lady Maccon* había aprendido en los últimos meses que no hay peor ruido en el universo que un joven orgulloso y amable sufriendo. Su grito evolucionó a un aullido mientras los huesos y los órganos se quebraban y se reformaban.

Tragándose la bilis y deseando tener algo de cera para taponarse los oídos, Alexia tomó con firmeza el brazo de uno de los guardianes, lo condujo hacia las escaleras y

subieron hacia la reconfortante algarabía de la manada, dejando al otro para mantener una solitaria vigilia sobre un hombre quebrado.

—¿De verdad deseas eso? —le preguntó a su escolta.

El guardián no trató de eludir la pregunta. Todo el mundo sabía que *lady* Maccon era directa en su conversación e intolerante con los titubeos.

—La inmortalidad, *milady*, no es algo para tomar a la ligera, no importan los beneficios o el precio.

—¿Pero con un coste como ese?

—Yo pude elegir, *milady*. Él no.

—¿Y no preferirías intentarlo como vampiro en lugar de esto?

—¿Chupar sangre para sobrevivir y no volver a ver el sol otra vez? No, gracias, *milady*. Me arriesgaré con el dolor y la maldición, si fuera tan afortunado de tener elección.

—Valiente muchacho. —Ella palmeó su brazo mientras alcanzaban la parte superior de la escalera.

El bullicio resultante de la llegada repentina de los Alfas se había aplacado hasta el agradable zumbido de una manada en pleno funcionamiento. Había cierta discusión sobre ir de caza, otros pensaban que un juego de dados sería adecuado y unos cuantos apoyaban un combate de lucha ligera.

—Fuera —masculló suavemente *lady* Maccon al oír eso.

Al principio, Alexia había pensado que nunca se aclimataría a vivir con cerca de una docena de hombres adultos, ella que se había criado solo con hermanas. Pero lo disfrutaba bastante. Al menos con los hombres una siempre sabía dónde se encontraban, grandes gritos, brincando alegre aunque torpemente, como las criaturas que eran.

Detuvo con un gesto a Rumpet, el mayordomo de la manada.

—El té en la biblioteca cuando tenga un momento, por favor Rumpet. Tengo cierta investigación que emprender. ¿Y haría el favor de pedirle a mi marido que me atienda cuando tenga tiempo? No hay ninguna prisa.

—De inmediato, *milady*.

La biblioteca era la habitación favorita de Alexia y su santuario personal. Aunque esa tarde tenía intención de destinarla a su propósito real: la investigación. Se encaminó hacia la esquina más alejada, donde detrás de un pesado sillón había despejado algo de espacio en los estantes para la colección de su padre. Él había preferido diminutos cuadernos encuadernados en cuero, del tipo usado por los escolares para hacer cuentas: azul marino con cubiertas lisas fechadas en la esquina superior izquierda.

Por lo que su hija había averiguado, Alessandro Tarabotti no había sido una persona muy agradable. Práctico como todos los preternaturales, pero sin la ética básica que Alexia había logrado desarrollar. Quizá porque era un hombre, o quizá fue el resultado de una infancia pasada en la selva de Italia, lejos de las afectaciones

progresistas de Inglaterra. Sus diarios comenzaban el otoño de su decimosexto año, durante su primer curso en Oxford, y finalizaban poco después de su matrimonio con la madre de Alexia. Eran esporádicos en el mejor de los casos, constantes durante semanas, y luego sin una sola palabra durante meses o años. Se referían primordialmente a hazañas sexuales, encuentros violentos y largas descripciones de chaquetas nuevas y sombreros de copa. No obstante, Alexia se inclinó sobre ellos con esperanza, buscando hasta encontrar cualquier mención posible a un intento de asesinato. Tristemente, los diarios se detenían unos diez años antes de la conspiración Kingair. Se permitió solo un breve tiempo para perderse en la pulcra caligrafía de su padre —asombrada, como siempre, al notar lo similar que la escritura era a la suya propia— antes de retroceder y fijar la atención en otros libros. Pasó el resto de la noche así ocupada. Su ensoñación fue alterada solo por Rumpet trayendo un interminable suministro de té recién hecho y, en una ocasión, por Channing de entre todas las personas.

—Verá, *lady* Maccon —dijo, poco convincentemente—. Estaba solo buscando...

—¿Un libro?

El mayor Channing Channing de los Channing de Chesterfield y *lady* Alexia Maccon habían comenzado con el pie izquierdo y nunca lograron estabilizar su relación, a pesar de que él, en más de una ocasión, había salvado la vida de ella. En lo que a Alexia concernía, el mayor Channing era inquietantemente apuesto: un rubio robusto con una mirada azul hielo, pómulos marcados y cejas imperiosamente arqueadas. Era un auténtico soldado hasta el tuétano, lo cual no debería ser tan malo si la nobleza de su profesión no hubiera sido incrementada por una arrogancia de maneras y un acento tan afectado que solo el más azul de los individuos de sangre azul debería imponer a los demás. Por lo que se refería a la opinión de Channing sobre su señora, cuanto menos se dijera sobre el tema mejor, e incluso *él* era lo suficientemente sabio como para entender *eso*.

—¿Qué está indagando, *milady*?

Alexia no vio razón para ocultarlo.

—El antiguo intento de asesinato de los Kingair contra la reina Victoria. ¿Recuerda algo de ello? —Su tono era cortante.

El Gamma realmente no pudo disimular la mirada de interés que se extendió por su cara. ¿O era culpabilidad?

—No. ¿Por qué?

—Creo que podría tener importancia para nuestra situación actual.

—Me cuesta pensar que *eso* sea probable.

—¿Está seguro de que no recuerda nada?

Channing eludió la pregunta.

—¿Ha tenido éxito?

—Ninguno. Maldita sea.

—Bien, —Channing se encogió de hombros y se abrió paso despreocupadamente

para salir de nuevo de la biblioteca, sin un libro—, creo que está mal encaminada. Ningún bien puede venir de entrometerse en el pasado, *milady*. —Solo Channing podía adoptar tal aire de desagrado despectivo.

—¡Entrometerse! Me gusta eso.

—Sí, por supuesto —dijo el Gamma, cerrando la puerta detrás de él.

Después de eso, nadie más se entrometió en las investigaciones de Alexia hasta pocas horas antes del amanecer, cuándo su marido llegó dando porrazos.

Ella alzó la mirada para ver a Conall observándola con afecto, apoyado un robusto hombro en un estante de libros.

—Ah, finalmente te has acordado de mí, ¿no? —Ella sonrió con sus ojos suaves y oscuros.

Él se acercó y la besó cariñosamente.

—Nunca me olvidé. Simplemente me despisté mientras me ocupaba de problemas de la manada y del protocolo. —Él tiró en broma de un rizo oscuro que había escapado para descansar contra su cuello en una espiral suelta.

—¿Algo importante?

—Nada por lo que debieras preocuparte. —Él había aprendido lo suficiente como para añadir—: Aunque estoy encantado de transmitir los detalles insignificantes, si deseas oírlos.

—Oh, no, gracias. Refrénate. ¿Cómo está Biffy?

—No muy bien. No muy bien.

—Me temo que tus ásperas maneras no están funcionando en la manada como deberían.

—Puede que tengas razón. Estoy preocupado, mi amor. Nunca me he enfrentado al problema de un licántropo renuente antes. Por supuesto, en las Épocas Oscuras tuvieron que ocuparse de cosas así todo el tiempo. Dios sabrá cómo lo manejaron. Pero nuestro Biffy es un caso tan único en estos tiempos modernos de iluminación que ni siquiera yo puedo reparar... —Hizo una pausa, esforzándose en buscar las palabras adecuadas, casi tartamudeando—. No puedo reparar su infelicidad.

Despejó por sí mismo algo de espacio entre las pilas de libros y los escritos alrededor de su esposa y se acomodó a su lado, atrayéndola hacia él.

Alexia tomó su gran mano entre las de ella, acariciando su palma con los pulgares. Su marido era un magnífico patán, y ella no podía sino admitir que adoraba tanto su tamaño como su temperamento, pero era su preocupación maternal lo que más le gustaba.

—Los tengo a ambos en la más alta estima, pero Biffy se ha vuelto excesivamente byroniano. En realidad debe esforzarse en desenamorarse de lord Akeldama.

—¿Oh? ¿Y cómo se desenamora uno?

—Desafortunadamente, no tengo ni idea en absoluto.

El conde había aprendido a tener gran cantidad de fe en las capacidades de su esposa.

—Pensarás en algo. ¿Y cómo está mi deliciosa esposa? ¿Ningún efecto pernicioso por tu caída de esta tarde?

—¿Qué? Oh, ¿sobre el tálburi? No, ninguno en absoluto. Pero, esposo, estoy teniendo muy poco éxito en el asunto de esta amenaza contra la reina.

—Quizá el fantasma estaba equivocado o escuchó mal. No hemos considerado eso. Ella estaba próxima a la fase de poltergeist.

—Es posible. Y podría ser posible que no hubiera conexión con el intento de los Kingair.

Lord Maccon gruñó por la irritación.

—Sí, soy bien consciente que odias que te lo recuerden.

—Todo hombre odia recordar el fracaso. Pero nosotros los licántropos somos de lo peor en ese asunto. No puedo creer que haya una conexión.

—Es mi única vía de investigación.

—Quizá puedas dejarlo por el momento. Requiero tu presencia.

Alexia se erizó ante el tono dominante.

—Oh, ¿sí?

—En la cama.

—Oh. Sí. —Alexia se relajó y sonrió, permitiéndole a su marido ayudarla a ponerse en pie.



Alexia dormía en el lado más alejado de Conall en la cama. No era porque él fuera un durmiente inquieto. De hecho, estaba tan quieto como cualquier criatura sobrenatural, aunque no tanto como para parecer muerto como un vampiro, y roncaba suavemente. Y aunque *lady* Maccon nunca lo admitiría ante nadie, ni siquiera ante Ivy, a ella le gustaba acurrucarse. Simplemente no lo quería vulnerable mientras dormía. Además, dada su irreverencia por el aspecto físico, ella tenía el constante temor de que si lo tocaba durante toda la noche, le crecería barba y luego tendría el descuido de no afeitarse.

En el descanso de este día en particular, el inconveniente prenatal le permitió a *lady* Maccon dormir solo a rachas en su lado, de cara a la ventana de la torre. Por eso estaba en parte despierta cuando entró el ladrón.

Había muchas cosas mal con un ladrón irrumpiendo en el castillo Woolsey en pleno día. Primero, ¿qué ladrón en su sano juicio viajaría todo el camino hasta Barkin para cometer un allanamiento? Las perspectivas eran mucho mejores en Londres. En segundo lugar, ¿por qué molestarse con el castillo Woolsey, una guarida de licántropos? Justo al final de la calle había una pequeña pero opulenta hacienda ducal. Y en tercer lugar, ¿por qué dirigirse a una de las difíciles ventanas de la torre y no a una de las salas de abajo?

No obstante, la forma enmascarada trepó por encima del alféizar con una grácil economía de movimientos y se quedó en pie, ligero y equilibrado, silueteado contra las gruesas cortinas que no podían bloquear completamente la luz del sol de la tarde. Él inspiró profundamente al ver a *lady* Maccon alzada sobre un codo mirándolo. Claramente, esperaba encontrar el cuarto desierto.

Lady Maccon fue mucho menos reticente. Dejó escapar un grito que podría haber resucitado a los muertos, y en este caso lo hizo.

Su marido no era un cachorro que, requerido por una metamorfosis reciente y un control débil, debiera dormir profundamente durante todo el día. Oh no, él *podía ser* despertado. Simplemente, cuando estaba muy cansado, necesitaba un ruido muy fuerte. No mucho más que un chillido por regla general, no obstante la aptitud pulmonar de Alexia era suficiente para la tarea, y produjo un grito como el de una trompeta. Una vez emitido, sin embargo, no atrajo como podría esperarse a los guardianes y al personal doméstico corriendo. Solo habían sido necesarios uno o dos incidentes altamente bochornosos por el que los habitantes del castillo Woolsey ignoraran cualquier ruido extraño producido por lord y *lady* Maccon durante sus horas de descanso.

Aún así, un marido enojado era suficiente para lo que *lady* Maccon necesitaba.

El ladrón salió disparado hacia un lado de la habitación, corriendo en busca del armario de Alexia. Allí abrió varios cajones, extrayendo finalmente una gavilla de papeles. Los introdujo en un saco. Alexia rodó de la cama, maldiciendo su falta de movilidad, y cargó contra él al mismo tiempo que su marido. A Conall, torpe por el sol en lo alto, lo profundo del sueño y lo inesperado del acontecimiento, se le quedaron los pies atrapados en la ropa de cama y daba saltos en círculos como un enorme y excéntrico bailarín de *ballet*, antes de rectificar y tambalearse hacia el intruso. *Eso le enseñará a robar la colcha*, pensó su esposa con satisfacción.

Eligiendo sabiamente, el ladrón apostó por Alexia, el eslabón más débil, apartándola a un lado. Ella le lanzó una patada. Su pie chocó con carne, pero no con la suficiente fuerza. Como resultado Alexia perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo, torciéndose el tobillo durante el proceso.

El intruso se tiró de cabeza hacia la ventana abierta. Se tiró literalmente a través de ella, pues logró desplegar una especie de capa de metal reforzado que se convirtió en un paracaídas. Que lo condujo suavemente bajando los cinco pisos hasta el suelo. Sin notar el apuro de su esposa, que se movía torpemente en el suelo, lord Maccon saltó detrás.

—Oh, no, Conall, no te atrevas a... —Pero la advertencia de Alexia chocó solo con el aire vacío, pues él ya había saltado fuera de la ventana. Un hombre lobo podría tomar tal caída y sobrevivir, por supuesto, pero no sin un daño sustancial, especialmente durante la luz del día.

Enormemente preocupada, Alexia gateaba y se retorció por el suelo, luego usó un taburete y la repisa de la ventana para moverse hacia la posición vertical,

equilibrándose precariamente sobre sus pies. Su marido había desviado su salto para aterrizar en el tejado del torreón del castillo; luego bajó unos tres pisos hasta el suelo y arremetió contra el culpable. Desnudo. El malhechor, sin embargo, estaba preparado para escapar a toda velocidad. Tenía un monociclo, equipado con una pequeña hélice a vapor, que lo transportó a través del prado a un ritmo notablemente rápido.

El sol estaba en lo alto del cielo, así que lord Maccon fue incapaz de transformarse en su forma de lobo, e incluso con todo lo rápido que un licántropo pudiera ser después de la puesta del sol, probablemente no sería lo suficiente como para atrapar a ese vehículo. Alexia observó a Conall corriendo una distancia considerable antes de llegar a esa conclusión y detenerse. Algunas veces su instinto del cazador necesitaba un rato para desactivarse.

Chasqueó la lengua con molestia y se volvió para mirar en su armario, a un kilómetro de distancia e imposible de alcanzar sin gatear, intentando determinar qué había robado exactamente. ¿Qué demonios había escondido ella en ese cajón? Ciertamente no había mirado lo que fuera que hubiera desde que deshizo las maletas después de su boda. Hasta lo que ella podía recordar, estaba lleno de cartas viejas, correspondencia personal, invitaciones a fiestas y tarjetas de visita. ¿Por qué demonios querría alguien robar *eso*?

—De verdad, esposo —dijo desde su posición en la ventana cuando él se dispuso a volver a subir los muchos tramos de escalera hasta sus aposentos— es un misterio para mí cómo logras saltar como una especie de liebre desquiciada sin hacerte un daño permanente.

Lord Maccon bufó y fue para olfatear suspicazmente su armario.

—Entonces, ¿qué había en ese cajón?

—No me resulta fácil recordarlo. Algunas misivas sociales de antes de casarnos, creo. No puedo imaginarme para qué podría quererlas nadie. —Frunció el ceño, tratando de abrirse camino a través del fango del ingenio, confundido por el embarazo.

—Se podría pensar que irían tras tu maletín si tuviera papeles clasificados que quisieran.

—Exactamente. ¿Qué oliste?

—Un poquito de grasa, probablemente de ese aparato paracaídas. Nada más significativo. Y a ti, por supuesto, el armario entero tiene tu olor.

—Mmm, ¿y cómo huelo?

—A hojaldre de vainilla y canela —contestó prontamente—. Siempre. Delicioso. Alexia sonrió.

—Pero no el del niño. Nunca he podido oler al niño. Ni tampoco Randolph. Qué raro.

La sonrisa de Alexia se desdibujó.

Su marido regresó a su examen del cajón.

—Supongo que habrá que llamar a la fuerza policial.

—No veo por qué. Solo eran papeles sueltos.

—Pero los conservaste. —El conde estaba confundido.

—Sí, pero eso no quiere decir que fueran importantes.

—Ah —él asintió, comprendiendo—. Como todos tus muchos pares de zapatos.

Alexia eligió ignorar eso.

—Debe de ser alguien al que conozco quien lo ha robado. O quien ha organizado el robo.

—¿Hmm? —Lord Maccon cayó con aire pensativo encima de la cama.

—Lo vi entrar. Iba tras ese cajón en particular. No creo que esperase que estuviéramos aquí, pareció más sobresaltado de lo normal al verme. Debe de ser íntimo de nuestra familia, o está relacionado con algún miembro del personal de Woolsey, para saber dónde está ubicada nuestra habitación y que no se suponía que estuviéramos en casa.

—O quiere decir que nos engaña con falsos indicios. Quizá robó alguna otra cosa o hizo algo que no tiene nada que ver con esos papeles.

Alexia lo consideró cuidadosamente, manteniéndose sobre un pie, como una garceta, recostándose contra la repisa de la ventana.

—O va tras algún artículo importante para usarlo como chantaje. O algo para entregarlo a la prensa popular. Ha habido un pequeño y notable escándalo desde que tú y yo nos reconciamos. No colocaría esas cosas más allá del viejo Twittergaddle y el *Chirrup*.

—Bien, la especulación inútil no nos llevará a ninguna parte. Quizá entró en el cuarto equivocado o eligió el cajón equivocado. Ahora, ¿por qué no volvemos a la cama?

—Ah, sí, hay cierta dificultad con eso. Mi tobillo, verás, no parece funcionar como es debido. —Alexia le dedicó a Conall una sonrisa débil, y él notó, por primera vez, su incómoda postura.

—Por los dientes de Dios, ¿qué ha pasado? —El conde avanzó hacia su esposa y le ofreció su propio cuerpo en lugar de la repisa de la ventana. Alexia transfirió su peso, agradecida.

—Bueno, acabo de sufrir una pequeña caída ahora mismo. Parece que me he torcido el tobillo.

—¿Nunca...? ¡Esposa! —La medio llevó hasta la cama antes de inclinarse para examinar su pie y la parte inferior de su pierna cuidadosamente. Sus manos fueron imposiblemente suaves, pero aún así Alexia se sobresaltó. La articulación ya comenzaba a hincharse—. ¡Llamaré a un cirujano inmediatamente! Y a la policía.

—Oh, vamos, Conall, seguramente no creo que sea necesario. El cirujano, quiero decir. Puedes, claro está, llamar a la policía si piensas que es lo mejor, pero yo apenas requiero los servicios de un médico para un tobillo torcido.

Lord Maccon la ignoró por completo y salió del cuarto, ya gritando con toda la

considerable potencia de sus pulmones llamando a Rumpet y a cualquier guardián que pudiera estar despierto.

Lady Maccon, con el tobillo latiendo horriblemente, intentó volver a dormir, sabiendo que a la mínima orden su habitación estaría repleta de cirujanos y policías y que su tiempo de sueño quedaría drásticamente reducido.

Como *Alexia* había predicho, tuvo muy poco respiro ese día, lo que apenas supuso mucha diferencia, puesto que se vio forzada a descansar esa noche después de que el cirujano la declarase incapacitada para caminar. Fue confinada en su cama con un entablillado y una bebida de cebada y se le dijo que de ninguna manera iba amoverse durante una semana entera. Aún peor, se le dijo también que debía prescindir del té durante las siguientes veinticuatro horas, puesto que beber cualquier líquido caliente podría incrementar la hinchazón. *Alexia* le dedicó un graznido al doctor y le lanzó su gorro de dormir. Él se retiró, pero ella sabía perfectamente bien que *Conall* y el resto de *Woolsey* verían que sus instrucciones fueran obedecidas al pie de la letra.

Lady Maccon no era el tipo de mujer que pudiera ser confinada fácilmente en cama durante siete horas, y mucho menos siete días. Aquellos que la conocían bien ya temían su confinamiento, y esto, tan cerca de ese tiempo predestinado, se veía como una prueba preliminar, tanto en lo que se refería a su comportamiento como a la habilidad de todos los demás para hacerle frente. Según declararon *Rumpet* y *Floote* mucho más tarde en algunas reflexiones privadas entre mayordomos, iba a ser un fracaso absoluto en todos los aspectos. Nadie lo sobreviviría intacto, menos aún *Alexia*.

Al segundo día ella estaba irritada, por decirlo educadamente.

—La reina *Victoria* podría estar en inminente peligro y yo aquí acostada, confinada en mi cama por ese tonto médico debido a un *tobillo*. ¡No hay quién lo soporte!

—Seguramente no con donosura —masculló su marido.

Lady Maccon lo ignoró y continuó con su discurso rimbombante:

—¿Y *Felicity*... quién vigila a *Felicity*?

—El profesor *Lyall* la tiene bien cubierta, te lo aseguro.

—Oh, si es el profesor *Lyall*, bien. Él puede manejarte a ti, tengo completa confianza en su habilidad para restringir a mi hermana. —Su tono era petulante, no se la podría culpar del todo al estar mugrienta, enojada e inmovilizada. Ni su período en cama se traducía en un descanso real. Estaba demasiado avanzada debido al inconveniente prenatal como para permitir nada más que algunos minutos con los ojos cerrados cada vez.

—¿Quién dice que él puede manejarme? —El conde parecía sumamente ofendido por este agravio a su independencia.

Su señora esposa arqueó una ceja hacia él como diciendo, *Oh, vamos, Conall, de verdad*. Continuó con una nueva preocupación, menospreciando la fútil dignidad

masculina.

—¿Has hecho que los muchachos comprueben el transmisor eterográfico cada tarde a la puesta del sol? Si recuerdas, espero cierta información muy importante.

—Sí, querida.

Alexia torció los labios mientras reflexionaba, intentando descubrir alguna otra cosa de la que quejarse.

—Oh, odio estar enjaulada. —Golpeó la colcha arrugada sobre su vientre.

—Ahora sabes cómo se siente Biffy.

El temperamento de *lady* Maccon se suavizó al mencionar al dandi.

—¿Cómo está?

—Bien. He tomado tu sugerencia como orientación, querida mía, y estoy intentando un acercamiento más amable, menos firmeza de modales.

—Eso es algo que me gustaría ver.

—He estado sentado y hablando con él durante la puesta del sol. Rumpet sugirió que algo de música suave podría ayudar también. Así que tengo a Burbleson, ¿recuerdas a Catogan Burbleson, ese nuevo guardián con aptitudes musicales que reclutamos el mes pasado?, tocando el violín todo el tiempo. Una pieza europea agradable, sosegada y sin sustancia. Es difícil decir si eso ayuda, pero mis esfuerzos no parecen hacer que el pobre chico se sienta peor.

Alexia dijo con desconfianza:

—¿El joven Catogan es bueno con el violín?

—Bastante.

—Bien, ¿podría venir a tocar un poco para mí, entonces? Debo decir, Conall, que es extremadamente monótono estar postrada en cama.

Su marido gruñó por eso, su versión de un murmullo compasivo.

Finalmente, el conde resolvió llamar a Floote para que volviera desde Londres para atender los antojos de Alexia. Nadie podía manejar a *lady* Maccon tan bien como Floote. Como consecuencia, la mayor parte de la biblioteca de Woolsey, un número considerable de periódicos y folletos de la Royal Society, acabaron en la cama de Alexia, y sus imperiosos toques de campana y sus demandas estridentes disminuyeron ligeramente. Comenzó a recibir cada hora la certeza de que la reina Victoria estaba bien vigilada. Los Témpanos de Su Majestad, unos guardaespaldas licántropos especiales, estaban en alerta máxima, y por deferencia a la convicción de la *muhjah* de que los hombres lobo podrían ser un factor de riesgo, había también un vampiro errante y cuatro guardas suizos de guardia en todo momento.

Lord Akeldama envió a Boots no solo para indagar por la salud de *lady* Maccon, sino también con un pequeño torrente de información interesante. Los fantasmas alrededor de Londres parecían estar revueltos, pues aparecían, desaparecían y flotaban por aquí y allá, susurrando horribles amenazas sobre un peligro inminente. Si se les preguntaba directamente, ninguno de ellos parecía saber exactamente qué estaba pasando, pero la comunidad fantasmal estaba toda ciertamente desasosegada

por algo.

Alexia casi perdió los nervios ante esta información combinada con el hecho de que era incapaz de salir corriendo para Londres en *ese mismo momento* para continuar con las averiguaciones. Se transformó de exigente a positivamente imperiosa y les hizo la vida bastante insoportable a aquellos lo suficientemente desgraciados como para estar en Woolsey. Como la luna llena estaba a la vuelta de la esquina, los miembros más antiguos de la manada estaban fuera corriendo, cazando o trabajando durante las horas de luz de luna y los jóvenes estaban ya encerrados con Biffy. Esto significaba que solo los sirvientes sufrían realmente el yugo de la impaciencia de *lady* Maccon, y Floote, siempre un santo, se hacía cargo de la mayor parte de su entretenimiento.

Nadie estuvo particularmente sorprendido cuando, la tarde del quinto día, incluso los poderes de Floote fallaron y *lady* Maccon arrojó a un lado las mantas, apoyó peso en su tobillo, que parecía perfectamente funcional aunque un tanto dolorido, y se declaró lo suficientemente recuperada para un paseo en carruaje hasta Londres. No, lo que sorprendió a todos fue que hubiera tardando tanto.

Ella acababa de persuadir a un ruborizado guardián para que la ayudara a vestirse cuando Floote apareció en la puerta agarrando firmemente varias hojas de papel y con aire precavido. Tan precavido que, inicialmente, no intentó impedir su planificada salida.

—Señora, la serie más interesante de eterogramas acaba de llegar a través del transmisor. Creo que deben ser para usted.

Alexia alzó la mirada con interés.

—¿Eso cree?

—Están dirigidos a la Sombrilla Desgreñada. Dudo que alguien realmente intentase comunicarse con un accesorio.

—Ciertamente.

—De alguien llamada Bonete Humareda.

—Ella. Sí, adelante.

—Desde Escocia.

—Sí, sí, Floote, ¿qué *dice*?

Floote se aclaró la garganta y comenzó a leer.

—Para Sombrilla Desgreñada: información vital sobre tema supersecreto de confabulación. —Continuó con el siguiente pedacito de papel—. En pasado nacionalistas escoceses en contacto con maestro de persuasión sobrenatural en Londres, alias Agente Condenación. —Floote continuó con el tercer pedacito de papel—. *Lady* K dice que Agente Condenación ayudó con depravado Plan de Acción. Todo pudo haber sido idea suya. —Continuando con el último, leyó en voz alta—: Verano permite a escoceses exponer más rodilla de lo que una dama refinada debería tener que soportar. *Pellijera* muy admirada. Tuya etc., Bonete Humareda.

Lady Maccon extendió su mano hacia la correspondencia de Ivy.

—Fascinante. Floote, envía un mensaje dándole las gracias y dile que puede regresar a Londres. ¿Serías tan amable? Y llama al carruaje. ¿Mi marido está en el ORA esta noche? Debo consultarle inmediatamente sobre el tema.

—¡Pero señora!

—Es inútil, Floote. El destino de la nación puede estar en juego.

Floote, que sabía bien cuándo no tenía posibilidad de ganar una discusión, empezó a hacer lo que le ordenaban.



Muerte por tetera

—Vaya, *lady* Maccon, creí entender que había sido confinada en el campo durante al menos dos días más —el profesor Lyall fue el primero en darse cuenta de que Alexia había entrado en la oficina central del ORA.

El edificio estaba situado justo al final de Fleet Street y era un antro mugriento y burocrático para el gusto de Alexia. Lyall y su marido compartían una gran oficina en la parte delantera, atestada con dos escritorios, un vestidor, un sofá, cuatro sillas, un montón de percheros y un armario lleno de ropa para las visitas de licántropos. Ya que la Oficina estaba siempre desenmarañando alguna importante crisis sobrenatural o de otro tipo y no parecía tener contratado un servicio de limpieza decente, también estaba atestada de papeleo, pizarras eterográficas de metal, tazas de té sucias y, por alguna extraña razón, un gran número de patitos de peluche.

Lord Maccon alzó la vista apartándola de un montón de antiguos rollos de pergamino. Sus ojos leoninos se entornaron.

—Ella estaba condenadamente bien. ¿Qué estás haciendo aquí, esposa?

—Estoy perfectamente bien —protestó Alexia, intentando parecer como si no se estuviera ayudando con la sombrilla para poder caminar. Aunque la verdad sea dicha, estaba agradecida por su apoyo, ya que su andar bamboleante había evolucionado a una ligera cojera.

Su marido, con un suspiro de sufrimiento, salió de detrás de su escritorio y se cernió sobre ella. Alexia esperaba reproches, pero en cambio, el enorme hombre le dio un abrazo entusiasta y con su táctica imperiosa logró dirigirla hacia atrás y sentarla en una silla en una esquina del cuarto.

Perpleja, *lady* Maccon se reincorporó enérgicamente.

—Bien —escupió—, lo que yo decía.

El conde tomó esto como una excusa para darle un beso abrasador. Presumiblemente para detenerla antes de que dijera nada más.

El profesor Lyall se rio entre dientes de sus tonterías y retornó tranquilamente a sus asuntos oficiales, los papeles crujieron suavemente mientras examinaba y analizaba algún complejo asunto matemático de estado.

—Acabo de encontrar el más interesante pedazo de información. —Era la jugada de apertura de *lady* Maccon.

Esta declaración distrajo a su marido de cualquier otra reprimenda.

—¿Y bien?

—Envié a Ivy a Escocia para averiguar de *lady* Kingair lo que *realmente* había pasado con esa tentativa previa de asesinato.

—¿Ivy? ¿Quieres decir la señora Tunstell? Una elección muy singular.

—Yo no subestimaría a Ivy si estuviese en tu lugar, esposo. Ha descubierto algo.

Conall rumió por un breve instante esa absurda afirmación y luego dijo:

—¿Sí?

—No era solo el veneno el que iba a venir de Londres, había también un agente londinense involucrado en ello, un *cerebro*, si así lo queréis llamar. Ivy parece creer que ese hombre orquestó todo el atentado.

Lord Maccon se paralizó.

—¿Qué?

—Y tú que pensabas que habías dejado el asunto archivado. —Alexia se sentía justificadamente satisfecha.

La cara del conde aún estaba paralizada, la calma antes de la tormenta.

—¿Proporcionó ella algún detalle acerca de la identidad de ese agente?

—Solo que era sobrenatural.

Tras ellos, el crujido de los papeles del profesor Lyall se detuvo. Los miró fijamente a ambos, su cara lobuna afilada aún más por la curiosidad. La posición de Randolph Lyall en el ORA no solo se debía a que era el Beta de lord Maccon, sino también a sus innatas capacidades investigadoras. Tenía una mente astuta y olfato para los problemas, literalmente, siendo como era un hombre lobo.

El temperamento de lord Maccon burbujeaba.

—¡Sabía que los vampiros tenían que estar implicados de alguna manera! Los vampiros siempre están implicados.

Alexia se tranquilizó.

—¿Cómo sabes que fueron los vampiros? Podría haber sido un fantasma o incluso un hombre lobo.

El profesor Lyall se acercó para participar en la conversación.

—Esas son noticias muy graves.

El conde siguió explayándose:

—Bueno, si fue un fantasma habría sufrido pérdida del alma hace mucho, así que mala suerte con ese argumento. Y si es un hombre lobo, tiene que ser un solitario de algún tipo. La mayoría de ellos fueron asesinados por el Club Hypocras el año pasado. Malditos científicos. Así que sugiero que empecemos por los vampiros.

—Yo ya había llegado a una conclusión similar, esposo.

—Iré a las colmenas —sugirió el profesor Lyall, dirigiéndose ya hacia el estante para sombreros.

Lord Maccon parecía como si quisiera protestar.

Su esposa le puso la mano sobre el brazo.

—No. Es una buena idea. Él es mucho más diplomático que tú. Incluso si no es estrictamente de la nobleza.

El profesor Lyall escondió una sonrisa, se encasquetó su chistera en la cabeza y se sumergió enérgicamente en la noche sin otra palabra, solamente tocándose el borde de la chistera en dirección a *lady* Maccon antes de salir.

—Muy bien —masculló el conde—, yo iré tras los errantes locales. Siempre hay una posibilidad de que sea uno de ellos. Y tú... tú permanece aquí mismo y descansa ese pie.

—*Eso* es tan probable como que un vampiro vaya a tomar el sol. Voy a visitar a lord Akeldama. Como potentado, debe ser consultado en este asunto. El deán también, supongo. ¿Podrías enviar a un hombre para averiguar si lord Slaughter puede atenderme esta tarde?

Figurándose que lord Akeldama al menos se aseguraría de que su esposa permaneciera sentada durante algún tiempo en busca de cotilleos, si no por otra razón, el conde no protestó más. Blasfemó sin mucho rencor y consintió a su petición, enviando al agente especial Haverbink para avisar al deán. Lord Maccon insistió, sin embargo, en verla en la residencia de lord Akeldama antes de seguir sus propias investigaciones.



—Alexia, mi *galletita*, ¿qué estás haciendo en Londres esta tarde? ¿No se suponía que estarías en la cama disfrutando del romanticismo de una condición debilitada?

Lady Maccon no estaba, por una vez, de humor para divertirse con las floridas maneras de lord Akeldama.

—Sí, pero ha ocurrido algo muy desafortunado.

—Querida, ¡qué *absolutamente espléndido*! ¡Siéntate y cuéntale al viejo tío Akeldama todo! ¿Té?

—Por supuesto. Oh, y debería advertir al deán. Esto es un asunto de la Commonwealth.

—Bueno, si insistes. Pero, *mi flor más querida*, es horroroso considerar que semejante bigote oscurecerá la bien afeitada grandeza de mi domicilio.

Se rumoreaba que lord Akeldama había insistido en que todos sus zánganos fueran sin el temido faldón labial. El vampiro tuvo una vez un desvanecimiento al encontrar un bigote inesperado en una esquina de su vestíbulo.

Las patillas eran permitidas con moderación, y solo porque actualmente eran rabiosamente populares entre los caballeros de la ciudad de Londres. Incluso así, también debían recortarlas como los arbustos de Hampton Court.

Con un suspiro, Alexia se acomodó en uno de los magníficos sillones orejeros de lord Akeldama. El siempre considerado Boots se precipitó con un puf para que ella descansara su tobillo palpitante.

Lord Akeldama lo percibió, así como que ya no estaban solos.

—Ah Boots, mi *amado* muchacho, despeja la habitación, ¿podrías hacerlo, por favor? Oh, y tráeme mi disruptor de resonancias harmónicas de auditorio. Está en mi tocador, al lado de la crema de manos de verbena francesa. Ahí hay una, querido.

Boots, resplandeciente con su levita favorita aterciopelada de color verde, asintió con la cabeza y desapareció del cuarto. Retornó al poco, empujando un carrito de té sobre el cual se hallaban el esperado surtido de *delicatessen* y un pequeño dispositivo puntiagudo.

—¿Desea algo más, milord?

—No, gracias, Boots.

Boots volvió su atención ansiosamente hacia *lady* Maccon.

—¿*Milady*?

—No gracias, señor Bootbottle-Fipps.

Notablemente, el uso de su nombre pareció causar al joven dandi algo de vergüenza, ya que se sonrojó y volvió a salir apresuradamente de la habitación, dejándolos a solas salvo por un exceso de cojines dorados con borlas y el gordo gato multicolor que ronroneaba en una esquina.

Lord Akeldama golpeó ligeramente el diapasón del disruptor de auditorio, y el zumbido bajo comenzó, el sonido de dos diferentes clases de abejas discutiendo. Situó el dispositivo con cuidado en el centro del carrito. La gata, que había estado acostada boca arriba despatarrada de manera muy poco digna, se dio la vuelta estirándose lánguidamente y caminó sin prisa hacia la puerta de la habitación, descontenta con el ruido. Cuando su bamboleante cola y su trasero obviamente mostrado fueron ignorados, aulló imperiosamente.

Lord Akeldama se levantó.

—A su servicio, *madame* Pudgemuffin —dijo sacándola del cuarto.

Lady Maccon calculó que estaba en términos lo suficientemente familiares con su anfitrión como para que ella se sirviese su propio té. Así lo hizo, mientras que él trataba con la exigente felina.

El vampiro volvió a su asiento y cruzando una pierna vestida de seda sobre la otra mecía el pie suavemente de un lado a otro. En cualquier humano ordinario eso demostraría un gesto de impaciencia, pero en lord Akeldama parecía que expresaba energía oculta, en vez de cualquier otro estado emocional.

—Me solían gustar las mascotas, paloma mía, ¿lo sabías? Cuando era mortal.

—¿De verdad? —Alexia se animó cautelosamente. Lord Akeldama raramente

hablaba de su vida *anterior*. Temió decir algo y detener sus adicionales confidencias.

—Sí. Es un gran problema que ahora viva solamente con un gato por compañía.

Alexia se abstuvo de mencionar la gran cantidad de caballeros a la moda que parecían estar siempre entrando y saliendo del domicilio de lord Akeldama.

—Supongo que podría considerar la idea de tener más de un gato.

—Oh querida, no. Entonces sería conocido como *ese vampiro de los gatos*.

—No creo que esa nunca pueda llegar a ser su característica definitoria, milord.

—Alexia observó el atavío de noche de su anfitrión, un frac negro y pantalones plateados combinando con un chaleco encorsetado de cachemira en negro y plata y un pañuelo plateado.

El pañuelo de cuello estaba fijado con un gran alfiler de filigrana de plata y el monóculo que se balanceaba ociosamente de una mano enguantada era de plata y diamantes para hacer juego. El pelo dorado de lord Akeldama estaba peinado y engominado hasta hacer brillar su rubia gloria, sujeto detrás de tal modo que un largo broche le permitía escaparse con estilo.

—¡Oh, *mandarina*, qué maravillosa manera de decirlo!

Lady Maccon tomó un sorbo de té y se reafirmó en su propósito.

—Milord, lamento profundamente tener que preguntarle esto, pero ¿se tomará en serio lo que hablemos durante un rato?

El pie de lord Akeldama dejó de mecerse y su expresión pacífica se endureció.

—Mi querida muchacha, nos hemos conocido el uno al otro durante muchos años, pero tal petición viola los lazos de *nuestra* amistad.

—No quiero ofenderle, se lo aseguro. Pero ¿recuerda ese asunto que he estado investigando? ¿Que la actual amenaza contra la vida de la reina me ha llevado a sacar a la luz un incómodo intento de asesinato del pasado?

—Por supuesto. Por alguna clase de curiosidad, tengo alguna información *bastante significativa* que revelarte al respecto. Pero, por favor, las damas primero.

Alexia estaba intrigada pero habló, tal y como exigía el protocolo.

—He tenido noticias de Escocia. Parece ser que había un agente aquí en Londres que por lo visto tramó todo el incómodo complot. Un agente sobrenatural. Por alguna casualidad ¿no sabría nada de eso?

—Mi más preciada muchacha, ¿no pensarás que yo...?

—No, de verdad que no lo hago. Usted disfruta reuniendo información, lord Akeldama, pero parece que muy raramente le da uso activo, aparte de fomentar su propia curiosidad. No puedo ver cómo un intento fallido de asesinato podría tener algo que ver con su constante curiosidad.

—Bastante lógico de tu parte, *ranúnculo*.

Lord Akeldama sonrió mostrando sus colmillos. Relucían como plata ante la brillante luz de gas, combinando con su pañuelo.

—Y, por supuesto, usted nunca hubiera fallado.

El vampiro rio, un agudo y brillante sonido de placer inesperado.

—Eres tan amable mi pequeño buñuelo, *demasiado amable*.

—De modo que ¿qué tiene?

—¿Así que hace veinte años, algún sobrenatural u otro, en Londres, estaba intentando matar a la reina?

—Mi marido cree que podría ser un vampiro. Yo me inclino a sospechar de un fantasma, lo que dejaría el rastro frío, por supuesto.

Lord Akeldama golpeó suave y repetidamente el borde del monóculo contra uno de sus colmillos.

—Me atrevo a decir que tu última opción es la mejor.

—¿Licántropos? —Alexia examinó su taza de té.

—Sí, un *hombre lobo*, mi pepinillo.

Alexia dejó su taza y luego chasqueó las dos varillas que sonaban en el dispositivo armónico para aumentarla disrupción auditiva.

—Un solitario, supongo, lo cual me deja en la misma situación que un fantasma. La mayor parte de los solitarios locales fueron eliminados por los experimentos ilegales del Club Hypocras el año pasado —se sirvió una segunda taza de té, añadió una pequeña porción de leche y se la llevó a los labios.

Lord Akeldama movió la cabeza, pareciendo inusualmente pensativo. El monóculo paró de golpear contra el colmillo.

—Creo que te falta una pieza en este juego, *bolita de mantequilla*. Mi instinto se inclina a decir manada, no solitario. Tú no sabes lo que parecía la manada local en aquel entonces. Pero yo lo recuerdo. Oh sí. Había rumores por toda la ciudad. Nada probado, por supuesto. El último Alfa no estaba bien de la cabeza. Un hecho bien apartado del público y de la prensa, de las reflexiones a la luz del día en realidad, pero sin embargo, un *hecho*. Lo que él hacía para ganarse aquella reputación, bueno...

—Pero hasta hace veinte años, la manada local era... —Alexia se recostó, su oración inacabada, la mano instintiva y protectoramente apretada contra su vientre.

—Woolsey.

Alexia catalogó mentalmente a los miembros de la manada de Woolsey. Aparte de su marido y de Biffy, *todos* eran remanentes del Alfa anterior.

—Channing —dijo finalmente—. Apostaría a que fue Channing. Ciertamente no le gustó la idea de mi investigación del pasado. Me interrumpió en la biblioteca el otro día. Tendré que comprobar los archivos militares, por supuesto, averiguar quién estaba en Inglaterra entonces y quién estaba en el extranjero.

—Buena chica —aprobó el vampiro—. Agradable y concienzuda, pero tengo algo más para ti. Esa cocinera que trabajaba para el ORA que estabas investigando. La pequeña envenenadora.

—Oh sí. ¿Cómo sabía sobre ella?

—*Por favor*, querida. —Se señaló a sí mismo con el monóculo, como apuntándose con el dedo.

—Oh, por supuesto. Le pido disculpas. Continúe por favor.

—Ella eligió un mecanismo de dosificación activado por taninos. Muy difícil de detectar, ya me entiendes. Su marca preferida de veneno era estimulada por la aplicación de agua caliente y un componente químico, más comúnmente encontrado en el té.

Alexia dejó su taza con un chasquido.

Lord Akeldama continuó, con los ojos brillantes:

—Eso requiere una tetera automecánica especial de níquel. La tetera debía llegar como un regalo para la reina Victoria, y la primera vez que bebiese de ella moriría — el vampiro hizo un gesto con dos dedos de manicura perfecta bajando por su propio cuello, como colmillos—. Tu pequeño fantasma puede haber suministrado el veneno, pero las teteras de ese tipo han sido hechas por un único fabricante especializado.

Lady Maccon estrechó los ojos. Las coincidencias eran algo proféticas.

—Déjeme adivinarlo, ¿Beatrice Lefoux?

—En efecto.

Alexia se levantó despacio y cautelosamente, pero con la evidente firmeza de la resolución, apoyándose sobre su sombrilla.

—Bueno. Esto ha sido de lo más constructivo, lord Akeldama. Muy instructivo. Gracias. Debo ponerme en camino.

Justo en ese momento hubo una pelea en el vestíbulo y la puerta se abrió estrellándose para revelar al deán.

—¿Cuál es el motivo de la citación que acabo de recibir? —Irrumpió en la habitación con bravuconería, trayendo el hedor de la noche de Londres y de carne cruda.

Lady Maccon se bamboleó detrás de él como si el requerimiento no tuviera nada en absoluto que ver con ella.

—Oh, hola deán. El potentado estará encantado de explicárselo todo. Por favor, discúlpenme, señores. Asuntos importantes. —Hizo una pausa, buscando una excusa—. Ir de compras. Estoy segura de que lo entienden. Sombreros. Unos sombreros muy cruciales.

—¿Qué? —dijo el hombre lobo—. ¡Pero usted me hizo acudir! ¡Aquí, *lady Maccon*! ¡A la casa de un vampiro!

Lord Akeldama se puso en pie desde su postura conscientemente relajada, como si pensara que podría intentar interceptar a *lady Maccon*.

Alexia los saludó a ambos con la mano alegremente desde la puerta, antes de salir cojeando y entrar en su carruaje que la esperaba.

—A Regent Street por favor, a toda prisa. Chapeau de Poupe.



Lady Maccon apenas miró los sombreros. Atravesó directamente la tienda pasando junto a la balbuceante dependienta con, hay que decirlo, el gran estilo propio de *lady Maccon*.

—Encontraré yo misma el camino —le dijo a la preocupada muchacha, y luego —: *Ella* me espera.

Lo que era, por supuesto, una absoluta mentira pero servía para apaciguar a la joven. Afortunadamente para todos los interesados, la dependienta tuvo la presencia de ánimo de girar el cartel de CERRADO y bloquear la puerta antes de que alguien pudiera observar la desaparición de *lady Maccon* en la pared.

Madame Lefoux estaba en su cámara de ingenios, con un aspecto, si es posible, aún más flaco e indispuesto que cuando *Alexia* la había visto por última vez.

—¡Querida *Genevieve*! Pensé que era la única que debía estar confinada en cama. Sin embargo tú pareces como si pudieras descansar durante una semana. Seguramente este proyecto nuevo no puede ser tan vital que debas dañar tu salud por encima de su terminación.

La inventora sonrió vagamente, pero apenas levantó la vista de su trabajo, concentrándose en algún tipo de esquema de motor desenrollado sobre una caja de metal frente a ella. Detrás de ella surgía amenazadoramente el enorme aparato con forma de sombrero hongo que todavía estaba construyendo, pareciendo más de la misma clase. Tenía al menos tres veces la altura de lord *Maccon*, con su cámara de conducción similar a una vaina ahora posada sobre unos soportes como tentáculos múltiples.

Alexia pensó que quizá la intensa concentración de su amiga en el trabajo era una distracción necesaria de la condición terminal de su tía.

—Por Dios santo, qué cosa tan temible, ¿no? ¿Cómo tienes intención de sacarlo de la cámara, *Genevieve*? Nunca pasará por ese pasillo tuyo.

—Oh, solo está ensamblado sin apretar. Lo sacaré a trozos. Tengo un arreglo con el *Pantecnicón* para utilizar un almacén para la fase final de construcción. —La francesa se levantó, se desperezó y empezó a volverse del todo de cara a *lady Maccon* por primera vez. Se restregó las manos cubiertas de grasa con un trapo y luego se acercó a saludar a su invitada de forma apropiada. Un beso suave fue depositado cariñosamente contra la mejilla de *Alexia*, y *Alexia* recordó los solícitos cuidados habituales de su amiga en el pasado.

—¿Estás segura de que no hay nada de lo que desees hablar? Te aseguro que soy el alma de la discreción; no iré más allá. ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar?

—Oh, mi querida dama, desearía que lo hubiera. —*Madame Lefoux* se apartó, con los elegantes hombros encorvados.

Alexia se preguntó si no habría algún otro componente en la infelicidad de su amiga.

—¿*Quesnel* ha estado indagando sobre su verdadera madre otra vez?

Genevieve y ella habían discutido tales asuntos en el pasado. La muerte violenta

de Angelique fue estimada como demasiado para un jovencito impresionable. Al igual que la identidad de la excriada como su madre biológica.

La suave barbilla de *madame* Lefoux se tensó.

—Yo soy su verdadera madre.

Lady Maccon entendió tal actitud defensiva.

—Debe de ser duro, sin embargo, no hablarle de Angelique.

Los hoyuelos de Genevieve se marcaron lánguidamente.

—Oh, Quesnel lo sabe.

—Oh, oh, querida. ¿Cómo...?

—Preferiría no hablar de eso ahora mismo. —La cara de la inventora, siempre difícil de leer, se cerró por completo, sus hoyuelos desaparecieron como si fueran perros de lanas tras una rata de agua.

Alexia, triste por semejante reticencia helada, respetó no obstante los deseos de su amiga.

—En realidad, tengo un asunto de negocios que consultar contigo. Recientemente descubrí algo sobre las actividades pasadas de tu tía. Emprendió la manufactura de unas teteras automatizadas especiales, tengo entendido, unas muy especiales. Chapadas en níquel.

—Oh, ¿sí? ¿Cuándo fue esto?

—Hace veinte años.

—Bien, apenas recordaría eso yo misma, me temo. Puedes estar en lo cierto, por supuesto. Podemos intentar hablar con mi tía sobre el tema o mirar en sus registros. Te lo advierto, ella está difícil. —Cambió a su francés perfecto y musical—: ¿*Tante Beatrice*?

Un cuerpo fantasmal brilló tenuemente en una pared cercana. La aparición tenía peor aspecto que la última vez, su forma era apenas reconocible como humana, brumosa y falta de la cohesión.

—¿Oigo mi nombre? ¿Oigo campanas? ¿Campanas de plata!

—¿Ha ido hacia el poltergeist? —La voz de Alexia era suave y llena de simpatía.

—Infortunadamente, casi por completo. Tiene algunos momentos lúcidos. Así que todavía no la he perdido del todo. Continúa, inténtalo. —La voz de Genevieve estaba marcada por la infelicidad.

—Discúlpeme, difunta Lefoux, pero ¿recuerda un encargo especial para una tetera, hace veinte años? ¿Chapada en níquel? —Alexia le transmitió algunos otros detalles.

El fantasma la ignoró, yendo a la deriva hacia el techo, flotando cerca de la cabeza del enorme proyecto de su sobrina, extendiéndose hasta que se convirtió en una tosca especie de tiara.

La expresión de Genevieve se desencajó.

—Déjame ir a comprobar sus antiguos registros. Creo que pude haberlos conservado cuando nos mudamos.

Mientras *madame* Lefoux alborotaba en una esquina alejada de su enorme laboratorio, la difunta Lefoux flotó bajando de vuelta hasta Alexia, como atraída contra su voluntad. Definitivamente comenzaba a perder el control sobre la cohesión incorpórea, las últimas etapas antes del desvanecimiento involuntario. Como sus facultades mentales fallaban, olvidaba que fue humana, olvidando qué aspecto tenía su propio cuerpo. O esa era la hipótesis de los científicos. El control mental sobre lo físico era una teoría popular.

El éter ambiental estaba repleto de nebulosos zarcillos de forma fantasmal, acercándose hacia *lady* Maccon. El estado preternatural de Alexia fracturaba parte del enlace que quedaba hacia el cuerpo del fantasma, haciéndolo pedazos. Era algo extraño de ver, como si fueran pompas de jabón girando en el agua que caía por un sumidero.

El fantasma pareció observar el fenómeno de su destrucción con interés. Hasta que recordó su individualidad y tiró hacia atrás, replegándose.

—¡Pgretegnatural! —chilló—. ¡Hembgra pgretegnatural! ¿Qué eges...? Oh, oh, sí. Tú eges la que lo detendrá. Lo detendrá todo. Eges tú.

Entonces se distrajo por algo invisible. Formó remolinos alrededor, distanciándose de Alexia, todavía mascullando para sí misma. Detrás de su voz murmuradora, Alexia podía distinguir el alto y agudo gemido en el que todas sus vocalizaciones se disolvían finalmente... el chillido agónico de un alma moribunda.

Alexia sacudió la cabeza.

—Pobrecita. Qué forma de acabar. Tan bochornosa.

—Pista equivocada. ¡Pista equivocada! —La difunta Lefoux sonaba distorsionada.

Madame Lefoux regresó, caminando justo por donde su tía estaba tan ensimismada.

—Oh, uy, lo siento tía. Discúlpame, Alexia. Parece que no puedo localizar la caja donde recogí esos registros. Permíteme algún tiempo y veré lo que puedo encontrar más tarde esta noche. ¿Puede ser?

—Por supuesto, gracias por intentarlo.

—Y ahora, si me disculpas. De verdad debo regresar al trabajo.

—Oh, por supuesto.

—Y tú debes regresar con tu marido. Te anda buscando.

—¿Oh? ¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

—Por favor, Alexia, vas de aquí para allá fuera de la cama, renqueando, groseramente embarazada. Conociéndote, estoy muy segura de que no estás donde deberías. Ergo, él debe de andar buscándote.

—Qué bien nos conoces a ambos, Genevieve.

Lord Maccon ciertamente andaba buscando a su esposa errante. En el momento en que su carruaje se detuvo frente a su nueva casa de la ciudad, él estaba en la puerta principal, bajando las escaleras y levantándola en sus brazos.

Alexia resistió sus solícitas atenciones con mucha tolerancia.

—¿Tienes que hacer una escena aquí en plena calle? —Es todo lo que dijo después de que él la hubiera besado apasionadamente.

—Estaba preocupado. Te fuiste mucho más tiempo del que esperaba.

—¿Se te ocurrió atraparme en casa de lord Akeldama?

—Bueno, sí, y en lugar de eso atrapé al deán, para mi desgracia. —Esto fue expresado con un gruñido en una manera muy lobuna para un hombre cuyos deberes maritales no le volvían un licántropo en ese preciso momento.

El conde llevó a su esposa al salón posterior, que durante la ausencia de cinco días había sido adecuadamente remozado, aunque no hasta los exigentes estándares de Biffy. Alexia estaba convencida de que una vez recuperado de las dobleces óseas de este mes, el dandi se ocuparía de que la habitación fuera recuperada a su satisfacción.

Lord Maccon depositó a su esposa en una silla y luego se arrodilló a su lado, agarrando una de sus manos.

—Dime la verdad... ¿cómo te sientes?

Alexia inspiró.

—¿La verdad? A veces me pregunto si yo, igual que *madame* Lefoux, debería adoptar una vestimenta masculina.

—Dios mío, ¿por qué?

—¿Quieres decir además de por la cuestión de una mayor movilidad?

—Mi amor, no creo que este sea actualmente el resultado de tu ropa.

—Sin duda, bueno, quería decir *después del* bebé.

—Aún no veo por qué querrías hacer eso.

—Oh, ¿no? Te desafío a que pases una semana dentro de un corsé, faldas largas y un polisón.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho?

—¡Oh, vamos!

—Ahora déjate de juegos, mujer. ¿Cómo te sientes de verdad?

Alexia suspiró.

—Un poco cansada, muy frustrada, pero bien en cuerpo, si no en espíritu. Mi tobillo me duele solo un poco, y el inconveniente prenatal ha tenido una notable paciencia con todos mis paseos en carruaje y mis caminatas por ahí. —Reflexionó sobre cómo traer a colación el tema de las ideas de lord Akeldama respecto al asunto de la reina. Finalmente, sabiendo que ella tenía poca delicadeza natural de expresión y que su marido no tenía ninguna en absoluto, decidió que él probablemente apreciaría la franqueza.

—Lord Akeldama piensa que el cerebro londinense de tu complot Kingair fue un miembro de la manada de Woolsey.

—¿Eso piensa? ¡Por George!

—Vamos, mantén la calma, querido. Piensa con lógica. Sé que eso es difícil para

ti. Pero alguien como Channing no participaría...

Lord Maccon negó con la cabeza.

—No, Channing no. Nunca lo haría...

—Pero lord Akeldama dijo que el Alfa anterior no estaba bien de la cabeza. ¿No pudo eso tener algo que ver con ello? Si le ordenó a Channing que...

La voz de lord Maccon fue cortante.

—No. ¿Pero el mismo lord Woolsey? Esa es una idea. Por mucho que odie admitirlo. El hombre estaba loco, amor mío. Completamente loco. Puede ocurrir, especialmente a los Alfas cuando envejecemos demasiado. Hay una razón, sabes, por la que los licántropos peleamos entre nosotros. Quiero decir, además de la etiqueta del duelo. Especialmente los Alfas. No se nos debería permitir vivir para siempre... a todos nos pasa algo curioso en el cerebro. O eso es lo que cantan los aulladores. A los vampiros también, si me preguntas a mí. Me refiero a que solo tienes que mirar a lord Akeldama para darte cuenta de que es... pero me estoy saliendo del tema.

Su esposa le recordó en qué parte de la conversación estaban.

—¿Lord Woolsey, decías?

Lord Maccon bajó la mirada hacia sus manos unidas.

—Puede tomar muchas formas la locura... a veces unas pequeñas inclinaciones esotéricas inofensivas y a veces no. Lord Woolsey, según tengo entendido, se volvió aberrante. Incluso brutal en sus... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada que no pudiera conmocionar ni siquiera a su indomable esposa—... gustos.

Alexia caviló sobre eso. Conall era un amante agresivo, muy exigente, aunque podía ser bastante cortés. Por supuesto, con ella no tenía dientes verdaderos para hacer daño más allá de un mordisquito o dos. Pero hubo una o dos veces, en los primeros tiempos de su cortejo, cuando se preguntó si él en realidad no podía pensar en ella como comida. También había leído demasiados de los diarios de su padre.

—Quieres decir, ¿conyugalmente violento?

—No precisamente, pero por lo que han dicho, tenía inclinaciones a obtener el placer de actividades sádicas. —Lord Maccon realmente se sonrojó. Él podía hacer eso mientras la tocaba. Alexia lo encontró entrañable como un chiquillo. Con los dedos de su mano libre, le acarició el espeso cabello oscuro.

—¡Santo Dios! ¿Y cómo se las compuso la manada para mantener tal cosa en secreto?

—Oh, te sorprenderías. Tales propensiones no se limitan solo a los licántropos. Hay incluso burdeles que...

Alexia alzó una mano.

—No, gracias, mi amor. Preferiría no saber ningún detalle adicional.

—Claro, amor mío, por supuesto.

—Me alegro de que lo mataras.

Lord Maccon asintió, dejando ir la mano de su esposa, luego se puso en pie y se dio la vuelta, perdido en sus recuerdos. Jugueteeó con un pequeño grupo de

daguerrotipos dispuestos en la repisa de la chimenea. Esa rápida cualidad animal había vuelto a sus movimientos, una faceta sobrenatural de su personalidad de licántropo.

—Yo también, esposa, yo también. He matado a mucha gente en mi vida, por mi reina y por mi país, por la manada y en desafíos; raramente consigo decir que me enorgullezco de esa parte de mi vida después de la muerte. Él era un bruto, y ciertamente tuve suerte de ser lo bastante fuerte como para verlo eliminado, y él estaba lo bastante loco como para hacer malas elecciones con la pasión del combate. Se permitió disfrutarlo demasiado.

La cabeza de lord Maccon se alzó de repente, la audición sobrenatural captó algún sonido nuevo que Alexia no podía discernir.

—Hay alguien en la puerta. —Soltó la imagen que había estado manoseando y comenzó a volverse hacia la entrada, cruzándose de brazos.

Su esposa recogió su sombrilla.



El fantasma estaba confundido. Pasaba gran cantidad de su tiempo confusa estas últimas noches. También estaba sola. Todo el mundo se había ido, hasta el último, por lo que ella flotaba en su locura, perdiendo su otra vida en el silencio y el éter. Los hilos de su verdadero yo escapaban a la deriva. Y no había una cara amigable con la que sentarse mientras moría por segunda vez.

Recordó que había algo inacabado. ¿Era su vida?

Recordó que había algo que todavía necesitaba hacer. ¿Era morir?

Recordó que había algo equivocado. ¿Había intentado arreglarlo? ¿Qué le importaban a ella los vivos?

Equivocado, todo estaba equivocado. Ella estaba equivocada. Y pronto no sería nada. Eso estaba equivocado, también.



En el cual el pasado complica el presente

Llamaron a la puerta de la sala y Floote asomó su elegante cabeza.

—*Madame* Lefoux ha venido a verla, señora.

Lady Maccon dejó cuidadosamente su sombrilla a un lado, pretendiendo que su marido no acababa de advertirla.

—¿Ah, sí?, llévela a la salita delantera, ¿me hace el favor, Floote? Iré en un momento. Ahora mismo no podemos tener compañía en esta habitación... no es decente.

—Muy bien, señora.

Alexia se volvió hacia su marido y le hizo una seña con la mano para que la ayudara a levantarse. Él se acercó y la sujetó con firmeza.

—Oohhh —dijo ella, poniéndose en pie—. Muy bien, añadiré a lord Woolsey a nuestra creciente lista de sospechosos ahora muertos y, por tanto, inútiles. La muerte puede ser un gran inconveniente, si me lo preguntas. Lo más seguro es que no podamos probar su implicación.

—O la relación que pueda tener con la nueva amenaza a la reina.

El conde abrazó de forma casual a su esposa, algo entendido por Alexia como un acto más que aceptable de afecto. Después de casi un año de matrimonio, finalmente estaba aprendiendo.

—Cierto, cierto.

Alexia se apoyó contra él.

Otra llamada sonó en la puerta trasera de la sala.

—¿Y ahora qué? —gruñó lord Maccon.

La rubia cabeza del profesor Lyall se asomó esta vez.

—Se le requiere para un asunto de la manada, milord.

—Oh, está bien.

El conde ayudó a su esposa a bajar pesadamente hacia el vestíbulo. La dejó en la

puerta de la sala delantera y después siguió a su Beta afuera hacia la noche.

—Su sombrero, milord —fue la leve reprimenda del profesor Lyall, una voz incorpórea en la oscuridad.

Conall volvió adentro, tomó un sombrero de copa apropiado del estante de la entrada y desapareció en la oscuridad de nuevo.

Alexia se detuvo frente a la puerta de la salita delantera. Floote la había dejado ligeramente entornada, y escuchó por casualidad la conversación procedente del interior, la suave voz de *madame* Lefoux y otra clara y erudita, con la confianza debida a la edad y la autoridad.

—El señor Tarabotti tuvo considerables éxitos amorosos. A menudo me pregunto si los sin alma no serán peligrosamente atractivos para aquellos que tienen demasiada alma. Usted, por ejemplo, probablemente tenga en exceso, ¿no cree?

—Oh, por favor, señor Floote, ¿por qué tiene de repente tanto interés por mis inclinaciones románticas?

Lady Maccon se sobresaltó ante eso. Tendría que haber reconocido la voz de Floote, por supuesto, salvo porque nunca le había escuchado enlazar tantas palabras juntas a la vez. Debía admitir que de forma privada había dudado de su capacidad para formular una oración completa. O al menos de su disposición a hacerlo.

—Tenga cuidado, señora.

La voz del mayordomo transmitía un sólido reproche.

Alexia se sonrojó levemente ante la mera idea de su servicio utilizando semejante tono con *¡una invitada!*

—¿Su preocupación es por mí seguridad o por la de Alexia?

Madame Lefoux parecía muy capaz de resistir semejante ruptura del protocolo doméstico.

—Por ambas.

—Muy bien. Ahora, ¿sería tan amable de comprobar si viene su excelencia? Tengo un poco de prisa y se hace de noche.

En ese punto, *lady* Maccon simuló que tropezaba ruidosamente y entró en la habitación.

Floote, imperturbable, se alejó de la inventora francesa como si la íntima proximidad hubiera sido lo más natural del mundo.

—*Madame* Lefoux, ¿a qué debo el placer de tu compañía? Parece que acabáramos de separarnos.

Alexia cruzó el cuarto trabajosamente.

—Tengo la información que estabas buscando. Sobre las teteras. —La inventora le entregó un fajo de viejos pergaminos, gruesos y arrugados con los bordes amarillentos, pautados a mano con ayuda de una regla en una especie de libro de contabilidad—. Está en el código de mi tía, que estoy segura que podrás descifrar si quieres. Pero esencialmente indica que tenía un solo encargo para la invención de las teteras ese año, aunque uno importante. No procedía de ninguno de los canales

sospechosos. Esta es la parte interesante. Era un pedido gubernamental de fuera de Londres, con fondos procedentes de la Oficina de Registro Antinatural.

La boca de *lady* Maccon se abrió ligeramente para cerrarse luego de golpe.

—¿El agente Condención de Ivy era del ORA? —suspiró—. Bien, supongo que esto sitúa a lord Woolsey en lo alto de mi lista de sospechosos. En esa época habría ocupado el puesto actual de mi marido.

Floote, en el acto de cerrar la puerta tras de sí, hizo una pausa en el umbral.

—Lord Woolsey, ¿señora?

Alexia lo miró, con grandes ojos inocentes.

—Sí. Estoy empezando a creer que estaba involucrado en el intento de asesinato de los Kingair.

Madame Lefoux no mostraba ningún interés en el tema. Sus preocupaciones actuales seguramente sobrepasaban cualquier curiosidad que pudiera sentir por el pasado.

—Espero que la información te sea de utilidad, Alexia. Cuando acabes por favor, ¿podrías devolverme las anotaciones? Me gustaría tenerlas ordenadas adecuadamente. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Y ahora, detesto ser tan brusca, pero debo regresar.

—Por supuesto, claro. ¿Intentarás descansar un poco, por favor, Genevieve?

—Descansaré cuando lo hagan las almas —bromeó la inventora encogiéndose de hombros. Después abandonó la habitación, solo para volver un momento después—. ¿Has visto mi sombrero?

—¿El gris que estaba en el estante?

El estómago de *lady* Maccon se encogió de una forma que no tenía nada que ver con el bebé.

—Sí.

—Creo que mi esposo accidentalmente se ha fugado con él. ¿Era *especial*?

—Solo es mi sombrero favorito. No puedo imaginar que le quede bien. Debe ser unas cuantas tallas más pequeño.

Lady Maccon cerró los ojos ante semejante imagen.

—Oh, debe de parecer un cuadro. Te pido disculpas, Genevieve. Se le dan tan mal estas cosas. Te lo devolveré tan pronto como regrese.

—Oh, no hay problema. Después de todo, poseo mi propia tienda de sombreros.

La inventora esbozó una sonrisa con hoyuelos, y Alexia sintió un extraño estallido de placer al verlo. Había pasado mucho tiempo desde que Genevieve había sonreído de verdad.

Floote guio a la francesa hasta la puerta, pero antes de que pudiera volver a sus tareas habituales, *lady* Maccon lo llamó de nuevo a su presencia.

—Floote, venga un momento.

Se situó ante ella, receloso. Su rostro, como siempre, era impasible, pero Alexia

había aprendido a lo largo de los años a observar la posición de sus hombros en busca de pistas de sus verdaderos sentimientos.

—Floote, no desearía ser una entrometida, ni con mis amigos ni con mi personal, ya que eso eres por derecho propio. Pero no he podido evitar alcanzar a oír parte de su conversación con *madame* Lefoux antes de entrar a la habitación. La verdad, no lo esperaba de usted. Varias frases en la misma discusión. Y algunas de ellas muy cortantes.

—¿Señora? —sus hombros temblaron.

La verdad es que Floote no tenía demasiado sentido del humor, pobre hombre. *Lady* Maccon dejó de tomarle el pelo y fue al meollo de la cuestión:

—Estaban discutiendo sobre mi padre, ¿no?

—En cierto modo, señora.

—¿Y?

—*Madame* Lefoux *Madame* Lefoux demuestra un visible interés por usted.

—Sí. Siempre he supuesto que es su *manera* de ser. Ya me entiende.

—Sin lugar a duda, señora.

—Pero cree que es algo más.

Sus hombros se tensaron más incómodamente, si es que algo así era posible.

—He hecho mis observaciones a lo largo de los años.

—¿Sí?

Conversar con Floote era tan fácil como explicarle la formulación de la teoría del contrapeso a un cuenco de pudín de macarrones.

—Sobre la naturaleza de las interacciones preternaturales, si me sigue, señora.

—Sí, le sigo, continúe.

Floote habló despacio, escogiendo las palabras con cuidado:

—He llegado a algunas conclusiones.

—¿Concernientes a qué, exactamente?

Paciencia, paciencia, pensó *Alexia*. Su punto fuerte en las conversaciones nunca había sido dejar que los demás se tomaran su tiempo hasta llegar a una conclusión. Aunque la compañía de lord Akeldama le había enseñado mucho del modo de hacerlo.

—Debe de existir atracción entre aquellos que tienen un exceso de alma y aquellos otros que no tienen ninguna, señora.

—¿Se refiere a preternaturales y sobrenaturales?

—O preternaturales e individuos normales con potencial sobrenatural.

—¿Qué tipo de atracción? —preguntó *lady* Maccon de forma más bien imprudente.

Floote elevó elocuentemente una ceja.

—¿Mi padre...? —*Alexia* se detuvo, intentando dar con la expresión correcta. Era una sensación extraña para ella, pensar antes de hablar. Su marido era igual que ella o nunca se habrían tolerado el uno al otro. Floote era evidentemente reacio a hablar

sobre su antiguo empleador, a revelar información clasificada sobre la protección de las relaciones internacionales y la seguridad del imperio. *Lady Maccon* lo intentó de nuevo—. ¿Utilizaba mi padre su atractivo con algún propósito?

—No que yo sepa. —De repente Floote cambió de tema, dando información voluntariamente de la forma más inesperada e impropia de él—. ¿Sabe por qué los Templarios abandonaron su proyecto de crianza preternatural, señora?

El cerebro de Alexia intentó cambiar los engranajes, era una máquina de vapor aparcada en la vía equivocada.

—Humm, no.

—Nunca pudieron controlar por completo a los preternaturales. Es por su pragmatismo. Los de su clase no pueden ser persuadidos con la fe; se debe aplicar la lógica pura.

La naturaleza tan pragmática de Alexia estaba demasiado confundida como para preguntar por qué el normalmente taciturno Floote le estaba diciendo eso en ese momento.

—¿Eso es lo que le ocurrió a mi padre? ¿Perdió la fe?

—No exactamente, señora.

—¿Qué es lo que está tratando de decirme, Floote? Basta de titubeos.

—Se vio comprometido en un intercambio de lealtades.

Alexia frunció el ceño. Estaba empezando a sospechar que había muchas menos coincidencias en la vida de lo que había creído anteriormente.

—Déjeme adivinar. ¿Ocurrió hace unos veinte años?

—Más bien cerca de treinta, pero si lo que se está preguntado es si los tres sucesos están conectados, la respuesta es sí.

—¿Que mi padre renegara de los Templarios, su muerte, y el intento de asesinato de los Kingair? Pero cuando la manada de Kingair intentó matar a la reina, él ya estaba muerto.

—Precisamente, señora.

Un fuerte estruendo y unos golpes llegaron de la puerta principal. A *lady Maccon* le hubiera gustado preguntar a Floote algo más, pero los insistentes ruidos parecían exigir la inmediata atención del mayordomo.

Floote se deslizó hacia fuera, todo calmado y digno, para ver qué era ese alboroto. Quién quiera que fuese, sin embargo, pasó junto a él y entró corriendo a la salita principal, llorando.

—¡*Lady Maccon*! ¡*Lady Maccon*, la necesitamos con gran urgencia!

La intrusión se resolvió en la forma de dos de los chicos de lord Akeldama, Boots y un joven vizconde llamado Trizdale. Estaban despeinados y muy nerviosos, unas condiciones muy fuera de lugar para cualquier zángano de lord Akeldama. Una manga de la chaqueta verde favorita de Boots estaba desgarrada, y las botas de Tizzy parecían estar arañadas en algunas zonas ¡*Arañadas, por favor!*

—Por Dios, señores, ¿ha habido algún incidente?

—Oh, *milady*, apenas me atrevo a decirlo. ¡Pero hemos sido asaltados!

—¡Oh, Dios! —*Lady Maccon* les indicó que se acercaran—. No se queden ahí boquiabiertos... ayúdenme a levantarme. ¿Qué puedo hacer?

—Bueno, *milady*, ¡estamos bajo el ataque de un hombre lobo!

Alexia palideció considerablemente.

—¿En la morada de un vampiro? ¡Señor! ¿Hacia dónde va este mundo?

Boots dijo:

—Esa es la cuestión, *milady*. Pensamos que era mejor venir a buscarla. La criatura está en recaída.

Lady Maccon cogió su sombrilla y su bolso.

—Por supuesto, claro está. Iré directamente. Déme su brazo, por favor, señor Bootbottle-Fipps.

Tan pronto como fue posible, con los dos jóvenes dandis ayudando a Alexia a bambolearse por la puerta principal y por el camino más allá de los arbustos de lilas se dirigió hacia la casa de lord Akeldama.

El pasillo abovedado adornado con frescos estaba lleno de jóvenes con miradas preocupadas, algunos de ellos en peores condiciones que Boots y Tizzy. Dos incluso habían perdido sus corbatas. Algo verdaderamente sorprendente de ver. Se arremolinaban y hablaban con obvia inquietud, perdidos pero ansiosos de hacer algo.

—¡Caballeros!

La aguda voz femenina de *lady Maccon* se hizo oír entre el bullicio masculino. Levantó en alto la sombrilla como si fuera a dirigir un concierto.

—¿Dónde está la bestia?

—Por favor, señora, es nuestro maestro.

Alexia se detuvo perpleja y bajó ligeramente su sombrilla. Lord Akeldama podía ser un vampiro, pero a nadie se le ocurriría jamás llamarlo *bestia*.

Los dandis continuaron en un coro de explicaciones y objeciones.

—Se ha ido y se ha encerrado en la sala de dibujo.

—Con ese monstruo.

—Nunca querría cuestionar las decisiones de nuestro señor, pero ¡de verdad!

—Qué andrajoso. Estoy convencido de que su pelaje tiene las puntas abiertas.

—Dijo que podía manejar la situación.

—Por vuestro propio bien, dijo, no dejéis que entre nadie.

—Yo no soy *nadie*.

Lady Maccon se abrió paso entre la multitud de chaquetas perfectamente ajustadas y altos cuellos blancos, lo mismo que un terrier particularmente regordete podría despejar el camino a través de una jauría de caniches.

Los jóvenes le facilitaron el paso hasta que se encontró con la puerta dorada, pintada con remolinos blancos y lavanda, que conducía al infame salón de lord Akeldama. Alexia respiró hondo y llamó con fuerza con el mango de su sombrilla.

—¿Lord Akeldama? Soy *lady Maccon*. ¿Puedo entrar?

Desde detrás de la puerta se oían los sonidos de un forcejeo y, posiblemente, la voz de lord Akeldama. Pero nadie le franqueó la entrada.

Llamó de nuevo. Incluso bajo las circunstancias más graves, uno no podía simplemente irrumpir en el salón privado de un hombre sin un motivo justificado.

Un golpe particularmente fuerte fue toda la respuesta que obtuvo.

Alexia decidió que esto podía ser considerado como un motivo suficiente y giró despacio el pomo de la puerta. Con la sombrilla preparada, se movió tan rápido como pudo, y cerró firmemente la puerta tras de sí. Que ella hubiera desobedecido las órdenes de lord Akeldama no quería decir que los zánganos pudieran hacerlo también.

Su mirada fascinada cayó sobre la escena.

Lady Maccon había presenciado un altercado entre un vampiro y un hombre lobo con anterioridad, pero fue dentro de un carruaje en movimiento y se había trasladado muy rápidamente del carruaje hasta el camino. Además, en aquella ocasión, los dos oponentes estaban genuinamente intentando matarse el uno al otro. Esto era diferente.

Lord Akeldama estaba atrapado en un combate singular con un hombre lobo. El lobo estaba definitivamente intentando matarlo, sus mandíbulas se abrían ruidosamente y toda su fuerza sobrenatural se concentraba en la destrucción del vampiro. Pero lord Akeldama, sin embargo, mientras trataba de dejar fuera de combate al lobo, no parecía muy entusiasmado por matarlo. No por nada, su arma favorita, una alabarda con el filo de plata disimulada como si se tratara una tubería de oro, seguía en su lugar habitual encima de la repisa de la chimenea. No, lord Akeldama parecía estar utilizando principalmente estrategias evasivas, que solo servían para frustrar y enfurecer más al lobo.

La bestia se abalanzó hacia el blanco cuello del elegante vampiro, lord Akeldama lo esquivó apartándose a un lado y agitando el brazo de manera displicente, como si agitara un gran pañuelo en la salida de un barco de vapor. Fue un gesto que, a pesar de su informalidad, lanzó al hombre lobo por encima de la rubia cabeza del vampiro, para aterrizar de espaldas cerca de la chimenea.

Alexia nunca había tenido la oportunidad de ver luchar a lord Akeldama anteriormente. Por supuesto, uno sabía que lord Akeldama debía de ser *capaz* de luchar. Se rumoreaba que era bastante viejo y, como tal, al menos debía de tener la capacidad para combatir. Pero era lo mismo que saber, académicamente, que su regordete y multicolor gato casero era capaz de cazar ratas —la ejecución real de dicha tarea parecía altamente improbable y posiblemente embarazosa para todos los afectados—. Sin embargo, ahora se encontraba bastante intrigada por la visión que tenía ante ella. Y muy pronto descubrió lo equivocada que estaba en su suposición inicial.

Lejos de cualquier desconcierto o torpeza, lord Akeldama luchaba con una indiferente y perezosa eficiencia, como si tuviera todo el tiempo del mundo a su favor. Alexia suponía que así era. Su ventaja era la velocidad, vista y agilidad. El lobo

tenía fuerza, olfato y parecía confiado, pero no tenía experiencia. El hombre lobo no tenía la habilidad de un Alfa tampoco, lo que lord Maccon había descrito a su esposa como luchar con el alma. No, este lobo tenía locura de luna. Sus mandíbulas chasqueaban y sus garras desgarraban la superficie sin lógica o consideración. La perfectamente elegante sala de estar del vampiro no estaba mucho mejor que la sala de atrás de Alexia. El lobo también estaba desparramando saliva sobre los bonitos cojines.

Habría sido un encuentro bastante accidentado si no fuera porque lord Akeldama en realidad estaba intentando no hacer daño a Biffy.

Porque se trataba de Biffy, con pelaje marrón chocolate y el estómago color óxido.

—¿Cómo demonios has salido de la mazmorra de Woolsey?

Nadie le respondió, por supuesto.

Biffy cargó contra lord Akeldama. El vampiro parecía saltar espontáneamente de un lado de la habitación a otro, dejando que el hombre lobo completara su salto sin una presa al final. Biffy aterrizó sobre una silla de brocado dorado, volcándola de forma que sus patas sobresalían, sorprendentemente expuestas en el aire.

El hombre lobo fue el primero en notar la presencia de *lady* Maccon. Sus fosas nasales se abrieron. Su cabeza peluda giró para lanzar una mirada amarilla en su dirección. No había nada del alma suave y gentil de Biffy en esos ojos, solo la necesidad de mutilar, comer y matar.

Lord Akeldama tardó solo unos segundos más en notar que tenían compañía.

—Alexia, mi *pequeña primula*, ¿por qué no has sido tan amable de llamar? Especialmente en tu actual condición.

Alexia le siguió el juego.

—Bueno, no tenía nada mejor que hacer esta noche, y oí que necesitaba ayuda para entretener a cierto invitado inesperado.

El vampiro soltó una risa ahogada.

—Así es, *natillita*. Como puedes ver. Nuestra compañía es un *renacuajo* sobrecitado. Me parece que podría necesitar un poco de apoyo.

—Ya veo. ¿Hay alguna forma en que pueda servir de ayuda?

Mientras tenía lugar esta conversación, Biffy cargó contra Alexia. Esta apenas tuvo tiempo de armar su emisor de dardos antes de que lord Akeldama se interpusiera, protegiéndola con galantería.

Aceptó el embate del ataque. Las garras de Biffy desgarraron las piernas del vampiro, convirtiendo en cintas los pantalones de seda y hundiéndose profundamente en el músculo. Vieja sangre negra rezumó. Al mismo tiempo, las mandíbulas del hombre lobo se cerraron sobre la parte alta del brazo de lord Akeldama, mordiendo limpiamente en la parte más carnosa. El dolor debía ser fenomenal, pero el vampiro simplemente se sacudió al lobo, como un perro se sacudiría el agua. Incluso mientras Alexia observaba, las heridas de lord Akeldama empezaron a sanar.

Biffy se lanzó hacia el vampiro una vez más y juntos lucharon cuerpo a cuerpo. Lord Akeldama siempre era una décima de segundo más rápido y bastante más astuto, así que incluso con todas las ventajas predatorias que conllevaba el estado de hombre lobo, Biffy no podía romper el agarre del vampiro ni su voluntad, cuando ambas se utilizaban en su contra con tanta firmeza.

Alexia dijo:

—Tenía intención de tener una pequeña charla con usted, milord. Algunos de sus jóvenes amigos caballeros parecen excesivamente pegajosos, ¿no cree?

El vampiro soltó un jadeo divertido. Su pelo se estaba empezando a soltar de la cinta, y parecía haber perdido su alfiler de corbata.

—Mi *querida flor de calabaza*, no es mi intención engendrar tal afecto absorbente, te lo aseguro. Es puro accidente.

—Es usted demasiado carismático para su propio bien.

—Lo has dicho tú, mi *patito chapoteante*, no yo. —Una vez más el vampiro se las arregló para utilizar su fuerza y velocidad para quitarse al lobo de encima y arrojar a la criatura al otro lado de la habitación, lejos de Alexia. Biffy aterrizó de lleno contra la pared y se deslizó hacia abajo, llevándose varias acurelas con él. Se estrelló contra el suelo y las pinturas ahora yacían desparramadas sobre trozos de cristal y marcos dorados. Se sacudió y se puso en pie mareado.

Alexia disparó la sombrilla. Su dardo dio en el blanco y el hombre lobo se derrumbó. Pareció tambalearse, perder el control de partes de sí mismo, y entonces, más rápido que ningún vampiro al que Alexia hubiera disparado, luchó contra los efectos de la droga y permaneció en pie. Se preguntó si la última remesa de agente aturdidor de *madame* Lefoux estaba mal o si sencillamente era menos efectiva en los licántropos.

Lord Akeldama se movió con rapidez a un lado, captando la atención del lobo y dirigiendo su nueva carga lejos de *lady* Maccon.

Alexia dijo, decidiéndose por una nueva táctica:

—Si cree que puede mantenerlo estable, milord, podría intentarlo con un toque tranquilizante. Ya sabe, algunos muchachos de hoy en día simplemente requieren que una mujer administre disciplina.

—Por supuesto, *ciruela mía*, por supuesto.

Biffy golpeó a lord Akeldama de costado, y en el mismo movimiento, el vampiro se volvió cariñosamente, en vez de lanzarlo a un lado descuidadamente. Envolviendo ambos brazos y piernas alrededor del lobo, lord Akeldama utilizó el propio movimiento de la bestia para lanzarlos a ambos a la exuberante alfombra. En una asombrosa proeza de lucha libre, el vampiro colocó el codo sobre el morro de Biffy, cerrando la mano con firmeza sobre la nariz. Con la otra mano, sujetó las patas delanteras. Con las piernas, lord Akeldama aseguró los cuartos traseros de Biffy. Fue una exhibición asombrosa de agilidad y flexibilidad. Alexia quedó debidamente impresionada, habiendo luchado ella misma un poco con su marido. Estaba muy claro

que lord Akeldama tenía experiencia en la cuestión de la lucha íntima.

Alexia sabía que el vampiro no podría sujetar al licántropo mucho más tiempo. En el fondo, Biffy era más fuerte y se liberaría, pero lord Akeldama tenía a la bestia aturdida por el momento.

Se levantó con un bamboleo, lanzando su propia seguridad al viento, se inclinó hacia adelante, desequilibrándose como era de preveer. Aterrizó de lleno sobre ambas criaturas sobrenaturales, asegurándose de que sus manos desnudas estuvieran en contacto con Biffy, pero convirtiéndolos a ambos en mortales en su ímpetu.

Fue una sensación muy rara en tal posición, Alexia fue incómodamente consciente de cómo el cuerpo de Biffy cambiaba de lobo a humano. Pudo sentir el deslizamiento de músculo y hueso bajo su protuberante barriga mientras él cambiaba. Se parecía misteriosamente a la percepción del niño dando patadas bajo su propia piel.

Biffy aulló de dolor directamente en el oído de Alexia. Un aullido que se convirtió en un grito de agonía, luego en un gemido de sufrimiento recordado y finalmente en pequeños resoplidos de intensa vergüenza. Luego, cuando llegó la horrenda comprensión de lo que casi había hecho, se volvió hacia su anterior amo.

—Oh, cielos, oh, cielos. Oh, cielos. —Era una letanía nerviosa—. Milord, ¿está usted bien? ¿He causado alguna herida permanente? ¡Oh, mire sus pantalones! Oh, piedad, lo siento mucho.

La cicatrización de lord Akeldama estaba detenida a medias, así que las marcas de garras todavía eran visibles bajo las tiras destrozadas de sus calzones de seda.

—No es más que un arañazo, *mascotita*. No te preocupes. —Bajó la vista hacia sí mismo—. Bueno, varios arañazos, para ser precisos.

En ese instante Alexia se vio obligada a alcanzar una comprensión que sacudió bastante los cimientos de su universo: había algunas circunstancias que ni siquiera los mejores modales podían rectificar. Esta era una de esas situaciones. Allí estaba ella yaciendo, embarazada y sin equilibrio, en lo alto de una pila consistente en un vampiro muy bien vestido y un hombre lobo que no iba vestido para nada.

—Biffy —dijo al fin—, ¿a qué debemos el placer de tu visita? Tenía la impresión de que estabas contenido esta noche. —Fue un intento valiente, pero ni semejante charla podía enmascarar la vergüenza.

Lord Akeldama intentaba desenredarse de Biffy y extraerse de debajo de Alexia sin la ayuda de la fuerza sobrenatural. Cuando finalmente lo consiguió, se levantó, acudió a la puerta para asegurar a sus zánganos que seguía intacto, y envió a uno de ellos a traer ropa.

Biffy y Alexia se ayudaron el uno a la otra a levantarse.

—¿Está ilesa, *milady*?

Alexia hizo una comprobación rápida.

—Eso parece. Este bebé mío es notablemente elástico. Sin embargo, no me vendría mal sentarme un poco.

Biffy la ayudó a llegar a una otomana —uno de los pocos muebles de la habitación que no estaban volcados—, la mano de ella aferraba la de él con firmeza. Se sentaron y miraron al infinito, pensando en cómo manejar el apuro. Lord Maccon podía ser un ejemplo de grosería, pero no tenía rival a la hora de romper silencios embarazosos. Alexia ofreció a Biffy un chal, solo ligeramente manchado de saliva. Él se lo colocó agradecido en el regazo.

Ella intentó no mirar, por supuesto que lo hizo, pero Biffy tenía un físico bastante agradable. Ni de lejos tan espléndido como su marido, pero no todo el mundo podía estar constituido como una máquina de vapor, y el joven dandi había estado en forma antes de la metamorfosis, aun con todos sus frívolos propósitos.

—Biffy, ¿eres un Corintio en secreto? —preguntó Alexia en voz alta antes de poder contenerse.

Biffy se ruborizó.

—No, *milady*, aunque disfruto de la esgrima más de lo que algunos de mis compatriotas considerarían saludable.

Lady Maccon asintió sabiamente.

Lord Akeldama volvió, sin un pelo fuera de lugar. Su breve estancia con sus zánganos había dado como resultado que su cabello y su corbata volvían a estar en un orden preciso y prístino, y tenía un nuevo par de pantalones de satén. *¿Cómo lo hacen?*, se preguntó Alexia.

—Biffy, *patito*, qué sorpresa que visites a un viejo como yo en esta fase de la luna. —Le ofreció a su antiguo zángano unas calzas de color zafiro.

Biffy se ruborizó, poniéndoselas con una mano. Alexia se interesó educadamente por el lado opuesto de la habitación.

—Sí, bueno, no dominaba del todo mis facultades, milord, cuando tomé la decisión de, ejem, visitarle. Creo que simplemente, bueno, instintivamente... —miró a *lady* Maccon por debajo de las pestañas—... me dirigí a casa.

Lord Akeldama asintió.

—Sí, *palomo mío*, pero erraste el tiro. Tu casa está en la puerta de al lado. Sé que es fácil confundirse.

—Demasiado fácil. Especialmente en mi estado alterado.

Que estuvieran hablando de la condición de hombre lobo de Biffy era una de las rarezas de la noche. Alexia miraba del uno a otro. Lord Akeldama había tomado asiento frente a su antiguo zángano, con los ojos entornados y la postura informal, sin revelar nada.

También Biffy había empezado a asumir su antigua postura, como si estuvieran realmente en una reunión social. Como si no estuviera medio desnudo en la sala de un vampiro. Como si no acabara de intentar matarlos a los dos.

Lady Maccon siempre había admirado la habilidad de lord Akeldama para permanecer ostensiblemente sereno a pesar de lo que le rodeara. Era tan encomiable como sus esfuerzos sin fin para asegurar que su rinconcito de Londres no estuviera

llena más que de belleza y conversación agradable. Pero algunas veces, y nunca debía decir tal cosa abiertamente, parecía más bien cobardía. Se preguntó si el que el inmortal evitara la fealdad de la vida era una cuestión de supervivencia o de intolerancia. Lord Akeldama adoraba conocer todos los cotilleos del mundo mundano, pero como un gato divirtiéndose entre mariposas, sin necesidad de interferir si se arrancaban las alas unas a otras. Después de todo, solo eran mariposas.

Lady Maccon sentía que a ella le incumbía, solo esta vez, señalar al herido insecto sin alas que tenía ante él. La carencia de alma podía conferir un sentido práctico, pero no siempre confería precaución.

—Caballeros, pueden achacar mi brusquedad a mi actual condición, pero no estoy de humor para tolerar idiosincrasias. Las circunstancias nos han colocado en una posición inaceptable. No, Biffy, no me refiero a tu estado de desnudez... me refiero a tu condición de hombre lobo.

Lord Akeldama y Biffy la miraron, con las bocas ligeramente abiertas.

—Es hora de seguir avanzando. Los dos. Biffy, no tuviste elección y eso es lamentable, pero sigues siendo un inmortal, y no estás muerto, que es más de lo que muchos pueden decir. —Volvió su mirada afilada hacia el vampiro—. Y usted, milord, debe dejarlo ir. Esto no es ningún concurso que haya perdido. Esto es la vida, o la otra vida, supongo. Por amor de Dios, dejen de revolcarse en la autocompasión, los dos.

Biffy pareció debidamente castigado.

Lord Akeldama resopló.

Lady Maccon inclinó la cabeza como desafiándolo a negar la verdad de sus palabras. Desde luego era lo bastante viejo para conocerse a sí mismo; que quisiera admitir semejante defecto en voz alta estaba por ver.

Los dos hombres se miraron el uno al otro con las caras tensas.

Fue Biffy quien cerró los ojos un largo rato y luego asintió con brevedad.

Lord Akeldama alzó una mano blanca y pasó dos dedos hacia abajo por el costado de la cara de su antiguo zángano.

—Ah, mi muchacho. Si no queda más remedio.

Lady Maccon podía ser compasiva, así que cambió de conversación.

—Biffy, ¿cómo saliste de la mazmorra de Woolsey?

Biffy se encogió de hombros.

—No sé. No puedo recordar mucho cuando soy un lobo. Alguien tuvo que abrir la puerta de la celda.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Y quién? —Alexia miró suspicaz a lord Akeldama. ¿Se estaba entrometiendo?

El vampiro negó con la cabeza.

—Ni yo ni los míos, te lo *aseguro*, flor.

Un fuerte golpe en la puerta de la sala fue toda la advertencia que tuvieron antes de que se abriera de par en par y entraran en tromba dos hombres.

—Bueno —dijo Alexia—, al menos llamó antes. Tal vez esté aprendiendo.

El conde cruzó a zancadas la habitación y se inclinó para besar la mejilla de su mujer.

—Esposa, pensé que te encontraría aquí. Y el joven Biffy también... ¿cómo estás, cachorro?

Lady Maccon miró al Beta de su marido, gesticulando hacia Biffy con la mano libre.

—¿Los asuntos de la manada os han traído hasta aquí?

El profesor Lyall asintió.

—Nos condujo a una alegre persecución antes de que lo rastreáramos hasta aquí.

—Se dio un golpecito en la nariz, señalando el método de rastreo.

—¿Cómo logró salir?

El profesor Lyall inclinó la cabeza, lo cual equivalía a admitir que no tenía ni idea.

Alexia dio un codazo a su marido en dirección a Biffy. Él le lanzó una breve mirada resignada con sus ojos leonados y luego se agachó delante del dandi medio desnudo. Era una posición muy servil para un Alfa. Bajó la voz a un gruñido suave, que pretendía ser reconfortante. Es terriblemente difícil para un hombre lobo ser reconfortante... especialmente para un Alfa que trata con un miembro recalcitrante de la manada.

Alexia asintió hacia él, animándole.

—Chico, ¿por qué has huido hasta aquí?

Biffy levantó la vista al techo y luego volvió a bajarla. Tragó saliva, nervioso.

—No lo sé, milord, algo instintivo. Lo siento, pero para mí esta todavía es mi casa.

Lord Maccon miró a lord Akeldama, de depredador a depredador. Luego se volvió al miembro de su manada.

—Han pasado seis meses, muchas lunas, y todavía no te has asentado. Sé que este no es el final que querías, pero es el final que te ha tocado. De algún modo debemos hacer que funcione.

Nadie pasó por alto el *nosotros*.

Alexia estaba extremadamente orgullosa de su marido en ese momento. *¡Se le puede enseñar!*

Él inspiró profundamente.

—¿Cómo podemos hacerte esto más fácil? ¿Qué puedo hacer yo?

Biffy parecía bastante alarmado porque le hiciera tal pregunta un hombre semejante.

—Tal vez —aventuró—, ¿tal vez se me podría permitir establecer mi residencia permanente aquí, en la ciudad?

Lord Maccon frunció el ceño, mirando a lord Akeldama.

—¿Eso es sabio?

Lord Akeldama se levantó como si no le interesara lo más mínimo la conversación. Paseó hasta el otro lado de la habitación y bajó la vista a sus acuarelas destrozadas.

El profesor Lyall intervino para llenar la brecha.

—Al joven Biffy podría beneficiarle una distracción. ¿Algún tipo de empleo, quizás?

Biffy se sobresaltó. Él era un caballero, nacido y criado como tal; el trabajo honesto estaba un poco por debajo de su marco de referencia.

—Supongo que podría intentarlo. Nunca antes he tenido un empleo propiamente dicho. —Habló como si fuera una especie de cocina exótica que no hubiera probado aún.

Lord Maccon asintió.

—¿En el ORA? Después de todo, tienes contactos en la sociedad que podrían ser útiles. Estoy en posición de verte bien asentado en el gobierno.

Biffy parecía un tanto intrigado.

El profesor Lyall se acercó para detenerse ante Alexia, que estaba junto a su marido agachado. Su cara normalmente pasiva mostraba una genuina preocupación por el nuevo miembro de la manada, y estaba claro que había estado pensando en cómo se podría integrar mejor a Biffy.

—Podríamos establecer un rango adecuado de tareas. Una ocupación regular podría ayudarte a aclimatarte a tu nueva posición.

Lady Maccon miró, realmente miró, al segundo de su marido por primera vez desde que se conocían. La forma en que se alzaba, con los hombros no demasiado rectos, la mirada no demasiado directa. La forma en que vestía, casi elegante pero con una falta de previsión estudiada, el nudo simple de su corbata, el corte discreto de su chaleco. Había suficiente imperfección en su apariencia para hacerle olvidable. El profesor Lyall era el tipo de hombre que podía estar de pie en el centro de un grupo y nadie recordaría que estaba allí, excepto que el grupo permanecería unido a causa de él.

Y entonces, allí mismo, sujetando la mano a un dandi semidesnudo, Alexia descubrió la pieza del *puzzle* que había estado buscando.



El agente Condención de Ivy

—¡Fue usted!

Le había costado mucho más de dos horas configurar la bodega de la nueva casa para contener a Biffy por el resto de la noche sin dañar el vino, la bodega o, lo más importante, a Biffy. Tendrían que concebir una solución mejor a largo plazo si iba a instalarse permanente en el lugar. Dejaron a lord Maccon instruyéndolo a través del cambio, con los brazos envueltos alrededor de él y la voz ronca manteniéndolo en calma.

Alexia había acorralado a Lyall y prácticamente lo arrastró al interior de la salita trasera, dando a Floote instrucciones muy estrictas de que bajo ninguna circunstancia fueran molestados por nadie. Ahora estaba ocupada agitando violentamente la sombrilla en su dirección.

—¡Usted es el agente Condención! ¡Menuda boba soy por no haberlo visto antes! Usted lo amañó todo en aquel entonces. Todo el atentado de los Kingair. Y ese era el punto por supuesto, que debía de ser solo un *atentado*. Nunca hubo intención de tener éxito. Nunca se pretendió que la reina muriera. Se trataba de convencer a la manada Kingair para volverse contra su Alfa, para darle un motivo para partir. Necesitaba que Conall viniera a Londres para que así pudiera desafiar a lord Woolsey. El Alfa que se había vuelto loco. —La sombrilla inscribió serpenteos en el aire en su entusiasmo.

El profesor Lyall se alejó, caminando hasta el otro lado de la habitación, sus suaves botas marrones no hicieron ruido sobre la alfombra. Su cabeza color arena estaba ligeramente inclinada. Habló a la pared.

—Usted no tiene ni idea de la bendición que es el tener un Alfa competente.

—Y usted es un Beta. Haría lo que fuera para mantener a la manada unida. Incluso organizar el robo del líder de otra manada. ¿Sabe mi marido lo que hizo?

Lyall se puso rígido.

Alexia respondió a su propia pregunta:

—No, por supuesto que no lo sabe. Él necesita confiar en usted. Necesita que sea su segundo fiable tanto como usted le necesita a él de líder. Decírselo frustraría la propia acción que tomó; perturbaría la cohesión de su manada.

El profesor Lyall se giró para mirarla de frente. Sus ojos color avellana estaban cansados, a pesar de que se ubicaran en ese rostro eternamente joven. No había ninguna súplica en ellos.

—¿Va a decírselo?

—¿Que usted es un agente doble? ¿Que destruyó su relación con su antigua manada, con su mejor amigo, con su patria, para robarlo para Woolsey? No lo sé. —Alexia se puso una mano en el estómago, de pronto exhausta por los eventos de la última semana—. Eso le destruiría, creo. Una traición de su Beta, su eje central. Por segunda vez.

Ella hizo una pausa, mirándolo de lleno a la cara.

—¿Pero ocultar esta información a Conall y participar en su engaño? Usted debe saber que esto me pone en una posición insostenible como su esposa.

El profesor Lyall evitó su mirada directa, avergonzándose ligeramente.

—No tuve otra opción. Debe entenderlo. Lord Maccon era el único hombre lobo en Britania capaz de hacerse cargo de lord Woolsey y ganar. Cuando los Alfas se vuelven malos, mi señora, es repugnante. Toda esa atención concentrada en la cohesión de la manada y todo esa energía protectora se convierte en corrupción, nadie está a salvo. Como Beta, podía escudar a los otros pero solo por un tiempo. Al final, sabía que su psicosis se filtraría, abarcándolos también a ellos. Tal cosa puede llevar a la manada entera a la locura. No hablamos de ello. Los aulladores no cantan sobre ello. Pero ocurre. No estoy tratando de excusarme, sino de que entienda, de explicarlo sencillamente.

Alexia estaba todavía sin palabras por el horror de tener tal conocimiento cuando su marido no lo tenía.

—¿Quién más lo sabe? ¿Quién más lo sabía?

Sonó un golpe e inmediatamente después la puerta se abrió de golpe.

—Oh, por el amor de Dios, ¿ya nadie espera a que se le invite a entrar? —exclamó Alexia con irritación, girando para enfrentarse al intruso, con la sombrilla decididamente en guardia—. ¡Dije que *nadie* debía molestarnos!

Era el mayor Channing Channing, de los Channing de Chesterfield.

—¿Y qué está haciendo usted aquí? —El tono de *lady* Maccon estaba lejos de ser de bienvenida, pero su sombrilla se relajó a una posición más segura.

—¡Biffy ha desaparecido!

—Sí, sí, llega tarde. Apareció en la puerta de al lado, se enganchó en una refriega con lord Akeldama y ahora Conall lo tiene abajo en la bodega.

El Gamma hizo una pausa.

—¿Tiene a un hombre lobo enloquecido en su bodega?

—¿Puede pensar en un lugar mejor para guardarlo?

—¿Qué pasa con el vino?

Lady Maccon perdió bruscamente el interés en tratar con el Gamma de su marido. Se volvió hacia el profesor Lyall, quien estaba observando, intimidado.

—¿Lo sabe él?

—¿Yo? ¿Saber qué? —Los hermosos ojos azul hielo de Channing eran la imagen de la inocencia. Pero sus párpados se abrieron y cerraron cuando asimiló la actitud belicosa de Alexia y la conducta intimidada del profesor Lyall, lo último tan fuera de su carácter como habitual era lo primero. Todo el mundo estaba acostumbrado al profesor Lyall merodeando en un segundo plano, pero lo hacía con un aire de tranquila confianza, no de vergüenza.

El mayor miró una y otra vez entre ellos dos, pero en vez de dejarles con su conversación privada, se giró, cerró de un portazo y encajó un asiento bajo el picaporte.

—Lyall, el disruptor, si le place.

El profesor Lyall accedió al interior de su chaleco y sacó un disruptor de resonancias harmónicas de auditorio. Arrojó el pequeño dispositivo de cristal a Channing, quien lo puso encima de la silla frente a la puerta y rápidamente encendió los dos diapasones, activando el zumbido discordante.

Solo entonces se aproximó a *lady Maccon*.

—¿Qué sé yo? —lo preguntó como si pudiera predecir su respuesta.

Alexia miró a Lyall.

Channing ladeó la cabeza.

—¿Esto es acerca del pasado? Le dije que nada bueno podría venir de su intromisión.

Lyall levantó la cabeza, olfateando el aire. Luego se volvió para mirar a Channing.

Por primera vez, Alexia se dio cuenta de que los dos hombres eran probablemente viejos amigos. Alguna vez enemigos, por supuesto, pero solo a la manera de los que han pasado mucho tiempo en mutua compañía, posiblemente siglos. Estos dos se habían conocido por mucho más tiempo del que ninguno conocía a lord Maccon.

—¿Usted lo sabe? —le dijo Lyall al Gamma.

Channing asintió, toda su belleza patricia y su superioridad aristocrática en comparación a la estudiada pose inofensiva de la clase media del profesor Lyall.

El Beta se miró las manos.

—¿Lo supo todo el tiempo?

Channing suspiró, su fino rostro impregnado con un breve paroxismo de agonía. Tan breve que Alexia pensó que se lo había imaginado.

—¿Por qué tipo de Gamma me toma?

Lyall se echó a reír, un jadeo de dolor.

—Por uno mayormente ausente. —No había amargura en la declaración,

simplemente la constatación de un hecho. Channing estaba a menudo fuera luchando en las pequeñas guerras de la reina Victoria—. No creí que usted se diera cuenta.

—¿Darme cuenta de qué exactamente? ¿De lo que estaba ocurriendo? ¿O de que usted estaba tomando los embates de ello para que así él permaneciera apartado del resto de nosotros? ¿Quién cree que evitó que los otros descubrieran lo que estaba pasando en realidad? No les apruebo ni a usted ni a Sandy, sabe que no lo hago, pero eso no significa que aprobara lo que el Alfa les estaba haciendo.

La rectitud previa autoimpuesta de Alexia se desintegró bajo la implicación de los comentarios de Channing. Había más en las manipulaciones de Lyall de lo que ella se había dado cuenta.

—¿Sandy? ¿Quién es Sandy?

El profesor Lyall torció los labios en una pequeña sonrisa. Luego extendió la mano al interior de su chaleco —siempre parecía tener cualquier cosa que necesitaba en ese chaleco suyo— y extrajo un pequeño diario de piel azul marino, con una cubierta muy sencilla fechada de 1848 a 1850 en la esquina superior izquierda. Se veía dolorosamente familiar.

Caminó suavemente a través de la habitación y se lo entregó a Alexia.

—Tengo también el resto, desde 1845 en adelante. Me los dejó a propósito. No los estaba manteniendo alejados intencionadamente de usted.

Alexia no podía pensar absolutamente en nada que decir. El silencio se prolongó hasta que finalmente preguntó:

—¿Aquellos después de que él abandonara a mi madre?

—Y desde cuando usted nació. —El rostro del Beta era un estudio de impasibilidad—. Pero este era el último de él. Me gusta llevarlo conmigo. Un recordatorio. —Un amago de sonrisa cruzó ese rostro inexpresivo, el tipo de sonrisa que uno ve en los funerales—. No tuvo oportunidad de terminarlo.

Alexia abrió la tapa del diario, echando un vistazo al texto garabateado en el interior. El pequeño libro estaba apenas medio lleno. Las líneas saltaron hacia ella, detalles de un affaire amoroso que había alterado a todos los involucrados. Solo mientras leía, el alcance completo de las ramificaciones se esclareció. Fue más bien como ser arrollado lateralmente por un jamón de Navidad.

Invierno de 1848... por un rato él caminó cojeando, pero no me dijo el porqué, decía una entrada. Leyó otra, de la siguiente primavera:

Hay rumores de un viaje de teatro por la mañana. Él no tendrá permitido asistir, de eso estoy convencido. Sin embargo, ambos fingimos que me acompañaría y que nos reiríamos juntos ante los disparates de la sociedad.

Por todo el apretado control de la caligrafía, Alexia podía leer la tensión y el temor tras las palabras de su padre. A medida que las entradas progresaban, algunas de sus frases le retorcían el estómago por su brutal honestidad.

Los moretones están ahora sobre su rostro y son tan profundos que a veces me pregunto si sanarán alguna vez, a pesar de todas sus habilidades sobrenaturales.

Ella miró a Lyall, tratando de apreciar todas las implicaciones. Intentando ver los cardenales desaparecidos casi veinticinco años atrás. Por la calma en su rostro supuso que podrían estar allí, bien escondidos, pero allí.

—Lea la última entrada —sugirió él amablemente—. Adelante.

23 de junio, 1850

Es noche de luna llena. Él no va a venir. Esta noche todas sus heridas serán autoinfligidas. Hubo un tiempo en el que pasaba tales noches conmigo. Ahora no existe otra garantía para ninguno de ellos salvo en su presencia. Está sosteniendo todo su mundo unido meramente por aguante. Me ha pedido esperar. Sin embargo yo no tengo la paciencia de un inmortal, y haré cualquier cosa para detener su sufrimiento. Cualquier cosa. Al final eso lleva a una cosa. Yo cazo. Es en lo que soy mejor. Soy mejor en la caza de lo que lo soy en el amor.

Alexia cerró el libro. Su rostro estaba húmedo.

—Es usted de quien está escribiendo. El que fue objeto de malos tratos.

El profesor Lyall no dijo nada. No necesitaba responder. Alexia no estaba haciendo una pregunta.

Ella miró más allá de él, encontrando el brocado de la cercana cortina bastante fascinante.

—El anterior Alfa estaba realmente loco.

Channing se acercó al profesor Lyall y puso una mano sobre su brazo. No más simpatía que eso. Pareció suficiente.

—Randolph ni siquiera le contó a Sandy lo peor.

El profesor Lyall dijo en voz baja:

—Él era demasiado viejo. Las cosas se nublan con los Alfas cuando envejecen.

—Sí, pero él...

Lyall levantó la mirada.

—Innecesario, Channing. *Lady Maccon* sigue siendo una dama. Recuerda tus modales.

Alexia giró el pequeño y delgado volumen por encima de su mano... el final de la vida de su padre.

—¿Qué le sucedió realmente al final?

—Fue tras nuestro Alfa. —El profesor Lyall se quitó los anteojos como si fuera a limpiarlos, pero entonces pareció olvidar que lo había hecho. Las lentes colgaban de sus dedos, brillando a la luz de la lámpara de gas.

Channing pareció sentir que era necesaria una explicación más extensa.

—Era bueno, su padre, muy bueno. Había sido entrenado por los Templarios para un propósito y solo para un propósito... dar caza y matar a criaturas sobrenaturales. Pero ni siquiera él podía enfrentarse a un Alfa. Incluso un bastardo loco y cruel como lord Woolsey era todavía un Alfa con una manada a su espalda.

El profesor Lyall puso sus anteojos en una mesita auxiliar y se pasó una mano por la frente.

—Le dije que no lo hiciera, por supuesto. Semejante desperdicio. Pero siempre fue muy selectivo al escucharme. Sandy era demasiado Alfa él mismo.

Alexia pensó por primera vez que el profesor Lyall y lord Akeldama compartían algunas peculiaridades. Los dos eran buenos ocultando sus emociones. Hasta cierto punto, esto era de esperar en los vampiros, pero en los licántropos... La reserva de Lyall era prácticamente impecable. Luego se preguntó si su muy calmada quietud no sería como la de un niño metiéndose en agua caliente, temeroso de que cada pequeño movimiento solo haría las cosas más calientes y dolorosas.

El profesor Lyall dijo:

—La muerte de su padre me enseñó una cosa. Que era necesario hacer algo con nuestro Alfa. Que si tenía que hundir a otra manada para hacerlo, que así fuera. En aquel tiempo solo había dos lobos en Inglaterra capaces de matar a lord Woolsey. El deán y...

Alexia completó el resto de la frase.

—Conall Maccon, lord Kingair. Así que no fue simplemente un cambio de liderazgo lo que perseguía, era la autoconservación.

Una de las comisuras de la boca de Lyall se arqueó hacia lo alto.

—Era venganza. Nunca olvide, *milady*, que todavía soy un hombre lobo. Me llevó casi cuatro años planearlo. Admitiré que es del estilo vampiro. Pero funcionó.

—Usted amaba a mi padre, ¿verdad, profesor?

—Él no era un hombre muy bueno.

Una pausa. Alexia pasó el pulgar por el pequeño diario. Estaba raído en los bordes por incontables lecturas y relecturas.

El profesor Lyall dejó escapar un pequeño suspiro.

—¿Sabe lo viejo que soy, *milady*?

Alexia negó con la cabeza.

—Lo suficientemente viejo para saber qué es lo mejor. Las cosas nunca son buenas cuando los inmortales se enamoran. Los mortales terminan muertos, de un modo u otro, y nos quedamos solos otra vez. ¿Por qué piensa que la manada es tan importante? O la colmena, para el caso. No es un simple vehículo para la seguridad sino un vehículo para la cordura, para mantener a raya la soledad. Nuestra desconfianza hacia los solitarios y errantes no es solo costumbre, está basada en este hecho.

La mente de Alexia zumbó ante esas nuevas revelaciones, pero finalmente la confusión se asentó sobre una cosa:

—Oh, dios mío, Floote. Floote lo sabía.

—Algo, sí. Él *era* el ayuda de cámara de Sandy por aquel entonces.

—¿Es usted quién lo está manteniendo callado?

El profesor Lyall negó con la cabeza.

—Su mayordomo nunca ha recibido órdenes de mí.

Alexia miró al pequeño diario de nuevo, acarició la cubierta y luego se lo ofreció

de vuelta a Lyall.

—¿Tal vez me dejará leerlo en su totalidad alguna vez?

Los ojos del Beta se arrugaron para arriba, haciendo una mueca como si pudiera llorar. Luego tragó saliva, asintió con la cabeza y se puso el libro dentro del bolsillo del chaleco.

Alexia respiró hondo.

—Así que de vuelta a la crisis que tenemos entre manos. Supongo que ninguno de ustedes está actualmente planeando matar a la reina Victoria, ni siquiera en broma.

Dos sacudidas de cabeza casi simultáneas negaron esa pregunta.

—¿Me están diciendo que he estado sobre una pista incorrecta todo este tiempo?

Los dos licántropos se miraron entre sí, ninguno de ellos dispuesto a arriesgarse a su ira.

Alexia suspiró y extrajo de su ridículo el fajo de papeles que *madame* Lefoux le había dado.

—¿Así que esto es completamente inútil? No hay conexión entre el último atentado y este. Fue pura casualidad que al envenenador que iba a utilizar, profesor, se le ocurriera morir al servicio de la OPL. Y que posiblemente luego ella se convirtiera en un fantasma que me entregó una advertencia.

—Parece como si así debiera ser, *milady*.

—No me gustan las coincidencias.

—Ya que lo menciona, *milady*, eso no puedo evitarlo.

Alexia suspiró y se levantó, utilizando su sombrilla a modo de bastón.

—De vuelta al principio, supongo. No pasa nada. Tendré que devolver estos papeles a *madame* Lefoux. —La niña en su interior pateó vigorosamente ante la idea misma—. Tal vez mañana por la noche. La cama primero.

—Una idea muy sensata, *milady*.

—Nada debido a usted, profesor, muchas gracias. Todavía estoy molesta. Entiendo por qué lo hizo, pero *estoy* molesta. —Alexia se encaminó cuidadosamente hacia la puerta, preparada para subir las escaleras y cruzar el puente del balcón hacia el interior de su oculta recámara.

Ninguno de los licántropos trató de ayudarla. Claramente no estaba de humor para ser mimada. Lyall sí que tocó su brazo mientras pasaba. La acción lo volvió mortal por un momento. Alexia nunca había tenido una oportunidad de verlo mortal antes. Tenía un aspecto muy parecido a cuando era inmortal, tal vez habían más líneas alrededor de su boca y en las esquinas de sus ojos, pero seguía siendo un hombre pálido y vulpino con un cabello de color arena completamente común y corriente.

—¿Se lo va a decir a Conall?

Alexia se dio la vuelta lentamente y dirigió una mirada decidida en su dirección. Le dijo, en términos inequívocos, exactamente cómo se sentía acerca de este estado de cosas.

—No, no, no lo voy a hacer. Maldito sea.

Y entonces, con tanta dignidad como le fue posible dada su condición, caminó por la habitación como algún galeón desequilibrado a toda vela.

Solo para tropezarse con Felicity en el vestíbulo. Fue como rodar a toda velocidad contra una columna de melaza, la conversación probablemente sería pegajosa y el atractivo individual solo para bichos. Alexia nunca estaba preparada para encontrarse con su hermana, pero en una noche como esta cuando la jovencuela debería estar profundamente dormida, era realmente demasiado.

Felicity por su parte tenía los ojos soñolientos y vestía nada más que un camisón muy ornamentado, cuyo exceso de tela aferraba contra su pecho con un temblor fingido en las manos. Su cabello era una maraña de rizos dorados que caían en cascada sobre un hombro, un ridículo gorro de cama rosa posado precariamente sobre su cabeza. El camisón también era de color rosa, un fular con flores magentas estampadas, repleto de fruncidos, volantes, una gran cantidad de adornos de encaje y una boa de plumas particularmente larga alrededor del cuello. Alexia pensó que Felicity parecía un gran árbol de navidad rosa.

—Hermana —dijo el árbol—, hay un alboroto impresionante proveniente de la bodega.

—Oh, vuelve a la cama, Felicity. No es más que un hombre lobo. En serio. Uno pensaría que la gente jamás tuvo monstruos en sus bodegas.

Felicity parpadeó.

Channing apareció detrás de Alexia.

—*Lady Maccon*, ¿podría tener unas palabras en privado antes de que se retire a descansar?

Los ojos de Felicity se abrieron como platos y se le cortó la respiración.

Alexia se dio la vuelta.

—Sí, bueno, si insiste, mayor Channing.

Un codo afilado encontró su abultado vientre.

—Preséntanos —susurró Felicity. Su hermana estaba mirando al Gamma con la misma expresión que aparecía en los ojos de Ivy Tunstell cuando estaba frente a un sombrero particularmente espantoso, es decir, ávidos y carentes de cualquier rastro de buen juicio.

A Alexia la pilló completamente por sorpresa.

—¡Pero si vas en camisón! —Felicity simplemente le dirigió una sacudida de cabeza con ojos suplicantes—. Oh, muy bien, Felicity. Este es el mayor Channing Channing, de los Channing de Chesterfield. Es un hombre lobo y el Gamma de mi marido. Mayor Channing, por favor, permítame presentarle a mi hermana, Felicity Loontwill. Es humana, si puede creer tal cosa después de diez minutos de conversación con ella.

Felicity se rio tontamente, de un modo que probablemente pensó que era melodioso.

—Oh, Alexia, qué bromista eres. —Le ofreció su mano al guapo hombre situado

frente a ella—. Me disculpo por mi atuendo informal, mayor.

El mayor Channing la estrechó con elegancia entre las suyas, haciendo una reverencia con evidente interés e incluso atreviéndose a rozar con los labios su muñeca.

—Se ve usted hermosa, señorita Loontwill. Hermosa.

Felicity se sonrojó y retiró la mano más lentamente de lo que era correcto.

—Nunca hubiera sospechado que fuera usted un hombre lobo, mayor.

—Ah, señorita Loontwill, fue disfrutar de la vida eterna como un valiente soldado lo que me llamó.

Los párpados de Felicity revolotearon.

—Oh, un militar de los pies a la cabeza, ¿verdad, señor? Qué romántico.

—Hasta la médula, señorita Loontwill.

Alexia sintió que estaba a punto de vomitar, y no tenía nada que ver con su embarazo.

—En serio, Felicity, estamos en mitad de la noche. ¿No tienes una de tus reuniones mañana?

—Oh, sí, Alexia, pero jamás me mostraría descortés en tan buena compañía.

El mayor Channing prácticamente entrechocó sus talones.

—Señorita Loontwill, no puedo negarle su descanso embellecedor, por muy innecesario que pueda sentirlo. Una belleza como la suya, tan cercana a la perfección, no precisa ninguna ayuda extra.

Alexia inclinó la cabeza, tratando de determinar si había un insulto enterrado en toda esa florida charla.

Felicity se rio tontamente otra vez.

—Oh, en serio mayor Channing, si apenas nos conocemos.

—Tu reunión, Felicity. A descansar. —Alexia dio un golpecito con su sombrilla para enfatizar.

—Oh, ah, sí, supongo que debería.

Lady Maccon estaba cansada y de mal humor. Decidió que estaba en su derecho, en tales circunstancias, de ser difícil.

—Mi hermana es un miembro activo de la Sociedad Nacional para el Sufragio de las Mujeres —explicó dulcemente al mayor Channing.

Al Gamma esta información le tomó por sorpresa. Sin duda en todos sus largos años no se había encontrado nunca una mujer de la índole de Felicity —y su índole era muy poco incierta después de solo unos pocos segundos de relación— que estuviera involucrada en tal cosa como la política.

—¿De verdad, señorita Loontwill? Debe contarme más acerca de este pequeño club suyo. Apenas puedo creer que una mujer de su elegancia necesite coquetear con tales nimiedades. Encuéntrese un caballero agradable para casarse y que él haga cosas tan insignificantes como votar por usted.

De repente, Alexia sintió que podría querer unirse al movimiento ella misma.

Imaginar a un hombre como el mayor Channing pensando que tenía la menor idea de lo que una mujer podría desear. *Cuán condescendiente.*

Las pestañas de Felicity revolotearon como si estuvieran batallando con un viento muy feroz.

—Nadie me lo ha pedido todavía.

Lady Maccon redirigió su desagrado.

—Felicity, cama, ahora. No me importan ni un ápice tus más finos sentimientos, pero yo necesito mi reposo. Channing, ayúdeme a subir las escaleras y así podremos tener nuestra pequeña confidencia.

Felicity se aprestó con renuencia a cumplir el mandato de su hermana.

El mayor Channing, todavía con más renuencia, tomó el brazo de Alexia.

—Así que, *milady*, yo quería...

—No, mayor, espere hasta que ella esté bien lejos —le advirtió *lady Maccon*.

Esperaron, subiendo lentamente hacia la siguiente planta.

Al final Alexia estimó que era seguro, pero aún así habló en voz muy baja.

—¿Sí?

—Quería hablar con usted acerca de ese asunto con nuestro Beta. Randolph es diferente del resto de nosotros los lobos, ¿se da cuenta? Su padre era el amor de su vida, y nosotros los inmortales no decimos tales cosas a la ligera. Oh, quiero que sepa que hubo otros antes de Sandy, la mayoría mujeres. —Channing parecía ser uno de los pocos inmortales que Alexia había conocido que estaba preocupado por ese tipo de cosas—. Pero Sandy fue el último. Me preocupa. Eso fue hace un cuarto de siglo.

Lady Maccon frunció el ceño.

—Tengo otras preocupaciones apremiantes en este momento, mayor, pero le daré al asunto la debida atención tan pronto como sea posible.

Channing entró en pánico.

—Oh, bueno, no le estoy pidiendo que le busque una pareja, *milady*. Estoy simplemente suplicando indulgencia. No podría confiarle tales temores a lord Maccon, y usted es también nuestra Alfa.

Alexia se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Podríamos quizás hablar de esto mañana por la tarde? Realmente estoy bastante cansada.

—No, *milady*. ¿Lo ha olvidado? Mañana es luna llena.

—Oh, maldita sea, lo es. Qué lío. Más tarde, entonces. Le prometo no emprender ninguna acción precipitada con respecto al buen profesor sin la debida consideración a las consecuencias.

Channing claramente sabía cuándo retirarse de una batalla.

—Muchísimas gracias, *milady*. En cuanto a su hermana, ella es un completo prodigio ¿verdad? La ha estado escondiendo de mí.

Lady Maccon no se iba a dejar provocar.

—En serio, Channing, ella tiene prácticamente... —hizo una pausa para hacer

algunos cálculos—... una veinteava parte de su edad. O peor. ¿No querría usted cierta madurez en su vida?

—¡Buen Dios, no!

—Bien, ¿y qué tal algo de decencia humana?

—Ahora está usted siendo simplemente insultante.

Alexia resopló con diversión.

Channing levantó las cejas rubias, un diablo bien parecido es lo que era.

—Ah, pero esto es lo que yo disfruto tanto de la inmortalidad. Las décadas pueden pasar para mí, pero las damas, bien, ellas continuarán apareciendo jóvenes y hermosas ahora, ¿verdad?

—Channing, alguien debería de meterlo entre rejas.

—Bueno, *lady* Maccon, eso acontecerá mañana por la noche, ¿recuerda?

Alexia no se molestó en advertirle que se mantuviera apartado de su hermana. Un hombre como Channing solo lo vería como un desafío. Mejor pretender que no le importaba. Felicity estaba por su cuenta esta vez. *Lady* Maccon se encontraba exhausta.

Tan exhausta, de hecho, que no se despertó cuando su marido se metió más tarde a su lado en la cama. Su grande y fuerte marido, que había pasado la noche sosteniendo a un chico temeroso del cambio. Que había instruido a ese chico a través de un dolor que Conall ya no podía recordar. Quien había obligado a Biffy a darse cuenta de que debía renunciar a su amor o perdería todas las opciones que le quedaban. Su grande y fuerte marido, que se aovilló pegado a su espalda y lloró, no porque Biffy sufriera sino porque él, Conall Maccon, había causado ese sufrimiento.

Alexia se despertó temprano a la mañana siguiente con una poco familiar sensación de paz. No era, por lo general, una persona reposada. Esto no le molestaba en demasía. Pero significaba que esa paz era, irónicamente, una sensación ligeramente incómoda. Lo que la condujo a despertarse por completo, brusca y repentinamente, una vez la hubo reconocido e identificado. Su marido había dormido presionado contra ella durante todo el día, y ella estaba tan cansada que incluso la inconveniencia de su preñez la había despertado solo unas pocas veces. Se deleitó en el placer de la amplia y reconfortante presencia de Conall. Su aroma era el del campo abierto, incluso aquí en la ciudad. Reflexionó extravagantemente que él era la encarnación de una colina cubierta de hierba. Su rostro estaba áspero a causa del crecimiento de todo un día. Era algo bueno que estuvieran ahora acampados en la casa de lord Akeldama. Si había un hogar donde se contratara los servicios de un barbero excelente, era este.

Alexia empujó a un lado la ropa de cama, lo mejor para examinar su territorio personal con mayor minuciosidad. Pasó las manos a lo largo de los robustos hombros y el pecho de su marido, deteniendo la punta de los dedos en la marca en la base de su garganta. Lo acarició como si estuviera en forma de lobo. Ella raramente llegaba a disfrutar de tal lujo, por lo general su toque preternatural lo volvía humano antes de

que siquiera llegara a un buen rasguño. A veces sin embargo, y nadie había sido nunca capaz de decirle por qué, podía ponerse los guantes y acariciar su abundante pelaje manchado, incluso tirar de sus orejas aterciopeladas sin que se produjera el cambio. *Otro más de los misterios de mi estado*, pensó ella. Había ocurrido una vez en Escocia, y luego unas pocas veces más durante los meses de invierno. Pero estos días sus habilidades preternaturales parecían estar amplificadas. Él se volvía humano simplemente por estar cerca de ella. *Me pregunto si tiene algo que ver con el embarazo. Debería hacer algunos experimentos y ver si puedo aislar las condiciones.* Antes de su matrimonio nunca había pasado mucho tiempo en compañía de los sobrenaturales, aparte de con lord Akeldama, y nunca tuvo realmente la oportunidad de estudiar sus propias habilidades.

Pero en el ínterin, continuaría acariciándolo de cualquier forma en que se le presentara. Resiguió de vuelta el camino por su pecho con las manos, entrelazando los dedos en el vello de allí, tirando ligeramente, y luego abajo a lo largo de sus costados.

Un estruendoso resoplido de diversión respondió a esta acción.

—Eso hace cosquillas. —Pero Conall no hizo ningún movimiento para evitar que continuara sus exploraciones. En vez de ello, su mano comenzó a frotar sobre la protuberante barriga.

El inconveniente prenatal pateó en respuesta, y Conall retrocedió ante la sensación.

—Pero qué cachorrito más activo es él, ¿verdad?

—Ella —le corrigió su mujer—. Como si alguno de mis hijos osara ser un chico.

Esta era una discusión que venía de largo.

—Chico —contestó Conall—. Cualquier niño tan difícil como este ha sido desde el principio, debe, por fuerza, ser varón.

Alexia resopló.

—Como si una hija *mía* fuera a ser tranquila y obediente.

Conall sonrió, cogiendo una de las manos de ella y atrayéndola para un beso, todo bigotes espinosos y labios suaves.

—Muy buen punto, esposa. Muy buen punto.

Alexia se acurrucó contra él.

—¿Lograste calmar a Biffy?

Conall se encogió de hombros, un sube y baja de músculos bajo la oreja de ella.

—Pasé lo que quedaba de noche con él. Creo que eso ayudó a mitigar el trauma. Es difícil de decir. En cualquier caso, a estas alturas debería de ser capaz de sentirle.

—¿Sentirle? ¿Qué quieres decir con sentirle?

—Es difícil expresarlo con claridad. ¿Sabes esa sensación que tienes cuando hay alguien en la habitación, incluso cuando no puedes verlo? Para nosotros los Alfas, los miembros de la manada son un poco como eso. Estemos en la misma sala o no, simplemente sabemos que la manada está allí. Biffy no es parte de eso todavía. Así

que no es parte de mi manada.

A Alexia le golpeó un momento de inspiración.

—Deberías de animarlos a él y a Lyall para que pasen más tiempo juntos.

—Ahora, Alexia... ¿tratas de hacer de casamentera?

—Tal vez.

—Pensaba que dijiste que Biffy no necesitaba enamorarse, que necesitaba encontrar su lugar.

—Quizás, en este asunto Biffy no es la mitad de la ecuación que necesita estar enamorado.

—Ah. ¿Cómo sabes que Randolph podría estar a favor de...? No importa, no quiero saberlo. Nunca funcionaría. No con esos dos.

Alexia se lo tomó como una leve afrenta. Biffy y Lyall eran buenos hombres, tan agradables y amables.

—Oh, yo no lo sé. Parecen eminentemente adecuados.

Lord Maccon miró al techo. Claramente estaba tratando de elaborar un modo delicado de expresarlo.

—Ambos son, uh, demasiado Betas, si entiendes lo que quiero decir.

Alexia no lo hizo.

—No veo como eso puede ser una objeción.

Lord Maccon sintió obviamente que no podía entrar más en la materia sin arruinar lo poco que quedaba de la delicadeza femenina de su esposa, así que se decantó por un medio de cambiar de asunto. Solo para recordar exactamente qué noche era.

—Oh, leñe. Es luna llena, ¿verdad?

—De hecho lo es. Buena cosa que estemos aquí juntos y calentitos, ¿verdad, querido?

Lord Maccon frunció los labios, tratando de decidir qué hacer. No había tenido la intención de dormir todo el día, sino que había querido estar de regreso en las mazmorras antes de la salida de la luna.

—Dejé órdenes a Lyall y a Channing para trasladar a Biffy de regreso a Woolsey antes del atardecer, pero en realidad debería haber ido yo mismo.

—Demasiado tarde ahora... la luna está alta.

Él gruñó, molesto consigo mismo.

—¿Te importaría muchísimo hacer el trayecto conmigo? La bodega que hay aquí podría contener a un nuevo cachorro, pero no me contendrá a mí. Y debería estar con él hoy de entre todas las noches. Incluso a mí me golpea la luna, mi presencia le reconfortaría. Además, no puedo imaginar que quieras estar pegada a mí toda la noche.

Alexia parpadeó coqueteando con él.

—Sabes, bajo más tiernas circunstancias, no me importaría pasar toda la noche ocupada de esta guisa, pero realmente debo ponerme con la investigación. Tengo que devolver algunos papeles a *madame* Lefoux y volver a concertar un interrogatorio a

los fantasmas. Sí que desearía que este embarazo no me hiciera tan distraída. Continué perdiéndome cosas, y no debería haber permitido que la historia me desviara de rumbo tan fácilmente.

Lord Maccon ni se molestó en intentar discutir. Dado su tobillo y su embarazo, su esposa no estaba en condiciones de hacer nada como continuar una investigación activa. Era luna llena. ¿Qué podía hacer para verla a salvo excepto hacer que la siguieran? Lo que, naturalmente, había estado haciendo durante las últimas cinco semanas. Por un momento, sí que consideró inventar alguna clase de excusa para mantenerla en Woolsey incluso mientras él, por sí mismo, estaba incapacitado.

En cambio, gruñó.

—Muy bien. Pero, por favor, ¿tomarás algunas medidas de precaución?

Lady Maccon sonrió.

—Oh, mi amor, pero eso es aburridísimo.

Lord Maccon gruñó de nuevo.

Alexia le besó la punta de la nariz.

—Seré buena, lo prometo.

—¿Por qué será que siempre estoy de lo más aterrorizado cuando dices eso?



Por encima del fantasma, bajo la luna llena, los vivos celebraban el estar vivos.

Los mortales trotaban por doquier en zapatos y corsés hechos para limitar el movimiento, presos de la moda. Bebían (encurtiéndose cual pepinillos) y se hinchaban a cigarros (ahumándose cual arenques), comportándose como la comida que eran. Estúpido, pensaba el fantasma, que ellos no pudieran ver tan simples comparaciones.

Los inmortales rendían homenaje a la luna llena con sangre, algunos en vasos de cristal, otros desgarrando carne y aullando. Aparte de los antiguos griegos y de sus ofrendas de antaño, no había sangre para los fantasmas. Ya no más.

El fantasma podía escucharse a sí mismo llorando. No la parte que todavía recordaba lo que significaba ser ella. Alguna otra parte, la que estaba desvaneciéndose en éter.

Deseó haber estudiado más la naturaleza de los sobrenaturales y menos la naturaleza del mundo tecnológico. Deseó que sus pasiones la hubieran llevado a un aprendizaje que le permitiera tolerar la sensación de desalmación con dignidad. Pero no había dignidad en la muerte.

Y ella estaba sola. Tal vez eso no era tan malo, bajo tan ignominiosas circunstancias.

Aún así, ¿dónde estaban los panfletos científicos que enseñaban a una mujer cómo escuchar su propia extinción?



En donde las pelijeras hacen furor

Lady Maccon acompañó a su marido a casa, al castillo Woolsey, y lo vio encerrado en las mazmorras bien fortificadas, donde no podía hacer daño. Compartía una celda con Biffy, donde desgarrarían las paredes de su impenetrable prisión... y el uno al otro. No se harían ningún daño permanente, pero aún así Alexia no podía mirar. Al igual que con la mayoría de cosas en la vida, *lady* Maccon prefería el exterior civilizado a las entrañas oscuras —con excepción de los productos del cerdo—, por supuesto.

—Es un mundo extraño este del que he llegado a formar parte, Rumpet.

El mayordomo de Woolsey la estaba ayudando a volver al carruaje para regresar a la ciudad. El coche oficial de Woolsey estaba equipado con insignias de la luna llena: cintas atadas a los pasamanos superiores, blasón recién pulido y un juego de bayos de paseo enganchados en la parte delantera. *Lady* Maccon acarició la nariz de uno de ellos. Le gustaban los bayos; eran caballos estables y sensatos con altas pretensiones y generalmente con el carácter de las estúpidas lagartijas.

—Y yo que solía pensar que los licántropos eran criaturas tan simples y básicas.

—En cierto sentido, señora, pero también son inmortales. Hacer frente a la eternidad requiere una cierta complejidad de espíritu. —El mayordomo la ayudó a subir al carruaje.

—Vaya, Rumpet, ¿ha estado ocultando el alma de un filósofo bajo ese eficaz exterior?

—¿Qué mayordomo no lo es, señora?

—Tiene razón. —*Lady* Maccon hizo señas al cochero para que condujera.

Londres bajo la luna llena era una ciudad completamente diferente de cualquier otro momento del mes. Durante esta noche, de manera predeterminada o por deseo, gobernaban los vampiros. Colmenas en toda Inglaterra celebraban fiestas, pero la más grande ocurría en el propio Londres. Los errantes estaban en libertad de vagar sin ser controlados y sin supervisión. No es que los licántropos mantuvieran necesariamente

la liberalidad del vampiro bajo control, solo que con la ausencia del hombre lobo garantizada, los vampiros tenían autonomía para ser un poco más voluptuosos de lo normal.

También era una excusa para que la gente diurna fuera a bailar toda la noche. O, en el caso de los conservadores que no querían tener nada que ver con los inmortales y los de su calaña, al dirigible toda la noche. La mayor parte de la flota Giffard estaba en el aire durante la luna llena, gestionando paseos turísticos de corta distancia por encima de la ciudad. Algunos eran alquilados para fiestas privadas; mientras que otros simplemente aprovechaban la luz de la luna y las festividades para presentar ofertas especiales a alto coste para que la gente elegante mostrara su atuendo flotante más reciente. Algunas aeronaves estaban equipadas con aparatos de fuegos artificiales, disparando coloridas explosiones de destellos rojos y amarillos, como cientos de estrellas fugaces en el cielo.

Siempre era una noche difícil para el ORA. Varios miembros del personal principal eran licántropos: tres de Woolsey, dos de los Témpanos de Su Majestad y un solitario nuevo. Un cierto número de guardianes también llevaban a cabo encargos. Todos brillaban por su ausencia. Para rematar todo esto, los agentes vampiros estaban en otra parte disfrutando de los festejos, y la luna llena dejaba a la Oficina sin suficiente personal y descontenta al respecto. Había unos cuantos fantasmas contratados que vigilaban muy de cerca lo que sucedía durante las extravagancias, pero no podían proporcionar exactamente la ejecución física si era necesario. Eso dejaba a los agentes mortales al frente durante la época lunar, encabezados por tipos como Haverbink: hombres capaces, duros, de clase obrera con gusto por el peligro y oído para los problemas. Por supuesto, los zánganos del potentado también estaban fuera de casa, pero no se podía confiar en que informarían de sus descubrimientos al ORA, incluso si los rumores fueran ciertos, incluso si lord Maccon dormía en el vestidor de lord Akeldama.

A *lady* Maccon le gustaba la luna llena. Había algo de incontenible celebración al respecto. Londres cobraba vida con misterios antiguos, oscuros y emocionantes. Es verdad que había colmillos y sangre, y cosas igualmente mordaces, pero la luna llena también traía consigo tartas de morcilla, lobos de caramelo y otras delicias. *Lady* Maccon se regía fácilmente por el estómago para dar su aprobación a cualquier evento. Era la mala calidad de los alimentos, no la compañía, lo que la llevaba a rechazar continuamente la invitación a la mayoría de los salones de celebraciones públicas. El resto de la sociedad elegante pensaba que era esnob, y lo aprobaba. No se daban cuenta de que se basaba únicamente en la pobreza de las provisiones.

Aparte de la comida y la agradable vista de la silueta de los dirigibles contra la luna, Alexia también disfrutaba del hecho de que una noche gobernada por vampiros significaba que todo el mundo llevaba sus mejores galas y mostraba unos modales excelentes. Si bien su preferencia era, francamente, pedestre, *lady* Maccon disfrutaba de ver lo que todos los pavos reales habían dispuesto para cubrirse. En las mejores

zonas de Londres uno podía encontrarse con casi cualquier cosa: lo último en vestidos de noche de París, atuendos flotantes al extremo de la practicidad de las Américas y los más engalanados y complejos lazos de corbata imaginables. Uno podía ser testigo de una verdadera cornucopia de placeres visuales simplemente conduciendo por las calles atestadas de gente.

Si Alexia no hubiera estado tan cautivada, con la cara pegada firmemente a la ventanilla del carruaje, habría pasado por alto al puercoespín. Pero lo estaba y por tanto lo vio.

Golpeó el techo del carruaje con la sombrilla, alto y fuerte.

—¡Alto!

El cochero detuvo los bayos, allí mismo, en medio de la concurrida calle... la aristocracia tenía privilegios, y el carruaje de Woolsey llevaba un escudo.

Lady Maccon levantó el tubo para hablar que había instalado recientemente y vociferó a través de él hacia la cabina.

El cochero recogió su receptor.

—¿Sí, señora?

—¡Sigue a ese puercoespín!

—Por supuesto, señora. —En los años al servicio de lord Maccon, el pobre hombre había recibido peticiones mucho más absurdas.

El carruaje se tambaleó hacia un lado, haciendo que Alexia dejara caer el extremo del tubo, que se balanceó desde la pesada cuerda metálica, golpeándola en el brazo. No hubo ninguna persecución a alta velocidad —por lo que Alexia estaba agradecida, ya que había tenido más que suficientes de esas para que le duraran toda la vida, ¡muchas gracias!— porque el puercoespín, que resultó llevar una correa como si fuera un perrito, se movía a un ritmo tranquilo a menudo interrumpido por transeúntes curiosos. Resultaba obvio que habían sacado a la criatura a dar un paseo con ese propósito, para atraer el interés y la atención en una noche prácticamente diseñada para tales exhibiciones de excentricidad y ostentación.

Finalmente, el tráfico permitió que el carruaje adelantara un poco al puercoespín y se detuvo. El cochero dio la vuelta y dejó a *lady Maccon* bajar a tiempo para que abordara al propietario.

—Ah, perdone, señora —dijo *lady Maccon* a la joven a cargo del puercoespín antes de darse cuenta de que ya se conocían—. ¡Vaya, señorita Dair!

—Dios mío, ¿*lady Maccon*? ¿Debería estar en público en su estado? Parece muy abrumada. —La zángano de vampiro parecía realmente sorprendida de verla.

—Pero hace una noche agradable para estar fuera, como obviamente habrá notado, señorita Dair.

—En efecto, la luna lleva puesto su pañuelo.

—Si no es mucho preguntar, ¿qué diantres está haciendo paseando por las calles de Londres con un puercoespín zombi?

—¿Por qué no debería disfrutar de la compañía de mi nueva mascota? —La

señorita Mabel Dair, una reconocida actriz, era exactamente el tipo de mujer excéntrica que decidiría mantener un puercoespín por mascota, pero *lady* Maccon no estaba convencida.

—¡Nueva mascota, en efecto! Toda una manada de esas criaturas repugnantes nos atacó a mi marido y a mí hace poco.

La actriz hizo una pausa, una mirada en actitud defensiva cubrió su bonita cara.

—*Lady* Maccon, ¿tal vez el interior de su carruaje podría ser mejor lugar para esta conversación?

Mabel Dair presumía de una figura elegante, aunque un poco redonda, con una disposición de curvas que consolidaban firmemente su atractivo entre una clase específica de caballeros elegantes. Y, si debían creerse los rumores, de una mujer muy elegante, la condesa Nadasdy. La señorita Dair empezaba a ser conocida y se había convertido en la actual favorita del West End por la vía del apoyo constante de la colmena de Westminster. Había tomado parte en nada menos que tres giras continentales y también había obtenido una considerable cantidad de popularidad en las colonias. Tenía abundantes rizos rubios arreglados en un moño alto a la última moda, y su rostro era agradablemente encantador. Emitía un aire totalmente injustificado de inocencia, ya que la señorita Dair era una mujer de carácter fuerte... una excelente jinete, diestra en las cartas, y una amiga personal de la condesa además de ser su zángano. También tenía muy buen gusto con los vestidos de noche. Una mujer que no debía tomarse a la ligera, con puercoespín o sin él.

Su mascota y ella subieron al carruaje de Woolsey, dejando a su escolta de guardia en la calle. *Lady* Maccon dirigió su atención de la actriz al puercoespín. Era muy parecido a los que habían atacado a su marido, lo cual quería decir que no estaba exactamente vivo.

—Un puercoespín no-muerto —insistió *lady* Maccon con convicción.

—Ah, sí, ya veo cómo puede hacer ese tipo de evaluación, pero no. Eso no es posible, ya que nunca estuvo vivo. —La actriz se acomodó en el asiento de enfrente, al lado de Alexia, alisando las faldas de seda de su vestido verde mientras lo hacía.

—No puede ser mecánico. Intenté una emisión de disrupción magnética en ellos y no resultó.

—Oh, ¿lo intentó? Bien, vale la pena saber que Albert ha sido probado en el terreno contra una de las mejores. Me gustaría ver el emisor que utilizó.

—Sí, apuesto a que sí. —Alexia no hizo ningún movimiento para mostrarle nada en absoluto sobre su sombrilla o armamento. Hizo un gesto hacia el puercoespín, que se había agazapado un poco a los pies de la actriz—. ¿Puedo?

Mabel Dair consideró la petición.

—Si tiene que hacerlo. —Entonces se inclinó, levantó al animalito y lo colocó en el banco entre ellas, para que *lady* Maccon pudiera tomarse su tiempo en examinarlo.

A tan corta distancia, resultó evidente bastante pronto que no había manera de que hubiera estado, o alguna vez estuviera, vivo. Era una construcción de algún tipo, el

funcionamiento interno estaba cubierto de piel, pelo y espinas que lo hacían *parecer* un puercoespín.

—Creía que los mecanimales estaban prohibidos.

—Esto no es un mecanimal.

—¿Se ha hecho sin piezas férricas? Excelente, en efecto. —Como era de esperar, *lady* Maccon estaba muy impresionada. Ella no era *madame* Lefoux, para ser capaz de entender totalmente el carácter de la construcción en el espacio de solo unos minutos de examen, pero estaba lo suficientemente bien versada en los estudios científicos para saber que sostenía en sus manos algo de tecnología muy avanzada.

—Pero ¿por qué usar semejante habilidad simplemente para crear una mascota?

Mabel Dair se encogió de hombros, un pequeño movimiento elegante y refinado para no interrumpir la caída de su vestido.

—El mandato de exterminio ha sido retirado. Su acuerdo de traslado y adopción fue toda una maniobra magistral en el gran juego. Mi señora estaba impresionada. No es que yo esté admitiendo nada, por supuesto, pero los primeros puercoespines eran muy experimentales. No fueron tan eficaces como esperábamos, por lo que me ha permitido hacer una mascota de uno de los pocos que nos quedan.

—Una tecnología ingeniosa. —*Lady* Maccon continuó el examen del animalito. Había pequeños clips detrás de cada una de sus orejas que, cuando se pulsaban, se abrían para revelar un poco del funcionamiento interno en el área del cerebro.

—Supuse que habría sido mucho más peligroso si hubiera sido un verdadero zombi africano. —Dio un golpecito en uno de los huesos falsos—. Extraordinario. ¿Puedo suponer que la colmena ha presentado todas las licencias apropiadas en la oficina de patentes? Debe ser una de las mascotas científicas de la condesa, ya que no he leído nada en la Royal Society sobre el tema. ¿Se ha diseñado específicamente para resistir una disrupción magnética? —En ese momento se dio cuenta de que el puercoespín tenía piezas móviles de cerámica y madera sujetas con cuerdas y tendones, engrasadas con algún tipo de líquido ceroso oscuro. Alexia había malinterpretado esto como sangre, pero una inspección más de cerca reveló que era exactamente del mismo tipo que la que se encontró en el autómata del Club Hypocras —. Oh, querida. ¿Consiguió algunos de los informes del Club Hypocras? Pensaba que el ORA los había bloqueado.

—Solo usted, *lady* Maccon, hallaría una conexión de este tipo. —La señorita Dair estaba empezando aparecer un poco nerviosa.

—¿Por qué está en mi carruaje, señorita Dair? —se le ocurrió preguntar a *lady* Maccon en ese momento.

La actriz recuperó su aplomo.

—Ah, sí, bueno, *lady* Maccon, se ha producido un incumplimiento en la etiqueta social, y fue solo cuando me abordó en la calle que me di cuenta de ello. Sé que la condesa querría que yo rectificara la situación. Debe creer que teníamos entendido que en las noches de luna llena usted estaba ocupada de otra forma o nunca nos

habríamos descuidado.

—¿De qué está hablando?

—De esto. —La señorita Dair entregó a Alexia una invitación decorada en relieve para una fiesta a la luna llena que tendría lugar más tarde esa noche.

Los Maccon y los Nadasdy siempre se invitaban los unos a los otros a sus respectivas celebraciones. Los vampiros de Westminster, con ataduras y límites de la colmena, nunca habían podido visitar el castillo de Woolsey, y la condesa, por supuesto, no podía dejar su casa. Pero lord y *lady* Maccon la habían visitado en varias ocasiones, quedándose siempre exactamente tanto tiempo como era cortés y no más. Las colmenas de vampiros no eran lugares en los que los licántropos se sintieran cómodos, sobre todo los licántropos Alfa, pero tenían que cumplirse las formalidades sociales de rigor.

Alexia tomó la invitación con reticencia.

—Bien, gracias, pero tengo una agenda muy ocupada, y habiendo avisado a última hora, por favor entienda que trataré de hacer acto de presencia, pero...

La señorita Dair continuó pronunciando las excusas por ella.

—En su condición actual, eso sería difícil. Lo entiendo perfectamente y la condesa también. Pero no quiero que piense que la menospreciábamos de algún modo. Como muestra de ello, he sido instruida por mi señora de informarla, si nos encontrábamos, de que estamos oficialmente encantados con su nuevo alojamiento y deseamos que se sepa categóricamente que no hay resentimientos. O —hizo una pausa delicadamente, su formación de actriz era cada vez más evidente— consecuencias.

¡Como si no fueran ellos los que habían estado tratando activamente de matarme! *Lady* Maccon, enfadada, dijo intencionadamente:

—Lo mismo digo. Quizás si la próxima vez su grupo me dijera desde el principio por qué intentan exterminarme, podría evitarse tanto caos innecesario. Por no mencionar la pérdida de los puercoespines.

—Sí, en efecto. ¿Qué les ocurrió?

—Hoyo de cal.

—Oh. ¡Ah! Muy bien, *lady* Maccon. Nunca habría pensado en eso.

—¿Todavía está armada esta criatura con las espinas de proyectil? Algún tipo de agente aturdidor, supongo.

—Sí, pero no se preocupe, está completamente domesticado. Y es para mi protección y no por un motivo oculto.

—Estoy muy contenta de oírlo. Bien, señorita Dair, puedo llevarla a su destino, ¿o prefiere caminar? Veo que podría desear mostrar su mascota a su favor. Su señora intenta sacar provecho de la nueva tecnología, ¿verdad?

—Ya conoce a los vampiros.

Normalmente la gente educada no mencionaría asuntos pecuniarios, pero la señorita Dair solo era una actriz, por lo que Alexia dijo:

—Uno pensaría que ser dueño de la mitad del mundo conocido sería suficiente para ellos.

—El control, *muhjah*, viene en muchas formas distintas —dijo Mabel Dair sonriendo.

—En efecto, en efecto. Bien... —*lady* Maccon cogió el tubo de hablar y se dirigió al cochero—. Deténgase aquí, por favor. Mi compañera desea bajar.

—Muy bien, *milady* —fue la respuesta metálica.

El carruaje se detuvo a un lado, permitiendo a la señorita Dair y a su puercoespín apearse y continuar su paseo.

—Quizás disfrutemos del placer de su compañía esta noche, *lady* Maccon.

—Quizás. Gracias por su chispeante conversación, señorita Dair. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se separaron, ahora muchos juguistas sentían curiosidad en cuanto a la relación entre la esposa de un hombre lobo y un zángano de vampiros. Corrían rumores sobre Biffy. ¿Estaría *lady* Maccon tratando de birlar otro jugador clave del bando de los vampiros? El nuevo chisme se había puesto en marcha. Y eso también, comprendió Alexia, podría haber sido parte del plan de la señorita Dair al visitarla.

Habló una vez más por el tubo.

—Chapeau de Poupe, por favor.

Todavía era temprano en lo que se refiere a las festividades de la noche. Ningún establecimiento de categoría en todo Londres se atrevería a estar cerrado durante una noche como esa. Así que a *lady* Maccon no le sorprendió encontrar la sombrerería de *madame* Lefoux no solo abierta, sino también ocupada por varias damas de la buena sociedad y sus respectivos acompañantes. Los sombreros, suspendidos en cuerdas largas que colgaban del techo, se balanceaban de un lado a otro, pero sin impartir su aura habitual de calma submarina. Había demasiado ruido y ajetreo —en todos los sentidos de la palabra— para eso. Alexia se sorprendió al descubrir que *madame* Lefoux no se encontraba en la estancia. Para todas sus actividades más atípicas, la inventora normalmente se encargaba de hacer acto de presencia en su tienda durante las noches agitadas. La mitad de la razón por la que las damas decidían frecuentar Chapeau de Poupe era por la remota posibilidad de que pudieran encontrarse con la escandalosa propietaria en toda su enchisterada gloria.

En su ausencia, *lady* Maccon caminó lentamente y se quedó ahí parada, confundida. ¿Cómo iba a dirigirse a la cámara de ingenios sin que alguien la viera? Respetaba el deseo de *madame* Lefoux de mantener la cámara, sus actividades y la entrada en secreto del público en general. Pero con lo que parecía ser al menos la mitad de dicho público en general arremolinado en la tienda, ¿cómo iba a devolver Alexia los documentos y consultar a la inventora sobre la naturaleza de los puercoespines sin ser observada? Alexia Maccon era muchas cosas, pero sigilosa no era una de ellas.

Se dirigió al mostrador, una bonita mesa alta pintada de blanco para realzar la

atmósfera moderna que era una característica del gusto refinado de *madame* Lefoux.

—¿Disculpe? —*Lady* Maccon habló con su mejor y más imperioso tono.

—La atenderé en seguida, señora —trinó la chica que estaba allí de pie. Ella era todo charla animada y falsa amabilidad, pero continuó mostrando la espalda. Estaba ocupada moviéndose entre pilas de sombrereras.

—No es mi intención interrumpir su trabajo, señorita, pero esto es un asunto urgente.

—Sí, señora, estoy segura de que lo es. Le pido disculpas por el retraso, pero como puede ver, estamos un poco faltos de personal esta noche. Si no le importa esperar solo un momento.

—Debo ver a *madame* Lefoux.

—Sí, sí, señora, lo sé. *Todo el mundo* desea la atención personal de la dueña, pero no está disponible esta noche en particular. ¿Quizás una de las otras señoras podría ayudar?

—No, de verdad, tiene que ser *madame* Lefoux. Tengo que devolverle unos documentos importantes.

—¿Devolver? Oh, ¿el sombrero no satisfizo las necesidades de la señora? Lo siento.

—No es sobre un sombrero. No tiene nada que ver con sombreros. —*Lady* Maccon se estaba impacientando.

—Sí, por supuesto, si la señora simplemente espera. Estaré a su servicio en un momento.

Alexia suspiró. Esto no la llevaba a ninguna parte. Se alejó del mostrador y dio una vuelta despacio por la sala, utilizando la sombrilla como una especie de bastón y exagerando su cojera de modo que la compasión condujera fuera de su camino a esas señoras que ya no reconocían su cara y su rango. Con esta maniobra consiguió más atención, en lugar de menos, y la dejó con una clara sensación de apatía.

Los sombreros de *madame* Lefoux eran de la última moda, algunos de ellos eran demasiado atrevidos para cualquiera, salvo para Ivy y las de su clase. Los escaparates también mostraban otros accesorios: cofias, gorros de dormir, horquillas para el cabello y cintas decoradas maravillosamente. Había ridículos de diferentes formas y tamaños, guantes y accesorios para los dirigibles, como protectores de terciopelo para las orejas, faldas con lazos, con pesos insertados en el dobladillo, y los anteojos más finos de cristal tintado. Había incluso una línea de anteojos de antifaz adornados con plumas y flores. Y, por último pero no menos importante, un estante para exponer las *pellijeras* de Ivy Tunstell, diseñadas para la señorita a la moda que deseaba mantener el pelo sin enredos y las orejas calientes mientras seguía luciendo unos rizos a la última. Habían perdido algo de aceptación recientemente, después de haber disfrutado de una breve oleada de popularidad durante los meses de invierno, pero todavía estaban expuestas en deferencia a la refinada sensibilidad de la señora Tunstell.

Alexia completó su recorrido por la tienda y tomó una decisión. Considerando que cualquier tipo de acción furtiva era imposible, debía optar por su única alternativa... armar un escándalo.

—Perdone, señorita.

La misma dependienta seguía revolviendo detrás del mostrador. En serio, ¿cuánto tiempo se tarda en encontrar una sombrerera?

—Sí, señora, estaré con usted en seguida.

Lady Maccon buscó en su interior su naturaleza más regia, difícil y aristocrática.

—¡No *seré ignorada*, jovencita!

Eso llamó la atención de la chica. De hecho, se giró para ver quién era esta mujer entrometida.

—¿Sabe quién soy?

La joven la miró fijamente.

—¿*Lady Maccon*? —se aventuró a adivinar.

—En efecto.

—Me habían advertido que estuviera pendiente de usted.

—¿Advertida? ¡Advertida! Lo estaba, ¿cierto? Bien, ahora estoy aquí y... y... —perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Era terriblemente difícil parecer enfadada cuando una no lo estaba—. Tengo que hablar de un asunto gravísimo con su patrona.

—Se lo he dicho, señora, y le pido disculpas, pero no está disponible esta noche, ni siquiera para usted.

—¡Inaceptable! —Alexia estaba bastante satisfecha tanto con la elección de palabra como con su ejecución. ¡Muy autoritaria, sin duda! *Vivir con licántropos transforma a una chica en esto. Y ahora ¿qué voy a hacer?*—. ¡Le haré saber que he sido estafada! Absolutamente estafada. No lo toleraré. Voy a llamar a la policía. Verá si no lo hago.

Para entonces, *lady Maccon* y la dependienta, ahora temblorosa, habían llamado la atención de todo el establecimiento, tanto clientes como empleados.

—Vine aquí buscando *pellijeras*. Oí que eran *la moda* para viajar en dirigibles, y deseo un conjunto que haga juego con mi pelo, y ¿qué me encuentro? Ni un solo par de la tonalidad apropiada. ¿Dónde las tienen?

—Bueno, como ve, señora, en este momento nos hemos quedado sin los colores más oscuros. Si la señora quiere hacer un pedido...

—No, ¡la señora *no* quiere! ¡La señora quiere un conjunto de *pellijeras* en este mismo momento! —A estas alturas Alexia consideró golpear el suelo con el pie, pero quizá era excesivamente dramático, incluso para este público.

En cambio, se acercó bamboleante hasta el expositor de orejeras cerca del escaparate. Se agarró un montón de rizados, ingeniosamente dispuestos sobre el hombro de su vestido de visita a cuadros azul y verde, y los agitó hacia el estante. Entonces se echó hacia atrás como si la repeliera físicamente la falta de correspondencia.

—¿Ve? —Se apartó y señaló con la punta de su sombrilla las *pellijeras*

conflictivas.

La dependienta lo vio. Así como, de hecho, lo hicieron todas las otras damas presentes. Lo que vieron fue que *lady* Maccon, a pocos días de su parto, había logrado salir de la cama, abandonando los brazos de su marido, con el fin de venir a esta tienda a comprar *pellijeras*. Debían, por fuerza, *de haberse puesto de nuevo de moda*. *Lady* Maccon, esposa del conde de Woolsey, era conocida por confraternizar con los líderes que marcaban las tendencias y la moda de la alta sociedad. Ella podría preferir un atuendo más práctico, sobre todo en su actual estado, pero si estaba comprando *pellijeras*, entonces lord Akeldama aprobaba el complemento. Si lord Akeldama lo aprobaba, entonces los vampiros lo aprobaban y, si los vampiros lo aprobaban, bueno, pues estaba claro: las *pellijeras* debían de ser *lo último*.

De repente todas las damas en esa tienda tenían que tener un conjunto de *Pellijeras para la Elevada Dama Viajera* de la señora Tunstell. Todas dejaron de admirar el sombrero que estuvieran alabando y rodearon el pequeño mostrador. Incluso aquellas que no tenían absolutamente ninguna intención de poner un pie a bordo de un dirigible, de repente sentían una pasión loca por poseer *pellijeras*. Porque lo que estaba de moda para flotar descendía hasta el suelo... testigo era la locura por los anteojos decorativos.

Lady Maccon fue rodeada por un grupo de señoras ataviadas con polisón y encorsetadas, todas agarrando las orejeras, chillándose unas a otras mientras trataban desesperadamente de apropiarse de los colores que hacían juego con sus peinados. Hubo incluso unos cuantos empujones y alguna falta de aliento. Era prácticamente una estampida.

Las dependientas obsequiosamente se sumaron al ambiente general, sacando libretas, tratando de convencer a las damas de que no comprasen de inmediato, sino que encargaran el color apropiado y quizás varios estilos, y también tirabuzones de diferentes tamaños.

En el caos resultante, *lady* Maccon salió de allí y avanzó dando tumbos, tan furtivamente como pudo dentro de su limitada capacidad, hasta el fondo de la tienda. Allí, en un rincón entre las sombras bajo un bonito expositor de guantes, estaba la manilla de la entrada de la cámara de ascensión. La activó y la puerta oculta se abrió silenciosamente. Alexia notó con alivio que la cámara ya estaba en el nivel superior, esperándola. Subió dentro, cerrando detrás de ella la puerta que daba a la tienda.

Después de muchos meses de amistad, por no mencionar el mantenimiento de la sombrilla y las reparaciones del eterógrafo, Alexia estaba más que familiarizada con el funcionamiento de la cámara de ascensión de *madame* Lefoux. Lo que una vez había trastornado su estómago y la había asustado, ahora era el procedimiento estándar en sus rondas de visitas. Tiró de la palanca que hacía funcionar la máquina de torno y ni siquiera tropezó cuando el artefacto aterrizó con un chirrido sordo.

Lady Maccon se bamboleó por el pasillo y golpeó con fuerza en la puerta de la cámara de ingenios.

Silencio.

Imaginándose que *madame* Lefoux probablemente no podía oír su llamada, puesto que el interior de la cámara siempre era una cacofonía de ruidos mecánicos, abrió la puerta.

Necesitó un largo momento de mirar por encima todos los montones de maquinaria, pero finalmente se convenció de que era verdad que *madame* Lefoux no estaba en la residencia. Y tampoco estaba su nuevo artilugio. La dependienta no había mentido en interés de la etiqueta social. Definitivamente *madame* Lefoux no estaba disponible. Alexia frunció los labios. Genevieve había dicho algo sobre trasladarlo con el fin de dar los últimos retoques a la última invención. Alexia se debatió entre intentar recordar dónde y seguirla allí, o simplemente dejar los documentos. *Probablemente estarían lo bastante seguros*. Los colocó sobre una mesa metálica que había cerca y estaba a punto de marcharse cuando oyó algo.

Alexia no tenía la audición de un hombre lobo para poder notar algún ruido extraño entre el golpeteo, zumbido y siseante estrépito. Incluso sin la francesa en la residencia, algunas máquinas nunca cesaban su actividad. Pero definitivamente oyó otro sonido, uno penetrante subyacente a los traqueteos que podría, o no, ser de origen humano.

También podría ser un ratón muy excitado.

Lady Maccon consideró no involucrarse. También consideró no utilizar la sombrilla... después de todo, algunas máquinas en esa cámara podrían estar implicadas en alguna delicada hazaña de fabricación que no podía permitirse ser detenida en medio del martilleo. En el caso de Alexia, la consideración nunca suponía más que una pausa antes de realizar la acción que habría efectuado, con consideración o sin ella.

Agarró la sombrilla con firmeza, la levantó por encima de la cabeza, y activó el emisor de disrupción magnética bajando con el pulgar el correspondiente pétalo de loto en el mango.

Se hizo el silencio... el silencio antinatural del trabajo interrumpido en medio del movimiento. Si Alexia hubiera sido una chica fantasiosa, habría dicho que era como congelar el tiempo, pero no lo era, así que no lo dijo. Se limitó a escuchar hacia el sonido que no se detuvo.

Se oía un bajo gemido de lamento, y Alexia se dio cuenta de que estaba familiarizada con ese tipo de ruido. No era un sonido hecho por los vivos, pero seguía siendo un sonido *hecho*, en lugar de un sonido *fabricado*. Era el grito agudo e intermitente de la segunda muerte, y Alexia tenía una conjetura bastante buena en cuanto a quién la sufría.



La difunta Beatrice Lefoux

—Difunta Lefoux. Difunta Lefoux, ¿es usted? —Alexia trató de hacer que su voz sonara suave.

El silencio se alargó y luego el grito lejano se oyó de nuevo.

Había algo inexorablemente triste en el sonido, como si fuera mucho peor morir por segunda vez. Conmovió incluso el práctico corazón de *lady* Maccon.

—Difunta Lefoux, por favor, no le haré daño. Lo prometo. Puedo traerle paz, si lo desea, o simplemente estar aquí con usted. Se lo prometo, ningún contacto sin alma a menos que lo solicite. No tenga miedo. No hay nada que yo pueda hacer. Ni siquiera sé dónde está guardado su cuerpo.

La disrupción magnética desapareció en ese momento, y la cámara de ingenios volvió a empezar con el zumbido, con gran estruendo del mecanismo. Justo al lado de la cabeza de Alexia, un artilugio que parecía una tuba, un trineo y un improvisado recortador de bigote juntos, soltó el más asombroso sonido de una reverberante flatulencia. *Lady* Maccon se sobresaltó asqueada y se alejó a toda prisa.

—Por favor, difunta Lefoux, me gustaría mucho preguntarle algo. Necesito su ayuda.

El fantasma se materializó a la existencia saliendo de una válvula de cristal enorme a la izquierda de Alexia. O más bien se materializó a la existencia tanto como era capaz, que ya no era mucho. Pedazos de ella ahora flotaban a la deriva en zarcillos rizados moviéndose en espiral. Su forma ya no era humana, sino más parecida a una nube, como si pequeñas volutas de su forma incorpórea lucharan contra las corrientes del éter. Muchas de esas corrientes ahora estaban concentradas en *lady* Maccon, por lo que las partes fantasmales eran llevadas hacia Alexia. Los vampiros llamaban a los preternaturales *chupa-almas*, pero la ciencia estaba empezando a pensar en ellos más como absorbedores de éter. Este fenómeno particular de su fisiología solo era realmente visible cuando compartía el cuarto con

un fantasma moribundo.

—¡Sin alma! —gritó la difunta Lefoux cuando encontró la voz, o tal vez, encontró su laringe. Habló en francés—: ¿Por qué estás aquí? ¿Dónde está mi sobrina? ¿Qué ha hecho? ¿Qué has hecho? ¿Dónde está el octómata? ¿Qué? ¿Qué? ¿Quién es esa que está gritando? ¿Soy yo? ¿Cómo puede esa ser yo y que esto sea yo, hablando contigo? Tú. ¿Sin alma? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está mi sobrina?

Era como una sinfonía rota destinada a repetir las mismas líneas de música una y otra vez. El fantasma estaba atrapado en un bucle de razonamiento. De vez en cuando, la difunta Lefoux se interrumpía para lanzar un grito, un largo gemido de agonía para acompañar el lamento de la segunda muerte. Si era dolor del espíritu o dolor de verdad era difícil de decir, pero a Alexia no le sonó muy diferente al pobre Biffy siendo obligado a cambiar a hombre lobo.

Alexia enderezó la espalda. Ante ella estaba su deber preternatural, mirándola fijamente a la cara. Eso no ocurría muy a menudo. En circunstancias normales, habría pedido permiso a Genevieve, pero la inventora había desaparecido. Había abandonado a su pobre tía en este estado. El fantasma estaba sufriendo.

—Difunta Lefoux —dijo cortésmente—, estoy en una posición única para ofrecerle... es decir, podría... Oh, caramba, ¿querría un exorcismo?

—¿Muerte? ¡Muerte! ¿Me estás preguntando si quiero la muerte, sin alma? No existir en absoluto. —El fantasma giró como el juguete de un niño, subiendo en espiral hasta las vigas del techo de la cámara de ingenios. Los zarcillos de su cuerpo insustancial se arremolinaban alrededor como las plumas de uno de los sombreros más provocativos de Ivy. Flotando muy por encima, el fantasma se volvió contemplativo—. He cumplido mi tiempo. He enseñado. No muchos pueden decir eso. He tocado vidas. Las completé todas. Y también lo he hecho después de morir. —Hizo una pausa y volvió a bajar poco a poco—. No es que me gusten mucho los niños. ¿Qué puede hacer un fantasma? Cuando mi sobrina, mi encantadora e inteligente niña, se enamoró de aquella mujer horrible. Todo lo que le enseñé desapareció. Y el chico. Igual que su madre. Taimado. ¿Quién hubiera pensado que yo terminaría enseñando a un niño? Y ahora. Mira a lo que ha llegado todo. Muerte. Mi muerte, y una sin alma ofreciéndome socorro. Antinatural. Todo esto. Muchacha preternatural, ¿para qué me puedes servir?

—Puedo darle serenidad. —La ceja de *lady* Maccon estaba arqueada. De verdad, los fantasmas cerca de la fase poltergeist divagaban espantósamente.

—No quiero paz. Quiero esperanza. ¿Puedes darme eso?

La compasión solo llegaba hasta aquí, en lo que a Alexia respectaba.

—Muy bien, pues, esto se está volviendo inquietantemente filosófico. Difunta Lefoux, si prefiere no aceptar mi ayuda en el asunto de su existencia, o falta de la misma, debería probablemente ponerme en camino. Intente no lamentarse tan fuerte. La oirán en todo el vecindario y entonces llamarán al ORA. Francamente, la Oficina

no necesita esta clase de trabajo adicional en luna llena.

El fantasma volvió a descender. Por un momento se acordó de sí misma, cambiando del francés a un inglés con fuerte acento.

—No, es pega. Yo... Qué hagué? Oh, *oui*, te lo mostragué. Sígueme.

Comenzó a mecerse lentamente por la habitación. No se preocupaba por los obstáculos o los caminos en medio de la colección de aparatos, instrumentos y herramientas de *madame* Lefoux, simplemente flotaba en línea recta. Alexia, quien era más sustancial en cada uno de los significados de la palabra, se abrió paso de un modo más aparatoso. Perdió de vista al fantasma en más de una ocasión, pero finalmente terminaron en una esquina de la enorme habitación, al lado de un barril grande que descansaba de costado y estaba marcado con el logotipo de un fabricante de cebolla encurtida muy respetado.

A medida que la difunta Lefoux se acercaba al barril, se volvía cada vez más sustancial, hasta que fue casi su antiguo yo, el fantasma que Alexia había conocido por primera vez hacía casi medio año. Una mujer mayor alta, demacrada y de aspecto severo, con ropa que llevaba años pasada de moda y anteojos pequeños, con un marcado parecido a *madame* Lefoux. Puede que incluso una vez hubiera tenido hoyuelos.

El quejumbroso lamento era mucho más fuerte aquí, aunque todavía parecía provenir de lejos, con un eco como si procediera del fondo de una mina.

—Te pido disculpas. No puedo pagaglo —dijo el fantasma ante el respingo de Alexia.

—No, no podría hacerlo. Su hora ha llegado.

El fantasma asintió, una acción que era visible ahora que había logrado condensarse de forma más organizada.

—Genevieve me dio una vida de ultratumba lagga. Pocos fantasmas son tan afogetunados. Por lo genegal solo tienen unos meses. Yo tuve años.

—¿Años?

—Años.

—Es una mujer realmente brillante. —Alexia estaba debidamente impresionada.

—Sin embargo, ella ama demasiado a menudo y demasiado fácilmente. No pude enseñagle esa lección. Tan pagecida a su padrge. Ella te ama, crgeo, un poco. Más, si le hubiegas dado la opogtunidad.

La discusión se le había escapado a Alexia otra vez. Este era a menudo el caso con los fantasmas, no tenían más control de la conversación que de sus propias formas.

—¡Pero estoy casada!

—Todos los mejoges lo están. Y ese hijo suyo.

Lady Maccon bajó la mirada hasta su propio vientre.

—Todo el mundo debería amar a su hijo.

—¿Incluso si es una crgiatuga salvaje nacido de otra mujeg?

—Sobre todo entonces.

El fantasma dejó escapar una risa seca.

—Puedo veg pog qué las dos sois amigas.

Fue al pensar sobre la vida amorosa de Genevieve —una cosa que, Alexia debía admitir, intentaba desesperadamente no hacer, ya que era tan absurdamente fascinante — cuando Alexia lo encajó todo. No lo suficientemente rápido, por supuesto, porque los lamentos eran cada vez más fuertes y más cercanos. Incluso un fantasma como la difunta Lefoux, con tanta fuerza de carácter y aptitud mental, no podía resistirse a su propia muerte cuando estaba predestinada.

—¿Pasa algo malo con Genevieve? —preguntó Alexia.

—Sí. —Fue dicho en un siseo. El fantasma estaba temblando, estremeciéndose en el aire delante de ella, como si montara encima de un motor de vapor mal equilibrado.

—Aquella máquina, la que estaba construyendo, no era una comisión del gobierno, ¿verdad?

—No. —El fantasma empezó a girar mientras vibraba. Los zarcillos habían vuelto, yendo a la deriva, flotando en el aire... ráfagas de individualidad alejándose. Sus pies estaban casi completamente desintegrados. Mientras Alexia observaba, una de las manos de la difunta Lefoux se separó y comenzó a moverse hacia ella.

Lady Maccon trató de esquivar la mano, pero esta la siguió.

—Es la clase de artilugio que podría entrar en una casa, ¿verdad? ¿O un palacio?

—Sí. Tan imprgopio de ella, construig algo brguta. Pero a veces las mujeges nos desespegamos. —Los gritos eran cada vez más fuertes—. La preggunta coggecta, sin alma. *No me haces la preggunta coggecta*. Y casi no nos queda tiempo. —Su otra mano se separó y flotó hacia Alexia—. ¿Sin alma? ¿Qué eges tú? ¿Pog qué estás aquí? ¿Dónde está mi sobguina?

—Fue *usted* quien activó la red de comunicación de fantasmas, ¿verdad? ¿*Usted* me envió el mensaje, difunta Lefoux? ¿Aquel sobre asesinar a la reina?

—Sssí —siseó el fantasma.

—Pero ¿por qué Genevieve querría matar a la...?

Alexia fue cortada en medio de la pregunta cuando la difunta Lefoux estalló en pedazos, como un tomate podrido lanzado contra un árbol. El fantasma explotó sin hacer ruido. Partes de ella se alejaban en todas direcciones a la vez, una neblina blanca que se propagaba flotando por todos lados y a través de la maquinaria dela cámara de ingenios. Entonces, llamativamente, todos esos trozos comenzaron a flotar en la dirección de Alexia... ojos, cejas, pelo, una extremidad o dos.

Alexia no pudo evitarlo; soltó un grito de sorpresa. Ya no había vuelta atrás. La difunta Beatrice Lefoux se había convertido en un completo poltergeist. Era el momento de que *lady Maccon* cumpliera con su deber hacia la reina y el país, y realizara el exorcismo necesario.

Se acercó al barril de cebollas encurtidas. Estaba tumbado de lado y era un barril muy grande. Inspeccionó la parte de atrás, de donde salían múltiples bobinas y tubos,

enganchados en la tapa de unos cubos de metal de interesante aspecto. O *madame* Lefoux estaba especialmente interesada en la calidad de sus cebollas encurtidas o...

Alexia conocía bien el estilo y diseño estético de su amiga, por lo que buscó cualquier pequeña protuberancia o adición escultural extraña en el barril, algo de lo que se pudiera tirar o presionar. En el extremo del barril que estaba frente a la pared, encontró un pequeño pulpo de latón. Lo presionó. Con un ruido metálico casi imperceptible, la madera del barril de encurtidos se deslizó, como la de un buró de tapa corrediza, revelando que dentro no había, como era de esperar, cebollas. En vez de eso albergaba un acuario del tamaño de un ataúd lleno de un burbujeante líquido amarillo y el cuerpo conservado de Beatrice Lefoux.

El formaldehído, puesto que eso es lo que el líquido debía de ser, había cumplido su función. También estaba claro que había alguna forma por la que las burbujeantes inyecciones de gas permitían que el fantasma tomara forma en una naturaleza incorpórea sin perder demasiada carne en la descomposición. Alexia estaba sorprendida por la genialidad del invento. Era una de las grandes dificultades de emplear fantasmas, que los espectros se mantenían en su sano juicio solo mientras sus cuerpos podían ser conservados, pero no podían formar una atadura y aparición si ese cuerpo era sumergido totalmente en un líquido de preservación. *Madame* Lefoux había inventado una forma de evitar este dilema, al tener aire burbujeando por el formaldehído en cantidad suficiente para permitir una atadura, mientras dejaba que la carne permaneciera sumergida y preservada. No era de extrañar que la difunta Lefoux hubiera disfrutado de una vida de ultratumba tan larga.

Pero incluso tal ingenio como este, lo último del avance científico, no podía salvar a un fantasma al final. Con el tiempo, el cuerpo se descompondría lo suficiente de modo que ya no pudiera sostener las ataduras; el fantasma perdería la cohesión y sucumbiría a la segunda muerte.

Alexia pensó que podría mencionar este depósito al ORA. Probablemente querrían pedir unos cuantos para sus agentes espectrales más valiosos. Se preguntó si las inyecciones de gas tenían algo que ver con la naturaleza explosiva del estado de poltergeist de la difunta Lefoux. En cualquier caso, la función del depósito había finalizado. Alexia tenía que encontrar una entrada.

Los gritos eran ensordecedores ahora. Partes brumosas del cuerpo de la difunta Lefoux se estaban concentrando en Alexia, adhiriéndose a la piel expuesta de los brazos, rostro y cuello, como rebabas de partes del cuerpo. Era repulsivo. Alexia intentó quitárselas, pero simplemente se transfirieron a la muñeca.

Parecía no haber entrada en el tanque. *Madame* Lefoux nunca había tenido la intención de abrirlo una vez que fue construido.

Lady Maccon estaba desesperada por detener los gritos. También era cada vez más consciente de la pérdida de tiempo. Tenía que salir de la cámara de ingenios y detener el disparatado plan de *madame* Lefoux de construir un monstruo para matar a la reina. ¿Por qué Genevieve, de todas las personas, querría hacer una cosa así?

Desesperada dio la vuelta a la sombrilla, la levantó detrás de su espalda tan lejos como su condición se lo permitía y la blandió con todas sus fuerzas. Golpeó el lado del tanque de vidrio con el mango duro con aspecto de piña. El tanque se agrietó y luego se rompió, derramando el fluido amarillo y con él un olor fuerte y sofocante. *Lady Maccon* retrocedió a toda prisa, levantando las faldas con volantes fuera del líquido tóxico. Le empezaron a escocer y llorar los ojos. Tosió cuando la sensación pasó a su garganta, y trató de respirar de forma superficial. Por suerte, la mayor parte del líquido fue absorbido rápidamente por la tierra dura y compacta del suelo de la cámara de ingenios.

El cuerpo en su interior se desplomó sobre y contra el lado agrietado del tanque, con una mano colgando a través del cristal roto. Rápidamente, *Alexia* se quitó el guante de un tirón y se acercó a él. Tocó la fría mano muerta una vez, carne con carne, y, de repente, todo había terminado.

El llanto se detuvo. Volutas de partes del cuerpo se esfumaban, la neblina iba al éter. Lo único que quedaba era el traqueteo de las máquinas de *madame Lefoux* en movimiento y el aire vacío.

—Que encuentre el sosiego, difunta *Lefoux* —dijo *Alexia*.

Miró con tristeza el desastre ante ella: el vidrio roto, el tanque fracturado, el cadáver. Aborrecía tal desorden, pero no tenía tiempo para atender a la limpieza. Lo mejor sería contactar con *Floote* sobre el asunto tan pronto como encontrara algo de tiempo.

Con esto, se dio la vuelta y, andando como un pato, volvió a salir de la cámara y entró en el corredor. Esperaba que la clientela encima de ella siguiera discutiendo sobre *pellijeras*, ya que esta vez no tenía tiempo para tramar el desvío de la exposición de la entrada secreta de *madame Lefoux*. Debía detener a su amiga ante una acción imprudente. Y, lo que es más importante, necesitaba desesperadamente averiguar por qué. Por qué *madame Lefoux*, una mujer tan inteligente, intentaría hacer algo tan estúpido como preparar un ataque frontal contra el Palacio de Buckingham con el fin de matar a la reina de Inglaterra.

Por suerte, la obsesión por las *pellijeras* todavía estaba en plena ebullición. Casi nadie se dio cuenta de que *lady Maccon* se escabullía, como una especie de ganso cojo, por la puerta en la pared. A continuación, se abrió paso entre la miríada de sombreros colgantes y salió de la tienda. Unas cuantas comentaron sobre el olor a formaldehído, y una o dos notaron la indecorosa ascensión de su señoría a las profundidades de su lujoso carruaje, pero pocas pensaron en conectar los dos hechos. Sin embargo, la dependienta principal lo hizo, y tomó nota para contárselo todo a su patrona, antes de volver al aumento repentino de pedidos de *pellijeras*.

Lady Maccon recordó lo que *madame Lefoux* había dicho sobre la reubicación. Lo había organizado para utilizar un espacio en el Pantecnicón. *Alexia* ignoraba la ubicación de los almacenes del consorcio. Al ser un asunto de *comercio*, no era algo que *lady Maccon* *debiera* saber. A veces los intereses de ingeniería de *madame*

Lefoux la llevaban a las zonas más peculiares de Londres. Alexia había oído, por supuesto, hablar del Pantecnicón, pero nunca había tenido ocasión para visitar algo semejante como la instalación en la que Giffard's Incorporated guardaba y mantenía su flota de dirigibles. El Pantecnicón también almacenaba y distribuía mucho mobiliario. La mera idea de que una dama de buena cuna visitara semejante lugar. Habría mesas tumbadas sobre sus costados, desnudas! Por no mencionar los dirigibles *flácidos*! Alexia se estremeció ante la idea. Sin embargo, a veces la *muhjah* tenía que ir a donde *lady* Maccon no iría, y por eso dio la orden y confió en que su conductor conociera la localización, que resultó ser Belgravia, una parte profundamente sospechosa de Londres.

Después de avanzar ruidosamente durante algún tiempo por una calle empedrada tras otra, habiendo pasado por las peores y más estridentes muchedumbres del West End y dirigirse hacia Chelsea, el carruaje se detuvo. El tubo acústico de *lady* Maccon sonó imperiosamente.

Recogió la trompeta de escucha.

—¿Sí?

—Calle Motcomb, señora.

—Gracias. —Nunca he oído hablar de ella.

Miró con recelo por la ventana del carruaje.

Lo que *lady* Maccon nunca había comprendido del todo era lo extraordinariamente grande que el Pantecnicón tenía que ser para alojar tanto dirigibles flácidos como mesas desnudas. Estaba delante de una enorme sucesión de almacenes adosados. Cada uno parecía un granero, solo que más grande, siendo de varios pisos de altura con tejados de metal en forma de arco. Alexia supuso que de alguna manera estos tenían que abrirse o quitarse a fin de dar cabida a los dirigibles. La calle estaba iluminada tenuemente por el vacilante resplandor amarillo de la luz de las antorchas, en lugar del estable blanco del gas, y la zona estaba desprovista de humanidad. Esta era una parte de la ciudad dirigida a los comerciantes de día, trabajadores del transporte y la industria que cargaban y descargaban sus artilugios y transportistas bajo la luz del sol. Para el gusto de *lady* Maccon, no era lugar para recorrer a pie en luna llena.

Pero Alexia no iba a dejar que algo tan insignificante como la oscura desolación de un callejón le impidiera continuar con su intención de ayudar a una amiga que necesitaba acuciantemente un consejo sensato. Así que se bajó del carruaje, con Ethel en una mano y la sombrilla en la otra. Se fue andando como un pato y despacio a lo largo de la hilera de estructuras gigantescas, escuchando en la puerta de cada una, poniéndose de puntillas para mirar detenidamente por los sucios ventanucos, el único medio de ver el interior. Frotó la capa de mugre que había en el cristal emplomado con el guante sucio. El Pantecnicón parecía estar tan desierto como la calle. No había ni rastro de *madame* Lefoux o su artilugio.

Entonces, por fin, dentro del último edificio de la fila, Alexia vislumbró una

chispa de luz. En el interior, *madame* Lefoux, o la persona que suponía que debía de ser *madame* Lefoux, llevaba un cubo de cristal y metal en la cabeza, como el descendiente del casco de un caballero medieval y una pecera. También llevaba puesto el más horrendo mono de trabajo y estaba ocupada con un soplete encendido, soldando grandes placas de metal. Su gigantesca construcción mecánica había tomado su forma final, y Alexia no pudo evitar emitir un grito ahogado de asombro al ver la monstruosa cosa.

Era colosal, de al menos dos pisos de altura. La parte del bombín sin ala ahora descansaba sobre ocho tentáculos metálicos articulados que colgaban como pilares, pero si *lady* Maccon conocía a *madame* Lefoux, cada uno podría moverse independientemente de los otros. Una criatura notable, en efecto. Se parecía más que nada a un pulpo enorme erguido de puntillas. Alexia se preguntó qué decía acerca de su estado actual el que esta comparación le diera hambre. *Ah, el embarazo.*

Golpeó la ventana para llamar la atención de *madame* Lefoux, pero estaba claro que la francesa no podía oír, ya que no interrumpió sus actividades.

Lady Maccon circunnavegó el edificio, buscando una entrada. Había enormes puertas de carga en el lado que daba a la calle, pero estaban firmemente cerradas con cerrojo. Tenía que haber una puerta más pequeña, más conveniente para una sola persona, en algún sitio.

Finalmente la encontró. Esta también estaba cerrada con llave. La golpeó con la sombrilla con frustración, pero la fuerza bruta también era ineficaz. No por primera vez, Alexia deseó saber cómo forzar una cerradura. Conall había fruncido el ceño con suma severidad sobre esa petición en particular, y sobre su propuesta de aventurarse en la prisión de Newgate a fin de contratar al individuo con la necesaria mentalidad criminal como profesor.

Volvió a recorrer la parte delantera y consideró romper una de las ventanas más bajas; si bien era demasiado pequeña para pasar por ella, incluso si no estuviera embarazada de ocho meses, al menos podría gritar. Un gran ruido la interrumpió justo antes de que estuviera a punto de balancear la sombrilla.

El edificio empezó a temblar ligeramente, el tejado de metal crujía muchísimo, y las dos puertas grandes del muelle de carga repiquetearon contra las bisagras. Por debajo de las puertas y alrededor de los bordes salían gotas de vapor. El metal chirrió y el vibrante sonido rodante de un motor de vapor en pleno funcionamiento surgió de su interior. Alexia se apartó de la puerta. Los sonidos comenzaron a hacerse cada vez más fuertes y las puertas se agitaron con más vigor. Siguió saliendo más vapor.

Estaba cada vez más cerca.

Lady Maccon se bamboleó alejándose de las puertas tan rápido como pudo, y justo a tiempo también, ya que se abrieron de golpe, estrellándose contra las paredes del edificio, provocando una gran fractura de la madera, quedando colgadas de lado sobre sus goznes.

Apareció un pulpo gigantesco caminando de puntillas, pareciendo casi como si

flotara sobre la nube de vapor que salía a borbotones de debajo de su abdomen para arremolinarse sobre sus tentáculos. Las puertas no eran lo bastante altas como para permitir una salida fácil, pero esto no pareció preocupar a la criatura. Simplemente quitó un cacho del techo con la cabeza. Los azulejos se cayeron y astillaron, el polvo flotó hacia arriba y el vapor se movió hacia abajo, cuando el cefalópodo automatizado más grande del mundo se adentraba sobre sus tentáculos en la calle londinense.

—El octómata, supongo. Veo que Genevieve no acertó bien en las medidas del tamaño —dijo Alexia a nadie en particular.

El octómata no advirtió la presencia de *lady* Maccon, una corpulenta criaturita muy abajo en las sombras, pero vio su carruaje. Levantó un tentáculo y apuntó con cuidado. Una ráfaga de fuego salió a borbotones por la punta. Los caballos maravillosamente emparejados —elegidos por su apariencia y docilidad alrededor de los licántropos en lugar de por su valentía— fueron presa del pánico, igual que el aturdido cochero —elegido precisamente por los mismos motivos. Los tres se largaron a gran velocidad. El carruaje salió corriendo violentamente girando en una esquina de la calle, arrastrando las cintas alegremente detrás de él, y desapareció en la noche.

—¡Espera! —gritó *lady* Maccon—. ¡Vuelve! —Pero el vehículo se había ido hacía mucho tiempo—. Oh, porras. Y ¿ahora qué?

El octómata, sin preocuparse en absoluto por el grito o el apuro de Alexia, comenzó a dirigirse calle arriba alejándose de ella, siguiendo al carruaje. *Lady* Maccon levantó la sombrilla y tiró del pétalo de loto especial situado en el mango, activando el emisor de disrupción magnética. Incluso apuntado directamente a la enorme criatura, no tuvo absolutamente ningún efecto. O *madame* Lefoux también tenía acceso a la tecnología del puercoespín de los vampiros, o había instalado algún tipo de escudo defensivo para proteger su creación del armamento de Alexia. Alexia no se sorprendió; después de todo, la francesa no era tan idiota como para construir un arma que pudiera ser tan fácilmente derrotada por otra de su propio diseño. Sobre todo si sabía que Alexia estaba en el caso y podría muy bien encontrarla.

Alexia cambió a Ethel, levantando y disparando la pistola. La bala rebotó sin causar daños en el exterior metálico del octómata. Dejó una abolladura pero, otra vez, la gigantesca criatura no registró sus minúsculos esfuerzos contra ella.

Avanzó por la calle de una manera no muy digna. *Madame* Lefoux no había conseguido equilibrarlo sobre la punta de los tentáculos correctamente. Las ventanas traquetearon cuando pasó y de vez en cuando se tambaleaba un poco hacia un lado, chocando y destruyendo parcialmente las paredes de los edificios. Por fin, al doblar la esquina más alejada del Pantecnicón, dio un bandazo en una de las farolas, una antorcha del estilo más ordinario pasada de moda, inclinándola hacia el techo de paja de una nave de almacenamiento. Casi inmediatamente el cobertizo se incendió y las llamas comenzaron a propagarse. A pesar del tejado de metal, pronto se hizo evidente

que ni siquiera el Pantecnicón podía resistir el fuego.

Alexia estaba desconcertada. Ninguna de las capacidades especiales de su sombrilla estaba diseñada para tratar con fuego. En su estado actual, consideró que su mejor opción era batirse en una indecorosa retirada y ponerse a salvo. Después de todo, era lo suficientemente práctica para saber cuándo había poco que pudiera hacer para rectificar tal situación. Se volvió hacia el sur, hacia el río.

Mientras se iba cojeando, a Alexia le daba vueltas la cabeza, muy confundida. Por qué *madame* Lefoux construiría una criatura semejante? Ella era, por lo general, una mujer de sutileza tanto en la vida como en el arte. Por qué se dirigía hacia el norte y no hacia el este hasta Buckingham? La reina Victoria nunca dejaba la seguridad de su palacio durante la luna llena, era simplemente una noche demasiado salvaje para su sobria sensibilidad. Si *madame* Lefoux tenía las miras puestas en la reina, iba en la dirección incorrecta. Alexia frunció el ceño. *Está claro que he pasado algo por alto. O algo que Genevieve dijo, o no dijo, o algo que la difunta Lefoux dijo, o no dijo. O...*

Lady Alexia Maccon se detuvo completamente en seco y se golpeó la frente con el dorso de la mano. Por suerte, era la mano en la que tenía a Ethel, no la mano que sostenía la sombrilla, o podría haberse hecho daño.

—Por supuesto! Cómo he podido ser tan tonta? Tengo *a la reina equivocada*.

Entonces comenzó a andar otra vez, su mente ahora planeaba en una manera parecida a una trampa de acero... es decir, si la trampa fuera con resorte, de la variedad no muy sensible. *Lady* Maccon no estaba para hacer demasiadas cosas a la vez, sobre todo no en ese momento, pero estaba casi convencida de que podía manejar el movimiento bípedo y el pensamiento al mismo tiempo.

El primer mensajero fantasmal nunca había especificado a la reina Victoria, y tampoco lo hizo la difunta Lefoux. Genevieve Lefoux y su octómata no iban tras la monarca del imperio; oh, no, iban tras la reina de una colmena. Eso tenía mucho más sentido. A Genevieve nunca le habían gustado los vampiros, no desde que corrompieron a Angelique —aunque ella siempre estaba bastante contenta de aceptar su dinero—. Considerando su escabrosa historia, otra vez sobre esa problemática criada francesa de ojos violeta, Alexia apostaría un buen dinero a que Genevieve estaba buscando a la condesa Nadasdy. Esto tenía sentido, dado que se había marchado sobre sus tentáculos en dirección hacia el norte, hacia Mayfair. De alguna manera, *madame* Lefoux había deducido el paradero de la colmena de Westminster.

Otro misterio. El emplazamiento de una colmena era un secreto bien guardado. *Lady* Maccon lo conocía, por supuesto, pero eso era solo porque...

—Oh, Alexia, eres idiota! —*El robo en Woolsey!* *Madame* Lefoux debía de haber sido la ladrona, y robó aquellas viejas misivas porque entre ellas estaba la primera invitación de la condesa Nadasdy dirigida a Alexia para visitar la colmena. Mabel Dair se la había entregado en Hyde Park la tarde siguiente a que Alexia mató a su primer vampiro. Contenía la dirección de la casa colmena, y Alexia tontamente nunca

había pensado en destruirla. *Cuándo le conté a Genevieve esa historia?*

Lady Maccon se lanzó con desesperación por la calle vacía. Tenía que llegar a la colmena de Westminster, y rápido. Nunca antes había estado más molesta por el inconveniente prenatal que en este momento, sin contar su dependencia del transporte tirado por caballos. Tenía incluso una invitación que le permitiría entrar por la puerta, pero no había ningún modo de llegar allí a tiempo para advertirles de la inminente fatalidad tentaculada. ¡Se había quedado tirada en lo más remoto de Belgravia!

Se bamboleó más rápidamente.

El fuego se estaba propagando y crepitaba detrás de ella. El que una vez fue un callejón oscuro estaba iluminado con un vacilante resplandor naranja y amarillo. El estruendo de edificios desplomándose y llamas rugientes se sumaba al fuerte repiqueteo de la campana de un coche de bomberos que se aproximaba. Uno de los dirigibles tenía que haber visto el incendio y contactado con las autoridades pertinentes. Si cabe, esto hizo que *Alexia* se moviera aún más rápido. Lo último que necesitaba era ser detenida intentando explicar su presencia en el Pantecnicón. También le recordó que mirara hacia arriba para ver si podía detectar un dirigible.

Efectivamente, había varios dirigiéndose con calma en su dirección, habían divisado el fuego y se desviaron, volando en círculos de forma perezosa, hacia una intrigante nueva atracción. Estaban prudentemente por encima de la conflagración, todavía no en el éter, pero lo bastante alto para evitar cualquier riesgo asociado con incluso el más grande de los incendios en tierra.

Lady Maccon agitó la sombrilla imperiosamente y gritó, pero era un mero punto muy abajo, a menos que alguien tuviera un par de los últimos binoculares de larga distancia de Shersky and Droop. Desde su matrimonio, *Alexia* había adoptado una más respetable y sombría paleta de colores que la que usaba como señorita soltera inclinada hacia el pastel. Esto la hizo aún menos visible en las sombras vacilantes de la calle Motcomb.

Fue entonces cuando *Alexia* notó que el símbolo de Giffard —una modelación del nombre que convertía la *G* en un gran globo rojo y negro— en un almacén cercano estaba modificado con una especie de diseño radial en el extremo y una frase debajo que rezaba DIVISIÓN PIROTÉCNICA, S. L. Se detuvo, giró sobre sus talones y se dirigió hacia una farola cercana. Con apenas una pausa para considerarlo, se armó de valor, apuntó con cuidado y lanzó la sombrilla con fuerza a la parte de la antorcha. La sombrilla, parecida a una lanza, chocó contra la lámpara y la derribó junto con los carbones encendidos en el interior al suelo con un ruido metálico.

Lady Maccon se acercó jadeando hasta las ascuas, recogió su accesorio, que ahora estaba ligeramente chamuscado y cubierto de hollín, por la punta, y, sosteniéndolo como un mazo, utilizó el mango regordete para golpear un carbón de aspecto particularmente agradable por la calle hacia el almacén pirotécnico de Giffard. Era algo excelente, reflexionó *Alexia* en ese momento, que fuera buena en el *croquet*. A una buena distancia, apuntó con cuidado y, con una especie de movimiento de pala,

golpeó con fuerza el trozo de carbón. Formó un espléndido arco hacia arriba, estrellándose contra la ventana del almacén de la manera más satisfactoria.

Entonces esperó, contando durante mucho tiempo y despacio, esperando que el carbón lograra chocar con algo fiablemente explosivo.

Lo hizo. Primero se oyó un pequeño estallido, un ruido de agrietamiento, después sonidos de zumbido y remolino, y, por último, una serie de fuertes cañonazos. Las puertas y ventanas de la nave explotaron hacia afuera, empujando a Alexia hacia atrás. Instintivamente, abrió la sombrilla para protegerse cuando el mundo a su alrededor se convirtió en una cornucopia humeante de brillantes luces intermitentes y fuertes ruidos. Explotó toda la reserva de lo que ella imaginaba debía ser una colección muy cara de un surtido de pólvora de chispas e iluminadores celestes, brillando y destellando en una serie de llamaradas cada vez mayor.

Lady Maccon se encogió en la calle, la verdad es que no había ninguna otra forma de expresarlo, detrás de la sombrilla abierta, confiando en la durabilidad del diseño de *madame Lefoux* para protegerla de lo peor.

Finalmente, el estallido de las detonaciones se redujeron, y ella comenzó a registrar el calor del auténtico fuego, ya que avanzaba por la calle *Motcomb* hacia ella. Tosió y agitó la sombrilla. Con la luz de la luna el humo residual se vio de color blanco plateado, como si mil fantasmas se hubieran reunido alrededor de ella.

Alexia, con los ojos llorosos, parpadeó y trató de tomar respiraciones profundas y estables. Entonces, a través del humo que se dispersaba, apareció un gorro grande de estilo pastora al revés, planeando aproximadamente a dos pisos sobre el suelo y dirigiéndose hacia ella. Cuando el humo se desvaneció, la forma voluminosa de un pequeño dirigible privado se mecía a la vista por encima del gorro, demostrando que no era, de hecho, un sombrero en absoluto, sino la parte de la góndola del vehículo aéreo. El piloto, algún hacedor de milagros de primer orden, guio la pequeña embarcación hacia abajo, hacia *lady Maccon*, descendiendo con cuidado entre las hileras de edificios mientras luchaba para mantenerla alejada de las llamas del *Pantecnicón* ardiendo.



Los pulpos acechan a la luz de la luna

La tripulación del Giffard era muy pequeña, de poco rango y generalmente alquilada solo para misiones clasificadas o para paseos privados de placer. La parte de la góndola, que bajo una inspección de cerca se parecía aún más al sombrero de una pastora, era solo lo suficientemente grande para cinco personas. El modelo estaba basado enteramente en el globo original de Blanchard. Tenía cuatro timones como alas de libélulas por debajo de la sección de pasajeros. Había un pequeño motor a vapor y una hélice en la parte de atrás, pero el capitán tenía que dirigir el rumbo por medio de múltiples palancas y cañas de timón, lo que le obligaba a un baile frenético. En lo que se refiere a la utilidad, se parecía a esas pequeñas barcas de transporte para cruzar el Támesis tan favorecidas por los criminales. Giffard había comenzado recientemente con una flota entera, a precios de lujo, ya que los ricos podían invertir dinero en el transporte aéreo privado. Alexia los encontraba indecorosos, más que nada porque no había puerta. Una tenía realmente que trepar sobre el borde de la góndola para entrar. ¡Imagínate, adultos hechos y derechos trepando! Pero cuando una estaba atrapada entre un Pantecnicón en llamas y un octómata violento, realmente no podía permitirse el lujo de ser muy selectiva.

Dos de las figuras dentro del sombrero se inclinaron por el borde, señalándola.

—¡Yu-ju! —canturreó jovialmente uno de ellos.

—¡Por acá! ¡Rápido, caballeros, por favor, por aquí! —contestó Alexia a gritos, agitando locamente su sombrilla.

Uno de los caballeros se tocó el ala del sombrero de copa para saludarla, quitárselo no era posible con un sombrero atado bajo la barbilla para el viaje en avión.

—*Lady Maccon.*

—¡Por San Jorge, Boots! ¿Cómo diantres es posible que puedas decir que *lady Maccon* está aquí? —preguntó el otro caballero con sombrero de copa.

—¿Quién más estaría en mitad de una calle en una noche de luna llena, con un rugiente fuego rojo detrás de ella y agitando una sombrilla?

—Buena observación, buena observación.

—*Lady Maccon* —gritó alguien—. ¿Le gustaría que la levantemos?

—Señor Bootbottle-Fipps —dijo Alexia con exasperación— hace unas preguntas absurdas...

La góndola del dirigible chocó suavemente al bajar, y ella se bamboleó hacia la misma.

Boots y el segundo joven caballero, quién resultó ser el vizconde Trizdale, salieron de un salto con destreza y vinieron a ayudarla. Tizzy era un joven rubio, flaco y amanerado, con una nariz aristocrática y una preferencia por el color amarillo. Boots tenía un poco más de sustancia física y mejor gusto, pero no mucho.

Lady Maccon miró de uno a otro caballero y luego al costado de la góndola que ahora debía escalar. Con gran renuencia y sabiendo que no tenía otra elección, se puso en sus manos de perfecta manicura.

Nadie, más tarde ese día, ni nunca jamás en sus vidas, mencionó lo que hubo que hacer para meter a una muy embarazada *lady Maccon* en la cesta de los pasajeros. Hubo algunos alzamientos, una gran cantidad de chillidos —tanto de Alexia como de Tizzy— y manos que tuvieron que ser posadas en partes de la anatomía que no agradaron ni a Alexia ni a sus rescatadores. Baste decir que *lady Maccon* tenía motivos para estar agradecida de que lord Akeldama insistiera en que sus zánganos mantuvieran alguna actividad deportiva, a pesar de sus propensiones hacia la moda.

Alexia aterrizó sobre su trasero, con las piernas ligeramente en el aire. Siendo la gravedad incluso más vertical que *lady Maccon*, ella se agitó violentamente antes de lograr comenzar a rodar hacia un lado y ponerse trabajosamente sobre sus pies. Tenía una punzada bastante severa en el costado, algunas magulladuras en sus regiones inferiores y estaba ruborizada por el calor y el esfuerzo excesivo, pero todo lo demás, incluyendo el niño, parecía estar en buen estado de funcionamiento. Los dos jóvenes saltaron de nuevo adentro después que ella.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó *lady Maccon*, todavía sorprendida de que su plan de señales de socorro hubiera funcionado realmente—. ¿Los puso mi marido tras mi rastro? ¿Qué pasa con los licántropos y los rastros?

Tizzy y Boots se miraron.

Finalmente, Boots dijo:

—No fue del todo idea del conde, *lady Maccon*. Nuestro señor también nos pidió esta tarde que la vigiláramos. Indicó que podrían pasar cosas durante la luna llena que requerirían compromisos adicionales en esta parte de Londres, ya me entiende.

—¿Cómo diablos sabía una cosa como esa? Oh, olviden que pregunté. ¿Cómo sabe lord Akeldama cualquier cosa? —La lógica regresó junto con la dignidad, y Alexia evaluó su cambio de circunstancias.

Boots se encogió de hombros.

—Las cosas *siempre* pasan durante la luna llena.

Sin que tuvieran que indicárselo, el piloto ya estaba haciendo retroceder la embarcación, lejos del fuego y el humo. Era un hombre diminuto, bien afeitado, con la nariz chata y una expresión volátil. Su corbata estaba muy bien atada y coordinaba perfectamente con su chaleco.

—No me diga. —Alexia lo miró de arriba a abajo—. ¿Este dirigible por casualidad pertenece a lord Akeldama?

—Si es lo que usted desea, *milady*, no se lo diremos. —Boots se veía culpable, como si en cierta forma le estuviera fallando con esta petición.

Lady Maccon apretó sus labios ante la idea. El inconveniente prenatal le dio una patada con fuerza y ella se agarró reflexivamente el vientre.

—Odio hacerles esto, caballeros, pero me encuentro en la necesidad desesperada de acudir a la colmena de Westminster, tan rápido como sea posible. ¿Con qué rapidez va este aparato?

El piloto le dirigió una sonrisa descarada.

—Oh, quedaría sorprendida, *milady*. Muy sorprendida. Lord Akeldama hizo que esta pequeña belleza fuera reconstruida por *madame* Lefoux. Eso hizo.

—No sabía que tuvieran relaciones profesionales entre ellos. —*Lady* Maccon arqueó una ceja.

—Tengo entendido que fue su primer encargo. El primero. Lord Akeldama estaba encantado con su trabajo. Realmente complacido. Como, ciertamente, lo estoy yo. No puede intentar pilotar él mismo, pobre hombre. —El piloto parecía como si sintiera genuina lástima por la incapacidad del vampiro—. Pero él ha puesto esta belleza a prueba en el prado y, se lo aseguro, esa francesa es una artesana milagrosa. Una artesana milagrosa, se lo aseguro. Las cosas que ella puede hacer con la aeronáutica.

—Ella comentó en una ocasión que fue su especialidad en la universidad. Y, claro está, siempre está *monsieur* Trouvé y el ornitóptero.

El piloto alzó la mirada de sus actividades con un brillo de interés.

—¿Ornitóptero, dice usted? Había oído que el francés estaba diversificándose. Madre mía, qué visión debe ser.

—Sí. —La voz de *lady* Maccon era baja—. Es mejor verlo en acción por uno mismo, si me lo pregunta. —Alzó la voz—. ¿Qué hay de que este dirigible vaya más rápido? Es muy importante que haga acto de presencia en los próximos minutos. ¿Por qué no me muestra el alcance total de esta hermosa nave?

Otra sonrisa pícara recibió esa petición.

—¡Tan solo indíqueme la dirección apropiada, *milady*!

Alexia lo hizo, señalando el norte. Estaban ya por encima de los tejados, con el fuego muy por detrás de ellos. Ella se inclinó por el borde y miró hacia abajo: Hyde Park estaba a su izquierda y un poco por delante, mientras que Green Park y el Palace Garden se extendían por detrás de ellos, a la derecha. Aún desde tan alto, podía oír los aullidos de la guardia personal de licántropos de la reina Victoria, los Témpanos,

encerrados en una ala especial de Buckingham por debajo de ella.

Indicó un punto adelante y ligeramente a la derecha, entre los dos parques: el centro de Mayfair. El piloto bajó con fuerza una palanca acabada en un pomo, y la nave se inclinó en esa dirección, más rápido de lo que Alexia hubiera pensado que pudieran ir los dirigibles. El toque de *madame* Lefoux, sin duda.

—¿La nave tiene nombre, capitán? —gritó entre el rugiente viento.

Tanto el interés como el título le ganaron a *lady* Maccon una gran cantidad de lealtad por parte del joven piloto.

—Por supuesto, *milady*. Él la llama su *Embate*, por el movimiento oscilante, supongo. Está registrada como *Pelusa de diente de león en una cuchara*. No sé cómo explicar correctamente esto último.

Tizzy rio entre dientes intencionadamente. *Lady* Maccon y el piloto lo miraron, pero el joven petimetre pareció poco dispuesto a explicarse.

Lady Maccon se encogió de hombros.

—Supongo que lord Akeldama idea los nombres de formas misteriosas.

Boots, con los ojos en la otra mano de Alexia, que todavía rodeaba protectoramente su vientre hinchado, inquirió solícito:

—¿Es el niño, *lady* Maccon?

—¿La razón de nuestra urgencia? Oh, no. Tengo una invitación para asistir a la fiesta de la luna llena de la condesa Nadasdy, y llego tarde.

Boots y Tizzy asintieron comprendiendo totalmente esta grave necesidad social. Toda velocidad era ciertamente necesaria.

—Nos apresuraremos entonces, *milady*. No querríamos que llegue más allá de la hora adecuada.

—Gracias por su comprensión, señor Bootbottle-Fipps.

—¿Y el fuego, *milady*? —Las patillas de Boots flotaban por la brisa.

Alexia batió sus pestañas.

—¿El fuego? ¿Qué fuego?

—Ah, ¿algo como eso?

Lady Maccon se volvió para mirar otra vez fuera de la góndola. Pudo distinguir la enorme forma del octómata recorriendo alocadamente la esquina de Hyde Park por detrás de Apsley House, directamente debajo de ellos. Pero con otro tirón de esa palanca, la *Pelusa de diente de león en una cuchara* avanzó y entró en Mayfair, dejando al enfurecido pulpo muy por detrás. Los zánganos, habiendo visto la gran bestia metálica, emitieron pequeños gorjeos de desasosiego, antes de insistir para que Alexia les contara *todo sobre eso*.

La casa de la colmena de Westminster era una entre muchas residencias de moda similares. Estaba situada al final del bloque y un poco apartada de la fila, pero nada más la distinguía como especial o proclive a lo sobrenatural. Quizá el césped estaba un poco demasiado bien cuidado y el exterior un poco demasiado limpio y recién pintado, pero no más ni menos de lo que usualmente se permitían los muy ricos. Era

un emplazamiento bastante bueno, pero no demasiado bueno, y era lo bastante grande como para acomodar a la condesa, los miembros dominantes de su colmena y sus zánganos, pero no demasiado grande.

En esta luna llena en particular, estaba más ocupada de lo normal, con varios carruajes aparcados enfrente y rebosante de varios de los políticos más importantes y progresistas de la alta sociedad, aristócratas y artistas. Alexia, como *muhjah*, sabía —aunque los otros no— que los reunidos eran todos del enclave de los vampiros, o eran empleados, o del servicio, o las tres cosas. Estaban vestidos con sus mejores ropas, altos cuellos almidonados, vestidos escotados, calzones ajustados y polisones bien proporcionados. Era un desfile de efecto, la condesa Nadasdy no hubiera permitido nada menos.

Flotar en lo alto era seguramente una forma muy a la moda de llegar a una fiesta, lo último y lo máximo, como dirían algunos. Pero no era del todo conveniente para una calle ya atascada de carruajes privados y cabriolés alquilados. Mientas el dirigible se acercaba, algunos caballos se asustaron, levantándose sobre dos patas y relinchando. Los vehículos en tierra chocaron violentamente unos contra otros en sus esfuerzos para dejar espacio, lo que dio como resultado gran cantidad de chirridos.

—¿Quién se creen que son, llegando de esa forma? —preguntaba un anciano caballero.

Los vampiros disfrutaban invirtiendo en las últimas invenciones, y tenían consorcios de negocios, más notablemente con la Compañía de las Indias Orientales, pero eran tradicionalistas en el fondo. Por lo tanto, también lo eran sus invitados. Porque no importaba cuán de moda pudiera estar el dirigible de recreo privado, en principio, nadie aprobaba perturbar su propia digna llegada con su engraido sentido de la novedad. Dignidad a un lado, el dirigible iba a aterrizar tanto si les gustaba como si no y, consecuentemente, se hizo espacio finalmente. La góndola bajó de golpe delante de la verja de hierro forjado de la sede de la colmena.

Lady Maccon estaba en un dilema. Ahora tenía que salir por encima del lado de la canasta de pasajeros. No podía imaginar ninguna forma de hacer posible que su salida fuera menos humillante que su entrada. No quería experimentar tal proceso otra vez, y mucho menos delante de unos cuerpos tan augustos como esos que ahora la miraban. Pero podría jurar que oía el sonido metálico del octómata y realmente no tenía tiempo que perder por el decoro de nadie, ni siquiera el de ella.

—Señor Bootbottle-Fipps, vizconde, ¿si fueran tan amables? —Resopló y se preparó para la mortificación.

—Por supuesto, *milady*. —Él siempre animoso Boots avanzó un paso para ayudarla. Tizzy, había que admitirlo, se movió con menos celeridad.

Mientras se disponían a impulsarla —realmente no había otra forma de ponerlo— sobre el borde de la góndola, en cuya coyuntura ella ya se veía aterrizando sobre su muy maltratado trasero de nuevo, apareció una salvadora.

Sin duda alertada por los gritos desaprobadores y la exacerbación de la actividad

en la calle, la señorita Mabel Dair emergió de la casa de la colmena, dramáticamente silueteada contra el interior abarrotado y bien iluminado. Hizo una pausa, en el centro del escenario, en la escalera de entrada. Llevaba puesto un traje de noche de color oro viejo con un escote cuadrado y bajo, ribeteado de volutas de encaje negro y rosas de seda de color rosa. Había rosas frescas en su pelo y su polisón era completo, las más arriesgadas tendencias de París con el polisón más pequeño y corpiño más ajustado no eran para ella. No, aquí bajo los ojos vigilantes de su señora, incluso una actriz como la señorita Dair se vestía con discreción.

Lady Alexia Maccon, al borde de la canasta de pasajeros de un dirigible, parecía como si estuviera en peligro inminente de no jugar según las reglas.

La señorita Dair gritó desde las escaleras, usando su voz teatral para hacerse oír a través del ruido de la calle abarrotada.

—Vaya, *lady* Maccon, qué encantador. No la esperábamos. Especialmente no en un transporte tan elaborado.

—Buenas noches, señorita Dair. Es bastante rápido, ¿verdad? Desafortunadamente, parezco tener dificultades para salir.

La señorita Dair se mordió el labio inferior, ocultando una sonrisa.

—Déjeme ir a traer alguna ayuda.

—Ah, sí, gracias, señorita Dair, pero *tengo* un poquito de prisa.

—Por supuesto que sí, *lady* Maccon. —La actriz se volvió hacia la casa, haciendo un gesto brusco con una mano enguantada en raso. Solo unos momentos más tarde, se giró y bajó las escaleras, seguida de un auténtico rebaño de lacayos de aspecto digno, los cuales se hicieron cargo de alzar y depositar a *lady* Maccon como si hicieran cualquier otra tarea de la casa, con rostros gravemente serios y sin un parpadeo de diversión.

Una vez que Alexia hubo logrado su libertad, Boots se tocó el ala del sombrero con una mano enguantada en gris.

—Que tenga una muy buena velada, *lady* Maccon.

—¿No se unirán ustedes a mí?

Boots intercambió una expresiva mirada con Mabel Dair.

—No en esta fiesta en particular, *milady*. Haríamos que las cosas fueran —hizo una delicada pausa—, espinosas.

Lady Maccon asintió con comprensión y no le dedicó al asunto más pensamientos. Hay algunos lugares donde, a pesar de sus habilidades universales de ubicuidad, ni siquiera los zánganos de lord Akeldama podían ir.

Mabel Dair le ofreció el brazo a *lady* Maccon. Alexia lo tomó agradecida, aunque afianzó el agarre en su sombrilla con la mano libre. Estaba, después de todo, entrando en la sede de una colmena y a pesar de las restricciones de la buena sociedad, los vampiros nunca la habían mirado, a ella y su falta de alma, con el más mínimo grado de aceptación. En cada anterior ocasión excepto una, *lady* Maccon había visitado esta colmena con su marido. Esta noche entraba sola. La señorita Mabel Dair podía tener

su brazo, pero Alexia sabía muy bien que la actriz *no* la haría retroceder.

Juntas, las dos mujeres entraron en la fiesta.

La casa en sí misma no había cambiado desde que Alexia la visitó por primera vez. Por dentro era mucho más lujosa de lo que sugería su exterior, aunque todos los despliegues de prosperidad eran de buen gusto, sin un indicio de vulgaridad. Las alfombras persas todavía eran gruesas y suaves, con diseños coordinados en granate y diseños sutiles, pero eran difíciles de ver con tantas botas altas y zapatillas de noche pisando sobre ellas. Las notables pinturas todavía colgaban en las paredes, obras consagradas extendiéndose desde piezas abstractas contemporáneas hasta una dama relajada, de piel de porcelana, que solo podía ser de Tiziano. Pero Alexia solo sabía que estaban allí porque las había visto antes; esta vez, mientras se abría camino entre la multitud, complicados peinados y tocados de flores obstaculizaban su visión. El espléndido mobiliario de caoba había sido actualmente retirado, y las múltiples estatuas de piedra de senadores romanos y dioses egipcios se habían convertido solo en miembros de piedra de la demoledora multitud.

—Madre mía —le gritó Alexia a su escolta por encima del fuerte parloteo—. Todo está bastante apretujado.

La actriz asintió con entusiasmo.

—Se supone que la condesa hará un anuncio muy importante esta tarde. Todo el mundo, y quiero decir *todo el mundo*, ha aceptado su invitación.

—¿Anuncio, qué clase de...?

Pero la atención de la señorita Dair estaba de nuevo en abrirse paso a empujones a través de la multitud.

Una o dos personas reconocieron a Alexia, algunas cabezas se inclinaron en su dirección, con expresión perpleja. «¿*Lady Maccon?*». Fue el confuso reconocimiento de su presencia, acompañado por pequeñas inclinaciones de cabeza. Ella podía oír los chismes arremolinándose como otros tantos motores de vapor preparándose para explotar. *¿Qué hacía la esposa de un Alfa licántropo allí? Y en una fase tan avanzada de su embarazo. ¡Y sola! ¡Durante la luna llena!*

Mientras avanzaban, Alexia fue consciente de una presencia siguiéndolas a través del gentío. Justo mientras un hombre alto y delgado acosaba a la señorita Dair por el frente, una persona por detrás de ellas se aclaró la voz.

Lady Maccon se giró para encontrarse cara a cara con un caballero difícil de describir, con un rostro tan anodino como indescriptible. Su cabello era simplemente de un tono castaño, y sus ojos simplemente de un tono azul, combinados con una disposición de otros rasgos ni sorprendentes ni interesantes. Vestía ropa poco llamativa aunque elegante, todo lo cual sugería un nivel de oscuridad premeditado que le recordó irresistiblemente al profesor Lyall.

—Su gracia —saludó, precavida.

El duque de Hematol no sonrió, pero eso podría haber sido solo porque no deseaba mostrarle los colmillos todavía.

—*Lady Maccon*, qué placer tan inesperado.

Alexia miró a la señorita Dair, que estaba inmersa en una conversación susurrada y bastante enérgica con el señor Caedes, otro miembro del círculo interior de la condesa Nadasdy. Era un vampiro alto y delgado del que Alexia siempre pensaba que parecía una sombrilla sin su cubierta de tela, todo puntas y ángulos afilados. Él se *desplegaba*, en lugar de caminar. No parecía contento.

El duque fue más sutil y más capaz de ocultar sus sentimientos sobre la presencia imprevista de *lady Maccon*. Alexia se preguntó dónde estaba escondido lord Ambrose, el último miembro de esta pequeña banda. Probablemente cerca de la condesa, ya que actuaba como su *praetoriani*. En una fiesta tan abarrotada como esta, la reina querría a su guardaespaldas favorito tan cerca como fuera posible.

—No la esperábamos en esta noche en particular, *lady Maccon*. Habíamos asumido que ayudaría a su marido con su —una pausa calculada— incapacidad.

Alexia entornó los ojos y rebuscó en su ridículo, sacando la tarjeta requerida.

—Tengo una invitación.

—Por supuesto que la tiene.

—Es muy urgente que hable con su señora inmediatamente. Tengo cierta información vital que darle a conocer.

—Cuéntemela a mí.

Alexia adoptó su expresión más altiva de *lady Maccon* y lo miró de arriba a abajo.

—Creo que no.

El vampiro mantuvo su postura.

No era un hombre muy alto. Alexia supuso que si llegaba a empujarlo, podría con él incluso en su estado actual. Ser una sin alma tenía su utilidad. Se quitó los guantes.

Él observó este movimiento con afectado interés.

—No hay ninguna necesidad de eso, *lady Maccon*.

Si era tan parecido al profesor Lyall como Alexia pensaba, el conflicto físico no sería su solución preferida para un enfrentamiento dado. Alzó la mirada hacia el doctor parecido a una cigüeña e hizo un gesto brusco con la barbilla. El otro vampiro reaccionó con rapidez sobrenatural, agarró el brazo de la señorita Dair y se mezcló con el gentío, dejando a *lady Maccon* con un escolta nuevo, mucho menos atractivo.

—Realmente es vital que la vea tan pronto como sea posible. Puede estar en serio peligro. —Alexia se quitó los guantes del todo y trató de transmitir al vampiro su urgencia sin ser demasiado amenazadora.

El duque sonrió. Sus colmillos eran pequeños y afilados, apenas perceptibles, tan sutiles como el resto de la imagen que proyectaba.

—Ustedes los mortales siempre tienen prisa.

Lady Maccon apretó los dientes.

—Esta vez es en *su* propio interés, realmente lo es.

El duque la miró detenidamente.

—Muy bien, venga conmigo.

Él la condujo por entre la multitud, que disminuyó mientras salían del vestíbulo principal que conducía al salón, salitas de estar, el salón comedor y la zona de recepción. Doblaron una esquina hacia una parte de la casa que a Alexia le encantaba, el museo de maquinaria, donde la historia de la innovación humana era exhibida con tanto cuidado como las estatuas de mármol y las pinturas al óleo de las áreas públicas. El duque se movía con un paso sosegado, demasiado sosegado para Alexia quién, incluso embarazada y sabiendo que traspasaba los límites de la etiqueta adecuada, lo empujó para sobrepasarlo. Corrió, bordeando el primer motor a vapor construido y pasando después junto a la maqueta del motor de Babbage, con apenas una mirada reservada a ambas hazañas del ingenio humano.

El vampiro se apresuró a alcanzarla, empujando para dejarla atrás a su vez cuando alcanzaron las escaleras, encaminándose hacia arriba en vez de, como había ocurrido en ocasiones previas, hacia la sala trasera que era el santuario preferido de la condesa. Esta era una velada especial, ciertamente. A *lady* Maccon le estaban permitiendo entrar en el mayor santuario de la colmena. Nunca antes le habían permitido ir al *piso de arriba*.

Había zánganos estratégicamente situados en la escalera, todos atractivos y perfectamente vestidos, como si fueran invitados a la fiesta, pero Alexia sabía, por la forma en que la observaron, que eran accesorios de la casa, igual que sus alfombras persas. Solo que más mortíferos que las alfombras, se suponía. No hicieron nada, sin embargo, puesto que *lady* Maccon estaba en compañía del duque. Pero la observaron detenidamente.

Llegaron a una puerta cerrada. El duque de Hematol llamó con una serie de golpecitos. Se abrió para revelara lord Ambrose, tan alto, tan oscuro y tan bien parecido como cualquier insípida señorita podría desear que fuera su propio vampiro personal.

—¡*Lady* Maccon! Qué inesperado.

—Es lo que todo el mundo sigue señalando. —Alexia trató de irrumpir por delante de él.

—No puede entrar aquí dentro.

—Oh, por el amor de Dios, no voy a hacerle ningún daño. A decir verdad, es justo lo contrario.

Un intercambio de miradas tuvo lugar entre lord Ambrose y el duque.

—Ella es parte de esta nueva orden. Creo que debemos creerla.

—¡Usted solía pensar que Walsingham estaba en lo cierto! —acusó lord Ambrose a su conciudadano.

—Todavía lo hago. Pero, en su papel, ella no es más la hija de su padre de lo que lord Maccon es el sucesor de lord Woolsey o lord Akeldama lo es de Walsingham.

Lady Maccon lo miró encolerizada.

—Si quiere decir que pienso por mí misma y hago mis propias elecciones,

entonces ha dado en el blanco. Ahora, debo ver a la condesa inmediatamente. Tengo...

Lord Ambrose no se movió.

—Debo tomar posesión de su sombrilla.

—Absolutamente no. Podemos necesitarla en poco tiempo, especialmente si usted no me deja entrar. Le digo que tengo...

—Debo insistir.

—Déjala entrar, querido Ambrose. —La condesa Nadasdy tenía una voz tan cálida como la mantequilla e igual de grasienta. Ella podría freír a la gente con esa voz, si quería.

De inmediato lord Ambrose se apartó de la línea de visión de Alexia, revelando el interior de la cámara. Era un tocador muy bien equipado, completado no solo con una enorme cama con baldaquino, sino también con una zona para sentarse y otros accesorios altamente deseables. Allí estaba el último y más sofisticado calentador de exsanguinación, una tetera extra-grande para almacenar sangre con múltiples pitorros y tuberías adjuntos. Tanto la tetera como los tubos tenían puestas cubre teteras de punto, y había un brasero calentador debajo, para mantener el líquido vital moviéndose a través de los tubos.

La condesa estaba ciertamente tomando el té. Su versión era un asunto fastuoso, completado con un carrito de té cubierto de encajes dispuesto con tazas de té a juego, con la fina tetera de porcelana china pintada con pequeñas rosas rosadas y bordes en plata. Había *petits fours* rosados y blancos que nadie comía y tazas de té que nadie bebía. Una bandeja de plata de tres pisos mostraba un despliegue tentador de canapés y pétalos de rosa azucarados, y había incluso una bandeja pequeña de... ¿era posible? ¡Tarta de melaza!

A lady Maccon le gustaba en exceso la tarta de melaza.

Los zánganos allí reunidos y los invitados estaban todos vestidos en tonos blancos, verde pálido y rosa, para hacer juego con los accesorios de la decoración. Las elegantes urnas griegas contenían enormes macizos de flores, rosas en crema pálido con bordes rosados y largas hojas de helechos. Estaba todo muy bien coordinado, quizá demasiado bien, como el grabado científico de un animal comparado con el verdadero.

Un segundo carrito de té estaba también destacadamente exhibido, cubierto de modo semejante con una fina tela de encaje. Era uno de los de estilo más sencillo, destinados a las salas de estar y las visitas vespertinas. Sobre él descansaba de forma supina una joven, vestida a juego con la porcelana china, con un vestido de tarde blanco adamascado con flores rosadas. Su garganta estaba desnuda y expuesta, y su fino cabello rubio estaba recogido en lo alto, mostrando su cuello.

La condesa, al parecer, tenía una definición muy particular de un té tardío.

—Oh, querida. Odio interrumpirla durante la comida —dijo lady Maccon, en absoluto en tono de disculpa—. Pero tengo una información de lo más importante que

darle a conocer.

Avanzó bamboleándose, solo para ser bloqueada una vez más por lord Ambrose.

—Mi reina, debo protestar, una sin alma en su santuario interior. ¡Y mientras está a la mesa!

La condesa Nadasdy levantó la mirada del blanco cuello de la joven.

—Ambrose. Ya hemos pasado por esto antes. —Alexia nunca había pensado que la reina de Westminster se hubiera adaptado enteramente al papel de vampiro. No es que la opinión de *lady Maccon* importara mucho. Si se debía creer en los rumores, la condesa Nadasdy había estado adaptándose al papel durante más de mil años. Posiblemente dos mil. Pero, a diferencia de a lord Ambrose, ella simplemente no la veía en el papel. Era una mujercita entrañable, pequeña y más bien regordeta. Sus mejillas eran redondas y rosadas, y sus grandes ojos chispeaban. En verdad era volátil y los ojos centelleaban por la belladona y el cálculo, no por humor, pero era difícil sentirse amenazado por una mujer que parecía la viva encarnación de una de las pinturas de pastorcillas seductoras de lord Akeldama.

—Es una cazadora —protestó lord Ambrose.

—Es una dama. ¿No, *lady Maccon*?

Alexia bajó la mirada a su protuberante barriga.

—Eso es lo que la evidencia parece sugerir. —El bebé en su interior se removió como para acentuar la declaración. *Sí*, le dijo Alexia internamente, *tampoco me gusta lord Ambrose. Pero ahora no es momento para histrionismos.*

—Ah, sí, felicitaciones por el inminente acontecimiento.

—Esperemos que no tan inminente. De paso, mis disculpas, venerable. Hasta hace poco, ustedes parecen haber encontrado desconcertante el advenimiento de mi progenie.

—Exactamente, mi reina, no podemos...

Lady Maccon interrumpió a lord Ambrose por el sencillo procedimiento de agujonear sus costillas con su sombrilla. Apuntó exactamente a ese punto en la caja torácica en que la mayoría siente cosquillas. No es que los vampiros tuvieran cosquillas, que Alexia supiera, pero era el mismo principio.

—Sí, sí, ya sé que usted todavía preferiría que estuviera muerta, lord Ambrose, pero eso ya no importa. Condesa, escúcheme. Tiene que escapar.

Lord Ambrose se movió y *lady Maccon* avanzó hacia la reina de la colmena.

La condesa se limpió con unos toquecitos un poquito de sangre en un lado de su boca con un pañuelo de lino blanco. Alexia apenas percibió un indicio de colmillos antes de que quedaran ocultos tras el perfecto arco de cupido de sus labios. La condesa nunca mostraba los colmillos a menos que quisiera hacerlo.

—Mi estimada *lady Maccon*, ¿qué lleva puesto? ¿Eso es un vestido *de tarde*?

—¿Qué? Oh, sí, lo siento. No tenía intención de venir a su encantadora reunión, o estaría más apropiadamente vestida. Pero, por favor escuche, ¡usted debe marcharse ahora!

—¿Irme de esta habitación? ¿Adónde? Es una de mis favoritas.

—No, no, salga de la casa.

—¿Abandonar mi colmena? ¡Nunca! No sea tonta, niña.

—Pero, condesa, hay un octómata dirigiéndose en esta dirección. Quiere matarla y conoce la localización.

—Absurdo. No ha habido un octómata durante años. ¿Y cómo sabría dónde encontrarme?

—Ah, sí, bien, respecto a eso. Hubo ese robo, veré...

Lord Ambrose se erizó.

—¡Chupa-almas! ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Cómo iba yo a recordar una pequeña invitación de hace tanto tiempo?

La condesa se quedó momentáneamente inmóvil, como una avispa sobre una rodaja de melón.

—*Lady Maccon*, ¿quién quiere matarme?

—Oh, ¿no son demasiados para escoger? Yo estoy bendecida de modo semejante.

—¡*Lady Maccon*!

Alexia había esperado no tener que revelar la identidad del culpable. Una cosa era advertir a la colmena del inminente ataque; otra muy distinta era exponer a *madame Lefoux* sin haber comprendido primero sus motivos. *Bueno, quizá si mi amiga me hubiera dado a conocer sus razones, ahora no me vería a la fuerza en esta situación. Pero en fin, soy muhjah, y debo recordar que es mi deber mantener la solidez de la paz entre humanos y sobrenaturales. Sin importar los argumentos de madame Lefoux, no podemos tener a una colmena arbitrariamente atacada por una inventora. No es solo poco político, además es descortés.*

Así pues, *lady Maccon* inspiró profundamente y le dijo la verdad:

—*Madame Lefoux* ha construido el octómata. Tiene intención de matarla con él.

Los grandes ojos azul aciano de la condesa se estrecharon.

—¡Qué! —Ese fue lord Ambrose.

El duque de Hematol se abrió paso hacia su reina.

—Le dije que nada bueno podría venir de esa criada francesa.

La condesa alzó una mano.

—Ella va tras del niño.

—¡Por supuesto que va tras del niño! —La voz del duque era brusca debido a la irritación—. Esto es lo que sucede por involucrarse en los asuntos de las mujeres mortales. Un octómata en su umbral. Se lo advertí.

—Su queja fue registrada por el guardián de edictos en su momento.

Lady Maccon parpadeó.

—¿*Quesnel*? ¿Qué tiene él que ver con nada de esto? Un momento. —Ladeó la cabeza y miró a la condesa—. ¿Secuestró usted al hijo de *madame Lefoux*?

Alexia a menudo sentía que no era posible que un vampiro pareciera culpable. Pero la condesa estaba dando un claro ejemplo de la expresión.

—¿Por qué? Quiero decir, por amor de Dios. —*Lady Maccon* sacudió el dedo hacia la reina de la colmena como si la antigua vampiro fuera una alumna traviesa atrapada con la mano en el tarro de la mermelada—. ¡Qué vergüenza! Vampira mala.

La condesa chasqueó la lengua despectivamente.

—Oh, de verdad. No hay motivo para ser condescendiente, chupa-almas. El niño nos fue ofrecido. En su testamento, *Angelique* nombró a la colmena como guardián de su hijo. Ni siquiera sabíamos que existía hasta ese momento. *Madame Lefoux* no quiso oír hablar de ello, por supuesto. Pero él *es nuestro*. Y nunca soltamos lo que es legítimamente nuestro. No lo secuestramos. *Lo recuperamos*.

Lady Maccon pensó en su hijo, ahora prometido a lord *Akeldama* para mantenerlos a ambos a salvo de interferencias colmilludas y de intentos de asesinato.

—Oh, vamos, condesa. ¡*A eso me refiero!* ¿Qué les pasa a los vampiros? ¿No relajan nunca sus maquinaciones? No es extraño que *Genevieve* quiera matarla. Un secuestro. Eso es caer muy bajo. Muy bajo, sin duda. ¿Qué podría querer del niño de todas formas? Es un bribón terrible.

La cara redonda y agradable de la condesa se volvió muy dura.

—¡Lo queremos porque es nuestro! ¿Qué más razón necesitamos? La ley está a nuestro favor en esto. Tenemos copias del testamento.

Lady Maccon exigió detalles.

—¿Nombra a la colmena, o a usted específicamente, condesa?

—Solo a mí, creo.

Lady Maccon alzó sus manos al cielo, aunque no había nadie allá arriba a quien ella pudiera apelar. Era un hecho aceptado que los preternaturales no tenían ningún recurso espiritual, solo pragmatismo. A *Alexia* no le importó, lo último a menudo la había sacado de situaciones difíciles, mientras que lo primero parecía muy poco fiable cuando una estaba metida en un aprieto.

—Bien, ahí lo tiene. Sin ningún recurso legal, a *Genevieve* solo le queda verla muerta para recuperar a su hijo. Es más, tendrá el placer añadido de matar a la mujer que corrompió a su amante.

La condesa pareció como si no hubiera pensado en el asunto de esa forma.

—No puede hablar en serio.

Alexia se encogió de hombros.

—Considere su perspectiva.

La condesa se levantó.

—Buen punto. Y ella es francesa. Se ponen terriblemente emocionales, ¿verdad? *Ambrose*, dispón las defensas. *Hematol*, envía mensajeros. Si realmente es un octómata, vamos a necesitar soporte militar adicional. Traedme a mi médico personal. Oh, y saca la ametralladora eterotróica Gatling.

Lady Maccon no pudo evitar admirar el dominio de la condesa sobre la situación. La misma *Alexia* era algunas veces conocida, entre los miembros de la manada, como *la generala*. Por supuesto, los caballeros en cuestión creían que su señora ignoraba

este apodo. Alexia lo prefería así y periódicamente caía en arrebatos de demandas autocráticas, simplemente para averiguar si podría obligarlos a mascullarlo cuando pensaban que ella no podía oírlos. Los licántropos tendían a creer que todos los mortales eran ligeramente sordos.

Mientras la condesa ponía en orden a su gente, su comida, que yacía sobre la mesa de té en soporífica languidez, se movió. La joven rubia se levantó lentamente sobre sus codos y miró brumosamente a su alrededor.

—¡Felicity!

—Oh, querida, ¿Alexia? ¿Qué demonios estás *tú* haciendo aquí?

—¡Yo! ¿Yo? —*Lady Maccon* se vio reducida a balbucear—. ¿Y qué hay de ti? ¡Te informo, hermana mía, que vine aquí porque tenía una invitación para la fiesta!

Felicity se limpió delicadamente el lateral de su cuello con una servilleta de té.

—No sabía que te movías en los círculos de la condesa.

—¿Quieres decir, en círculos sobrenaturales? ¡Mi marido es un hombre lobo, por amor de Dios! ¿Sigues olvidando ese pequeñísimo detalle?

—Sí, pero en una noche de luna llena, ¿no deberías estar con él? ¿Y no estás terriblemente adelantada como para estar en público?

Lady Maccon prácticamente gruñó:

—Felicity. Mi presencia aquí no te concierne. ¡Pero la tuya desde luego que sí! ¿Qué demonios haces permitiendo que un vampiro, y no simplemente cualquier vampiro, eso sí, sino la misma reina roja de Westminster, se alimente de ti? Tú... tú... ¡ni siquiera vas con una chaperona! —balbuceó.

La expresión de Felicity se endureció y se volvió calculadora. Alexia había visto esa mirada antes, pero nunca le había dado mucha importancia más allá de la pequeñez de su mente. Sin embargo, esta vez tuvo la preocupante sensación de que podría haber menospreciado a su hermana.

—Felicity, ¿qué has hecho?

Felicity esbozó una pequeña sonrisa carente de humor.

—¿Cuánto tiempo ha durado esta relación? —Alexia intentó recordar. ¿Cuándo fue la primera vez que su hermana comenzó a llevar vestidos de escotes altos y cuellos de encajes?

—Oh, Alexia, qué boba puedes llegar a ser. Desde que conocí a lord Ambrose en tu boda, por supuesto. Muy amablemente me dijo que yo parecía justo el tipo de señorita creativa y ambiciosa que tendría un exceso de alma. Me preguntó si me gustaría vivir para siempre. Pensé para mis adentros: bien, *por supuesto* que tengo un exceso de alma. Mamá siempre dice lo buena artista que sería, que debería intentarlo alguna vez, y lo buena músico que sería, que debería aprender a tocar alguna vez. ¡Y, con toda seguridad, me gustaría vivir para siempre! ¡Sin mencionar el ser cortejada por lord Ambrose! ¿Qué dirían las otras damas entonces?

Lady Maccon apretó los dientes.

—¡Felicity! ¿Qué has hecho? Oh, Dios mío, tú robaste mi diario de viaje en el

dirigible hacia Escocia, ¿verdad?

Felicity levantó la mirada al techo con malicia.

—¿Filtraste mi embarazo a la prensa intencionadamente?

Felicity se encogió de hombros delicadamente.

Alexia estaba muy disgustada con su hermana. Ser estúpida era una cosa; ser estúpida y malvada producía consecuencias desastrosas.

—¿Por eso? ¡Confabularte por una pizca de equipaje! ¿Cómo pudiste? ¡A alguien de tu propia sangre! —También estaba escandalizada—. Súbete el vestido. ¡Vaya escote! —Alexia estaba tan fuera de sí que, de hecho, casi se olvidó de que estaban todos en peligro debido a un furioso pulpo de dos pisos de altura—. ¿Y?

Felicity frunció los labios y miró al techo.

—¡Continúa!

—Oh, de verdad, hermana, no hay necesidad de usar ese tono de voz conmigo. Todo lo que lord Ambrose quería era algunos informes de tus actividades y tu salud de vez en cuando. Bueno, y el diario de viaje. Hasta esta última mudanza... luego pensamos en que me mudara contigo, bien, ya sabes... Y he estado visitando a la condesa solo de vez en cuando, permitiéndole un mordisquito, transmitiéndole cierta información. No se ha producido ningún daño. Ella es perfectamente encantadora, ¿verdad? Realmente del tipo maternal.

—¿Dejando aparte los mordiscos en el cuello? —El comentario sarcástico fue, claro está, la mínima expresión de un sermón, pero a veces Alexia no podía resistir una tentación como la que su hermana ofrecía. Así era probablemente como se sentía la condesa Nadasdy. *Eso explica esos chales tan feos que Felicity vestía. Ha estado escondiendo su cuello.*

Ambas se giraron para observar a la condesa mientras conferenciaba con dos de sus zánganos. Se movía rápida como un relámpago de una tarea a la siguiente, disponiéndose a defender su territorio con fuerza y astucia y, si los ojos de Alexia no la engañaban, una lata de lo que parecía ser arenque en vinagre. La reina vampiro tenía la conducta y la apariencia de alguna clase de pequeño y veloz pájaro de los setos: un herrerillo, quizá. Si un herrerillo pudiera matarte con una mera inclinación de su cabecita emplumada.

—Felicity. ¿Qué le contaste sobre mí?

—Bueno, todo lo que se me ocurrió, por supuesto. Pero realmente, Alexia, tus actividades son muy aburridas. No soy capaz de ver por qué nadie podría estar interesado en ti o en ese hijo tuyo.

—No, claro.

Con su colmena ocupada reuniendo sus tropas, la condesa regresó rápidamente, se sentó y pareció como si tuviera intención de regresar al té.

Lady Maccon entrecerró los ojos, avanzó los últimos centímetros hacia el bello sofá de brocado de color crema, y colocó una mano muy firme y muy desnuda en el antebrazo de la reina vampiro. Alexia era mucho más fuerte de lo que una decorosa

dama inglesa debería ser, y la condesa estaba repentinamente mal equipada como para quitarse de encima tal agarre.

—No más té. —Alexia estaba realmente decidida en este punto.

La condesa la miró a ella y luego a su hermana.

—Notable, ¿verdad? La hermandad entre mujeres, quiero decir. Una nunca lo adivinaría al mirarlas.

Alexia puso los ojos en blanco, soltó el brazo de la condesa y le dedicó una mirada de suave reproche.

—Mi hermana posiblemente no haya podido ser un espía efectivo.

La reina vampiro se encogió de hombros y trató de alcanzar su té... el normal. Sorbió la taza de porcelana china delicadamente, sin obtener placer o sustento de la bebida.

Qué desperdicio de un té perfectamente bueno, pensó Alexia. Miró a Felicity. Pero, en ese momento, la condesa probablemente pensaba que Felicity era un desperdicio de una sangre perfectamente buena.

Su hermana asumió una pose dramáticamente relajada encima del carrito del té, con expresión petulante.

Alexia alcanzó una tartaleta de melaza y se la metió en la boca.

—Usted ha estado dirigiendo algunas investigaciones interesantes recientemente, *lady Maccon* —dijo ladinamente la reina vampiro—. Algo que ver con el pasado de su padre, si lo que su hermana ha transmitido es cierto. Y un fantasma. Sé que es contraria a mis consejos, pero confíe en mí, *lady Maccon*, sería más conveniente no ahondar demasiado en los archivos de Alessandro Tarabotti.

Alexia pensó en Floote, quien siempre parecía saber más acerca de su padre de lo que estaba dispuesto a contarle a ella. O de lo que le permitían contarle.

—¿Tienen sus vampiros algo que mi padre ocultara? ¿Tiene usted a mi mayordomo bajo secreto de sumario? Y ahora usted corrompe a mi hermana. Realmente, condesa Nadasdy, ¿por qué ir tan lejos? —*Lady Maccon* puso su mano sobre el brazo de la reina vampiro, devolviéndola a su mortalidad una vez más.

La condesa se sobresaltó, pero no se apartó.

—Realmente, *lady Maccon*, ¿tiene que hacerlo? Es una sensación de lo más inquietante.

En ese momento, lord Ambrose se volvió y vio lo que ocurría en el sofá.

—¡Déjela ir, bruja chupa-almas! —Se abalanzó a cruzar la habitación.

Alexia la dejó ir y levantó su sombrilla.

—Vamos, Ambrose, no ha habido ningún daño. —La condesa sonó plácida, pero sus colmillos se mostraban ligeramente.

Felicity miraba de uno a otro de los participantes a su alrededor, con un estupor que iba en aumento en su bonito rostro. Como Felicity a menudo mostraba ese aspecto cada vez que pretendía entender cualquier conversación que no le concernía directamente, Alexia no veía ninguna razón para explicarle nada. Lo último que

Felicity necesitaba saber era que su hermana mayor era algo más que una molestia. *Es decir, asumiendo que Felicity todavía no sepa que soy una preternatural. Ahora mismo es difícil saber de qué es capaz.*

Lord Ambrose tenía aspecto de apetecerle muchísimo golpear a *lady* Maccon.

Todavía sosteniendo la sombrilla a la defensiva, Alexia alcanzó su ridículo y sacó a Ethel. Luego bajó la sombrilla para revelar el arma ahora apuntando hacia el vampiro.

—Retroceda un poco, si hace el favor, lord Ambrose. Me hace sentir muy poco bienvenida.

Lord Ambrose sonó como si hablase bufando:

—No es bienvenida.

—¿Tengo que seguir recordárselo a todo el mundo? ¡Tenía una invitación!

—¡Alexia, tienes un arma! —exclamó Felicity, horrorizada.

—Sí. —*Lady* Maccon se reclinó en el sofá y permitió que el arma fluctuase ligeramente hacia la condesa—. Debería advertirle, lord Ambrose, que mi puntería no es muy precisa.

—¿Y el arma está cargada con...? —Él no terminó la frase. No lo necesitó.

—Nunca, por supuesto, debería admitir el hecho de que aquí Ethel está equipada con balas de nocturnos. Pero unas cuantas *accidentalmente* pudieron haber pasado desde las existencias de mi marido a las mías. No puedo imaginar cómo.

Lord Ambrose retrocedió.

Alexia miró con disgusto a su hermana.

—Bájate del carrito de té, Felicity, vamos. Vaya lugar para que una señorita esté sentada. ¿Tienes idea de la clase de problemas en que te has metido?

Felicity inhaló por la nariz.

—Suenas justo igual que mamá.

—¡Sí, bien, *tú* comienzas a *actuar* como mamá!

Felicity jadeó.

Lord Ambrose hizo un movimiento hacia adelante, pensando que la atención de *lady* Maccon estaba distraída.

Ethel se meció otra vez hacia la condesa. La mano de Alexia estaba notablemente estable.

—Ah, ah, ah.

El vampiro retrocedió de nuevo.

—Ahora —dijo Alexia— odio hacerles esto a todos ustedes. Pero realmente, nuestra apuesta más segura sería salir de aquí. Y rápidamente.

La condesa negó con la cabeza.

—Usted puede irse, por supuesto, *lady* Maccon, pero...

—No, no, todos nosotros, insisto.

—Niña tonta —dijo el duque de Hematol, volviendo a entrar en la habitación—. ¿Cómo puede alguien saber tan poco de los edictos de los vampiros y sentarse en el

Consejo en la Sombra? Nuestra reina no puede dejar esta casa. No es cuestión de elección, es cuestión de fisiología.

—Ella podría formar un enjambre. —*Lady Maccon* mecía su arma otra vez hacia la reina vampiro.

Lord Ambrose siseó.

Lady Maccon dijo:

—Vamos, condesa, forme un enjambre. Sea un buen vampiro.

El duque dejó escapar un suspiro molesto.

—Dios nos guarde a todos del sentido práctico de una chupa-almas. Ella no puede formar enjambre cuando se lo ordenan, mujer. Las reinas no van y forman enjambre cuando les dicen que lo hagan. Formar un enjambre es un imperativo biológico. Igual podría usted decirle que se queme espontáneamente.

Alexia miró a lord Ambrose.

—¿De verdad? ¿Funcionaría con él?

En ese instante, un tremendo estruendo reverberó a través de la casa, y los invitados de la fiesta de abajo comenzaron a gritar.

El octómata había llegado.

Lady Maccon hizo un gesto con su arma de manera caprichosa.

—*Y ahora ¿formará usted un enjambre?*



En el que lady Maccon extravía su sombrilla

La condesa se puso en pie de un salto. Y también Felicity. Lord Ambrose decidió que lady Maccon ya no suponía la mayor amenaza del mundo y se dio la vuelta hacia el jaleo.

—Ahora sería un momento excelente —la animó Alexia.

La condesa sacudió la cabeza con exasperación.

—Formar un enjambre no es algo que una elige. Sé que es difícil de entender para usted, chupa-almas, pero no todo es el resultado del pensamiento consciente. El enjambre es el instinto. Tengo que saber, en lo profundo de mi alma, a un nivel sobrenatural, que mi colmena ya no es segura. Entonces tendría que conseguir una nueva colmena, y nunca volver a esta. Ahora no es ese momento.

La casa tembló sobre sus cimientos cuando otro fuerte choque rasgó el aire.

—¿Está convencida de eso? —preguntó Alexia.

Algo estaba literalmente destrozando el edificio para abrirse camino, como un niño rompe la envoltura de papel para llegar al caramelo en su interior. *Delicioso caramelo de vampiro. Mmm.*

Felicity empezó a gritar.

—¿Dónde ha escondido a Quesnel, condesa Nadasdy? —Lady Maccon levantó la voz para hacerse oír por encima del estrépito.

La condesa estaba distraída por el alboroto.

—¿Qué?

—Solo sugería que es posible que quiera recuperarlo. Tenerlo con usted, y pronto.

—Ah, sí, un plan excelente. Hematol, ¿podrías ir a buscar al chico?

—Sí, mi reina. —El duque, que acababa de aparecer, parecía reacio a obedecer; ningún vampiro quiere abandonar el lado de su reina cuando ella está en peligro. Pero una orden directa era una orden directa, por lo que se inclinó de un modo mecánico y se escabulló.

Sin embargo, sonó otro estruendo. La puerta se abrió de repente. El doctor Caedes, algunos zánganos lacayos y varios vampiros más de la colmena entraron corriendo en el cuarto. Mabel Dair fue la última en entrar, cerrando de golpe la puerta detrás de ella. El precioso vestido dorado de la actriz estaba rasgado y su cabello caía sobre su rostro. Parecía como si estuviera a punto de representar la escena de la muerte de Ofelia ante un auditorio repleto.

—Mi reina, ¡no creería el monstruo que hay allí abajo! ¡Es horrible! Ha atravesado la pared por completo, la que tiene el Tiziano. Y ha hecho pedazos el busto de Deméter.

La condesa era amablemente comprensiva con el trauma.

—Ven conmigo, querida.

Mabel Dair corrió hacia su señora, se arrodilló a sus pies y hundió la cara en las amplias faldas de la vampira. Le temblaban las manos donde agarraron el fino tejido de tafetán.

Alexia se sintió tentada a aplaudir. *¡Una interpretación espectacular!*

La reina puso una perfecta mano blanca encima de la cascada de rizos rubios de la señorita Dair y miró a su colmena.

—Doctor Caedes, ¡informe! ¿Cuál es el armamento del octómata? ¿Es equiparable al modelo anterior?

—No, mi reina, parece que ha sido modificado.

—¿Fuego?

—Sí, pero solo un tentáculo. Y las cuchillas de madera de costumbre. Pero parece que un tercero es capaz de disparar estacas. Y el cuarto tiene balas.

—Continúa. Eso son solo cuatro.

—Aún no ha utilizado ninguno de los demás.

—Si estamos tratando con *madame* Lefoux, habrá armado cada tentáculo con algo mortal. Así es como ella piensa.

Alexia no pudo evitar estar de acuerdo. Genevieve era así sobre sus aparatos... cuantas más utilidades mejor.

La pared al otro lado del cuarto tembló. Oyeron un ruido horrible, de algo retorciéndose, de tela rasgándose y de rotura. Era el sonido del metal, madera y ladrillo chocando. Toda la pared delante de ellos fue hecha pedazos. Una vez que el polvo se asentó, la cabeza en forma de cúpula del octómata se hizo visible, equilibrada sobre sus numerosos tentáculos. La criatura se revolvió para adherirse bien a los escombros de la que una vez había sido una de las residencias más elegantes de Londres. La luz plateada de la luna y el gas brillante de las farolas iluminaban la reluciente piel metálica de la criatura mecánica. Alexia solo podía ver las siluetas de los invitados a la fiesta de la condesa que huían en la calle de abajo.

Alexia levantó la sombrilla y se puso de pie. Apuntó el accesorio con volantes hacia el octómata de modo acusador.

—Genevieve, espero que no hayas matado a nadie.

Pero si *madame* Lefoux estaba allí, dirigiendo a la criatura, no reconoció a *lady* Maccon. Tenía un objetivo fijado y solo un objetivo: la condesa Nadasdy.

Un tentáculo gigantesco serpenteó abriéndose caminos dentro del cuarto y arremetió contra la reina vampiro, tratando de aplastarla. Alexia prefería atacar con una ofensiva aérea, pero *madame* Lefoux optaba por el combate mano a mano, ¿o era mano a tentáculo? Posiblemente para proteger a tantos inocentes como pudiera.

La reina, sobrenatural en velocidad y astucia, simplemente se echó a un lado de la enorme cosa metálica. Pero estaba atrapada de verdad, ya que no había otras puertas para salir de ese cuarto, y la mitad de su casa ahora estaba destruida.

Felicity soltó otro grito y luego hizo lo más sensato que podía hacer dadas las circunstancias... se desmayó. En ese momento, todos los demás hicieron algo igual de sensato y la ignoraron.

Lord Ambrose atacó. Alexia no tenía ni idea de lo que pretendía hacer o cómo pensaba hacerlo, pero parecía empeñado en algo. Saltó, increíblemente rápido y alto, aterrizando encima de la cabeza de la criatura, donde comenzó a tratar de escarbar para entrar. *Ah, iba a por el cerebro de la operación.*

Lady Maccon supuso que era un plan bastante inteligente, pero el vampiro se vio frustrado en sus intentos de arrancar la escotilla de la cúpula. Intentó atravesar la capa parecida a un casco, pero *madame* Lefoux era una artesana experta en la materia. La cabeza prácticamente no tenía soldaduras, sin modo posible de entrar desde el exterior, ni siquiera para un vampiro. Ella se había provisto de rendijas para ver el exterior, pero esas rendijas solo eran lo bastante grandes para mirar a través de ellas; no eran lo bastante grandes para que un vampiro introdujera los dedos y abriera la cubierta haciendo palanca.

Un tentáculo giró de repente y con un gesto despreocupado apartó a lord Ambrose como si fuera una miga. El vampiro cayó más allá del borde del suelo donde una vez se había encontrado la pared, tratando de agarrarse como loco y fallando, y desapareció de la vista. Solo para reaparecer momentos después, simplemente saltando de una planta a la siguiente hasta que volvió a estar adentro.

Esta vez lord Ambrose se lanzó hacia la raíz de uno de los tentáculos, tratando de arrancarlo del cuerpo. Confiando en toda su fortaleza, intentó desgarrar por la fuerza los rodamientos y poleas que dirigían sus movimientos. Nada. *Madame* Lefoux siempre pensaba en términos de fuerza sobrenatural y diseñaba sus dispositivos en consecuencia.

Mientras lord Ambrose estaba así ocupado con un ataque directo, varios de los zánganos más valientes también atacaron al octómata. Estos fueron apartados con poco más que la ondulación superficial de un tentáculo libre. Otros se dirigieron hasta su reina, permaneciendo de pie en un corrillo protector entre ella y la bestia mecánica. Uno de los vampiros estaba cargando el arenque en escabeche, que en realidad parecía ser algún tipo de munición, en una ametralladora eterotrónica Gatling. Tiró de la correa para arrancarla y la máquina escupió los peces brillantes

sobre el octómata en un *ra-ta-ta-ta* de fuego automático. Los peces chisporrotearon y se clavaron allí donde chocaron, devorando con furia y agujereando la chapa de protección del octómata.

Otro tentáculo entró sigilosamente en la habitación, que ahora parecía estar llena de brazos de pulpo metálicos retorciéndose. Este se levantó lentamente, como una serpiente. Su punta se abrió con un chasquido, y disparó una ráfaga de fuego al grupo que rodeaba a la condesa Nadasdy.

Los zánganos gritaron y la condesa, rauda y veloz, saltó a un lado, llevando a dos de ellos con ella. Trataría de rescatar a los que pudiera de las llamas, como Conall haría con sus guardianes en circunstancias similares.

Sabiendo que probablemente era inútil, Alexia volvió a guardar la pistola en su ridículo y activó el emisor de disrupción magnética de su sombrilla, apuntándolo hacia el pulpo. Al igual que antes, no hubo ninguna reacción ala ráfaga invisible, aunque la ametralladora Gatling se encasquilló. El tentáculo giró en redondo, rociando fuego sobre el tocador. El dosel sobre la espléndida cama de columnas se prendió y ardió hasta el techo. Alexia abrió su sombrilla y la levantó ante ella como un escudo, protegiéndose de la ráfaga.

Al bajarla, descubrió que todo era caos y polvo, con el olor a quemado y el sonido de gritos a su alrededor. Sin embargo, otro tentáculo se deslizaba en la habitación. Tenía una sensación de ansiedad de que esta podría ser realmente una verdadera amenaza. *Madame Lefoux* había terminado de jugar. Alexia sabía de lo que era capaz su sombrilla en lo que concernía a los vampiros, y precisamente este tentáculo goteaba un líquido siniestro por su punta... un líquido que chisporroteaba cuando alcanzaba la alfombra y hacía un agujero quemándola allí donde aterrizaba.

Lapis solaris, a menos que Alexia estuviera equivocada en su conjetura. Era una de las armas más letales en su sombrilla, y una de las favoritas entre aquellos que se oponían a los vampiros. El peligro consistía en que tenía que ser diluido en ácido sulfúrico, y eso podía matar a la mayoría de todos los demás, al tiempo que dañaba a un vampiro.

—¡Genevieve, no lo hagas! ¡Podrías herir a inocentes! —Alexia tenía miedo, no solo por la colmena, sino también por los zánganos y por su hermana, que parecían estar en la línea del chorro.

—Condesa, por favor, debe alejarse. Morirá gente. —*Lady Maccon* dirigió su súplica a la reina vampiro en peligro.

Pero la condesa Nadasdy estaba más allá de la razón. Todos sus esfuerzos se centraban en protegerse a sí misma y a su gente de la aniquilación.

El duque de Hematol reapareció, llevando a un niño sucio y demasiado pequeño en sus sobrenaturalmente fuertes brazos. De ser posible, el duque se movía aún más rápido que la reina, deteniéndose ante ella y empujando a Quesnel, que no paraba de dar patadas, para que ella lo agarrase. Todo se calmó.

Quesnel gritaba y repartía golpes, pero al ver el octómata, pareció tener más

miedo del artillero que de los vampiros. Chilló y se agarró por reflejo al cuello de la condesa Nadasdy con un brazo flaco y sucio.

El octómata no podía disparar sin riesgo de herir al niño. Ninguna ciencia moderna había inventado aún un arma, aparte de la luz del sol, que pudiera dañar a un vampiro sin dañar también a un humano. Uno de los tentáculos, que ya caía con una fuerza mortal hacia la reina vampiro, se desvió en el último momento, aterrizando con estruendo en el carrito cargado con el té, que había logrado sobrevivir al caos hasta aquel momento. Se dobló por la mitad con el golpe, lanzando porcelana fina, tarta de melaza y pequeños sándwiches en todas direcciones.

En lo que a Alexia se refería, fue *el colmo*. El inconveniente prenatal de su interior dio unos golpecitos de ánimo cuando ella se adelantó a grandes pasos y golpeó en el tentáculo de metal con la sombrilla y todas sus fuerzas.

—¡Genevieve! ¡Las tartaletas de melaza no!

Zas, zas, zas. ¡Twang!

Era, por supuesto, un esfuerzo inútil. Pero hizo que Alexia se sintiera mejor.

La punta del tentáculo se abrió de golpe y un tubo salió disparado hacia delante, convirtiéndose en un megáfono como los preferidos por los directores de circo. El octómata lo levantó hasta una de las rendijas del ojo. *Madame* Lefoux habló a través de él.

O al menos parecía *madame* Lefoux. Resultaba extraño oír su femenina voz refinada y melodiosa, con ligero acento, saliendo de una criatura tan grande y protuberante.

—Déme a mi hijo y la dejaré en paz, condesa.

—¡*Maman!* —gritó Quesnel al octómata. Al darse cuenta de que era su madre y no un monstruo espeluznante, empezó a forcejear en los brazos de la reina vampiro. Absolutamente en vano; ella era mucho, mucho más fuerte de lo que él sería nunca. La condesa simplemente agarró al chico con más fuerza.

Quesnel comenzó a gritar en francés.

—Detente, *maman*. No me han hecho daño. Estoy bien. Han sido muy amables. ¡Me han dado dulces para comer! —Su barbilla puntiaguda se mantenía firme y su voz era imperiosa.

Madame Lefoux no dijo nada más. Estaba claro que se hallaban en un punto muerto. La condesa no iba a soltar al chico, y *madame* Lefoux no iba a dejarles ir a ninguna parte.

Alexia se acercó despacio a su hermana, con la sensación de que muy pronto la reina no tendría más alternativa que volar. Dejar a Felicity en este edificio no era, por desgracia, realmente factible, por atractiva que pudiera resultar la idea.

La casa se tambaleó sobre sus cimientos. Más de la mitad ya había desaparecido, con solo la sección trasera todavía intacta, y quedaba muy poco sosteniéndola en su lugar. La estructura y los soportes estaban fallando. Alexia había pensado a menudo que las casas de Londres eran construidas con mucha menos integridad estructural

que incluso su polisón más barato.

Se acercó tambaleante hacia la reina vampiro, con cuidado de no tocarla.

—Condesa, sé que dijo que no entraba en lo factible, pero este sería un momento excelente para formar un enjambre, si pudiera al menos intentarlo.

La condesa volvió la vista sobre Alexia, sus pupilas completamente dilatadas por el miedo. Retiró los labios en un grito de ira, exponiendo los cuatro colmillos: alimentadores y creadores, el segundo juego era aquel que solo una reina tenía. Quedaba muy poco raciocinio en el rostro de la mujer. En este terreno particular, claramente los vampiros podían terminar como los licántropos, criaturas de sentimientos, que solo dependían de lo poco que quedaba de su alma para salvarlos.

Lady Maccon normalmente no era una mujer indecisa, pero en ese instante se preguntó si podría haber elegido el bando equivocado en esta pequeña batalla. Incluso aunque *madame Lefoux* fuera hecha una furia por Londres en una manera muy ilegal y destructiva, la condesa se comportaba como una vulgar secuestradora de niños. Alexia sabía que tenía la capacidad para poner fin a esto. Podía alargar la mano y tocar a la vampira, volverla humana y totalmente vulnerable e incapaz de retener al enjuto y oscilante Quesnel.

Vaciló, ya que Alexia no podía escapar a la lógica, incluso en una crisis. La única metedura de pata diplomática que sería peor que una reina de colmena muriendo a manos de una científica, sería si lo hiciera a manos de *lady Maccon*, sin alma, *muhjah* y amante de un hombre lobo.

Como si decidiera el asunto, un tentáculo vino a estrellarse hacia ellos, empujando hacia atrás a Alexia. Tropezó y se tambaleó sobre su tobillo debilitado y, por lo que pareció la enésima vez esa noche, volvió a caer sobre su polisón.

Aterrizó junto a *Felicity*, así que se movió hacia ella y la abofeteó en la cara un rato. Finalmente, su hermana abrió sus ojos azules.

—¿Alexia?

El inconveniente prenatal estaba bastante harto de esta clase de tratamiento hiperactivo, por no decir violento, por parte de su madre. Se revolvió en protesta y Alexia se echó hacia atrás de repente con un «uf» de angustia.

—¡Alexia! —Puede que *Felicity* realmente estuviera un poco preocupada. Nunca había visto a su hermana mayor mostrar ninguna señal de debilidad. Jamás.

Alexia se esforzó por sentarse derecha.

—*Felicity*, tenemos que salir de aquí.

Felicity ayudó a Alexia a levantarse, justo a tiempo para ver a lord *Ambrose* y otros dos vampiros arrojar sobre el octómata en un formidable ataque coordinado. Cubrieron y ataron una sábana de tela, que parecía ser un mantel muy grande, sobre la cabeza del monstruo. Una maniobra inteligente, ya que por un momento cegó a *madame Lefoux* en el interior. No podía conducir ni atacar. Los tentáculos se agitaban inútilmente.

Con el octómata incapacitado temporalmente, la condesa entró en acción. Lo

mismo hicieron sus zánganos. Todos corrieron hacia el lado abierto del edificio, la condesa se movió a gran velocidad y agarró a Quesnel con fuerza contra su pecho. Sin vacilar, saltó por encima del borde y cayó sobre los escombros. Quesnel dejó escapar un alarido de miedo ante el salto, seguido rápidamente de lo que solo podía ser un grito de regocijo.

Alexia y Felicity se tambalearon hasta el borde después de ellos y miraron hacia abajo. Tres plantas. No había ningún modo en el que ellas pudieran saltar y sobrevivir, y no había otra manera evidente de bajar.

Sin embargo, tenían una excelente perspectiva sobre la carnicería y podían ver a la condesa y sus vampiros correr entre los tentáculos del octómata y marcharse hacia la ciudad iluminada por la luna, formando un enjambre al fin. Los zánganos siguieron un poco más juiciosamente, descendiendo poco a poco desde lo que quedaba de la casa y luego corriendo tras ellos, incapaces de mantenerse al corriente de la velocidad sobrenatural de su señora.

El octómata gritó, es decir, *madame* Lefoux gritó e hizo que el tentáculo llameante quemara el mantel que le oscurecía la visión. Tan pronto como hubo desaparecido, la inventora necesitó solo un momento para darse cuenta de que su presa había escapado. Solo Alexia y su hermana se encontraban todavía en el tambaleante edificio, una estructura que estaba claramente a punto de derrumbarse.

El monstruo se dio la vuelta para seguir el rastro de los vampiros que huían. Entonces se alejó con estruendo por las calles, sin hacer caso de quién o qué aplastaba. *Madame* Lefoux no había visto la grave situación de Alexia o no se preocupó por ayudarla. Alexia esperaba fervientemente que fuera lo primero, o su amiga en efecto era más despiadada de lo que nunca había creído posible.

—Mierda —dijo *lady* Maccon sucintamente.

Felicity se quedó sin aliento ante su lenguaje, incluso en circunstancias tan difíciles.

Alexia miró a su hermana y le dijo, sabiendo totalmente que Felicity no entendería de qué hablaba:

—Al final voy a tener que detenerla.

La casa colmena cedió a la gravedad, inclinándose hacia delante con un crujido lento y reticente.

Las dos mujeres se deslizaron hacia el borde. Felicity chilló, y Alexia, en el modo clásico dado el tenor de su noche, perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, cediendo también a la gravedad. Remontó hacia la derecha, arañando y escarbando en las tablas del suelo astilladas.

Se las arregló para agarrarse. Su sombrilla cayó, aterrizando mucho más abajo entre fragmentos de pared, trozos de obras de arte y alfombras rasgadas. Alexia colgaba, agarrándose desesperadamente al extremo de una viga de madera que sobresalía ligeramente por encima del abismo.

Felicity tenía un ataque de histeria.

Lady Maccon se preguntó cuánto tiempo aguantaría agarrándose, agradecida de haberse quitado los guantes. Era bastante fuerte, pero había sido una semana muy larga y estaba por debajo de su nivel de antes del embarazo. Además, llevaba una considerable cantidad de peso extra.

Bueno, pensó filosóficamente, esta es una manera muy romántica de morir. Sin duda *madame Lefoux* se sentirá muy afectada por ello. Así que algo es algo. La culpa puede ser muy útil.

Y entonces, justo cuando creía que todo estaba perdido, sintió un soplo de aire detrás de su cuello y un conmovedor hormigueo de éter.

—¡Vaya! —dijo *Boots*—. ¿Puedo ayudar en algo, *lady Maccon*?

La góndola en forma de cesta del dirigible privado de lord *Akeldama* descendió del cielo como una especie de gordo y benévolo salvador.

Alexia lo miró por encima del hombro desde donde se balanceaba.

—No especialmente. Pensé que simplemente podría esperar aquí un rato, a ver qué ocurría.

—Ah, no se preocupe por ella —gritó *Felicity*—. ¡Ayúdeme a mí! Soy mucho más importante.

Boots ignoró a la señorita *Loontwill* y dirigió al piloto para que volara hasta que la zona de góndola de la cesta estuviera justo debajo de *lady Maccon*.

El edificio se sacudió exactamente en ese momento, y *Alexia*, con un grito, perdió el agarre en la viga.

Aterrizó con un golpe sordo dentro de la cesta. Le fallaron los pies y se cayó hacia atrás, una vez más encima del polisón, al que ya le quedaba muy poca resistencia después del cuantioso maltrato durante la noche. Después de considerarlo un momento, *Alexia* simplemente se dejó caer de espaldas allí mismo. Ya era suficiente.

—¡Ahora yo, ahora yooo! —chilló *Felicity*, y parecía tener un buen motivo, ya que la estructura sin duda se estaba cayendo.

Boots miró a la joven de arriba abajo, sin duda notando las marcas de mordiscos en el cuello blanco. Los restos de la casa bien podrían desplomarse en ese mismo momento, pero él vaciló.

—¿*Lady Maccon*? —*Boots* era un zángano muy bien entrenado.

Alexia siseó entre dientes y levantó la mirada hasta su hermana.

—Si es necesario.

El piloto dio al globo un poco de propulsión y este subió. *Tizzy* extendió el brazo cortésmente, como si escoltara a la señorita *Loontwill* a cenar, y *Felicity* se bajó de la cornisa y entró en el dirigible con toda la dignidad de un gatito aterrorizado.

El edificio se derrumbó detrás de ella. El piloto tiró con fuerza de una de las palancas de hélice, y la aeronave soltó una gran nube de vapor y se lanzó hacia delante, justo a tiempo para escapar de una gran parte del techo cuando lo último de la casa colmena se derrumbó en el suelo.

—¿Adónde, *lady* Maccon?

Alexia miró a Boots, que estaba en cuclillas sobre ella con evidente preocupación. El niño dentro de ella continuaba expresando su angustia con los acontecimientos de la noche. *Lady* Maccon solo podía pensar en un lugar al que ir, con su marido fuera de juego y la luna todavía alta y brillante por encima de ellos. Todos sus escondrijos habituales eran inaccesibles: la cámara de ingenios de *madame* Lefoux estaba fuera del cuadro y los Tunstell todavía estaban en Escocia.

El ORA, estaba segura, ya estaría investigando la escena de la destrucción de más abajo o perseguiría al octómata mientras derribaba la ciudad. El ORA tenía un arsenal de armas a su disposición: sus propias ametralladoras eterotónicas Gatling, cañones mini-magnatrónicos, por no mencionar los proyectiles de natillas Mandalson. Dejaría que *ellos* trataran de detener a *madame* Lefoux durante un rato. Probablemente no tendrían más éxito que ella, considerando la capacidad intelectual y habilidades mecánicas de la inventora, pero podían retrasarla. Alexia, después de todo, solo tenía una sombrilla. Entonces renegó entre dientes al darse cuenta de que ya ni siquiera tenía eso. Estaba tirada allí abajo, probablemente enterrada bajo medio edificio derrumbado. Ethel estaba segura en el ridículo atado en su cintura, pero su apreciada sombrilla había desaparecido.

—Estoy segura de que ustedes, caballeros, estarán de acuerdo conmigo. Es en momentos como este cuando lo que una chica necesita es algún consejo serio sobre su atuendo.

Boots y Tizzy miraban con profunda preocupación el lamentable estado del vestido de Alexia, su polisón aplastado, el dobladillo sucio, los ribetes de encaje cubiertos de hollín y quemados.

—¿Bond Street? —sugirió seriamente Tizzy.

Alexia arqueó una ceja.

—Oh, no, se trata de una profunda emergencia textil. Por favor, llévenme hasta lord Akeldama.

—De inmediato, *lady* Maccon, de inmediato. —La cara de Boots era apropiadamente grave detrás de las enormes patillas. El dirigible voló un poco más alto y, con otro violento soplo de vapor, estableció un planeo rápido al norte hacia la residencia de lord Akeldama.



Por donde los dirigibles temen pasar

Lord Akeldama había hecho arreglos para que construyeran una pista de aterrizaje verde en el tejado de su casa de la ciudad. Estaba a un lado, dejando espacio para el receptor con forma de escupidera de su eterógrafo. *Lady Maccon* se preguntó por qué no había reparado en esto antes, aunque no pasaba mucho rato investigando tejados como parte de su rutina diaria.

El dirigible aterrizó tan ligero como un merengue. Dado que el movimiento bípedo no le había resultad o muy favorable esa noche, *Alexia* se puso en pie a regañadientes. Para su deleite, lord Akeldama había sido indulgente con las comodidades para una salida digna del transporte, aquí en su residencia principal. Un zángano salió con una escalerilla especialmente diseñada, que puso en un lado de la cesta con forma de góndola y luego la desplegó hasta la altura requerida a cada lado. Esto permitía que uno subiera por un lado y bajara por el otro con gran solemnidad y aplomo.

—¿Por qué —preguntó *Alexia*— no flotan por ahí llevando esta escalerita?

—Pensamos que nadie desembarcaría antes de que volviéramos a casa.

Felicity se levantó tras su hermana y se quedó en pie a un lado con arrogante desaprobación.

—¡Qué forma de viajar! Uno apenas puede considerar que flotar se haya convertido en algo aceptable. Tan antinaturalmente alto. ¡Y aterrizar en un tejado! Porque, *Alexia*, puedo ver lo alto de los edificios. ¡No están ajardinados apropiadamente! —Todo el rato mientras se quejaba, *Felicity* se palmeaba el pelo para asegurarse de que no había sido perturbado por la travesía aérea o su experiencia entre la vida y la muerte.

—Oh, *Felicity*, cállate. Ya he tenido suficiente de tus parloteos por una noche.

Convocados por ese instinto secreto que poseían solo los mejores sirvientes, que siempre sabían cuando la señora estaba en casa, *Floote* apareció junto al codo de

Alexia.

—¡Oh, Floote!

—Señora.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

Floote arqueó una ceja como diciendo: ¿Dónde más podría estar una noche de luna llena sino en el tejado de lord Akeldama?

—Sí, por supuesto. Por favor, ¿podrías llevarte a Felicity de vuelta a nuestra casa y encerrarla en alguna habitación? La sala de atrás. O posiblemente la recientemente reformada bodega del sótano.

Felicity chilló:

—¿Qué?

Floote miró a Felicity con una expresión que estaba tan cerca de una sonrisa como Alexia nunca le había visto en la cara... una sonrisita torcida en la comisura de la boca.

—Considérelo hecho, señora.

—Gracias, Floote.

El mayordomo aferró con firmeza el brazo de Felicity y empezó a conducirla fuera.

—Oh, y, Floote, por favor envía a alguien a comprobar los escombros de la colmena de Westminster de inmediato, antes de que los carroñeros lleguen allí. Creo que dejé caer accidentalmente mi sombrilla. Y podría haber algunos preciosos pedazos de arte yaciendo por ahí.

Floote ni siquiera se inmutó ante el conocimiento de que una de las más respetadas residencias de Londres estaba ahora en ruinas.

—Por supuesto, señora. ¿Asumo que ahora está permitido dar a conocer la dirección?

Lady Maccon le dio su aprobación.

Se movió suavemente, arrastrando a una protestona Felicity tras él.

—Hermana, de veras, esto no tiene nombre. ¿Es por las marcas de dientes? ¿Eso es lo que te perturba? Solo hay unas pocas.

—Señorita Felicity —oyó Alexia decir a Floote—, intente comportarse.

Boots terminó de atracar el dirigible, subió junto a Alexia y le ofreció el brazo.

—¿*Lady Maccon*?

Lo aceptó agradecida. El inconveniente prenatal en verdad estaba siendo bastante problemático ahora mismo. Se sentía como si se hubiera tragado un hurón luchador.

—¿Tal vez podría llevarme a una, uh, recámara, señor Bootbottle-Fipps? Creo que debería tenderme. Solo un momento, si no le importa. Todavía hay que ocuparse de un cabo suelto. Supongo que debería intentar determinar adónde ha ido la condesa Nadasdy. Y *madame* Lefoux, por supuesto. No debería permitírsele comportarse violentamente.

—Desde luego que no, señora —coincidió Boots, quien claramente sentía, como

Alexia, que tal violencia no era apropiada bajo ninguna circunstancia.

Apenas habían abandonado el tejado y bajaban las escaleras hacia la segunda mejor recámara de lord Akeldama cuando un zángano jadeante apareció ante ellos. Era un tipo alto y guapo con una cara afable, un manojo de pelo rizado y un andar torpe y blando. También tenía la corbata más pobremente atada que Alexia había visto en las inmediaciones de lord Akeldama. Miró con sorpresa a Boots.

—Nuevo zángano —explicó Boots a *lady* Maccon antes de girarse amigable a enfrentar al joven.

—¡Qué pasa, Boots!

—¿Qué hay, Shabumpkin? ¿Me buscabas?

—¡Más bien sí!

—¡Ah! ¿Te ocupas de que la dama se acomode adecuadamente?

—Oh, no, no solo a ti, mí querido amigo. Buscaba a *lady* Maccon también. ¿Les importa seguirme?

Alexia miró al joven como si este hubiera salido gateando de algún lugar apestoso.

—¿Debo hacerlo?

—Me temo que sí, *milady*. Se ha convocado una reunión de emergencia del Consejo en la Sombra —explicó el zángano.

—Pero hay luna llena... el deán no puede asistir.

—Varios de nosotros le señalamos eso mismo. Un detalle molesto, dijo.

—Oh, cielos. No será en Buckingham, espero. —Alexia se aferró el estómago, consternada ante la idea misma de otro viaje.

El dandi sonrió abiertamente.

—En la sala de estar, *madame*. ¿Dónde si no?

—Oh, gracias a Dios. Que Floote me siga allí, ¿le importa? Cuando termine con su actual ocupación.

—Por supuesto, *lady* Maccon. Será un placer.

—Gracias, señor, uh, Shabumpkin.

Tras lo cual Boots enderezó la espina dorsal, tomó un firme agarre del brazo de Alexia y la guio cuidadosamente bajando los pocos escalones hasta la infame sala de estar de lord Akeldama. Una vez allí, Shabumpkin asintió hacia ellos amigablemente y se marchó con paso desgarbado.

Lord Akeldama la estaba esperando. A Alexia no le sorprendió notar que mientras ella había estado paseando por Londres tras un octómata, el vampiro no se había involucrado en nada más estresante que un cambio de ropa. Llevaba el más notable frac y calzas que hubiera visto nunca, raso a rayas color crema y vino. Hacía juego con un chaleco rosa de muaré, en el que prendía un alfiler de oro y rubí, a juego con los rubíes que le refulgían en los dedos, el monóculo y la flor del ojal.

—¿Puedo traerle algo, *lady* Maccon? —ofreció Boots después de dejarla a salvo en una silla, obviamente preocupado por su evidente incomodidad física.

—¿Té? —Alexia nombró la única cosa que se le ocurría que curaba universalmente todos los males.

—Por supuesto. —Se desvaneció tras un rápido intercambio de miradas con su amo.

Sin embargo, cuando el té apareció unos cinco minutos después, fue Floote quien lo trajo, no Boots. El mayordomo se marchó rápidamente, pero a Alexia no le cupo duda de que había tomado posición fuera aunque muy cerca de la puerta.

Lord Akeldama, algo desasosegado, no puso en marcha su disruptor de resonancias armónicas de auditorio, y Alexia no se lo recordó. Creyó que podría necesitar el consejo de Floote sobre lo que fuera que ocurriera a continuación.

—¿Entonces, milord? —dijo al vampiro, en absoluto de humor para indecisiones.

Lord Akeldama fue directamente a la cuestión. Lo cual era, en sí mismo, una muestra de su desasosiego.

—Mi *preciosa* ciruelita, ¿tienes alguna idea de quién está sentado en el callejón de atrás de mi cocina *ahora mismo*?

Ya que Alexia estaba endemoniadamente convencida de que habría divisado al octómata desde el tejado, se tomó un segundo para hacer un intento.

—¿La condesa Nadasdy?

—¡Detrás de la cocina! ¡Por mi colmillo más largo! Yo... —se interrumpió—. Dios mío, *ranúnculo*, pero ¿cómo lo sabes?

A pesar de las violentas patadas y retortijones de su barriga, Alexia no pudo evitar sonreír.

—Ahora ya sabe lo que siento yo siempre.

—La reina ha formado un enjambre.

—Sí, al fin. No creería lo que hizo falta para sacarla de ese lugar. Cualquiera pensaría que era un fantasma, por lo apegada que estaba a su punto de fijación.

Lord Akeldama se sentó, tomó un profundo aliento, y se recompuso.

—Querida caléndula, por favor no me digas que eres la responsable de... ya sabes. —Ondeó una mano perfectamente blanca en el aire, como un pañuelo moribundo.

—Oh no, tonto. Yo no. *Madame Lefoux*.

—Oh. Por supuesto. *Madame Lefoux*. —La expresión del vampiro fue contenida, impasible ante este último retazo de información.

Lady Maccon habría jurado que podía ver los engranajes y ruedas de su enorme intelecto girando tras esa cansada cara pintada.

—¿Por la pequeña doncella francesa? —supuso finalmente al azar.

Lady Maccon estaba disfrutando de tener la mano ganadora por una vez. Nunca se había atrevido a esperar que algún día ella tuviera más información en una crisis que lord Akeldama.

—Ah, no... *Quesnel*.

—¿Su hijo?

—No exactamente suyo.

Lord Akeldama se enderezó de su postura reposada y casual.

—¿El pequeño rubio que la condesa tiene con ella? ¿El que me desgarró la chaqueta?

—Ese parece Quesnel.

—¿Qué hace la reina de la colmena con el hijo de una inventora francesa?

—Ah, al parecer, Angelique dejó testamento.

Lord Akeldama se dio golpecitos en un colmillo con el borde del monóculo de oro y rubíes, atando cabos justo ante los ojos de Alexia.

—Angelique es la auténtica madre del chico, ¿y lo dejó al cuidado de la *colmena*? Estúpida muchacha.

—Y la condesa se lo robó a Genevieve. Así que Genevieve construyó un octómata y destruyó la casa de la colmena en un intento por recuperarlo.

—Para mí que eso elevó las cosas a una escala mucho mayor.

—Me atrevería a decir que sí.

Lord Akeldama dejó de dar golpecitos y empezó a balancear su monóculo de un lado a otro mientras se levantaba y paseaba lentamente por la habitación. Su ceño blanco se incrementó hasta formar una línea perfecta entre las cejas.

Lady Maccon se frotó su barriga protestona con una mano y sorbió té con la otra. Por una vez, el líquido mágico fue incapaz de repartir ningún efecto beneficioso. El niño no estaba contento, y el té no iba a pacificar a la bestia.

El monóculo se inmovilizó.

Alexia se enderezó en su silla, expectante.

—Queda la pregunta, ¿qué hacer con toda una colmena acechando en mi callejón trasero?

—¿Ofrecerles un té? —sugirió *lady Maccon*.

—No, no, imposible, *bollito de crema*. No pueden entrar aquí.

Los vampiros eran muy peculiares en cuestiones de etiqueta.

—¿El Palacio de Buckingham? Parece relativamente seguro.

—No, no. Una pesadilla política. ¿La reina vampiro en el palacio? Confía en mí, *querida*, nunca es buena idea tener demasiadas reinas en el mismo lugar, y menos en un palacio.

—Para estar realmente seguros y ganar algo de tiempo extra, en realidad deberíamos sacarla de Londres.

—No le gustará en absoluto, pero tu sugerencia tiene sentido, campanilla.

—¿Cuánto tiempo tenemos? Quiero decir, ¿cuánto dura normalmente un enjambre en movimiento?

Lord Akeldama frunció el ceño. Preocupado por si debía proporcionarle esta información, Alexia sospechaba que era eso más que la posibilidad de no tenerla.

—Una reina reciente tiene meses para acomodarse, pero una reina vieja tiene solo unas horas.

Lady Maccon se encogió de hombros. La única solución se presentaba por sí misma. Era el lugar más seguro que conocía... defendible y a salvo.

—Tendré que llevarla a Woolsey.

Lord Akeldama se sentó.

—Si tú lo dices, *lady Alfa*.

Había algo en su tono que hizo que *Alexia* hiciera una pausa. Sonaba como quien acabara de comprar un chaleco particularmente bonito. No podía entender por qué parecía estar tan satisfecho consigo mismo en este apuro. Como diría su ignorante marido, ¡*vampiros!*

Alguien tenía que hacer algo. No podían dejar que la reina de Westminster se congelara el trasero en el callejón de atrás de las respectivas casas de lord Akeldama y lord Maccon. ¡Qué escándalo si los periódicos se enteraran de eso! *Alexia* esperaba de veras que *Felicity* estuviera encerrada.

—Será solo hasta que podamos determinar qué hacer con ella. Y cómo resolver esta situación con Quesnel. Con suerte sin destruir ningún otro edificio perfectamente inocente. —*Lady Maccon* inclinó la cabeza hacia atrás y gritó—: ¡Floote!

La rápida aparición de Floote sugirió que había estado, de hecho, esperando justo fuera de la puerta.

—Floote, ¿cuántos carruajes tenemos en la ciudad?

—Solo uno, *madame*. Acaba de llegar.

—Bueno, tendrá que valer. Engancha los caballos y tráelo a la parte de atrás, por favor. Me reuniré contigo allí.

—¿Un viaje? Pero, *madame*, está usted indispuesta.

—No puedo evitarlo, Floote. No puedo justificar el enviar a una colmena de vampiros a una guarida de licántropos, solos y sin asistencia diplomática. Los guardias nunca les permitirían entrar. No, alguien tiene que ir con ellos, y ese alguien tengo que ser yo. El personal del castillo no escuchará a nadie más, no en luna llena.

Floote se desvaneció, y *lady Maccon* se levantó y empezó a abrirse paso con torpeza por la sala de estar y a través de la casa de lord Akeldama. El vampiro la siguió. Pero a medio camino ella levantó un dedo hacia su anfitrión.

El bebé de su interior había cambiado de posición. Se sentía de algún modo un poco más ligera. Bueno, ¿quién era ella para cuestionar un ajuste tan útil? Se palmeó la barriga, aprobadora. Sin embargo, también se meció de un pie a otro. El inconveniente prenatal había ido a descansar sobre una cierta porción de su anatomía.

—Uh, oh, querido. Qué embarazoso. Realmente necesito visitar su... uh... es decir... um.

Si hubiera podido ruborizarse, lord Akeldama lo habría hecho. En vez de eso, sacó un abanico rojo de encaje del bolsillo interior de su chaqueta y se abanicó vigorosamente con él mientras *Alexia* se tambaleaba en busca del necesario emplazamiento. Volvió varios largos momentos después, sintiéndose mejor sobre todos los aspectos de la vida.

Luego abrió el camino a través de la casa de lord Akeldama, bajando la gran escalinata y pasando las escaleras de los sirvientes, a través de la cocina y saliendo por la puerta trasera. Lord Akeldama caminaba solícito y remilgado tras ella.

Detrás de la casa, tras objetos chocantemente vulgares como cubos de basura y una cuerda para tender la ropa, esperaba la colmena. Para gran sorpresa de *lady* Maccon, ¡había ropa interior de caballero en esa cuerda de tender! Cerró los ojos y tomó un profundo y fortificante aliento. Cuando los abrió de nuevo, miró más allá de lo mundano hacia el callejón de reparto, donde una caterva de vampiros se paseaba inquieta.

La condesa Nadasdy estaba allí con el doctor Caedes, lord Ambrose, el duque de Hematol, y otros dos vampiros cuyos nombres no conocía Alexia. La reina de la colmena no estaba en condiciones de conversar sobre ningún tema, mundano o de otro tipo. Obviamente estaba mentalmente trastornada, sus movimientos eran frenéticos y tenía los nervios alterados. Se paseaba de acá para allá, mascullando y saltando ante cualquier sonido. Un vampiro sobresaltado podía saltar hasta alturas asombrosas y se movía con increíble velocidad; esta habilidad hacía que la suave y redonda reina pareciera un saltamontes. Algunas veces luchaba contra uno de sus contrapartes varones como si intentara escapar del círculo suelto que habían formado a su alrededor. Ocasionalmente, la emprendía a golpes con uno de ellos, lanzándoles zarpazos a la cara y mordiendo con fuerza partes del cuerpo expuestas. El vampiro macho solo la hacía retroceder gentilmente de vuelta al centro del grupo, sus heridas sanaban para cuando ella reanudaba su pasear.

Lady Maccon notó con alivio que Quesnel había sido transferido al cuidado del doctor Caedes. Estaba claro que no era seguro para un mortal estar cerca de la reina. Alexia captó la mirada de los ojos violeta del pequeño bribón bajo la mata de pelo pajizo. Parecía aterrado. Le guiñó el ojo y él se animó casi al instante. La suya no era una relación larga, pero una vez lo había apoyado en una cuestión tocante a una caldera que había explotado, y el pequeño confiaba implícitamente en ella desde entonces.

Alexia se adelantó, solo para detenerse al encontrarse sola y ver que lord Akeldama se había quedado de pie en una pose dramática en el umbral. Francamente, le había sorprendido hasta que considerara siquiera atravesarla cocina. Probablemente nunca antes había estado en esa parte de la casa. Se giró.

—¿No iba a facilitar usted esta conversación? —Nunca había visto que lord Akeldama se hiciera a un lado cuando estaba en juego algo importante.

El vampiro errante se rio ahogadamente:

—Mi pequeña *albóndiga*, la condesa no toleraría mi presencia en su actual condición. Y yo apenas podría soportar los chalecos que el doctor Caedes parece preferir estos días. Por no mencionar la falta universal de sombreros.

Alexia miró a los vampiros con nuevos ojos. Era cierto, los caballeros parecían haber perdido los sombreros de copa durante la agitación.

—No, no, mi *bollito de crema*, ahora es tu turno. —Le dedicó una mirada preocupada. Ella no había dejado de aferrarse la protuberante barriga desde su primera aparición en su sala de estar—. Si estás segura de que puedes manejarlo con suficiente destreza.

Lady Maccon tomó un aliento fortificante, casi perdiendo el equilibrio. La responsabilidad era la responsabilidad, y ningún bebé iba a evitar que se ocupara de todo correctamente. Su mundo, actualmente, estaba patas arriba. Si *Alexia Maccon* era buena en algo, era en enderezar las cosas y traer orden al universo. Ahora mismo la colmena de Westminster necesitaba sus talentos administrativos. No podía esquivar su deber por una simple bagatela como el embarazo.

Sin una mirada atrás a lord Akeldama, se adentró a zancadas en el centro de la colmena atemorizada. Le gustaría decir que se adentró a zancadas, aunque fue más bien una especie de arrastrar cojeando.

—¡Espera, *Alexia*! ¿Dónde está tu sombrilla? —Lord Akeldama parecía más preocupado de lo que le había oído nunca, prescindiendo a la vez de apelativos cariñosos y énfasis.

Lady Maccon gesticuló de forma expresiva y le gritó en respuesta:

—Debajo de lo que queda de la casa de la colmena, sospecho. —Luego enfrentó sus responsabilidades de *muhjah* en toda regla.

—Bueno, grupo. Ya he tenido suficiente de este comportamiento tan curioso.

La condesa Nadasdy se giró y le siseó. Realmente le siseó.

—Oh, de veras. —*Lady Maccon* estaba sublevada. Miró al duque de Hematol—. ¿Le gustaría que la tranquilizara? —Retorció los dedos desnudos hacia él.

Lord Ambrose gruñó y saltó, en uno de esos fantásticos saltos atléticos sobrenaturales, para colocarse entre *lady Maccon* y su reina.

—Al parecer no. ¿Tienen una solución mejor?

El duque dijo:

—No podemos tenerla mortal y vulnerable, no en una situación tan desprotegida como esta.

Tras él, traqueteando por el callejón tras la estrecha fila de casas de ciudad, el carruaje Woolsey hizo un alto, los caballos castaños se refrenaron de golpe en vez de detenerse suavemente. La condesa saltó hacia él como si fuera un enemigo terrible. Lord Ambrose la contuvo rodeándola con ambos brazos desde atrás en un gesto embarazosamente íntimo. Era solo un carruaje anticuado color jengibre con un enorme escudo a los lados y esa especie de decadencia superflua que atraería a lord Akeldama, pero que a *lady Maccon* siempre le había parecido ligeramente embarazosa para Woolsey. Estaba bien para causar impresión, pero no en cuestión de velocidad o agilidad. Pero *Alexia* nunca pensó que tan grandiosa fealdad garantizara un ataque vampírico.

—Bueno, entonces, como lord Akeldama no les va a invitar a entrar a tomar el té y sentarse, estaba pensando que podría sugerir que nos retiráramos a Woolsey por el

momento. Refúgiense allí.

Todos los vampiros presentes, incluso la condesa, que parecía tener solo una limitada capacidad de seguir lo que estaba pasando a su alrededor, hicieron una pausa para mirar a *lady* Maccon como si acabara de vestirse con túnicas griegas y hubiera empezado a arrojarles uvas peladas.

—¿Está segura, *lady* Maccon? —preguntó uno de ellos, casi tímido para ser un vampiro.

El doctor se adelantó, alargado y de aspecto endeble, con todo, sujetaba a un Quesnel que se agitaba como si el peso del chico no fuera más que uno de los plumeros automatizados de *madame* Lefoux.

—¿Nos está invitando a quedarnos, *lady* Maccon? ¿En Woolsey?

Alexia no parecía ver la fuente de tan persistente confusión.

—Bueno, sí. Pero solo tengo un carruaje, así que usted, el chico y la condesa será mejor que vengan conmigo. Los demás pueden correr detrás. Intenten mantener el paso.

Lord Ambrose miró al doctor Caedes:

—Esto no tiene precedentes.

El doctor Caedes miró al duque de Hematol:

—No hay edictos sobre esto.

Lord Ambrose miró al duque de Hematol, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—El matrimonio no tuvo precedentes, al igual que el niño en camino. Está claro que ella mantiene su estilo característico. —El duque se movió hacia su señora. Cautelosamente, cuidando de no hacer movimientos súbitos.

—Mi reina, tenemos una opción. —Habló con precisión, cuidando de pronunciar cada una de las palabras.

La condesa Nadasdy se sacudió.

—¿La tenemos? —Su voz sonaba hueca y muy lejana, como emanando del fondo de una mina. A Alexia le recordaba algo, pero con el niño dentro de ella haciendo bulla y la perspectiva de un largo paseo en coche por delante, no podía acordarse.

La condesa miró a lord Ambrose.

—¿A quién debemos matar?

—Es una oferta voluntaria. Una *invitación*.

Por un momento, la condesa Nadasdy pareció volver en sí misma, concentrada completamente en la cara de los tres miembros más valiosos de su colmena. Sus apoyos. Sus tentáculos.

—Bueno, aceptémosla entonces. No hay tiempo que perder. —Miró alrededor, con los ojos azul aciano de repente agudos—. ¿Eso es un lavadero? ¿Dónde me habéis traído?

Con un asentimiento hacia *lady* Maccon, lord Ambrose apresuró a su reina hasta el carruaje Woolsey. Más rápido de lo que el ojo mortal pudo seguir, volvió a salir agachado, sus movimientos eran más fluidos sin la necesidad de vigilar un sombrero.

Saltó al asiento del conductor, despachando sin ceremonias al cochero perfectamente respetable que estaba sentado allí y tomó las riendas él mismo. *Lady Maccon* arqueó una ceja hacia él.

—¿Disculpe?

—Hace tiempo participé en carreras de carruajes —explicó con una sonrisa que mostró sus colmillos a la perfección.

—No creo que sea exactamente lo mismo, lord Ambrose —amonestó Alexia.

El doctor Caedes y Quesnel subieron después. Y luego, a regañadientes, *lady Maccon*. Luchó un poco con los escalones, y ningún vampiro estaba dispuesto a ofrecerle ningún tipo de ayuda; ni tocarla, ni siquiera por cortesía. Una vez dentro, no le sorprendió ver que los vampiros se habían sentado juntos en un banco y ella debía sentarse sola en el otro.

Lord Ambrose fustigó a los caballos y estos partieron con celeridad, corriendo por las abarrotadas calles de Londres. El traqueteo de los cascos era terriblemente ruidoso, y el carruaje parecía girar en las curvas mucho más de lo que Alexia había notado antes. Su barriga protestaba por el balanceo.

Normalmente llevaba menos de dos horas alcanzar Woolsey desde el centro de Londres, menos tiempo para un hombre lobo cambiado, por supuesto. El conde de Trizdale afirmó una vez haber llegado en su cabriolé en solo una hora y cuarto. Lord Ambrose, al parecer, tenía intención de romper ese récord.

Dentro de Londres, las calles estaban lo bastante gastadas por los surcos para un viaje relativamente suave, y aunque había estado durante cientos de años atado a Mayfair, lord Ambrose conocía el camino. Mucho tiempo estudiando mapas, supuso Alexia. Tomaron la carretera menos transitada hacia West Ham. Sin embargo, a la salida de la ciudad, todo se torció.

No es que los acontecimientos previos de la noche hubieran sido pétalos de violeta azucarados. Pero aún así.

Primero, y lo peor de todo, por lo que a *lady Maccon* concernía, golpearon el camino de tierra del campo abierto. Esto nunca antes la había molestado en demasía, y el carruaje estaba adecuadamente acolchado y amortiguado. Pero el paso rápido combinado con el correteo mayor-de-lo-normal no divertía al inconveniente prenatal.

Quince minutos de esto y Alexia sintió que comenzaba una nueva sensación corporal... un dolor sordo en la parte baja de la espalda. Se preguntó si se habría hecho daño durante uno de los muchos desastres de la noche.

Luego oyeron a lord Ambrose chillar y olieron un humo acre. Allí, lejos de las sombras amenazadoras de los edificios de la ciudad y bajo la luz de la luna llena, todo era mucho más fácil de ver. Alexia observó a través de la ventana cómo uno de sus escoltas vampiros aceleraba, pasaba junto al carruaje y saltaba. El carruaje se sacudió pero no ralentizó el paso, y llegó el sonido del techo sobre ellos siendo golpeado sin piedad.

—¿Nos estamos quemando? —*Lady Maccon* se movió a una posición mejor,

abrió el bastidor de la ventana y sacó la cabeza a las ráfagas de aire, intentando ver tras ellos.

Podría haber sido difícil para ella divisar a su enemigo, si hubiera sido un hombre a caballo u otro carruaje el que iba tras ellos, pero la cosa que les perseguía por los campos y entre los setos lo hacía sobre ocho enormes tentáculos. Bueno, siete enormes tentáculos... tenía el octavo por delante escupiendo fuego hacia el carruaje. También tenía varios pisos de altura.

Alexia volvió a meter la cabeza.

—Doctor Caedes, sugiero que permita que el joven a su cargo se muestre. Eso podría evitar que Genevieve nos mate.

El carruaje saltó hacia delante de nuevo y ganó velocidad. El vampiro del techo, habiendo logrado apagar las llamas, se apeó de un salto. Pero no se movían ni de cerca tan rápido como inicialmente... los caballos se estaban cansando, si no estaban reventados y destruidos por tan cruel velocidad.

El octómata les ganaba terreno, y Woolsey todavía estaba a una buena distancia.

El doctor Caedes cambió su agarre sobre el niño e intentó obligar a Quesnel a asomar la cabeza por la ventana del carruaje. Quesnel no estaba en absoluto inclinado a hacer nada que ningún vampiro quisiera. Alexia dedicó al hijo de su amiga un asentimiento casi imperceptible, momento en el cuál él hizo lo que le indicaban. Asomó no solo la cabeza sino también un brazo huesudo, saludando salvajemente hacia la criatura que les perseguía.

El dolor en la espalda de *lady* Maccon se intensificó y sintió que su estómago saltaba como una ola. Nunca había experimentado una sensación igual. Dejó escapar un chillido de alarma y cayó hacia atrás contra el respaldo acolchado del carruaje. Luego la sensación desapareció.

Alexia se pinchó el estómago con un dedo.

—No te atrevas. ¡Ahora es de lo más inoportuno! Además, llegar pronto a una fiesta es una falta de respeto.

El octómata se alejó lo suficiente para permitir que el carruaje ralentizara el paso, pero si Alexia conocía a *madame* Lefoux, la inventora solo se estaba tomando su tiempo para tramar un nuevo plan de ataque. Genevieve debía de haber comprendido que Alexia también estaba en el carruaje y que se dirigían a Woolsey. No había otra razón para estar en esa carretera en ese momento, más que nada porque *nadie* viajaba por Barking de noche y nade viajaba nunca por Barking *a tal velocidad*.

—Oh, Dios mío. —*Lady* Maccon tenía el presentimiento de lo más incómodo de que había perdido algo de su legendario control, el físico, si no el mental. Una sensación húmeda en su parte baja indicaba que su cancán, y posiblemente el resto de su vestido, en realidad no iban a sobrevivir a esta noche. Entonces volvió esa sensación como una ola, empezando en la parte alta de su estómago y trabajando hacia abajo.

El doctor Caedes, que no era un auténtico doctor, era no obstante lo bastante

perceptivo como para ver que el tenor del desasosiego de *lady* Maccon había cambiado.

—*Lady* Maccon, ¿ha comenzado? Sería una coincidencia de lo más desafortunada.

Alexia frunció el ceño.

—No, lo prohíbo absolutamente. No lo haré... ooooh. —Terminó con un gemido.

—Creo que sí.

Quesnel se animó ante eso.

—¡Genial! Nunca antes he visto un parto. —Volvió sus grandes ojos color lavanda hacia la ahora sudorosa *lady* Maccon.

—Y tampoco lo verás esta noche, jovencito —le reprendió Alexia entre resoplidos.

La condesa, que todavía estaba nerviosa por todo y prestaba atención solo parcialmente a cualquier conversación, miró a Alexia con ojos suspicaces.

—No puede. No mientras yo esté aquí. ¿Y si eso sale y tenemos que tocarlo? Doctor Caedes, tírela fuera del carruaje al momento.

Incluso con la extraña sensación de oleada y un dolor floreciente, Alexia fue lo bastante rápida para meter la mano en su bolso y sacar a Ethel antes de que el doctor Caedes pudiera detenerla.

No es que lo hubiera intentado. En vez de eso, intentaba razonar con la condesa.

—No podemos, mi reina. Necesitamos que nos introduzca en su casa. Ella es nuestra invitación.

Lady Maccon se sintió compelida a añadir:

—¡Y este es *mi* carruaje! ¡Si alguien tiene que salir de él, es usted! —Sintió una presión descendente adicional del niño de su interior—. ¡No, tú no! —Luego miró salvajemente alrededor—. Esto no está permitido —dijo como una especie de mantra, incluyendo a la vez al bebé inminente, a los vampiros, a Quesnel y al octómata. Bajó la vista a su barriga—. No empezaré nuestra relación con desobediencia. Ya tengo suficiente con tu padre.

La condesa parecía haberse comido algo feo, como un trozo de fruta fresca.

—¡No puedo estar cerca de una abominación! ¿Sabe lo que podría transpirar?

Ahora sí, esta forma de pánico podía ser útil.

—No, ¿por qué no me ilumina?

Demasiado tarde. Un ruido de aplastamiento y demolición llegó desde detrás de ellos. Alexia no tenía idea de lo que había golpeado el octómata, pero cuando asomó la cabeza por la ventana, vio que ya no les seguía. El carruaje había salido de la carretera principal hasta un largo camino serpenteante que atravesaba los terrenos de Woolsey.

Estaban casi en casa.

Pocos momentos después, un tremendo crujido sonó por delante de ellos y el carruaje se inclinó a un lado y se detuvo de golpe. Por la ventana Alexia podía ver

Woolsey justo en lo alto de una elevación del terreno, argentada bajo la luz de la luna, como si tuviera su propia forma de tentáculos de piedra encarnados en múltiples contrafuertes voladores.

Bien podría haber estado a mil kilómetros de distancia, porque el octómata había tumbado un árbol en la carretera ante ellos. Lord Ambrose no podía dar la vuelta al carruaje, ni siquiera aunque los setos altos permitieran tal cosa, porque detrás de ellos la enorme criatura de metal cortaba el camino. La escolta vampírica, jadeando tras su larga carrera, formó instintivamente una barrera ante el carruaje, como si creyeran poder evitar cualquier ataque interponiéndose físicamente entre el octómata y su reina.

Alexia miró alrededor con desesperación. Estaba entre enemigos, exhausta, y a punto de dar a luz. Se estaba quedando sin opciones y tendría que confiar en uno de los vampiros. Abriendo la puerta del carruaje, chilló a la vanguardia.

—Su gracia, tengo una proposición para usted.

El duque de Hematol giró la cara hacia ella.

—Necesitamos algo de ayuda, y necesitamos una distracción si vamos a llegar a nuestro destino.

—¿Qué sugiere, *lady* Maccon?

—Qué tal llamar a los perros.

—¿Y cómo lo hacemos? Definitivamente usted no puede correr al castillo desde aquí, ninguno de nosotros puede llevarla a Woolsey, y ningún guardián aceptará la palabra de un mensajero vampiro.

—Escúcheme. Dígales que *lady* Maccon dice que es *una cuestión urgente*. La hembra Alfa exige que su manada la asista, a pesar de su actual estado. —*Tengo que cambiar la frase secreta ya mismo*.

—Pero...

—Funcionará. Debe confiar en mí.

Por supuesto no estaba segura. *Una cuestión de urgencia* era el código de la manada para *lady* Maccon actuando como *muhjah*. Raramente había tenido que utilizar las convocatorias, y solo con un marido perfectamente cuerdo o un Beta, nunca solo con guardianes. ¿Se entendería el mensaje?

El duque le dedicó una dura y larga mirada. Luego se giró y corrió, saltando el árbol caído casi con la misma facilidad que un hombre lobo, dirigiéndose directamente hacia el castillo, con su velocidad sobrenatural a pleno rendimiento.

Con uno de los más viejos y sabios desaparecido, y el gran pulpo de metal irguiéndose sobre su reina desprotegida, los vampiros que rodeaban a *lady* Maccon se volvieron un poquito locos ellos mismos. No tan locos como la condesa, pero definitivamente salvajes. Uno cargó contra el octómata, solo para ser barrido con facilidad a un lado.

La criatura de metal elevó un tentáculo hasta la raja de su ojo, una vez más abriendo la punta y sacando el megáfono que permitía que *madame* Lefoux hablara.

—Entregadme a Quesnel. No tenéis opciones. —Hubo una pausa corta—. Apenas puedo creerlo de ti, Alexia, ayudando a vampiros. ¡Intentaron matarte!

Alexia asomó la cabeza por la ventana de la puerta lateral del carruaje y chilló en respuesta:

—¿Y? Últimamente tú también has intentado matarme. Por mi experiencia, el asesinato podría ser una expresión de afecto. —Requería un enorme esfuerzo chillar, y cayó hacia atrás dentro del carruaje, gimiendo y aferrándose el estómago. Odiaba admitirlo, incluso para sí misma, pero Alexia Maccon tenía miedo.

Entonces llegó el sonido, un ruido que suponía una extraña bendición, un ruido que Alexia había llegado a amar a lo largo del último año o así.

Lobos. Aullando.



Un coágulo de vampiros

La manada de Woolsey era un gran colectivo, una sólida buena docena. Y una docena de licántropos son como dos docenas de lobos de tamaño normal. Normalmente, era también una de las manadas que mejor se comportaban. Cuando las otras manadas se sentían sarcásticas, llamaban *domesticados* a los Woolsey. Pero ningún hombre lobo se comportaba durante la luna llena.

Lady Maccon sabía muy bien que asumía un grave riesgo. También sabía que su olor atraería a su marido. Incluso en los dolores de la maldición de la luna llena, él correría hacia ella. Podría tratar de matarla, pero vendría. Era el Alfa de Woolsey por una razón, con el suficiente carisma como para sostener a su manada y arrastrarlos con él, no importa lo fuerte que fuera la necesidad de escapar, perseguir el rastro de sangre y carne cruda a través del campo. Todos le seguirían, lo que significaba que los atraería a todos hacia ella.

Y así quedó demostrado.

Se derramaron por las ventanas y puertas inferiores del castillo, aullando a los cielos. Se convirtieron en una especie de líquido cohesionado en movimiento, bajando por la ladera como una plateada masa informe, como el mercurio en la palma de un científico. Los aullidos se volvieron ensordecedores mientras se acercaban, y fueron más veloces de lo que *Alexia* recordaba, llenos de una furia eterna por un mundo que imponía sobre ellos tal coste a la inmortalidad. Cualquier humano saldría pitando, y *Alexia* podía ver que incluso los vampiros estaban tentados de escapar de la enorme fuerza sobrenatural que cargaba hacia ellos.

Al frente corría el más grande del grupo, un lobo moteado, de ojos amarillos, atento solo a una cosa: un olor en la brisa nocturna. Era el perfume de la compañera, la amante, la pareja, el miedo y de algo nuevo por venir. Cerca, entremezclado, estaba el perfume de un jovencito, carne fresca para ser consumida. Debajo estaba el olor a carne podrida y viejas ascendencias: otros depredadores invadiendo su territorio.

Dominándolo todo estaba el olor a industria, una máquina monstruosa, otro enemigo.

Lady Maccon salió del carruaje y dio un portazo tras ella, poniéndose delante del niño y de la reina, sabiendo que ella sería la última defensa posible, que si no otra cosa, ella tenía sus manos desnudas.

Sus piernas, sin embargo, se negaron a obedecerla. Se encontró apoyándose contra la puerta, deseando tener su sombrilla para apoyarse.

La manada estaba allí. El borron de pelaje, dientes y colas se convirtió en lobos individuales. Lord Conall Maccon se deslizó hasta detenerse frente a su esposa.

Alexia realmente nunca sabía cómo tratar a su marido cuando estaba en tal estado. No había nada del hombre que amaba en esos ojos amarillos, no durante la luna llena. Su única esperanza era que él percibiera al octómata como una amenaza mayor que los vampiros. Eso haría que el instinto primordial fuera defender primero el territorio y más tarde comer, ignorándola así a ella y a Quesnel, que representaban carne fresca.

Su esperanza resultó ser acertada, pues los ojos amarillos de Conall destellaron una vez, casi humanos, y dejó colgando la lengua hacia ella. Entonces la manada se giró como un solo cuerpo y se lanzó hacia el octómata. Un lobo por cada tentáculo, los cuatro restantes en el cuello. Los dientes sobrenaturales fueron dirigidos por instinto hacia articulaciones y arterias, incluso si esas articulaciones estaban hechas de cojinetes de bolas y poleas, y esas arterias por cables impulsados por vapor de agua.

Alexia solo podía observar, admirando la gracia en sus saltos asombrosamente altos. Sostenía a Ethel en una mano, pero el arma colgaba inútilmente. No estaba de ningún modo lo bastante cerca como para acertar a algo del tamaño del octómata sin también arriesgar a un lobo. Los vampiros no hicieron ningún movimiento para ayudar. Podría ser porque temieran que un hombre lobo se lo tomara a mal y comenzara a atacarlos, o podría ser porque eran vampiros.

Lady Maccon podía distinguir a algunos de la manada por sus características. Allí estaba Channing, más fácil de divisar por su prístino manto blanco; y Lyall, más pequeño que el resto y más ágil, casi como un vampiro en su velocidad y su agilidad; y Biffy, el más oscuro de toda la manada con el pelaje de su vientre de color de sangre oxidada, descuidado y completamente cruel en sus movimientos. Pero la mirada de Alexia se dirigía siempre, una y otra vez, hacia el pelaje moteado del lobo más grande, mientras él saltaba y embestía alguna parte del octómata, aterrizaba y luego saltaba de nuevo.

Para haber tenido un efecto real, todos los lobos deberían haberse concentrado en un tentáculo a la vez, o haber ido todos hacia el cuello, pero estaban enloquecidos. Incluso bajo las mejores circunstancias, solo algunos licántropos retenían completamente su capacidad para la inteligencia humana mientras estaban en forma de lobo. La luna llena no era la mejor de las circunstancias.

El octómata estaba construido para muchas cosas pero no, aparentemente, para el

asalto de una manada al completo. En verdad que estaba bien acorazado y compuesto en su mayor parte de metal, pero *madame* Lefoux no había usado nada de plata, así que era vulnerable, especialmente para semejante cantidad. Pero la francesa no estaba cruzada de brazos. Oh, no. *Madame* Lefoux había puesto en juego unos cruentos tentáculos, rociando fuego y disparando estacas de madera. Alexia sabía que era solo una cuestión de tiempo antes de que la inventora llegara a estar lo bastante desesperada como para sacar otra vez el tentáculo que disparaba *lapis solaris*.

Entonces *lady* Maccon divisó una informe masa blanca flotando detrás de la parte superior del octómata, navegando por el éter velozmente en su dirección: un pequeño dirigible privado.

Otra contracción la golpeó. Alexia se encogió y se deslizó por un lado del carruaje, bajando bruscamente al suelo y dejando la puerta vulnerable al ataque. Era la primera vez que la ondulante sensación realmente había dolido. Encorvada contra los movimientos involuntarios de su propio cuerpo, levantó la mirada y miró hacia el este.

No pudo evitar gritar, no por el dolor, sino por lo que vio. Había un perceptible enrojecimiento en el frío azul plateado del cielo nocturno.

Tenía que llevarlos a todos a la seguridad del castillo.

Miró hacia lord Ambrose, que ahora estaba de pie sobre ella bloqueando la puerta, defendiendo a su reina.

—Debemos derribar a la criatura de alguna forma, debemos conseguirnos tiempo suficiente para llegar a Woolsey. *El sol está saliendo*.

Los ojos del vampiro se volvieron negros por el miedo. El sol detendría a los licántropos en su camino, devolviéndolos a su forma humana. Ralentizaría a algunos de los miembros más jóvenes haciéndolos vulnerables, y dañaría permanentemente a Biffy, quien carecía del control necesario. Pero mataría a los vampiros, a todos y cada uno de ellos, incluso a la reina.

Alexia pensó en algo.

—Encuéntreme una camilla, milord.

—¿Qué, *lady* Maccon?

—Arranque de un tirón el techo del carruaje o desmonte parte del asiento del cochero. Con un vampiro en cada extremo, utilícenlo para llevarme hacia Woolsey. Nadie tendría que tocarme, no habría pérdida de fuerza. Podríamos huir así.

—Una retirada estratégica. Una idea excelente. —Saltó por encima del asiento del cochero.

Lady Maccon oyó un fuerte ruido de rotura.

En lo alto vio un destello de luz anaranjada emanando de un lado del dirigible, y un fuerte ruido metálico, como el disparo de una enorme bala golpeando y destrozando el exterior del octómata. La criatura dio bandazos por el impacto pero no cayó.

Lord Akeldama había enviado apoyo aéreo. Alexia no tenía ni idea de qué clase

de arma tenían los zánganos, posiblemente un cañón diminuto, o un arma para elefantes, o un trabuco etero-modificado, pero no le importó. Dispararon otra vez.

Para cuando el segundo proyectil golpeó su objetivo, lord Ambrose había vuelto, al igual que el duque. Apoyaron un tablero ancho sobre el suelo junto a Alexia. Ella se las arregló deslizándose y retorciéndose para situarse sobre él.

La levantaron. La reina y el doctor Caedes, llevando a Quesnel, saltaron por la parte superior del carruaje roto y quemado como gatos en una caja y salieron corriendo hacia Woolsey, saltando por encima del árbol tronchado. La condesa parecía particularmente rara realizando esta maniobra, con su vestido de noche floreado y su figura regordeta. Los camilleros vampiros de *lady* Maccon los siguieron. Alexia no podía hacer nada más que agarrar los lados de la tabla, desesperada por no caer. El salto sobre el árbol caído fue una verdadera tortura y estuvo convencida de que se caería cuando chocaron con el suelo, pero logró agarrarse.

Los lobos proporcionaban bastante distracción como para que *madame* Lefoux, dentro del octómata, al principio no les viera huir hacia el castillo. Cuando lo hizo y envió llamas tras ellos, estaban completamente fuera de alcance.

No hubo necesidad de aporrear la puerta principal de Woolsey; estaba abierta de par en par, con muchos de los guardianes y el personal de toda la casa reunidos en la escalera de entrada, boquiabiertos. Llevaban optifocales o binoculares en las caras y estaban cautivados por la batalla que tenía lugar abajo. Ante el imperioso avance de *lady* Maccon, formaron un corredor para que los vampiros lo atravesaran corriendo justo hasta la entrada, en la cuál todos se detuvieron abruptamente. Esperaron con una solemnidad ritual impropia de tan terribles circunstancias.

—¿Y ahora qué pasa? —Alexia estaba molesta más allá de toda razón. La habían llevado justo hasta la puerta, como un cerdo condimentado en una bandeja para la cena. *En cualquier momento*, pensó en un alarde de imaginación, *el cocinero aparecerá con una manzana para metérmela en la boca*.

Lord Ambrose apoyó en el suelo el final de la tabla y el duque la inclinó hacia arriba para que *lady* Maccon solo tuviera que deslizarse suavemente sobre sus pies, encontrándose así en posición erguida.

Un gesto rápido situó a ambos lados de ella a dos de los guardianes más grandes de Woolsey. Así logró cojear hacia el interior del vestíbulo de su casa.

Los vampiros esperaban todavía en la parte delantera, como una extraña parodia de unos perritos huérfanos: unos cachorritos huérfanos de ojos entrañables, patéticamente desaliñados, mortíferos e inmortales.

Lady Maccon se giró pesadamente.

—¿Y bien?

—Invítenos a entrar, Alexia Maccon, *lady* Woolsey, señora de esta residencia.

Las palabras de la condesa fueron monótonas y cadenciosas. Sujetaba firmemente apretado contra su pecho a un Quesnel gimoteante de ojos muy abiertos, no quedaba

ni rastro del bribonzuelo, solo un niño aterrorizado.

—Oh, por el amor de Dios, adelante, adelante. —Alexia arrugó el ceño, tratando de pensar. Tenían un número considerable de habitaciones, pero ¿dónde sería mejor poner a una colmena entera de vampiros? Frunció los labios—. Será mejor que bajen a la mazmorra. Es el único lugar donde puedo garantizar que no hay ninguna ventana en absoluto, y el sol *está a punto de salir*.

Rumpet se adelantó:

—*Lady Maccon*, ¿qué ha hecho?

Los vampiros entraron solemnemente en la casa. Alexia señaló la escalera correcta y bajaron sin una palabra.

—¿Ha invitado a una reina? —El mayordomo, normalmente un hombre bastante rubicundo, estaba ceniciento.

—Lo he hecho.

El duque de Hematol le dedicó una sonrisa cansada al pasar, mostrando sus colmillos, admitiendo el miedo del mayordomo como merecido.

—Ahora nunca podremos volvernos atrás, ¿se da cuenta, *lady Maccon*? Una vez que una reina forma un enjambre y se reacomoda, es para siempre.

Lady Maccon finalmente entendió la sonrisa de lord Akeldama y por qué él se negaba a invitar a la colmena a tomar el té. Alexia había logrado sacar a su máximo rival fuera de Londres para siempre. No solo él era el potentado, y a la cabeza de su propio círculo de jóvenes especialmente adiestrados, sino que ahora también sería el líder exclusivo de la moda que quedaba en el centro de Londres.

Y *lady Maccon* estaba ineludiblemente comprometida con los vampiros en su sótano.

—Maldición, me la han jugado bien.

La abatió otra contracción y no pensó más en su actual apuro doméstico. Sospechó que esto era algo semejante al dolor que su marido sentía al cambiar de forma.

Rumpet extendió una mano para estabilizarla.

—¿*Milady*?

—Rumpet, hay un octómata en nuestro umbral.

—Ya me he dado cuenta, *milady*. Y la mitad del ORA también.

Alexia miró. Era cierto. Varios de los miembros humanos del ORA, siguiendo el rastro del octómata fuera de Londres, finalmente lo habían alcanzado. Ella pensó que podía ver la forma alta y robusta de Haverbink.

—Oh, Dios. La manada caerá sobre ellos, son comida. —E incluso mientras ella observaba, uno de los licántropos dejó de luchar contra la criatura de *madame Lefoux* y cargó contra uno de los agentes del ORA—. Debemos protegerlos. ¡Hagan entrar a los miembros de la manada de nuevo!

—Por supuesto, *milady*.

—Manda subir a los guardianes. Diles que traigan el equipo necesario y que

abran el aposento de plata.

—Inmediatamente, *milady*. —El mayordomo se movió hacia una alcoba triangular situada bajo la escalera. Al lado de la gran campana que sonaba a las horas de las comidas, colgaba una cadena de plata. Al final de esa cadena había una llave de plata. Junto a ella había una caja especial de cristal conteniendo un cuerno grande. Rumpet rompió el cristal con un rápido golpe de su mano enguantada. Colocó el cuerno en sus labios y sopló.

No fue el más digno de los sonidos el que surgió, sino una especie de pederreta. Pero sacudió el castillo de un modo que sugería que el sonido había sido hecho específicamente para atravesar la roca. Los guardianes instantáneamente formaron alrededor de Rumpet en el vestíbulo. La política de la manada dictaba que cada miembro de la manada tuviera al menos dos guardianes. Lord Maccon tenía seis estos días, y había algunos extras pululando por ahí también.

Rumpet usó la llave para abrir el aposento de plata, una vieja monstruosidad de caoba que no daba pistas sobre su verdadero contenido. Dentro, en lugar de los artículos de valor usuales en toda casa —candelabros, cucharillas y cosas por el estilo— estaba el equipo de los guardianes. Exhibidos en pulcras filas y en ganchos especiales, había cadenas de plata, suficientes pares para cada miembro de la manada; cuchillos de plata; algunas preciosas botellas de *lapis lunearis*; y, sobre todo, redes de pesca. Estas últimas estaban tejidas de cordón de plata reforzado en las esquinas, y se solían usar para capturar y debilitar a un lobo sin dañarlo. Colgando en pequeños ganchos en cada puerta había cincuenta finas cadenas de plata con cincuenta delicados silbatos de plata.

Los guardianes, con expresión sombría, se armaron y tomaron las redes. Cada uno pasó un silbato sobre su cabeza. Eran tan agudos que posiblemente ninguna oreja humana podría captar el sonido, pero los lobos y los perros se veían violentamente afectados por el ruido.

Alexia pensó acerca de algo:

—Intentad traer primero a Biffy. Recordad que es todavía susceptible al daño en su etapa de cachorro. Tened cuidado, él será el más cruel. Oh, madre mía, ¿qué diré si accidentalmente se come a alguien?

Seis de los más grandes y mejores guardianes corrieron a los establos y Alexia oyó el rugido de los vehículos velocípedos a vapor arrancando. Dos guardianes por vehículo —uno para llevar el timón y otro para lanzar la red— que gritaban y bajaban por la ladera con el vapor dejando el rastro de una nube blanca detrás de ellos. Los otros guardianes corrían detrás.

Lady Maccon presenció muy poco de la batalla después de eso. Se apoyó contra Rumpet y trató de observar, pero las contracciones la mantuvieron distraída, y la pelea de abajo no era nada más en su mente descentrada que una masa como si fuera un pudín de guardianes, lobos, humo de velocípedos y un octómata. Ocasionalmente una gran llamarada de fuego era lanzada al aire o una brillante cascada de redes de

plata eran lanzadas hacia arriba.

Finalmente se dio por vencida.

—Rumpet, ayúdame a bajar la escalera. —El mayordomo lo hizo y Alexia cayó agradecida sobre los peldaños de la grandiosa escalera—. Ahora, por favor, baja y asegúrate de que los vampiros están encerrados bajo llave. Lo último que necesitamos es que anden sueltos por ahí.

—De inmediato, *milady*.

Rumpet desapareció y regresó más tarde, con expresión sombría.

—¿Tan mal?

—Se quejan del alojamiento y exigen almohadas de plumas, *milady*.

—Por supuesto que lo hacen. —Alexia se dobló a causa del dolor, mientras otra contracción la desgarraba. Vagamente vio el dirigible de lord Akeldama, acercándose flotando para hacer un grácil aterrizaje en el patio delantero de Woolsey. Boots y la tripulación de la aeronave saltaron ágilmente de la canasta y ataron la nave a un poste de amarre.

El primer equipo de guardianes regresó en ese momento, arrastrando a un lobo abatido con la ayuda de un vehículo velocípedo. Se necesitaron cuatro de ellos para hacerle subir las escaleras y meterlo en el castillo, incluso con la red de plata sometiéndolo. No era Biffy, pero parecía ser uno de los otros jóvenes, Rafe.

La atención de Alexia se volvió a enfocar en gemir cuando volvieron los dolores, si era posible, peores. Buscó a Rumpet, pero estaba ocupado supervisando la carga, ocupándose de que el joven lobo fuera arrastrado a la mazmorra y encerrado. Alexia reservó un momento para esperar que todos los vampiros hubieran acabado juntos en la misma celda, o las cosas se complicarían mucho, sin duda.

—¡Conall! —chilló entre dolores, incluso sabiendo que estaba en su forma lobuna y sería el más difícil de atrapar y el último en volver a casa—. ¿Dónde está? —Estaba irracionalmente convencida de que debía estar con ella en ese mismo momento.

En semejante coyuntura, una tela grande y fría le fue colocada en la frente y una suave voz relajante le dijo exactamente lo adecuado:

—Aquí tiene, señora, beba esto.

Le estaban presionando una taza contra los labios y Alexia sorbió. Fuerte, lechoso y reparador, exactamente como a ella le gustaba el té.

Abrió los ojos, anteriormente cerrados con fuerza por la angustia, para ver la fina cara delineada de un caballero mayor, indescriptible y familiar.

—Floote.

—Buenas noches, señora.

—¿De dónde sales?

Floote gesticuló tras él donde el dirigible todavía era visible a través de la puerta principal abierta. Tizzy y Boots revoloteaban en el umbral, mirando a Alexia con horror y con un aire que sugería que preferirían estar en cualquier otro lugar.

—Cogí un vuelo, señora.

—¡Hey! —chilló Tizzy mientras era empujado a un lado por otro grupo de guardianes que arrastraban a casa a otro lobo atrapado. *Hemming*, pensó Alexia. *Tiene que ser él*. Solo *Hemming* lloriqueaba así. Empujaron a su cautivo por el pasillo y hacia las escaleras de la mazmorra, sin necesidad de una orden de la jadeante y contorsionante *lady* Maccon.

El grupo anterior apareció, pasando junto a ellos escaleras arriba.

—Volved a salir —ordenó su hembra Alfa—, y concentraos en buscar a Biffy. Los demás pueden soportar el sol.

—Creía que los licántropos podían aguantar la luz del sol —dijo Boots.

Alexia soltó un gemido alto y bajo antes de responder.

—Sí. Pero no cuando todavía están aprendiendo a controlarse.

—¿Qué le ocurrirá si no le traen adentro?

Rumpet reapareció en ese momento.

—Ah, señor Floote. —Reconoció la presencia del mayordomo con un ligero asentimiento.

—Señor Rumpet —replicó Floote. Y luego volvió su atención otra vez a *lady* Maccon—. Y ahora, señora, concéntrese en intentar inhalar profundamente. Respire con el dolor.

Alexia fulminó a su mayordomo con la mirada.

—Para ti es fácil decirlo. ¿Alguna vez has hecho esto?

—Desde luego que no, señora.

—Rumpet, ¿todo los vampiros están acomodados?

—Casi, *milady*.

—¿Qué quiere decir *casi*?

La conversación se detuvo mientras todo el mundo esperaba cortésmente a que *lady* Maccon dejara escapar otro en parte grito, en parte aullido de rabia, mientras la agonía desgarraba su cuerpo. Todos fingieron no notar su trance. Fue muy cortés por parte de ellos.

—Bueno, unos cuantos de los vampiros se acomodaron por su cuenta. Así que tendremos que poner a algunos de los nuestros con ellos.

—¿A qué está llegando el mundo? Vampiros y licántropos durmiendo juntos —dijo Alexia con sarcasmo.

Uno de los guardianes, un tipo alegre y pecoso que había interpretado baladas escocesas para la propia reina en más de una ocasión dijo:

—Es bastante dulce, en realidad. Se han acurrucado unos con otros.

—¿Acurrucado? El lobo tendría que haber hecho trizas al vampiro.

—Ya no, *milady*. Mire.

Alexia asintió con la cabeza. El sol estaba saliendo, sus primeros rayos coronaban el horizonte. Iba a ser un brillante y despejado día de verano. Era demasiado, incluso para el preternatural más sensible. *Lady* Maccon cedió al pánico.

—¡Biffy! ¡Biffy aún no está dentro! ¡Rápido! —Gesticuló hacia los guardianes—.

¡Levantadme! ¡Sacadme de aquí! ¡Llevadme hasta él! ¡Podría morir! —Alexia estaba a punto de llorar, tanto por el dolor como por pensar en el pobre y joven Biffy yaciendo ahí fuera, quemándose vivo.

—¡Pero, *milady*, está usted a punto, bueno, uh, de dar a luz! —objetó Rumpet.

—Oh, qué importa. Esto puede esperar. —Alexia se giró—. ¡Floote! Haz algo.

Floote asintió con la cabeza. Señaló a uno de los guardianes.

—Tú, haz lo que dice. Boots, tú coge el otro lado. —Miró a su señora. Por supuesto, la hija de Alessandro Tarabotti sería difícil—. Señora, pase lo que pase, ¡no empuje!

—Traed mantas —chilló *lady* Maccon a los guardianes que quedaban y a Rumpet—. Arrancad esas cortinas si hace falta. ¡La mayor parte de la manada está ahí fuera desnuda! Oh, todo esto es tan vergonzoso.

Boots y el guardián pecoso formaron una especie de silla entrelazando los brazos y levantaron a *lady* Maccon. Ella lanzó un brazo sobre el hombro de cada uno, los dos jóvenes corrieron torpemente hacia la puerta y bajaron la colina de aspecto interminable hacia el carnaval de abajo.

El octómata había caído, resultado de demasiados de sus tentáculos arrancados durante la batalla. Cuando se acercó, Alexia pudo ver los cuerpos ahora desnudos de la manada yaciendo caídos... ensangrentados, magullados, y quemándose. Esparcidos entre ellos había varios tentáculos del octómata, además de partes de sus tripas: tornillos, poleas y trozos del motor. Aquí y allí, los guardianes o miembros del ORA que no se habían movido lo bastante rápido, estaban cojeando o se aferraban alguna extremidad herida, pero gracias a dios ninguno de ellos parecía herido de gravedad. Los licántropos, por otro lado, yacían flexibles y absurdos, como peces fritos. La mayoría de ellos parecían simplemente dormidos, la reacción normal al dobla-huesos de la luna llena. Pero ninguno estaba sanando bajo los rayos directos del sol. Hasta la inmortalidad tenía sus límites.

Los guardianes corrían por ahí cubriendo a los que podían con mantas y tirando de otros de vuelta a la casa.

—¿Dónde está Biffy? —Alexia no podía verlo por ninguna parte.

Entonces comprendió que había alguien más a quien no podía ver, y su voz se alzó con terror casi hasta un grito.

—¿Dónde está Conall? Oh no, oh no, oh no.

El tono exigente de Alexia se convirtió en un cántico de terror despavorido, solo apagado por la necesidad de gritar cuando la asaltó otra contracción. Quería mucho a Biffy, pero toda su preocupación se había transferido ahora a un amor aún más importante... su marido. ¿Estaba herido? ¿Muerto?

Los dos jóvenes la llevaron, tropezando y vacilando, de un lado a otro entre las ruinas, hasta casi el gran sombrero hongo de metal que era la cabeza caída del octómata, donde un oasis de calma les esperaba.

El profesor Lyall, vestido con una cortina de terciopelo naranja envuelta alrededor

como una toga y aún así con un aspecto notablemente digno, ordenaba las tropas y emitía órdenes.

Al ver la asombrosa visión de su hembra Alfa siendo llevada por dos jóvenes, claramente incómodos —tanto la señora como los jóvenes— acercándose a él, dijo:

—¿*Lady Maccon*?

—Profesor. ¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Biffy?

—Oh, por supuesto, el toque preternatural. Muy buena idea.

—¡Profesor!

—*Lady Maccon*, ¿está bien? —El profesor Lyall se acercó más, inspeccionándola atentamente—. ¿Está de *parto*? —Miró a Boots, que alzó ambas cejas con expresividad.

—¿Dónde está Conall? —prácticamente chilló Alexia.

—Está bien, mi señora. Perfectamente. Llevó a Biffy dentro, lejos del sol.

—¿Dentro?

—Dentro del octómata. Con *madame* Lefoux. Una vez la dama comprendió lo que pasaba, abrió la escotilla y les dejó entrar.

Lady Maccon se tragó su miedo, casi enferma de alivio.

—Muéstremelo.

El profesor Lyall les condujo a la cabeza del octómata, rodeándolo, y luego llamó con timidez. Una puerta, antes invisible, integrada de forma impecable en el blindaje del octómata, se abrió y Genevieve Lefoux se asomó.

En ese momento *lady Maccon* deseó fervientemente tener a mano su sombrilla. Habría saludado a la francesa con un muy buen golpe en la cabeza, amiga o no, por meterlos a todos en semejante aprieto. Justificado o no, la inventora había causado a todos una cantidad innecesaria de molestias.

—El profesor Lyall, ¿verdad?

—*Lady Maccon*, para ver a su marido. —El Beta se hizo a un lado para dejar que la francesa echara un vistazo a la sudorosa y claramente perturbada Alexia y su improvisado transporte.

—¿Alexia? ¿Estás bien?

Alexia estaba definitivamente al límite.

—No, no, no lo estoy. He estado callejeando por todo Londres persiguiéndote o siendo perseguida por ti. He visto arder la ciudad y la casa de la colmena derrumbada y me he caído de un dirigible... ¡*dos veces!* Estoy en peligro inminente de dar a luz. ¡Y he *perdido mi sombrilla!* —Esto último lo dijo con un gemido bastante infantil.

Una voz distinta llegó de dentro... profunda, exigente, y tintada con un acento escocés.

—¿Esa es mi mujer? Estupendo. Ella es justo lo que necesitamos para volver a poner a este cachorro sobre sus piernas.

La cabeza de Genevieve desapareció con un «oh» como si hubiera sido arrastrada forzosamente hacia atrás, y la cabeza de lord Maccon emergió a su vez.

El conde tenía un aspecto estupendo, si acaso algo somnoliento. Normalmente los licántropos dormían todo el día después de una luna llena. Que estuvieran de pie y moviéndose era prueba de la fuerza de Conall y Lyall, aunque los dos eran bastante torpes ahora. Conall describía el estar despierto la noche de después como jugar al juego de la pulga, borracho, como un pingüino... confuso y ligeramente nebuloso. Tenía el pelo despeinado y agreste y los ojos leonados suaves y empañados, sazonados de batalla y victoria.

Captó un vistazo de su esposa.

—Ah, mi amor, entras, ¿no? No hay forma de que Biffy vuelva a la seguridad de la casa sin tu toque. Qué bien que hayas venido. Interesante elección de transporte.

En ese instante, su esposa echó hacia atrás la cabeza y gritó.

La expresión de lord Conall Maccon cambió al momento a otra de absoluto pánico y total ferocidad. Salió ala carga del octómata y saltó hacia su consorte. Empujó al pobre Boots fuera de su camino con un simple golpe de muñeca y tomó a *lady* Maccon en sus propios brazos.

—¿Qué te pasa? ¿Estás...? ¡No puedes! ¡No es un buen momento!

—Ah, ¿no? —jadeó su esposa—. Bueno, díselo al niño. Esto es culpa *tuya*, ¿lo entiendes?

—Culpa mía, ¿cómo es posible...?

Se interrumpió cuando un aullido diferente de agonía llegó del interior de la cabeza de octómata y *madame* Lefoux volvió a asomarse.

—Al joven Biffy le vendría bien su presencia, milord.

El conde gruñó molesto y se dirigió a la puerta. Primero metió dentro a Alexia, siguiéndola a continuación.

Era un habitáculo estrecho. *Madame* Lefoux había diseñado la cámara de pilotaje solo para dos ocupantes, ella misma y Quesnel. Lord Maccon contaba él solo por ese número, y además estaba la embarazada Alexia y Biffy despatarrado en el suelo.

A los ojos de *lady* Maccon les llevó un momento ajustarse a la luz interna, pero pronto vio que Biffy tenía una pierna muy quemada. La mayor parte de su piel había desaparecido... horriblemente ampollada y ennegrecida.

—¿Debo tocarle? Podría no sanar nunca.

Lord Maccon cerró la puerta de golpe contra el malvado sol.

—Maldita sea, mujer, ¿qué te ha poseído para bajar aquí en semejante estado?

—¿Cómo está Quesnel? —exigió *madame* Lefoux—. ¿Está ileso?

—Está a salvo. —Alexia no mencionó que en realidad estaba encerrado en una mazmorra con una reina vampiro.

—Alexia, —*Madame* Lefoux unió las manos y abrió los grandes ojos verdes con aspecto suplicante—, sabes que no tenía elección. Sabes que tenía que recuperarlo. Él es todo lo que tengo. Ella me lo robó.

—¿Y no pudiste venir a pedirme ayuda? De verdad, Genevieve, ¿por qué tipo de amiga débil me tomas?

—Ella tenía la ley de su lado.

Alexia se aferró el vientre y gimió. Estaba siendo inundada por una sensación de lo más abrumadora... la necesidad de empujar.

—¿Y?

—Tú eres *muhjah*.

—Se me podría haber ocurrido una solución.

—La odio más que a nada. Primero me robó a Angelique, ¡y ahora a Quesnel! ¿Qué derecho tenía ella a...?

—¿Y tu solución es construir un gran pulpo rubicundo? De verdad, Genevieve, ¿no crees que podrías estar sobreactuando?

—La OPL está de mi lado.

—Oh, ¿de verdad? *Eso* sí que es interesante. ¿Ese club que acepta antiguos miembros del Hypocras? —Alexia se distrajo momentáneamente por la necesidad de dar a luz—. Oh, sí, marido, tenía intención de contártelo. Parece que la OPL está desarrollando una agenda antisobrenatural. Puede que quieras considerar... —Se interrumpió para dejar escapar otro grito—. Dios mío, es desacostumbradamente doloroso.

Lord Maccon volvió sus feroces ojos amarillos hacia la inventora.

—Ya basta. Tiene otras cosas de las que ocuparse.

Genevieve miró atentamente a Alexia.

—Cierto, ese parece ser el caso. Milord, ¿nunca antes ha visto nacer a un bebé?

El conde palideció tanto como era posible, lo que fue más de lo normal, dado que estaba sujetando la mano de su esposa.

—Una vez asistí al nacimiento de unos gatitos.

La francesa asintió con la cabeza.

—No es exactamente lo mismo. ¿Qué tal el profesor Lyall?

Lord Maccon pareció enfadado.

—Casi dormido, creo.

Alexia levantó la vista entre contracciones.

—¿Estabas presente cuando nació Quesnel?

La francesa asintió.

—Sí, pero también la comadrona. Creo que recuerdo lo básico, y, por supuesto, he leído mucho sobre el tema.

Alexia se relajó ligeramente. Los libros siempre la hacían sentir mejor. Otra oleada la atravesó y gritó.

Lord Maccon miró con severidad a *madame* Lefoux.

—¡Haz que pare!

Ambas mujeres lo ignoraron.

Un golpe cortés sonó en la puerta. *Madame* Lefoux la abrió una rendija.

Floote estaba allí de pie, con la espalda rígida y expresión de estudiada indiferencia.

—Trapos limpios, agua caliente y té, señora. —Pasó los suministros adentro.

—Oh, gracias, Floote. —La francesa cogió las cosas, agradecida. Después de pensarlo un momento, las colocó sobre el comatoso Biffy, ya que él era la única superficie libre—. ¿Algún consejo?

—*Madame*, algunas veces ni siquiera yo tengo opciones.

—Muy bien, Floote. Que el té siga llegando.

—Por supuesto, señora.

Así fue como, unas seis horas después, la hija de Alexia Maccon nació dentro de la cabeza de un octómata en presencia de su esposo, un dandi licántropo comatoso y una inventora francesa.



En el que todos aprendemos algo sobre Prudence

Más tarde, *lady* Maccon describió ese día en particular como el peor de su vida. No tenía ni el alma ni el romanticismo necesario para considerar el parto algo mágico o emocionalmente transportador. Por lo que a ella concernía, principalmente era dolor, indignidad y desorden. No había nada cautivador o atractivo en el proceso. Y, como dijo a su marido con firmeza, no tenía intención de volver a pasar por ello nunca.

Madame Lefoux actuó de comadrona. A su modo científico, fue una inesperada adepta a la tarea. Cuando el bebé apareció finalmente, lo sostuvo en alto para que Alexia lo viera, tan orgullosa como si hubiera hecho ella misma todo el trabajo duro.

—Gracias a Dios —dijo una *lady* Maccon exhausta—, ¿normalmente los bebés tienen este aspecto tan repulsivo?

Madame Lefoux apretó los labios y giró al infante, como si antes no lo hubiera mirado con atención.

—Te lo aseguro, su apariencia mejora con el tiempo.

Alexia extendió los brazos... su vestido estaba arruinado de todos modos... y recibió a la cosita que se agitaba en su abrazo. Sonrió a su marido.

—Te dije que sería una niña.

—¿Por qué no llora? —se quejó lord Maccon—. ¿No debería llorar? ¿Se supone que todos los niños lloran?

—Tal vez sea muda —sugirió Alexia—. Sería sensato con unos padres como nosotros.

Lord Maccon pareció apropiadamente horrorizado ante la idea.

Alexia sonrió incluso más ampliamente cuando llegó a una maravillosa comprensión.

—¡Mira! No me causa repulsión. Ninguna sensación de repulsión en absoluto. Debe ser humana, no preternatural. ¡Qué maravilloso!

Se oyó un golpe en la puerta del octómata.

—¿Sí? —gritó lord Maccon hacia fuera. Había decidido dejar de preocuparse por la niña y estaba encorvado sobre ella haciéndole carantoñas.

El profesor Lyall miró dentro. Al parecer había encontrado tiempo para cambiarse la toga improvisada por un atuendo perfectamente respetable. Captó una visión de su Alfa, que levantó la vista y sonrió orgulloso.

—¡Randolph, tengo una hija!

—Felicidades milord, *milady*.

Alexia asintió con cortesía desde su cama improvisada en la esquina del octómata, solo entonces notó que quedaba cansada contra una pila de cuerdas y cables, y una especie de válvula que se le enterraba en la parte baja de la espalda.

—Gracias, profesor. Y al parecer no es una rompe maldiciones.

El Beta miró a la niña con un destello de interés académico, pero no con auténtica sorpresa.

—¿No? Creía que los preternaturales siempre procreaban preternaturales.

—Al parecer no.

—Bueno, son buenas noticias. Sin embargo, y odio interrumpir el bendito evento, pero, milord, tenemos varias dificultades en este momento a las que les vendría bien su atención. ¿Cree que podríamos trasladarnos a un emplazamiento más hospitalario?

Lord Maccon se agachó sobre su esposa y frotó la nariz contra su cuello con gentileza.

—¿Mi amor?

Alexia le alisó el pelo hacia atrás desde la frente con la mano libre.

—Lo intentaré. Me encantaría estar en mi propia cama.

Lady Maccon tuvo que sujetar a su hija recién nacida y a Biffy a la vez, mientras lord Maccon la llevaba a ella y el profesor Lyall llevaba a Biffy de vuelta al castillo. Momento en el que Conall declaró que Woolsey *olía a podrido*.

El profesor Lyall abrió la boca para explicarlo, pero captó una mirada aguda de Alexia. Así que se contuvo.

Prediciendo que su Alfa lo averiguaría muy pronto por su cuenta, el Beta llevó a Biffy a una celda de abajo, atendiendo con mantequilla las quemaduras todavía horribles del cachorro, y lo colocó con el duque de Hematol como la mejor de las malas opciones disponibles.

Arriba se estaba decidiendo si *madame* Lefoux debía ser también encerrada.

—Ponla en una de las celdas junto a la condesa y Quesnel —sugirió *lady* Maccon sarcástica a su confuso marido—. Habrá una conversación interesante cuando caiga la noche.

—¿La condesa? ¿Qué condesa?

Alexia contempló el dejar suelto a Quesnel —después de todo, el chico no había hecho nada malo—, pero por experiencias anteriores no veía razón por la que tenerlo correteando entre los pies fuera a mejorar las cosas. Quesnel era un agente del caos incluso en las mejores circunstancias, y la vida ya era bastante estresante sin su

ayuda. Además, sospechaba que lo mejor para él por el momento era pasar algún tiempo con su *maman*.

—¡Pero he ayudado a traer al mundo a tu hija! —protestó *madame* Lefoux.

—Y te lo agradezco mucho también, Genevieve. —Alexia siempre concedía crédito a quien lo merecía—. Pero te comportaste de forma violenta en las calles de Londres con un pulpo gigante, y vas a tener que pagar por tus crímenes.

—¡Preternaturales! —exclamó la francesa, disgustada.

—Al menos así estarás cerca de tu hijo. Estaba terriblemente inquieto por el ataque —chilló *lady* Maccon mientras su marido tiraba de la inventora, que se resistía.

Fue entonces cuando lord Maccon descubrió la razón tras el curioso olor. Tenía una colmena de vampiros viviendo en su castillo.

Volvió a subir las escaleras enfurecido.

—¡Esposa!

Lady Maccon había desaparecido.

—¡Floote!

—Subió arriba, señor. A sus habitaciones.

—Por supuesto que sí.

Lord Maccon marchó hacia arriba para encontrar a su mujer en cama, con el bebé dormido en el hueco de un brazo. La niña ya había probado ser perfectamente capaz de dormir a pesar de los excesivos esfuerzos vocales de su madre y su padre. Un muy buen rasgo de supervivencia, pensó Alexia, sobresaltándose cuando Conall irrumpió en la habitación.

—¡Hay vampiros en mi mazmorra!

—Sí, bueno, ¿dónde si no se supone que iba a alojarlos?

—¿La condesa formó un enjambre? —El conde sacó la única conclusión posible—. ¿Y les invitaste a entrar? ¿*Aquí*?

Alexia asintió.

—Genial. ¡Maravilloso! Brillante.

Lady Maccon suspiró, un sonido triste y callado que tranquilizó a lord Maccon donde los gritos de ella solo habrían agravado la cuestión.

—Puedo explicarlo.

Conall se arrodilló junto a la cama, su furia se había disipado frente a esta masedumbre inusual. Su esposa debía de estar muy cansada.

—Muy bien, explícate.

Alexia relató los acontecimientos de la noche y, para cuando alcanzó la conclusiva batalla manada-versus-octómata, estaba bostezando.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó su marido.

Incluso mientras lo decía, Alexia podía ver por su expresión derrotada que ya estaba enfrentándose a la verdad... para bien o para mal, el castillo Woolsey pertenecía ahora a la colmena de Westminster, la colmena de Woolsey.

Alexia lo vio parpadear para contener las lágrimas y sintió un dolor en el corazón. Ella no había pretendido cometer tan grave error de juicio, pero estaba hecho. Sus propios ojos ardieron por simpatía.

Él asintió con la cabeza.

—Amaba bastante este viejo lugar, con contrafuertes y todo. Pero no ha sido mi hogar durante mucho tiempo. Puedo separarme de él. El resto de la manada, para ellos va a ser difícil. Ah, mi pobre manada. No les he servido muy bien estos últimos meses.

—¡Oh, Conall, no es culpa tuya! Por favor, no te preocupes. Pensaré en algo. Siempre lo hago. —Alexia quería encontrar una solución allí mismo y limpiar de un plumazo la horrible expresión de desilusión en la dulce cara de su marido, pero apenas podía mantener los ojos abiertos.

El conde se inclinó y presionó un beso sobre los labios de su esposa y luego sobre la frente de su hija. Alexia sospechaba que estaba contemplando la idea de volver a bajar para revisar las cosas con Lyall, todavía había mucho que hacer esa tarde.

—Ven a la cama —dijo su esposa.

—Mis dos damas parecen muy pacíficas. Tal vez solo una pequeña siesta.

—Lyall tiene a Floote y a Rumpet para ayudarlo. Esos tres podrían controlar el imperio si quisieran.

Lord Maccon rio ahogadamente y se acurrucó al otro lado de Alexia, posando su gran cuerpo sobre el colchón de plumas.

Alexia suspiró contenta y se apretó contra él, enroscada sobre el bebé.

Él le frotó la nariz contra la nuca.

—Tenemos que encontrar un nombre para la pequeña.

—¿Mmm? —fue la única respuesta de su mujer.

—No estoy seguro de que ese sea un buen nombre.

—Mmm.



—Lamento molestarle, milord, pero los vampiros preguntan por usted. —La voz del profesor Lyall fue calmada y con un tono de disculpa.

Alexia Maccon se despertó sobresaltada al sentir a su marido moverse detrás de ella. Evidentemente intentaba salir de la cama sin molestarla. Pobre hombre, moverse con sigilo no era uno de sus rasgos característicos más fuertes. Ni como humano ni de ninguna otra forma.

—¿Qué hora es, Randolph?

—Acaba de ponerse el sol, milord. Pensé que era mejor dejarle dormir lo que quedaba del día, ya puestos.

—Oh, ¿sí? ¿Y tú llevas despierto todo el tiempo?

Silencio ante eso.

—Ah. Vale. Cuéntame como está la cosa, Randolph, y luego ve a descansar un poco.

Alexia oyó un aullido leve. El más joven de los licántropos, todavía incapaz de controlar el cambio tan cerca de la luna llena, estaba de vuelta en su pelaje y estaría encerrado abajo durante otra noche. Encerrado con los vampiros.

—¿Quién se ocupa de ellos? —preguntó el conde cuando también él registró el sonido.

—Channing, milord.

—Oh, caramba. —Toda pretensión de sutileza quedó abandonada, lord Maccon saltó de la cama.

Eso despertó al bebé. Un débil y quejumbroso gemido comenzó justo debajo de la barbilla de Alexia. Ella se sobresaltó violentamente, porque hasta ese momento se había olvidado de la niña. Su hija.

Abrió los ojos y bajó la mirada. El medio día de descanso intermitente no había mejorado la apariencia del bebé. Estaba roja y arrugada, y su cara se contrajo por completo cuando lloró.

Conall, obviamente todavía bajo la impresión de que Alexia estaba dormida, se apresuró a rodear la cama y coger a la diminuta criatura.

El lloriqueo se convirtió en un pequeño aullido amortiguado, y en sus brazos en vez de una niña yacía un cachorro de lobo recién nacido.

Lord Maccon casi deja caer a su hija.

—¡Por los dientes de Dios!

Alexia se sentó, sin comprender del todo lo que acababa de ver.

—Conall, ¿dónde está el bebé?

Su marido, en estado de *shock*, le ofreció el cachorro.

—¿Qué le has hecho?

—¿Yo? Nada. Simplemente la cogí. Era perfectamente normal y entonces puf.

—Bueno, sin duda es más linda así. —Alexia era práctica.

—Ahí tienes, cógela. —Lord Maccon devolvió el cachorro chillón y peludo a los brazos de su esposa.

En ese momento, volvió rápidamente a ser un bebé. Alexia pudo sentir el hueso y la carne cambiando bajo los pañales. Parecía ser un proceso relativamente indoloro, porque los llantos de la niña no modulaban una auténtica incomodidad.

—Oh, Dios. —Alexia creyó sonar bastante tranquila, dadas las circunstancias—. ¿En qué *nos* hemos metido?

La voz del profesor Lyall sonó sobrecogida.

—Nunca pensé que viviría para ver nacer a un auténtico Acechador de Piel en el transcurso de mi vida. Asombroso.

—¿Eso es lo que es? —Alexia bajó la mirada hacia la niña—. Qué extraordinario. El profesor Lyall sonrió.

—Supongo que sí. Entonces, ¿cuál es su nombre, señora?

Alexia frunció el ceño.

—Oh sí, *eso*.

Lord Maccon sonrió ampliamente, mirando a su esposa.

—Con nosotros por padres, deberíamos llamarla Prudence.

Lady Maccon, sin embargo, no pareció compartir la broma.

—En realidad, ese me gusta bastante. ¿Qué tal Prudence Alessandra, por mi padre? Y luego Maccon, porque cuando lord Akeldama la adopte, va a ser una Akeldama.

Lord Maccon bajó la vista hacia su hija.

—Pobrecita. Son muchos nombres con los que estar a la altura.

—Milord —intervino su Beta—, no es que no vea la importancia de esta cuestión en particular, pero ¿puede esperar? A Biffy le vendría bien su proximidad. Y los vampiros están armando jaleo. No tenemos ninguna justificación para mantenerlos encerrados en la mazmorra. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Lord Maccon suspiró.

—Desgraciadamente, son ellos los que tienen que averiguar qué hacer con... nosotros. No podemos quedarnos a vivir aquí, no con una colmena también en la residencia, y ellos no pueden marcharse. Ahora no. Cuando invitaste a la condesa a entrar, Alexia, les entregaste el castillo Woolsey.

—Oh, no, claro que no.

El profesor Lyall se sentó en una silla cercana. Alexia nunca antes le había visto tan derrotado, pero en ese momento, el Beta de Woolsey estaba más cerca de derrumbarse que ningún hombre que hubiera visto nunca.

Lord Maccon parecía sombrío.

—No hay nada que hacer. Tendremos que trasladar a la manada permanentemente a Londres. Tendremos que comprar una segunda casa en la ciudad para acomodarnos a todos y construir mazmorras.

El profesor Lyall protestó esta decisión.

—¿Dónde correremos? ¿Cómo vamos a cazar? Su señoría, ¡no existen las manadas urbanas!

—Esta es la era de la industria, la invención y el comportamiento refinado. Supongo que Woolsey tendrá que aprender a moverse con los tiempos y volverse civilizada. —Lord Maccon estaba resuelto.

Alexia miró a su hija.

—Solo serán dieciséis años o así. Hasta que Prudence haya crecido. Luego podríamos buscar un nuevo territorio. Dieciséis años no es nada para un hombre lobo.

El profesor Lyall no pareció animado por este acortamiento de su fase urbana.

—A la manada no le va a gustar esto.

—He tomado mi decisión —dijo su Alfa.

—A la reina no le va a gustar esto.

—Tendremos que persuadirla de que es en beneficio de la Corona.

—Creo que es muy buena idea —dijo la condesa Nadasdy, entrando en la habitación en ese momento, seguida de Quesnel y *madame* Lefoux.

Bueno, supuso Alexia, ahora es su habitación.

—¿Cómo han salido los tres? —se quejó el profesor Lyall.

La condesa le dedicó una mirada desdeñosa.

—¿Creía que era reina de los vampiros por nada? Nosotros fuimos los inventores originales de la idea de un ama de los dominios. Estos son ahora mis dominios. Ninguna celda en todo Woolsey me contendrá mucho tiempo.

—Sabe abrir cerraduras. —*Madame* Lefoux se cruzó de brazos y miró a la reina vampiro con desdén.

—Fue maravilloso —añadió Quesnel, que parecía estar evaluando a la condesa Nadasdy con auténtico respeto por primera vez.

La condesa ignoró a la francesa y a su hijo y lanzó al bebé de Alexia una mirada cautelosa.

—Mantenga a esa *cosa* lejos de mí.

Alexia meció a la recién nacida hacia ella, amenazadora.

—¿Quiere decir a esta peligrosa criatura come-vampiros?

La condesa siseó y retrocedió, como si Alexia pudiera lanzar el bebé hacia ella.

Madame Lefoux se acercó al costado de la cama de *lady* Maccon para arrullar al infante.

La condesa Nadasdy dijo:

—Woolsey es nuestro ahora, desafortunadamente. Apenas es adecuado. Yo viviendo cerca de *Barking* en el *campo*. Porque está definitivamente a kilómetros de distancia de todas partes.

Lord Maccon no protestó su afirmación.

—Necesitaremos unos cuantos días para despejar. Los más jóvenes de la manada no se pueden mover hasta que la luna decaiga.

—Tómense todo el tiempo que necesiten —dijo la reina vampiro, magnánima—. Pero la chupa-almas y su abominación de niña se marchan esta noche. —Se giró hacia la puerta dramáticamente y luego hizo una pausa en el umbral—. Y el chico es mío.

Con eso, se marchó, presumiblemente a liberar al resto de su colmena.

—¡Oh! —la oyó decir Alexia a nadie en particular mientras bajaba las escaleras—, ¡simplemente todo tendrá que ser redecorado! ¡Y esos contrafuertes!

Madame Lefoux se quedó atrás. Parecía agotada y cansada por los eventos de la noche anterior, sin mencionar sus propias tribulaciones. Quesnel estaba prácticamente pegado a su costado, su manita mugrienta entrelazada con la de ella. *Madame* Lefoux tenía manchas de grasa en las puntas de los dedos y un manchón en la barbilla.

—No pueden dejar que lo aleje de mí. —La francesa apeló a los dignatarios reunidos con sus ojos verdes angustiados—. Por favor.

Ahora bien, el subconsciente de Alexia al parecer había resuelto este acertijo mientras dormía, pues una solución se propuso al instante.

—Hablando como *muhjah*, no hay nada que podamos hacer legalmente para alejarlo de la colmena. Si el testamento de Angelique es como dicen, y tú nunca adoptaste a Quesnel formalmente bajo la ley británica, entonces su reclamo es válido y está reconocido legalmente en este país.

Madame Lefoux asintió melancólica.

Alexia frunció los labios.

—Ya sabes, vampiros y recaudadores... prácticamente lo mismo. Lo siento, Genevieve, pero ahora el lugar de Quesnel está con la condesa.

Quesnel soltó un pequeño quejido ante esa declaración. *Madame Lefoux* lo aferró y miró a lord Maccon con ojos enloquecidos. Como si, de algún modo, él pudiera salvarla.

Alexia continuó:

—Ahora, antes de te vayas y construyas un calamar gigante, debería decirte que también tengo intención de entregarte a la condesa Nadasdy, Genevieve.

—¡Qué!

—Es la única solución viable. —Alexia deseó tener una peluca y un mazo de juez, porque se sentía como si lo hubiera hecho bastante bien con este veredicto—. Quesnel tiene ¿qué, diez años? Llegará a la mayoría de edad a los dieciséis. Así que, con la aprobación de la condesa Nadasdy —y no se me ocurre qué podría objetar— servirás como zángano en la colmena de Westminster durante los próximos seis años. Oh, debería decir, la *colmena de Woolsey*. Puedo presentar el caso a la reina y la condesa no presentará cargos si se puede arreglar la cosa con un acuerdo. Dada tu aversión por la colmena, este debería ser un castigo bastante apropiado. Y te mantendrá cerca de Quesnel.

—Ah —dijo su marido, orgulloso—, buen plan. Si no podemos llevar a Quesnel hasta *madame Lefoux*, traeremos a *madame Lefoux* hasta Quesnel.

—Gracias, querido.

—¡Es una idea *terrible*! —aulló *madame Lefoux*.

Alexia la ignoró.

—Te sugiero que adoptes el cobertizo de cría de ovejas del profesor Lyall como laboratorio. Ya está bastante bien equipado y podría expandirse con facilidad.

—Pero... —protestó *madame Lefoux*.

—¿Se te ocurre una solución mejor?

—Pero *odio* a la condesa Nadasdy.

—Sospecho que tienes eso en común con la mayoría de sus zánganos y algunos de sus vampiros. Haré que Floote redacte la documentación necesaria y haga los arreglos legales. Míralo por el lado bueno, Genevieve. Al menos podrás atemperar la influencia de la colmena sobre Quesnel. Él todavía tendrá a su *maman* para enseñarle a hacer explotar cosas y toda la sabiduría de los vampiros al alcance de la mano.

Quesnel levantó la vista hacia su madre, sus grandes ojos violetas suplicaban.

—Por favor, *maman*. ¡Me gusta explotar cosas!

Madame Lefoux suspiró.

—Yo misma me he metido en este lío, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Crees que la condesa aprobará semejante trato?

—¿Por qué no? Obtiene patrocinio, patente y control sobre tus inventos durante los próximos seis años. Quesnel se queda con las dos. Además, ¡imagina el descalabro que podrá causar Quesnel viviendo en la casa de una colmena! Los mantendrá a todos a raya y fuera de la política de Londres durante un tiempo.

Madame Lefoux se animó un poco ante la sugerencia.

La cara de Quesnel se iluminó.

—¿No más internado?

El profesor Lyall frunció el ceño.

—Esto cambia las estructuras de poder vampírico de Inglaterra de forma significativa.

Alexia sonrió ampliamente.

—Lord Akeldama pensó que tendría Londres bajo control. Yo solo estoy equilibrando la balanza. Ahora mi manada vivirá en su territorio a tiempo completo, y la condesa Nadasdy tiene a *madame Lefoux* trabajando para ella.

El profesor Lyall se levantó, todavía un poco triste.

—Es usted muy buena *muhjah*, ¿no, *lady Maccon*?

—Me gusta ser eficiente. Ya que estamos en el tema, *madame Lefoux*, cuando hayas despejado tu laboratorio, creo que podría ser un buen espacio para que construyamos la mazmorra de la manada en Londres.

Lord Maccon sonrió.

—Es bastante grande, y subterráneo, y fácil de asegurar. Una idea excelente, mi amor.

Madame Lefoux parecía resignada.

—¿Y la sombrerería? —Aunque la tienda había sido una tapadera para sus transacciones más nefandas, siempre había sentido afecto por el establecimiento.

Alexia inclinó la cabeza.

—Creo que Biffy podría ocuparse de ella. Recuerda, querido, discutimos que tenía gran necesidad de un empleo útil, y tal aventura podría encajarle mejor que una posición en el ORA.

Esta vez fue el profesor Lyall quien sonrió con aprobación.

—Una idea maravillosa, *lady Maccon*.

—Mi querida esposa —dijo lord Maccon—, piensas en todo.

Alexia se ruborizó ante el cumplido.

—Lo intento.



Así fue como la manada de licántropos anteriormente del castillo Woolsey se convirtió en la primera en reclamar un territorio de caza urbano. A finales del verano de 1874, oficialmente se cambiaron el nombre a manada Londres y establecieron su residencia junto a la puerta del vampiro errante y potentado, lord Akeldama. Dónde tenían su mazmorra de luna llena era algo que nadie sabía, pero se notó con curiosidad que la nueva manada parecía haber desarrollado un marcado interés por los tocados femeninos.

Fue un verano trascendental por lo que a los cotillas concernía. Incluso los más conservadores de los diurnos parecían interesados en las actividades de los sobrenaturales, pero la recolocación de los licántropos fue solo la mitad del asunto. La colmena de Westminster, habiéndose trasladado por primera vez en la historia, se había instalado en el campo y cambiado su nombre a Woolsey. Nadie se atrevió a comentar lo pasado de moda de la elección. Inmediatamente se sugirió que el gobierno construyera una vía de tren entre la nueva localización de la colmena y Londres. Aunque la propia condesa Nadasdy no podía vivir en el corazón del estilo, al menos el estilo podría visitar a la condesa. Se colocaron medidas de protección en el lugar y los vampiros parecían sentir que ese aislamiento equilibraba el hecho de que su localización fuera conocida.

Los amantes del escándalo estaban encantados con toda la pendencia, incluyendo el estropicio causado por toda la ciudad en esa noche de luna llena, perpetrado por lo que se decía había sido un pulpo mecánico. ¡La casa de la colmena destruida! ¡El Pantecnicón quemado hasta los cimientos! Desde luego, hubo tantas cosas de interés sobre las que informar que algunos elementos claves escaparon a la atención de la prensa. El hecho de que Chapeau de Poupe hubiera cambiado de propietarios pasó desapercibido, excepto para los auténticos aficionados a los sombreros como la señora Ivy Tunstell. El hecho de que la colmena de Woolsey hubiera ganado a una nueva zángano muy prestigiosa y de gran valor se les escapó a todos excepto a la comunidad científica.

—Muy, muy bien jugado, mi pequeño *pudin* —fue el comentario de lord Akeldama a *lady* Maccon unas cuantas noches después. Llevaba un periódico en una mano y su monóculo en la otra.

Alexia levantó la vista desde donde estaba sentada en la cama.

—No creería que se iba a salir con la suya en todo, ¿no?

Él la visitaba en su tercer mejor vestido. *Lady* Maccon prefería quedarse en la cama por ahora. Se sentía bien recobrada de su ordalía, pero tenía la sensación de que debía guardar cama un tiempo. Si la gente supiera que volvía a estar en forma, puede que tuviera que asistir a una reunión del Consejo en la Sombra, y se decía que a la

reina no le había *hecho gracia* todo este lío. También había que tener en cuenta a Felicity.

—¿Y dónde está *mi* adorable Biffy? —preguntó el vampiro.

Alexia chasqueó la lengua a su bebé y subió y bajó un rato a la niña. Prudence gorgojeó de buen humor y luego vomitó.

—Ah, está a cargo de la tienda de sombreros de *madame* Lefoux. Siempre tuvo un buen gusto notable.

Lord Akeldama pareció algo decepcionado.

—¿Comercio? ¿En serio?

—Así es, está probando ser una influencia dulcificadora. Y una excelente distracción. —Para cuando Alexia hubo limpiado la barbilla del bebé con un pañuelo, la pequeña estaba amodorrada.

—Ah. —El monóculo giró, envolviéndose alrededor del dedo de lord Akeldama hasta que la cadena quedó demasiado corta, momento en que empezó a balancearla en la dirección opuesta.

—No querría realmente que se marchitara y muriera, ¿verdad?

—Bueno...

—Oh, es usted imposible. Venga aquí y coja a su hija adoptiva.

Lord Akeldama sonrió y se acercó al costado de la cama para coger al bebé adormecido. Por ahora Prudence estaba probando ser una niña inesperadamente dócil.

El vampiro la arrulló de forma excesiva, contándole lo hermosa que era y lo que se iban a divertir yendo de compras juntos, hasta que interrumpió su propia letanía de alabanzas enfatizadas con una exclamación de asombro:

—¿Has visto *esto*?!

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? —Alexia se incorporó en la cama sobre un codo.

Lord Akeldama inclinó a la niña en su dirección. Prudence Alessandra Maccon Akeldama había desarrollado una piel blanca de porcelana y un conjunto perfecto de diminutos colmillos.



GAIL CARRIGER, pseudónimo de Tofa Borregaard, una arqueóloga y autora de ficción steampunk.

De su vida no conocemos mucho, salvo que nació en Bolinas, una comunidad en el condado de Marin, California, y asistió a la escuela secundaria en la Academia de Marín. Se licenció en la Universidad de Oberlin, obtuvo una maestría en Arqueología en Inglaterra, en la Universidad de Nottingham en 2000, y una maestría en Antropología (con especial atención a la arqueología) en la Universidad de California, en Santa Cruz en 2008.

Dentro del mundo literario, es conocida por sus novelas de romance paranormal en las que mezcla elementos de terror tradicional con nuevos caminos del fantástico como el steampunk.

Carriger ha sido finalista de premios como el Locus y el John W. Campbell, así como ganadora del Alex 2010, situándose en la lista de los más vendidos de medios como el New York Times con su novela Sin alma, perteneciente a una trilogía victoriana.

Se caracteriza en sus novelas por darles un toque de humor original y singular, por mezclar en sus novelas amor, aventuras, vampiros, licántropos en la maravillosa época victoriana, a través de unas historias increíbles que dejan muy buen sabor de boca y que dejan completamente enganchado al lector...